

Reseña Histórica

DE LA

Provincia Capuchina de Andalucía

Y

VARONES ILUSTRES

en ciencia y virtud

que han florecido en ella desde su

fundación hasta el presente,

por el M. R. P.

FRAY AMBROSIO DE VALENCINA

MINISTRO PROVINCIAL DE LA MISMA



1908

Imp. de la Divina Pastora

SEVILLA



RESEÑA HISTÓRICA



Reseña Histórica

DE LA

Provincia Capuchina de Andalucía

Y

VARONES ILUSTRES

en ciencia y virtud
que han florecido en ella desde su
fundación hasta el presente

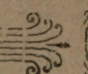
por el M. R. P.

FRAY AMBROSIO DE VALENCINA

Ministro Provincial de la misma

TOMO IV

1908
Imp. de la Divina Pastora
SEVILLA



CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ESTABLECIMIENTO TIP. DE LA DIVINA PASTORA CTO. DE CAPUCHINOS.-SEVILLA

Advertencia Preliminar

Las fuentes históricas, de donde tomamos las noticias que van en este libro cuarto, son las mismas que están consignadas en los libros primero y segundo, especialmente los manuscritos titulados *Historia instrumental etc., etc.*, es decir, las crónicas de los conventos de Sevilla, Granada, Cádiz, Jeréz, Antequera y Ubrique, cuyos enormes y amazacotados *infolios* contienen datos preciosos é interesantes, envueltos entre mucha hojarasca inútil: y para no repetir lo que sobre éstos y otros manuscritos se dijo entonces, remitimos al lector á los prólogos citados.

Además poseemos hoy otra buena porción de preciosos documentos, pertenecientes á nuestro antiguo archivo que hemos ido recogiendo cuidadosamente con mil trabajos, y constituyen un arsenal de noticias históricas. Los hay de varios tamaños, épocas y dimensiones: algunos de ellos se vé claramente que han sido arrancados de los libros de que formaban parte antiguamente en el *Archivo de la Crónica*; y todos los tenemos clasificados numéricamente por el orden que han llegado á nuestro poder. El núm. 1 pertenece al *Epítome de la vida* de N. V. P. Severo de Lucena, escrita por el Sr Obispo de Almería D. Antonio de Biedma, y á las cartas del P. Hermenegildo de Montblanc, relatando la muerte del mismo V. P., las cuales citamos en el libro primero, capítulo XLI. El núm. 2 corresponde á una *Información Jurídica*, para comprobar los milagros atribuidos al V. P. Buenaventura de Ubrique etc. El núm. 3 á una multitud de apuntes biográficos de religiosos ilustres, entre los cuales es digno de mencionarse aquí el titulado *Noticia de la muerte del Padre N. Fr. Francisco de Valverde, que duró en el Provincialato pocos días*, etc., que menciona ligeramente lo que trabajó por adornar nuestra Iglesia de Cádiz, con pinturas de Murillo. El núm. 4 lo lleva una *Relación de los Libros impresos y Manuscritos que hay en la biblioteca de nuestro convento de Sevilla, compuestos por Autores Capuchinos hijos de esta provincia*, etc.; y otros muchos que sería largo enumerar. Cuando citamos algún documento de esos lo hacemos así: MS. N.º tantos; y rogamos á nuestros sucesores en el cargo, que no varien el orden de dichos manuscritos, y los cuiden tanto ó más que las Crónicas antiguas de nuestros Conventos, de las cuales son á veces complemento y aclaración.

También nos hemos servido para escribir las biografías de los VV. PP. José de Carabantes y Pablo de Cádiz, que van en este libro, de las vidas impresas de ambos, que citamos en sus lugares correspondientes.

En lo que toca á Murillo y á sus relaciones con nosotros, además de los datos claros y precisos que suministran los manuscritos mencionados, (datos desconocidos hasta hoy en su mayor parte), hemos consultado á casi todos sus biógrafos y á otros autores que se citan al tratar de esa materia.

Las contínuas tareas del ministerio y los muchos quehaceres que trae consigo el cargo de Provincial no nos han dejado tiempo para adelantar y dar más vigoroso empuje á este trabajo, que es de suyo muy difícil, si se ha de hacer como es debido; porque á lo mejor se encuentra el historiador con un hecho, negado por unos, afirmado por otros, puesto en duda por un tercero; y entonces se ve precisado á confrontar autor con autor, libros con libros, manuscritos con impresos y viceversa, para averiguar quien lleva razón y quien está en lo cierto, lo cual exige tiempo y reposo que por desgracia no tenemos.

Y precisamente porque nos falta ahora, ponemos fin á esta advertencia preliminar, rogando al lector que no olvide lo dicho en el prólogo del primer libro, que sirve también para todos los que le siguen.

Fr. A. de V.



DECLARACION

Ateniéndonos estrictamente á los decretos de la Santa Sede, y en especial á los de Urbano VIII, renovamos la protesta que hicimos en el libro anterior, declarando que los hechos milagrosos referidos en este libro y los calificativos de Santos ó bienaventurados aplicados á los Siervos de Dios, no tienen más autoridad que la puramente humana, fuera de lo que haya confirmado ya con su autoridad suprema la Santa Sede, á la cual están siempre sometidos nuestros humildes escritos.

FR. A. DE V.



LIBRO CUARTO



Nuestra Provincia Bética en el último tercio del siglo XVII. Frutos de buenas obras que dió durante el reinado de Carlos II. Mueren muchos religiosos víctimas de la caridad, sirviendo á los coléricos. Íntimas relaciones del gran artista Murillo con los Capuchinos de Sevilla y Cádiz. Joyas artísticas que pintó para nuertras Iglesias y Conventos. Varones ilustres que florecieron en la Provincia y cosas memorables que en ella ocurrieron en la mencionada época, desde 1665 á 1700.



CAPITULO I

Viene á la Provincia un visitador general: celébrase capítulo en Sevilla y mueren varios religiosos.

Muerto Felipe IV, como se dijo al final del libro anterior, sucedióle en el trono de España su hijo Carlos II que reinó hasta fin del siglo XVII; durante ese tiempo prosperó mucho nuestra provincia, y tuvo las vicisitudes que diremos en el presente. Ya consignamos en otra parte, que algo anormal é inusitado debió ocurrir en el capítulo presidido por el Rmo. P. General, Marco Antonio de Carpenedulo en Granada, cuando el P. Provincial y dos Definidores renunciaron en el acto de ser elegidos, y acudieron al P. Procurador general para que este recurriera á la sagrada Congregación, á fin de que se revalidaran las elecciones que ellos consideraban nulas, ó se anularan de una vez, y se hicieran otras. Remembranzas.

También dijimos que poco después de celebrado dicho capítulo, N. P. General salió para Francia, donde murió el 27 de Julio, por lo cual recayó el gobierno de la Orden en el Rmo. P. Fortunato de Cadoro, que era primer Definidor. Este se hizo cargo de las quejas Muerte del P. General.

elevadas al Definitorio general por los PP. mencionados, y antes de acudir á la Sagrada Congregación quiso informarse de todo detalladamente, para lo cual envió de visitador á esta Provincia al P. Basilio de Zamora, con amplias facultades para examinar dicho asunto y convocar nuevo capítulo, si lo juzgaba conveniente para la tranquilidad de todos.

Viene un P. visitador.

Llegó el P. Basilio á esta Provincia y después de haber presentado su patente de Comisario, empezó á cumplir su encargo, el que concluído con la visita de los conventos, citó á Capítulo para el día 29 de Octubre de 1666; y juntos los vocales todos en nuestro convento de Sevilla, que fué el que señaló para este efecto, se empezaron con suma tranquilidad las elecciones, recayendo los cargos en los sujetos que indica la siguiente Tabla del Capítulo Provincial celebrado en Sevilla el 29 de Octubre 1666.

Provincial

M. R. P. Francisco de Jerez.

Definidores

Elecciones capitulares.

M. R. P. Leandro de Antequera.
„ „ „ José de Campos.
„ „ „ Gabriel de Vélez.
„ „ „ Basilio de Viana.

Custodios

M. R. P. Francisco de Alcalá.
„ „ „ Carlos de Cádiz.

Secretario de Provincia

R. P. José de Santa Olaya.

Guardianes

Guardianes

M. R. P. Leandro de Antequera,	Sevilla.
„ Jerónimo del Moral,	Granada.
„ „ Salvador de Baza,	Antequera.
No consta, el de	Málaga.
Idem el de	Jaén.
Idem el de	Andújar.
Idem el de	Castillo.
Idem el de	Ardales.
R. P. José de Ica.	Alcalá.
No consta, el de	Córdoba.
R. P. Francisco de Málaga.	Ecija.
„ „ Buenaventura de Ocaña,	Vélez.
„ „ José de Santa Olaya,	Sanlúcar.
„ „ Baltasar de Granada,	Cabra.
„ „ Antonio de Córdoba,	Cádiz.
„ „ Mauro de Granada,	Motril.
No consta, el de	Marchena.
R. P. Sebastián de Sevilla,	Ubrique.
No consta, el de	Jerez.

Defunciones.

El mismo año en que se celebró este capítulo, murió en el convento de Jerez el P. Antonio de Alcaráz, que fué el primer religioso nuestro fallecido en aquel convento. En el de Sanlúcar murió el P. José de Cádiz; en el de Sevilla el P. Francisco de Pamplona; en el de Ecija el Corista Fr. Bartolomé de Génova; en Andújar el P. Matías de Andújar; y en Mámora el P. Antonio de Baena, presidente que era de aquella misión.

En el mismo año de 1666 que vamos

historiando, fallecieron en el convento de Granada tres religiosos. El primero fué el P. Fr. Ambrosio de Granada, predicador, que en el siglo se llamó Pedro Romero de la Parrilla, y fué hijo de Alonso Romero de la Parrilla y doña Isabel Clavijo. Este siendo de edad de 18 años, el día 22 de Julio del de 1630 tomó el santo hábito en nuestro convento de Antequera, y profesó en el año siguiente en el mismo convento. El segundo fué el hermano Fr. Félix de Motril, religioso lego, que en el siglo se llamó Gerónimo del Castillo, y fué hijo de Juan del Castillo y de D.ª Catalina del Castillo, y siendo de edad de veinte y cuatro años, en el de 1662, tomó el santo hábito, día 8 de Enero en Granada, y profesó en el siguiente de 1663 en el mismo convento. El tercero fué el hermano Fr. Marcos de Córdoba, religioso lego. Llamóse en el siglo Diego de Rivera, y fué hijo de Gregorio de Rivera, y de María Rodríguez, el que siendo de edad de 22 años, el 24 de Abril de 1651 tomó el hábito en Granada y profesó en el año siguiente.

Mas difuntos

Llegó el de 1667, para el cual se había convocado capítulo general en Roma por muerte del Rmo. P. Marco Antonio Carpenedulo; y dejando de Vicario Provincial al M. R. P. Leandro de Antequera, primer definidor y guardián del convento de Sevilla, marchó al Capítulo nuestro P. Provincial, Francisco de Jerez, con sus dos Custodios. El día

Capítulo general.

28 de Mayo se celebraron los comicios generales y salió elegido en ministro General (segunda vez) el P. Fortunato de Cadoro, y en Definidor general nuestro P. Francisco de Jerez, siendo este el primer religioso de la Provincia Bética que obtuvo ese alto empleo. Después del Capítulo general volvió á España nuestro P. Jerez, y según vemos en los decretos de provincia, estuvo él rigiendo la nuestra, unas veces por sí, y las más por su Vicario, el P. Leandro de Antequera, hasta que se celebró el nuevo capítulo provincial.

N. P. Jeréz es elegido Definidor.

Cuando el P. Leandro comenzó á ser Vicario Provincial, cesó en la Guardianía de Sevilla, y le sustituyó con nombre de Presidente el P. Basilio de Viana que era cuarto Definidor, el cual estuvo gobernando la Comunidad, hasta Junio de 1668 que la Definición nombró Guardián al P. Antonio de Hondarroa, vicario que había sido del P. Francisco de Jerez, y continuó las obras que este había empezado en la Iglesia, ocupando en ella el insigne Murillo, como en su vida diremos.

Su Vicario Provincial.

Aparte de estas noticias, no hallamos en los antiguos manuscritos otras del año 1667 más que la defunción de los religiosos que en él murieron, de los cuales debemos hacer mención, advirtiendo antes que el necrologio trae juntos los difuntos del año 1667 y 1668, sin especificar cuales pertenecen á uno y cuales á otro.

Otras noticias

En primer lugar trae la muerte del V. P. Plácido de Belicena, que murió mártir de Cristo en la misión de Caracas macheteado por los indios infieles, como decimos en su vida inserta en el libro de las misiones. Siguen la del V. Padre Agustín de Ronda, y P. José de Málaga fallecidos gloriosamente en las misiones de Sierra Leona, como puede verse en el mismo libro, donde ponemos la fecha exacta de sus fallecimientos, que no es ni con mucho esta que le señala el necrologio, el cual tiene en tercer lugar la del P. Bernardo de Sevilla que murió en Cartagena de Indias, después de haber trabajado mucho en la conversión de los indios gentiles.

Muertos ilustres.

En la Provincia murieron también varios religioses como ahora diremos: en Motril el P. Valentín de Granada; en Cabra el hermano Fr. Domingo de Sevilla; en Córdoba Fr. Crisóstomo de Antequera; en Alcalá el P. Fr. Bernardo de Baena; en Sevilla el Corista Fray Antonio de Durango y los PP. Lorenzo de Granada, Francisco de Córdoba y Juan Francisco de Vélez. En Ecija el P. Matías de Ecija y el corista Fr. Baltasar de Cabra. En Málaga el P. Fulgencio de Granada, segundo de este nombre, y el P. Sebastián de Antequera; y en Antequera el P. Crisóstomo de Brujas y el hermano Fr. Francisco de Guadix.

Mas muertos.

En Granada falleció en nuestro convento el P. Fr. Andrés de Granada, Predica-

dor, que se llamó en el siglo Juan Gerónimo Hurtado de Velasco y Barradas; fué hijo de Gaspar Hurtado de Velasco y de D.ª Isabel de Barradas, y Nieto del Licenciado Gaspar Hurtado de Velasco, Fiscal del Consejo de S. M.: siendo él de edad de 18 años tomó el hábito en Granada el día 30 de Noviembre de 1624 y profesó en el año siguiente de 1625 en el mismo convento. Siguióle en la jornada á la eternidad en el mismo convento el hermano Fr. Antonio de Ecija, religioso lego, que en el siglo se llamó Antonio Díaz, y fuè hijo de Antonio Alfonso y de Susana Díaz. Y es de advertir, que se le puso de Ecija, sólo por haber estado algunos años en aquella Ciudad; pero fué natural del Lugar de Francoso en el reino de Portugal, de donde también eran sus padres, como consta de las informaciones que se le hicieron para darle la profesión. Tomó el santo hábito en Antequera día 8 de Septiembre de 1642, y profesó en el convento de Granada el año siguiente de 1643.

El P. Andrés de Granada.

En Cádiz fallecieron el P. Isidoro de Jerez y el hermano Alonso de Vélez; que fué hijo de una esclarecida familia de aquella Ciudad. Llamóse en el siglo Antón de Trasierra, hijo de Juan López Trasierra y de D.ª Isabel Rodríguez de Braña; y aunque de su vida nada hallamos anotado en el Archivo de la Crónica, sabemos, no obstante, que fué muy santa y muy fecunda en trabajos pade-

Fr. Alonso de Vélez.

cidos por Dios, pues, como decimos en el libro de las misiones, éste fué uno de los religiosos legos, que pasaron á la misión de Guinea, y de allí á Cartagena de Indias; y luego á la misión de Uraba, donde trabajó mucho en compañía del Venerable P. Fr. Luis de Priego, y del Venerable P. Fr. Diego de Guadalcanal; y como estos fueron méritos que tendría Dios muy presentes, para premiarlo, no es justo que los hombres los olvidemos; para que teniendo noticias del fervor y celo con que nuestros antepasados se empleaban en servir á Dios y al prójimo, nos esforcemos á imitarlos. Por eso hablamos más largamente de esos operarios evangélicos en el libro citado, que Dios mediante se imprimirá después del presente.

Sus trabajos apostólicos.

Su santa muerte.

Por último, en este mismo año falleció también en el Convento de Cádiz un bendito hermano lego, al cual vamos á dedicar el capítulo siguiente:





CAPITULO II

Vida del V. Fr. Bartolomé de Granada

Ya dijimos en el libro primero de esta historia, escribiendo la vida del Venerable Fr. Bernardino de Granada, que tuvo éste un hermano gemelo llamado Fernando, y que ambos fueron hijos legítimos de D. Lópe de Salazar y D.ª Jerónima de Castro. Estos afortunados padres criaron á los dos mellizos en el santo temor de Dios, y así como nuestro Bernardino salió desde pequeño inclinado á la religión, Fernando salió por el contrario inclinado á las armas y á la grandeza de la Corte, por lo cual sus padres lo colocaron en ella, cuando tuvo la edad competente. Su niñéz.

Allá estaba el joven Fernando expuesto á mil peligros, cuando profesó su hermano Fr. Bernardino en el convento de Granada, y viendo este que su madre lloraba mucho aquella tarde, hubo de preguntarle: Madre, ¿qué lágrimas son esas? Cuando Vd. debía estar llena de júbilo al ver que un hijo suyo se ha consagrado á Dios en una religión tan santa, ¿muestra V. sentimiento? Pero la santa madre le respondió pronta: Hijo, no lloro por verte á tí en el estado que con tanto gusto mío has elegido; lloro sí, al acordarme de que siendo Fer- Se vá á la Corte.

nando hermano tuyo, él esté entre los bullicios y peligros de la Corte, expuesto á padecer espirituales ruinas, cuando tú libre de ellas te hallas de Dios favorecido en haberte anumerado por familiar suyo, entre religiosos tan santos. Consoló á su buena madre nuestro recién profeso, diciéndola que enjugase las lágrimas, pues no se pasarían muchos años sin que viese á su hijo Fernando vestir el hábito Capuchino y profeso también. Y como entonces su hermano no pensaba en tal cosa, y luego se vió el pronóstico cumplido, se creyó que Dios se lo había revelado en la oración y quiso consolar á su afligida madre con esta profecía. Aquí debemos recordar que una de las cosas que pidió Bernardino al Señor, durante su noviciado fué que le diera vocación de Capuchino á su hermano Fernando; y así, mientras este andaba en la Corte de España, sirviendo en el palacio del Rey Católico, con la esperanza de lograr empleo correspondiente á su calidad y facultades, su hermano Fr. Bernardino andaba en la presencia del Rey del cielo, pidiéndole con instancia sacase á su hermano de las vanidades del mundo y le mostrase el camino de las verdaderas honras, retirándole del bullicio á la casa de seguridad y refugio. Pudieron más los deseos de Fr. Bernardino que las esperanzas de su hermano; pues estando éste muy ajeno de pensar en ser religioso, porque eran otras sus ideas, de pronto se halló interiormente

Profesa su H.º Fray Bernardino.

Profecía y oración de éste.

tan movido á ser religioso de nuestra Orden, que no pudiendo resistir á la eficacia de la vocación, determinó vestir nuestro hábito.

Vocación de Fernando.

Esta determinación la tuvo muy oculta á su familia; pero la comunicó al Marqués de Moya, íntimo amigo suyo y bienhechor nuestro, que á la sazón se hallaba en Valencia empleado en servicio del Rey; y el Marqués le escribió diciendo que luego al punto se partiese allá, que él alcanzaría con los RR. PP. de aquella provincia, que lo favorecían mucho, el que lo recibieran.

No tardó nuestro Fernando más tiempo para ponerse en camino, que el muy preciso para disponer su marcha. Llegó á Valencia, y pasando con su amigo el Marqués de Moya, á solicitar el logro de sus deseos, halló las puertas cerradas, y tanto, que echando el resto el Marqués, con ser tanto su valimiento, en esta ocasión nada pudo, porque los Padres respondían, que pues en Andalucía tenía un hermano Capuchino, viniese á tomar el hábito acá, por cuya razón se vino nuestro Fernando á Granada.

Algo se extrañó al principio su venida; pero luego que declaró á su hermano el motivo de haber dejado la corte y el ánimo resuelto que tenía de hacerse Capuchino, celebraron todos los PP. su resolución, y haciendo los religiosos reflexión de las palabras con que Fr. Bernardino había consolado á su madre, conocieron que había hablado con espíritu

Vuelve á Granada.

profético. Participó él á su madre y parientes sus intentos, y haciendo la misma reflexión que los religiosos habían hecho, alabaron al Señor, que sabe revelar sus secretos á los pequeños.

Pide el hábito.

Dispusiéronse con brevedad las cosas, y tomó el santo hábito, dos meses antes de que muriese su hermano Bernardino, concediéndole Dios á éste el verle Capuchino antes de morir, con lo que quedaron también enjutas las lágrimas de sentimiento que vertía la dichosa madre. Dispuestas todas las cosas, el día 5 de Abril de 1619 tomó el hábito para religioso lego nuestro Fernando, siendo de edad de 22 años, en el convento de Granada, de mano del P. Bernardino de Segovia, tomando el nombre de Fr. Bartolomé, y profesó en Antequera en 6 de Abril de 1620, en manos del P. Marcos de Toledo. (Cron. de Cádiz 155.)

Entró en la religión por las súplicas de su bendito hermano y ya desengañado del mundo, manifestando desde luego lo que sería en adelante; porque el porte que tuvo en el noviciado fué de muy provecto y adelantado en el camino de la virtud, á lo que le ayudó mucho lo claro de su talento, su mucha madurèz y su natural compostura. Fué profundísima su humildad, y su obediencia tan rendida y ciega, que jamás ni de novicio ni de profeso le costó la más leve repugnancia ejecutar no ya los preceptos, sino las mínimas insinuaciones de los prelados. Cumplido su noviciado, en el que á

Su noviciado.

los dos meses con corta diferencia, tuvo el quebranto de hallarse en la muerte de su santo hermano, la que llevó con gran conformidad, hizo su profesión; y como conoció se le aumentaban las obligaciones, se dispuso con nuevos y mayores bríos á su más exacto cumplimiento. Era su abstinencia admirable, y haciéndole cruda guerra á su carne, la mortificaba con extrañas penitencias, conociendo que este medio es muy proporcionado para conservar la pureza, en la que resplandeció siempre. En la oración era contínuo; y como es la fragua en donde el corazón se inflama en el fuego del amor divino; él se encendía tanto en ese amor, que más parecía Serafín abrasado, que hombre de carne mortal vestido. Su profesión.

Aplicolo la obediencia al ejercicio de limosnero, en el que se portó como un San Félix de Cantalicio, y en él se mantuvo, hasta que por sus muchos años lo hicieron los prelados portero del convento de Cádiz; y aunque dejó las alforjas, no por eso perdió el nombre y oficio de limosnero, porque lo fué siempre, aunque de diversas maneras; pues si antes pedía limosna, y recogía la que los fieles daban para mantener á los pobres religiosos, siendo portero repartía limosnas para socorrer á los pobres desvalidos. Fué singularísimo en la práctica de esta virtud, no obstante las muchas pesadumbres y desazones que esto le causaba. Acostumbró siempre, cuando hacía los habitos, formar la manga del brazo Sus virtudes.

izquierdo notablemente más ancha que la otra, para meterse en ella cuanto encontraba, ya en el refectorio, ya en la cocina de la comunidad, ya en la enfermería, donde se entraba al disimulo, y como hallase algún pedazo de pan, ó algunas berzas de las que sobraba á los religiosos, á un volver de cabeza teníalo ya en la manga. Cuán grata le hubiese sido á Dios esta caritativa vigilancia, con que buscaba y escondía cosas para socorrer á los pobres, lo manifestó su Majestad muchos años después de haber fallecido, como luego diremos. (Id. 156.)

Su caridad.

Lleno de años, pues contaba ya setenta y uno, y rico de merecimientos, lo llamó para sí el padre de las Misericordias para darle el galardón eterno. En el año de 1668, hallándose gravemente accidentado, le avisó el médico del peligro, pero el varón de Dios nada se conturbó, antes sí, con gran serenidad de ánimo, pidió se le administrasen los santos Sacramentos, los que recibió con tanto fervor y devoción, que movió á ternura á los religiosos todos, causándoles espiritual consuelo. Agravóse el accidente, y advirtiendo lo acelerado de su respiración, acudieron todos los religiosos á asistirle, creyendo que empezaba á luchar con las ansias de la muerte; pero nuestro Fray Bartolomé, queriendo hasta la última hora practicar la caridad, dijo á los religiosos que él aun no se moría, que se retirasen á descansar, y lo dejasen sólo con el hermano Esteban de Sacatecas, que

Su última enfermedad.

fué un donado de especialísima virtud y ejemplar vida. Los religiosos, conociendo la virtud del enfermo, sospecharon, si sabría la hora de su muerte, cuando hallándose al parecer tan cerca de ella, les instaba á que se recogiesen; y con esta confianza se retiraron.

Supo la hora de su muerte.

Quedóse sólo con el hermano donado nuestro enfermo, y después de haber estado suspenso mucho rato como en dulce éxtasis, le dijo al hermano Esteban que llamase con prontitud á la Comunidad, por que ya instaba la hora de su muerte. Así sucedió, pues luego que estuvieron juntos los religiosos entregó su alma bendita en manos de su Criador, con lo cual se certificaron de la sospecha, que tenían concebida de que el Señor le había revelado la hora de su muerte. Quedó el cadáver hermoso, tan flexible y con tanta suavidad en sus carnes, como si fuesen de un tierno infante. Divulgada la noticia del tránsito del siervo de Dios, fué innumerable el concurso de la gente que llegó á venerar, al que todos tuvieron en opinión de Santo. Diósele sepultura en la bóveda de la capilla de San Félix, que entonces se llamaba del Santo Cristo; y pasados muchos años se ofreció enterrar á otro religioso en el mismo lugar: bajaron á la bóveda el P. Ambrosio de Baza (que era estudiante entonces), y el hermano Fr. Ignacio de Sevilla, religioso lego; repararon en el cadáver de Fr. Bartolomé y advirtieron que, estando todo el hábito reducido á cenizas, só-

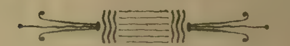
Su sepultura.

lo la manga izquierda estaba entera, y tanto, que no le había tocado la menor corrupción; sino que se conservaba tan fuerte como lo estaba el día que lo enterraron. (Cron. de Cádiz 158.)

Prodigios en ella.

Reflexionó el hermano Fr. Ignacio, que aquella manga era en la que el siervo de Dios recogía los pedazos de pan y todo cuanto hallaba para socorrer á los pobres; y creyó que quiso el Señor manifestar con aquel prodigio cuán grata le había sido la caridad que el siervo de Dios tuvo con los pobres, pues lo evidenció con haber librado de la corrupción aquella manga en tantos años. No consta ni hay por donde poder justificar con evidencia cuantos años pasaron; pero á lo menos se infiere que fueron de 14 á 16, porque el siervo de Dios, como hemos dicho, murió y fué sepultado en el año de 1668; y el P. Ambrosio no estuvo de estudiante en Cádiz, hasta 1681: pero, aunque no hubiesen pasado tantos años, bastaba para atribuirlo á prodigio, el que habiéndose consumido y reducido á cenizas todo el hábito, solo se conservó entera aquella manga. Consignado este prodigio, sigamos el hilo de nuestra historia.

A qué se atribuyó.





CAPÍTULO III

De los difuntos y capítulos que hubo en la Provincia desde 1669 á 1672

Elegido definidor general nuestro P. Francisco de Jerez en Mayo de 1667 siguió rigiendo la provincia, como verdadero Provincial y comisario general cuando estaba en ella, y por medio de un vicario, cuando estaba ausente; hasta que terminando su tiempo se convocó el Capítulo provincial, el cual se hizo en la forma que indica la siguiente tabla del Capítulo Provincial celebrado en Sevilla el 18 de Octubre 1669. Elecciones.

Provincial

M. R. P, José de Campos

Definidores

M. R. P. Francisco de Alcalá.
" " " Antonio de Hondarroa.
" " " Leandro de Antequera.
" " " Basilio de Viana.

Secretario de Provincia

R. P. Sebastián de Santillana

Guardianes

R. P. Jerónimo del Moral — Sevilla.
" " Gabriel de Vélez — Granada. Elegidos.
" " Buenaventura de Ocaña — Antequera.
no consta el de — Málaga.

	„ „ Basilio de Granada.	Jaén.
Guardianes.	no consta el de	Andújar.
	Idem el de	Castillo.
	Idem el de	Ardales.
	R. P. José de Ica.	Alcalá.
	no consta el de	Córdoba.
	R. P. Pedro de Gibraltar.	Ecija.
	„ „ Eugenio de Granada	Vélez.
	„ „ José de Santa Olalla.	Sanlúcar.
	„ „ Baltasar de Granada.	Cabra.
	„ „ Antonio de Córdoba.	Cádiz:
	„ „ Mauro de Granada.	Motril.
	„ „ Antonio de la Parra	Marchena.
	no consta el de	Ubrique.
	Idem el de	Jerez.

Casi al mismo tiempo que se celebró este capítulo en Sevilla pasó á gozar de Dios en el mismo convento el V. P. Antonio de Sanlúcar, varón insigne en virtud y predicador celebérrimo, cuya vida se ha perdido; y así no podemos decir de él otra cosa, sino que la Provincia lo tiene en la lista de sus venerables, esto es, de los religiosos que fallecieron en ella con santidad extraordinaria. Le acompañó en la misma jornada el Padre Agustin de Sevilla, que murió en Sanlúcar, el hermano Fr. Diego de Jaén que falleció en el convento de su patria, Fray Cecilio de Cazorla y expiró en el de Antequera y Fr. Andrés de Archidona que murió en el de Marchena.

Un V. deseo nacido.

En el de Granada pasó á mejor vida el P. Gaspar de Granada, que se llamó en el siglo D. Pedro de Carbajal, y fué hijo

de D. Alonso de Carbajal y de D.ª Isabel Ramírez de Mendoza, uno y otra de las más esclarecidas familias de dicha ciudad. Siendo pues D. Pedro de 19 años de edad, tomó el santo hábito en aquel convento día 16 de Marzo de 1642 y profesó en el mismo el siguiente año de 1643. Acompañóle en la carrera, que todo el que nace ha de cursar, el P. Fray Pedro de Granada, predicador; llamóse éste en el siglo Diego de Castro, y fué hijo de Pedro de Castro y de D.ª Isabel de Castro, el cual siendo de edad de 19 años tomó el hábito nuestro en aquella ciudad día 13 de Abril de 1619 y profesó en el siguiente año de 1620. Muy desde luego empezó á dar testimonio de lo verdadero de su vocación, porque su compostura y modestia religiosa fué tanta desde el primer día que se le vistió el santo hábito, que causó á todos admiración y mucho más cuando fueron experimentados lo profundo de su humildad y obediencia ciega. Después de profeso, lo pusieron á estudiar; pero él tomó con más veras y afición el estudio de las virtudes, que el de las letras, y aunque en estas salió un filósofo, y teólogo común, en las máximas de espíritu, salió muy consumado. Y como los PP. de la provincia conocieron la solidez de su virtud y el celo con que procuraba que se conservase sin el menor menoscabo la observancia regular, lo hicieron muchas veces Prelado de varios conventos. Mientras lo fué, trató á sus súbditos con dulzura

Otro religioso insigne.

Sus virtudes.

mucha; y aunque para consigo mismo era rígido y austero, no por eso les negaba alivios necesarios. Fué observantísimo de la pobreza santa: en la asistencia al coro y demás actos de Comunidad fué puntualísimo: su oración fué al parecer contínua, pues siempre andaba retirado del comercio de los seglares y aun de los religiosos. Tenía en su celda la imagen de un Niño Jesús, durmiendo sobre una calavera, y este era su enamorado, á quien decía muchas ternezas, expresivas de su amor; á la que el niño le correspondía muchas veces cariñoso, como lo testifican algunos religiosos que lo oyeron. Con estos, y otros favores que el Señor le comunicaba en la oración, se fué preparando y disponiendo, para el viaje á la eternidad, hasta que á los 69 años de su edad y 50 de capuchino enfermó, gravemente; y habiendo recibido los Santos sacramentos descansó en el Señor, dejando muchas señales de su eterna felicidad. (Cron. de Gran. 372.)

Sus muchas virtudes

En el convente de Cádiz falleció en el mismo año el P. Dionisio de Còrdoba, predicador, que se llamó en el siglo Don Bernabé de Aguayo hijo legítimo de Don Alonso Aguayo Villalobos, y de D.ª María de Reynoso Maldonado que era de las familias más ilustres de aquella ciudad. También murieron en dicho convento el mismo año de 69 el hermano Fr. Alonso de Martos, religioso lego y el P. Fr. Felipe de Córdoba, predicador. Este llamóse en el siglo D. Cristóbal Ta-

El P. Felipe de Córdoba.

fur y fué hijo de D. Diego Dimas Tafur y de Doña María Melgarejo, que son de las familias principales de aquella ciudad, y descendientes de los caballeros que la conquistaron de los moros. Dicho P. Felipe tomó el hábito y profesó en el convento de los Rdos. PP. Terceros, donde se llamó Fr. Cristóbal de Santa Ana; pero después deseoso de practicar una vida más penitente y austera, con las licencias necesarias hizo tránsito á los Capuchinos, y tomó el hábito en Sevilla el 4 de Febrero de 1643, y en el siguiente hizo su profesión; y teniendo presente el motivo que lo había traido á profesar nuestra vida, niveló la suya tan puntualmente con las costumbres santas de nuestra Religión que fué vivo ejemplar de perfección religiosa, hasta que murió santamente después de celebrado el capítulo de 1669. (Crón. de Cádiz 163.) Su prosapia.

Pocos meses llevaban rigiendo la provincia los superiores elegidos en dicho capítulo, cuando llegó la noticia de haber muerto N. P. General, Fortunato de Cadoro, y poco después la orden de elegir los custodios que habían de ser vocales en el próximo capítulo general, lo cual fué causa de que se hiciera otro capítulo provincial al año de haberse celebrado el antecedente. Convocado á su debido tiempo, y reunidos los PP. Capitulares se procedió á nuevas elecciones en la forma que sigue: Nuevo Capítulo.

Tabla del Capítulo Provincial celebrado en Antequera el 17 Octubre de 1670.

Provincial

Elecciones. M. R. P. José de Campos.

Definidores

R. P. Antonio de Hondarroa.
„ „ Basilio de Viana.
„ „ Buenaventura de Antequera.
„ „ Juan de Antequera.

Custodios

R. P. Buenaventura Luis de Sevilla
„ „ Buenaventura de Ocaña.

Secretario Provincial

R. P. Sebastián de Santillana.

Guardianes

R. P. Francisco de Luque.	Antequera.
„ „ Gabriel de Vélez.	Granada.
„ „ Jerónimo del Moral.	Sevilla.
no consta el de	Málaga.
R. P. Basilio de Granada.	Jaén.
no consta el de	Andújar.
R. P. Eugenio de Granada.	Vélez.
no consta el de	Castillo.
Idem el de	Ardales.
R. P. Basilio de Cabra.	Alcalá.
no consta el de	Córdoba.
R. P. Pedro de Gibraltar.	Ecija.
no consta el de	Sanlúcar.
R. P. Hermenegildo de Sanlúcár.	Cabra.
„ „ Leandro de Antequera.	Cádiz.
no consta el de	Motril.
R. P. Baltasar de Granada.	Buensuceso.
„ „ Antonio de la Parra.	Marchena.
Guardianes. no consta el de	Ubrique.
Idem el de	Jerez.

En el mismo año que se celebró este capítulo en Antequera murieron en aquel convento el P. Agustín de Antequera y el hermano Fr. José de Vergara; en el de Córdoba el P. Gabriel de Granada; en el de Alcalá el hermano Fr. Gregorio de San Sebastián, en el de Andújar el P. Francisco Antonio de Andújar, en el de Sanlúcar el P. Buenaventura de Bolduque, y en el de Sevilla el corista Fray Bernardino de Ecija y el V. P. Teodoro de Bruxelas. Este fué á nuestras misiones de Africa donde padeció mucho por Dios y por el bien de las almas, como se relata en el libro de las misiones. También murió en este año el P. Antonio de Arriate en las misiones de Sierra Leona, donde quedó cuando regresó á España el predicho P. Teodoro.

Necrología.

Llegó el año 1671, en que celebró la orden capítulo general en Roma á 15 de Mayo, y en él fué elegido por Ministro general el P. Esteban de Cesena, y reelegido definidor general nuestro Rmo. Padre Francisco de Jerez.

Capítulo General.

Perdidos ó extraviados los papeles del archivo, que contenían las noticias referentes á esta época, solo podemos decir de ella que en el predicho año 1671 murió en Alcalá el P. Francisco Félix de Trujillo, en Marchena el hermano Fray Juan de Marchena, y en Sevilla el Padre Francisco de Bolduque y el hermano Fr. José de Arjonilla. La crónica de Granada trae como fallecidos el mismo año en aquel convento otros tres religio-

Muertos insignes.

sos. Fué el primero el P. Fr. Hilarión de Granada predicador, que se llamó en el siglo D. Fernando Tello Girón, y fué de la familia de los Duques de Osuna, el cual, á la edad de 22 años, tomó nuestro santo hábito en Jaén el 27 de Julio de 1639, y profesó en el Convento de Granada el año siguiente de 1640. El segundo fué el hermano Fr. Diego de Alhama, que se llamó en el siglo Diego Fernandez Gasca, y fué hijo de Diego Fernandez Gasca, y de Ana Muñoz, el cual siendo de edad de 22 años tomó el hábito en Granada el 28 de Marzo de 1638, y profesó en el de Jaén el año de 1639. El tercero fué el hermano Fr. Juan de Granada, hijo de Andrés Contreras y Dionisia de Palma, que tomó el hábito en el convento de Granada el 25 de Abril de 1665, profesó en el 1666 y murió en el de 1671. (Cron. de Gran. 374.)

Un Tello Girón.

En este mismo año fallecieron en Antequera otros cuatro religiosos: el primero fué el P. Blas de Granada, el segundo Fr. Francisco de Torrox, el tercero fué el P. Pablo de Antequera, y el cuarto el P. Francisco Antonio de Córdoba, del cual, por haber tomado el hábito en la provincia de Castilla, solo sabemos lo que el P. Isidoro de Sevilla dejó escrito de él en el apunte que sigue:

El P. Francisco Antonio de Córdoba.

Fué este P. de la nobilísima Casa y familia de los Marqueses de Priego. Crióse en Córdoba, si con la buena educación y fausto correspondiente á su nobleza, de distinto modo que suelen criarse los que

son iguales á él en calidad y caudales, porque sin hacer caso del fausto y ostentación mundana, y sin dejarse llevar de las sensualidades y torpezas, á que inclina la libertad de la crianza y el manejo de dineros, él siempre se conservó puro, y despreciador heróico del mundo y de sus vanidades. Pasó á Madrid, siguiendo allí el modo de vivir que había comenzado, hasta que últimamente, para asegurarse más en el camino de su salvación, huyendo de los tropiezos de la Corte, se refugió al puerto seguro de la religión de los Capuchinos, tomando el hábito en la provincia de Castilla. Su crianza.

Después de profeso, se prohijó en esta provincia de Andalucía, obteniendo para ello las precisas licencias; aquí se portó siempre fiel observante de la pobreza santa, sin haber jamás admitido cosa alguna que oliese á curiosidad supérflua, y para que en todo sonase á sus oídos esta virtud heróica, quiso hasta en el nombre gozarla llamándose á sí mismo Juan Pobre, complaciéndose mucho en oir que los religiosos le diesen también este nombre; y así vino á introducirse, de modo que más era conocido por el nombre de Juan Pobre, que por el de Francisco. Su humidad fué profundísima, tanto que para él eran las delicias más apreciables estar ocupado y ejercer los empleos más contemptibles en las comunidades, deseando siempre que lo tuviesen todos por inútil é inhábil para todo, y como estando en la Corte fuese Su amor á la pobreza.

frecuentado y visitado de muchos grandes de España, que se preciaban de parientes suyos, le era de suma mortificación el verse tan favorecido y honrado; y por huir estos aplausos, solicitó hacer el tránsito á esta provincia, donde sucedió que, habiéndosele puesto de familia en el convento de Marchena, en ocasión que se hallaba viviendo allí el Duque de Arcos, como este Señor le diese tratamiento de pariente y le hiciese los mismos cortejos, pidió con humildad á N. M. R. P. Provincial que lo mudase á otro convento. Envióle el P. Provincial la obediencia para el convento de Cabra; pero luego que llegó á él, se halló cortejado y atendido del Duque de Sesa, que á la sazón se hallaba en su palacio, dándole también el tratamiento de pariente, por lo que de nuevo manifestó su desazón al M. R. P. Provincial, quien le envió obediencia para que fuese á vivir á nuestro convento de Málaga, lo que ejecutó al punto.

Su humildad.

Dijo un discreto, que la honra es de la propiedad de la sombra, pues sigue al que la huye, y huye del que la sigue; sucedióle así á nuestro Fray Francisco, pues, huyendo de ser honrado y solicitando vivir desconocido, en todas partes se hallaba favorecido y honrado; pues, apenas llegó á Málaga, cuando sabiendo el Conde de Cifuentes que á la sazón estaba allí, fué á visitarlo, dándole el tratamiento de Tío, con lo que en aquella ciudad tuvo más estimaciones que en

Huye de las honras.

otra parte alguna, por lo que mortificado suplicó de nuevo á N. M. R. P. Provincial le sacase de allí; habiéndosele oído decir muchas veces que quisiera haber nacido de padres pobres y humildes, para verse libre de aquellos aplausos.

Su mortificación.

Púsole la obediencia en Antequera donde vivió algún tiempo como lo deseaba, para darse sin estorbo alguno á la contemplación de las cosas celestiales, pues todos sus recreos los cifraba en la oración. Mortificaba no solo sus sentidos exteriores, sino también con ásperas penitencias su carne, no obstante que estaba gravado de intensísimos dolores, que lo traían siempre falto de salud. Fué fama común que habiendo conservado su virginidad intacta entre las delicias del mundo, la conservó siempre pura hasta la muerte. Alcanzole esta en el convento de Antequera, donde agravándosele los accidentes, se le administraron los Santos Sacramentos, que recibió con mucha devoción, y con ellos fortificado salió de este valle de miserias á gozar el premio de sus virtudes. (Cron. de Ant. 203.)

Su santa muerte.





CAPITULO IV

Más difuntos y más capítulos provinciales

Capitulo Provincial.

Todas las noticias que hemos podido recoger de la época que vamos narrando, se reducen á la tabla de los difuntos y á la de los capítulos provinciales. El del año 1672 se celebró en Sevilla el 14 de Octubre, y en él se hicieron las elecciones siguientes:

Provincial

M. R. P. Antonio de Hondarroa.

Definidores

M. R. P. Buenaventura de Antequera.
" " " Leandro de Antequera.
" " " Buenaventura de Ocaña.
" " " Juan de Antequera.

Secretario Provincial

R. P. José de Santa Olaya.

Guardianes

Elecciones.

R. P. Buenaventura Luis de Sevilla.	Sevilla
" " Antonio de Granada.	Granada.
" " Francisco de Luque.	Antequera.
no consta el de	Málaga.
R. P. Basilio de Granada.	Jaén.
no consta el de	Andújar.
R. P. Silvestre de Carmona.	Castíllo.
no consta el de	Ardales.

R. P. Basilio de Cabra.	Alcalá.	Guardianes.
„ „ Juan de Antequera.	Córdoba.	
no consta el de	Ecija.	
Idem el de	Vélez.	
Idem el de	Sanlùcar.	
R. P. Hermenegildo de Sanlúcar.	Cabra.	
„ „ Hermenegildo de Sevilla.	Cádiz.	
no consta el de	Motril.	
Idem el de	Marchena.	
Idem el de	Ubrique.	
R. P. Antonio de la Parra.	Jeréz.	

Religiosos difuntos.

En el año 1672 fallecieron en Sevilla cinco religiosos que fueron los PP. Francisco y Pablo de Sevilla, el P. Francisco de Canarias, Fr. Atanasio de Granada y el P. Raimundo, de la misma ciudad. En Málaga murieron tres, que fueron el P. Gregorio de Málaga, el corista Fray Diego de Ubeda, y el hermano Fr. Pedro de Cómpeta. En las misiones de Caracas falleció santamente el P. José de Antequera, cuarto de este nombre. En Cabra murieron los PP. Martín de Sigüenza y Juan de Alcalá; en Madrid falleció el P. Buenaventura de Ugijar, y no sabemos que asunto le llevó allí; en Jaén el hermano Fr. Diego de Motril y el P. Félix de Génova; en Vélez el hermano Francisco Félix de Vélez; en Marchena el P. Jacinto de Priego; en Jeréz el P. Angel de Vejér; en Ardales el hermano Fr. Antonio de Villanueva, y en Granada el hermano Fr. Juan de Alcocer y el corista Fr. Antonio de Guadix. De estos dos sabemos que el primero se lla-

mó en el siglo Francisco Ruíz, y fué hijo de otro Francisco Ruíz y de Catalina López, y siendo de edad de 29 años tomó nuestro Santo hábito en el convento de Granada el día 4 de Julio de 1638, y profesó en el convento de Jaén el mismo día del año siguiente. El segundo se llamó Manuel de la Cruz Ortíz, tomó el hábito de edad de 17 años en Granada el 19 de Mayo de 1669, profesó el setenta y murió el 72.

Su necrología.

En el año 1673, trae el necrologio los difuntos de la provincia por el orden siguiente: El P. Tomás de Granada en Jaén, el P. Gabriel de Vélez en Vélez, el hermano Fr. Bernardino de Montilla en Jaén, el P. Fr. Lorenzo de Pozo-rubio en Sanlúcar, el P. José de Linares en Andújar, el hermano Fr. Francisco de Baeza en Baeza, el hermano Fr. Buenaventura de Motrico, corista, en Castillo de Locubín, y el hermano Fr. Pedro de Navarra en Cádiz.

En el siguiente año de 1674, cerraron en el convento de Granada el período de la vida temporal tres religiosos. El primero fué el hermano Fr. Buenaventura de Zafra, religioso lego, que se llamó en el siglo Pedro Pérez; fué hijo de Gonzalo Pérez, y de María Fernández, vecinos de la Peza, y siendo de edad de 30 años tomó el hábito en Granada el día 26 de Mayo de 1669, y profesó el siguiente en el mismo convento. El segundo fué el hermano Fr. León de Granada, religioso lego, (aunque en las tablas de los di-

Más difuntos

funtos de la provincia, se dice por equivocación que fué corista): llamose en el siglo Tomás Cornejo, hijo que fué de Pedro Fernández Cornejo y de doña María de Córdoba, el cual siendo de 35 años de edad, tomó nuestro Santo hábito en Andújar el día 15 de Mayo de 1636, y profesó en el mismo convento el siguiente año de 1637. El tercero fué el R. P. Fray José de Granada, predicador y ex-definidor; llamose en el siglo Juan de Ojeda, y fué hijo de Juan de Ojeda y de doña María de Jesús Suárez; el cual siendo de edad de 16 años tomó nuestro santo hábito en Granada el día 2 de Marzo de 1625, y profesó en el mismo convento el siguiente año de 1626. Fué varias veces Custodio, Guardián de varios conventos y Difinidor de la provincia.

Una equivocación.

En Sevilla murió el V. P. Diego de Guadalcanal, cuya vida omitimos aquí por tenerla escrita en el libro dedicado á las misiones; y poco después le siguió el P. Antonio de Arnedo, en el mismo convento. En el de Sanlúcar falleció el hermano Fr. Lucas de Alcalá, en el de Antequera el P. Pedro de Mérida, en Mámora el P. Antonio de S. Miguel, en Madrid, donde fué enviado por los Superiores, el hermano Sebastián de Segovia, y en Ardales el P. Francisco de Jaén, segundo de este nombre, los coristas Sebastián de San Vicente y Francisco de Sevilla, y el hermano Fr. José de Loja.

Otros muertos.

En el año 1675, se celebró capítulo en Sevilla el día 20 Septiembre y en él se hicieron las elecciones siguientes:

Nuevas elecciones.

Provincial

M. R. P. José de Campos

Definidores

M. R. P. Juan de Antequera.
„ „ „ Buenaventura de Antequera
„ „ „ Cristóbal de Málaga
„ „ „ Mauro de Granada.

Custodios

1.° No consta.
2.° R. P. Antonio de Córdoba.

Secretario Provincial

M. R. P. José de Balmaseda.

Guardianes

Guardianes.

M. R. P. Buenaventura de Ocaña;	Sevilla.
„ „ Alonso de Cáceres,	Granada
„ „ Francisco de Ecija,	Antequera.
„ „ Cristóbal de Málaga,	Málaga.
no consta el de	Jaén.
Idem el de	Andújar.
„ „ Silvestre de Carmona,	Castillo.
no consta el de	Ardales.
Idem el de	Alcalá.
„ „ Juan de Antequera.	Córdoba.
no consta el de	Ecija.
Idem el de	Vélez.
„ „ José de Santa Olaya,	Sanlúcar.
„ „ Baltasar de Granada,	Cabra.
„ „ Buenaventura de Antequera,	Cádiz.
„ „ Buenaventura de Archidona,	Motril.

no consta el de Marchena.
Idem el de Ubrique.
„ „ Antonio de la Parra, Jerez.

En el dicho año de 1675 murieron en la Provincia cuatro PP. y un corista: el primero fué el P. Francisco de Molina, que acabó sus días en nuestro convento de Sevilla; el segundo nuestro M. R. Padre Basilio de Antequera, que falleció en el de Cádiz, donde se retiró acabado su provincialato, por más que el necrologio dice equivocadamente que murió en Sevilla: el tercero fué el P. Cristóbal de Jaén, que terminó su carrera en el convento de Alcalá, y el cuarto el Padre Francisco de Granada, que falleció en el de Jaén. A éstos hay que añadir el corista Fr. Melchor de Casares, de cuyas virtudes hallamos escrito lo que se dirá en el capítulo siguiente.

Difuntos del año 1675.





CAPITULO V

Vida del V. Fr. Melchor de Casares, Corista.

Aunque el siervo de Dios Fr. Melchor, nació en Casares, de padres honrados y virtuosos, vino siendo muy pequeño á Sevilla, y allí se crió. La docilidad de su genio y las bendiciones con que el cielo lo había prevenido, lo inclinaron al santo temor de Dios y á estudiar su ley Santa, para observar puntualmente sus preceptos y aborrecer los vicios. Con este objeto huyó siempre de la amistad y concurrencia con los demás muchachos, sin que jamás pudiesen reducirlo estos á que los acompañase en sus comunes entretenimientos, siendo su diversión total, y en la que hallaba suma complacencia, asistir los ratos, que por las mañanas y tardes tenía desocupados, á los divinos oficios y á rezar en los templos. (Cron. de Gran. 379.)

Su infancia.

Así se adelantaba nuestro Fr. Melchor en edad y en virtud solo y retirado; pero quiso Dios proporcionarle un compañero para que ayudado el uno del otro lograsen con más facilidad mayores incrementos en el camino de la perfección. Luego que los dos se manifestaron el uno al otro con ingenuidad sus deseos,

Sus juegos de niño.

deliberaron establecer una vida tan superior en lo natural á sus juveniles fuerzas, que pudiera haber rendido á la naturaleza más robusta, si el que es Omnipotente é infinitamente sabio no les hubiera asistido con especial providencia, atendiendo al fin con que ciegamente obraban. Todos los días visitaban á los enfermos de los hospitales, y se ejercitaban en limpiarle los vasos inmundos, y en hacerles las camas, consolando á los que se hallaban más afligidos, y socorriéndolos con cuanto podían en sus necesidades, lo que ejecutaban con tan fervorosa caridad que, en viéndolos entrar en las salas los enfermos, recibían tanto alivio, como si entraran dos ángeles. Las otras horas primeras de la mañana las empleaban en asistir á las Iglesias, oir misas, y tener tiempo determinado de oración, sacando de ella el fervor con que luego se ejercitaban en obras de caridad y en ejercicios espirituales. La noche la gastaban parte en rezar el santísimo rosario y otras devociones; parte en meditar las verdades eternas, sacando, de aquellas conversaciones cuanto necesitaban, para mortificar sus pasiones, y nuevos fervores para continuar el camino, que habían empezado. El tiempo que concedían á sus cuerpos para el descanso en la noche era muy preciso; y las mas veces les servía de cama el duro suelo. Establecieron también, los días en que habían de confesar y comulgar; lo cual ejecutaban con tanta ternura y de-

Sus ejercicios de piedad.

Su santa vida.

vocion, que despertaban á cuantos los veían vivas ansias de imitarlos, siendo en toda la Ciudad común ejemplo la vida de aquellos dos siervos de Dios.

Sus confesiones.

Maceraban sus delicadas carnes con ásperas disciplinas, buscando para hacerlas sitios ocultos y escusados. La comida era igualmente parca, y solo la que necesitaban para conservar sus vidas. Para aprovechar con mas fruto de sus almas el tiempo santo de la cuaresma, se retiraban á Sierra morena, donde sirviéndoles de albergue una opaca gruta, la pasaban como penitentes solitarios, manteniéndose con yerbas crudas, entregados del todo á la oración y contemplación de las cosas celestiales; y pasado aquel tiempo se volvían á la ciudad á continuar sus santos ejercicios. Así vivieron el espacio de tres años, hasta que á fines del de 1671 le ofreció el Señor á Fr. Melchor un grandísimo quebranto, y fué que para premiar á su compañero la solicitud con que le había servido, lo llamó para sí por medio de una enfermedad aguda, que muy en breve le quitó la vida. Lloró nuestro Fr. Melchor de su amado y fiel compañero la temprana muerte, si bien no dejó por esto de continuar la observancia de aquel género de vida; pero viéndose solo, determinó dejar el siglo y tomar el hábito de religioso en nuestra Orden Capuchina. Empezó con vivas y eficaces ansias á solicitar el ser en ella recibido, hasta que lo consiguió y tomó el santo hábito á los 19 años

Sus penitencias.

Pide nuestro santo hábito.

de su edad el 16 de Marzo de 1672. Luego que nuestro Fr. Melchor, se halló adornado del seráfico sayal, que lo publicaba hijo del Serafín llagado, conociendo en esto las muchas obligaciones, que tenía de ser santo, propuso con los auxilios de la divina gracia corresponder agradecido á Dios, cumpliendo exactamente con ellas, por lo cual determinó andar siempre con la mente en presencia de Dios, y así lo manifestaba en su interior modestia y compostura. Ejercitábase al mismo tiempo en todo género de mortificación y austeridad, siendo tales sus disciplinas, ayunos y penitencias, que á todos sus connovicios y aun á algunos muy aprovechados profesos, los tenía asombrados; era tan riguroso el trato que daba á su débil cuerpo, que fué preciso le pusiese coto su maestro.

Entra en el noviciado.

Siendo tal su fervor en esta materia, y siendo bastantemente avisado en solicitar su propio aprovechamiento, era tan angelical y tan sencillo que explicando una noche su maestro en las pláticas espirituales que les hacía, lo nocivas que son para el espíritu las tentaciones de la carne, y la vigilancia con que debemos huir de ellas, entendiendo su sencillez y pureza materialmente estas palabras, desde aquel día dejó de comer carne en la mesa. Viendo esto sus connovicios le dijeron al maestro como el hermano Fr. Melchor había muchos días que se quedaba sin comer, pues así que le servían el plato, comía tal ó cual

Su candor angelical.

garbanzo ó las berzas que en él venían, y luego lo apartaba sin probar la carne. El P. Maestro lo llamó, y le reprendió agriamente que sin licencia suya practicase aquel género de mortificación; y preguntándole el motivo que tenía para no comer la carne, le respondió el columbino joven: Padre, desde aquella noche que V. P. nos explicó las tentaciones de la carne, y que el modo de vencerlas es huir y apartarse de ellas; no la he querido comer. Exceso de sencillez parecerá esta contestación que dió Fr. Melchor á las palabras de su Maestro; pero teniendo presente que *stulta mundi elegit Deus, ut confundat sapientes*, debemos venerar los divinos arcanos de su infinita sabiduría, y confundirnos al ver que dotó Dios á esta criatura con tan angelical pureza; pues, como tocó su Maestro, después de haber con sumo estudio examinado la conciencia de Fr. Melchor, jamás supo éste qué cosas fueron movimientos de impureza. Concluido su noviciado profesó en nuestro convento de Sevilla el 18 de Marzo de 1673, y á poco de haber profesado, lo envió la obediencia al convento de Granada, donde continuó su rígida y penitente vida, siendo cristalino espejo en que los religiosos todos se miraban, para aprender á vivir como verdaderos capuchinos. Tres años solos vivió en nuestra religión sagrada, llenándola del buen olor y fragancia de sus heróicas virtudes, y hallándolo Dios en sazón para trasplantar aquella flor á

Su mortificación.

Profesa

los amenos jardines de la eternidad, donde (como piadosamente creemos) se había colocado, le envió un mortal accidente del que postrada su debilitada naturaleza, cayó en la cama, no para que le sirviese de descanso á su mortificado cuerpo, sino para en ella hallar con su mucha paciencia nuevo modo de merecer, y por consiguiente de aspirar á la posesión de los eternos premios.

Lo envían á Granada.

Administráronle los Santos Sacramentos que recibió con mucha devoción suya y edificación de cuantos á aquel acto asistieron; y viendo el prelado que por instantes se iba agravando el enfermo, señaló religiosos para que lo asistiesen constantemente. La noche en que murió, cerca ya de las once, llamó á dos coristas que le asistian y les rogó que se recogiesen un rato, y que en tocando á maitines volviesen. Los coristas, como lo veían tan falto de alientos, que apenas podía por sí solo moverse en la cama, no querian retirarse, por no faltar en tanto padecer á cosa que pudiera darle alivio; pero instándoles encarecidamente Fray Melchor, se retiraron; volvieron á las doce y vieron con asombro que el enfermo había dejado la cama y estaba tendido en el suelo, cruzadas las manos, juntos los piés, puesto el capucho, y el hábito también compuesto, como si con mucho estudio y primor lo hubieran amortajado. Llegaron á él, y hallándolo difunto, quedaron llenos de espanto de ver que los había desviado de su presencia, para

Enferma de peligro

en la muerte imitar á N. S. P. S. Francisco, que quiso morir en el desnudo suelo. Dieron aviso á la comunidad, que vino prontamente, y todos con lágrimas de ternura, decían que el cadáver daba testimonio de la gloria que gozaba ya el alma feliz, que le había informado. Y así quedó viva la memoria de este religioso en la Provincia, y su fama común de santidad duró por mucho tiempo. (Cron. de Gran. 383.)

Su santa muerte.

CAPÍTULO VI

Vida de N. V. P. Bernardino de Granada.

Aún no se habían enjugado las lágrimas que la falta de Fr. Melchor arrancó á los ojos de los que como á Maestro consumado en la ciencia del espíritu lo veneraban, cuando tuvieron nuevo motivo para derramarlas, con la muerte de N. P. Fr. Bernardino de Granada, que falleciò en el mismo convento.

Fué este apostólico varón natural de la nobilísima Ciudad de Granada, de padres muy virtuosos, que se llamaron Juan Delgado y Mariana Díaz de la Puerta. Cuentan que, hallándose ésta embarazada, llegó un pobre desconocido á la puerta de su casa á pedir una limosna. Diósela D. Juan, y luego que la recibió le dió humildes gracias por la caridad que había usado con èl, y le

Su patria y sus padres.

dijo que al niño que trajera su mujer lo llamase Bernardino y lo educase bien, que sería con el tiempo Provincial de los Capuchinos. Todo se verificó á su tiempo, porque nació el infante el día de San Bernardino de Sena, nombre con que se quedó en la religión en memoria del Venerable Fr. Bernardino de Granada, corista, que había fallecido poco tiempo antes que este tomase el hábito, como en su lugar lo diremos. También dice su vida que el mismo día en que nació nuestro Bernardino, le reveló Dios á un monje Cartujo, varón de notoria santidad, que nacía entonces un niño el cual sería á su tiempo un varón apostólico muy del divino agrado, y manifestándole el Señor quien era, le mandó que llamase á su padre y le previniese lo criara con mucho cuidado y vigilancia. De tan estupendos antecedentes se deja discurrir cuán prevenido vino al mundo de bendiciones del cielo, y cuál sería la corona que en él le estaba preparada para premiar sus triunfos.

Presagios de su santidad.

Fué su dichoso nacimiento el dia 20 de Mayo de 1604, y desde entonces se hizo amable á todos cuantos le vieron; porque como Dios lo había escogido para sí, y para que fuese instrumento de su gloria, lo dotó de una hermosura singular, con la que embargaba las atenciones de todos, así propios como extraños. Esto que en el principio fué efecto sólo de la hermosura y gracia natural, que en su semblante mostraba, después

Su hermosa niñez.

Sus aficiones piadosas.

lo fué adquiriendo y granjeando con la docilidad de su genio. Luego que tuvo edad competente para aprender á leer y escribir, lo confiaron sus padres á un maestro, quien desde las primeras lecciones que le dió se impuso en la viveza de sus talentos. Aunque Bernardino era aun niño en los años, no daba muestras de ello en sus obras, pues estas eran como de un hombre muy provecto: huía de toda puerilidad, y toda su diversión la cifraba (los ratos que tenía de recreo), en hacer altares, en formar procesiones, y en predicarles á los otros muchachos que lo acompañaban. Otras veces les preguntaba la doctrina, y si alguno no la sabía, se la enseñaba.

Sus estudios.

Muy joven todavía, lo pusieron sus padres á que estudiase la gramática, la cual aprendió en tiempo muy breve, porque como su primer cuidado lo puso siempre en tener limpia su alma hasta de la más leve culpa, hizo en ella su morada la Sabiduría. Desde que tuvo uso perfecto de razón procuraba oir misa con devoción grande todos los días, máxime desde que empezó á estudiar la gramática. Frecuentaba los Santos Sacramentos con tanto fervor, que excedía su modestia y compostura á lo que es común en tan pocos años. Así se fué ensayando nuestro Bernardino para cuando llegase á tener la edad de tomar el hábito de capuchino, como lo había dicho á sus padres. No les cogió de nuevo á estos la noticia, pues ya la sabían

antes que él naciera, por cuya razón luego que cumplió los 15 años empezaron á tratar de que lo admitiesen en nuestra Orden, como en efecto se realizó, tomando el hábito el 24 de Agosto de 1619, y profesando en el siguiente año de 1620, con gran complacencia de los religiosos, y espiritual consuelo suyo.

Toma el hábito y profesa.

Como desde que nuestro Bernardino tomó el hábito dió señales evidentes, no sólo de su mucha virtud, sino también de la claridad de sus talentos, los PP. de la Provincia lo pusieron á los estudios, y en ellos salió tan aventajado, que fué uno de los más excelentes escolásticos de su tiempo, y de los predicadores de mayor fama, porque Dios lo había dotado de cuantas prendas constitnyen un buen Predicador. Su voz era sonora, su discurrir elevado, su persuasión admirable; pero lo que más embargaba la atención de cuantos le oían era el fervor y apostólico espíritu con que predicaba. Su estudio mayor era la oración mental, en que se ejercitaba casi de contínuo, noche y día, aprendiendo en ella máximas de la caridad más ordenada, tanto para consigo como para sus prójimos; y como cuando empezó á ejercer este evangélico empleo, aún no había cumplido los 24 años, se hacía más plausible su predicación, viéndose resplandecer en ella los fervores de un San Pablo. Por esta causa los PP. de la Provincia deseosos de que aquellas tan elevadas prendas produjesen frutos

Lo hacen predicador.

abundantes en utilídad de la Orden, en el Capítulo que se celebró en Jaén día 29 de Mayo de 1929 que era el 25 de la edad natural de nuestro Fr. Bernardino, lo constituyeron Lector de Artes.

Lo nombran lector.

Tanta fué la prudencia y acierto con que empezó á ejercer su ministerio, tanto lo que aprovecharon con él los estudiantes, y tanto lo que empezó á brillar por su sabiduría, y su virtud, que en el capítulo que se celebró en Granada el día 2 de Julio de 1631, lo eligieron Definidor y Guardián del convento de Antequera. No se engañaron los electo res en el concepto que formaron del don de gobierno que á su siervo le había Dios conferido, y como la experiencia les manifestó sus aciertos en semejante elección, desde entonces siempre lo tuvieron con cargos, ya en la definición, ya de Guardián, ya de Custodio, ya de Comisario General, y tres veces en tres distintos trienios de Provincial de esta de Andalucía, siendo el primero de los hijos de ella que después de ser erigida en provincia la gobernó; y para que con toda claridad se vea cuán justificados motivos tuvieron aquellos Padres capitulares para elegir tantas veces al siervo de Dios, cuando en realidad era muy joven para semejantes cargos, es justo que expresemos aquí en compendio las heróicas virtudes, que desde sus primeros años practicó.

Sube á Guardián y Definidor.

Sus dotes de gobierno.



CAPÍTULO VII

Virtudes religiosas de este siervo de Dios

Entre todas las virtudes de N. V. Padre Bernardino, resplandecía la caridad. Esta, con respecto á Dios, ardía tan vivamente en su pecho, que, transformándolo en su objeto divino, pudo sin exageración decir de sí, lo que afirmó San Pablo: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus*; porque si lo que manifiesta el vivir es el obrar; siendo las obras del varón de Dios tan niveladas y medidas por sus soberanos preceptos, que más parecían de ángel que de hombre, cada una de ellas era evidente é irrefragable testimonio del amor de Dios que lo vivificaba y movía. Respecto de sus prójimos era como el mismo Apóstol, todo para todos; á los sanos procuraba dar gusto; al afligido consolaba cual amorosa madre; al enfermo con especialidad servía con mucho agrado; al melancólico divertía con palabras y conversación tan dulce y agradable, que le causaba alegría; al fatigado daba alivio; al que lo necesitaba, consejo; y en una palabra, cada uno hallaba en el siervo de Dios, lo que había menester.

Su caridad.

Era todo para todos.

Sabía muy bien que los misericordiosos hallan misericordia en los ojos de Dios, y por eso èl se daba tan de lleno á las obras de misericordia, que parecía no tener otra cosa en que emplearse, sino en ellas. Solía decir con el Profeta que la misericordia de Dios resplandece en todas sus obras, las domina y está sobre todas ellas, superándolas; y que para ser verdadero hijo de nuestro Padre que está en los cielos, quería que en todas sus acciones resplandeciera la caridad, y que la misericordia estuviera por encima de todas sus obras.

Su bondad.

Todo el tiempo que fué Prelado, fué universal consuelo de sus súbditos, y dando con su obrar enseñanza común á los superiores, era con el humilde afable; con el soberbio, terrible; para el arrepentido, misericordioso, y para el protervo, justiciero. Era finalmente para todos verdadero padre, á todos los amaba, á todos los quería, y á todos consolaba. No había para su caridad excepción de personas: al que era más virtuoso, amaba más; del que era descuidado, se compadecía; y á todos procuraba con cariño mucho, estimularlo al cumplimiento de sus obligaciones.

No fué inferior en cosa alguna su castidad, que conservó siempre intacta entre las cándidas azucenas de la virginidad. Jamás se le oyó palabra ni se vió en él acción que tuviese resabios ni señal de impureza antes sí fué cristal purísimo en que no se halló la más leve som-

Su castidad.

bra de mancha y así fué voz común que tan virgen como salió del vientre de su su madre á cursar la carrera de la vida, llegó á terminarla con la muerte.

Sus ayunos.

Su penitencia y la austeridad con que trataba á su cuerpo era singularísima. Ayunaba todas las cuaresmas que Nuestro S. Padre S. Francinco observaba, y en los días que no eran de ayuno tomaba una comida tan parca, que apenas bastaba para mantenerse. Las disciplinas que se daba, fuera de las que en comunidad se acostumbraban, las tomaba á deshora de la noche y en sitios retirados donde solo Dios las oyera. Siempre andaba descalzo; y cuando andaba de camino, aun siendo Provincial, jamás quiso montar á caballo, sino siempre fué á pié como la regla nos lo manda.

Su pobreza.

Fué celosísimo de la santa pobreza en cuyo obsequio siempre vistió un hábito viejo, y se gloriaba en carecer de todo cuanto el mundo apetece. Por esta razón en las ocasiones que fué prelado mayor de esta provincia, prohibía con seriedad á su compañero y secretario que sacasen de los conventos ni un pedazo de pan, que comer en el camino, confiando siempre en que la divina providencia los había de socorrer, como repetidas veces lo experimentaron. (Cron de Gran. 394.)

Su humildad.

Siendo la humildad tan hermana de la pobreza voluntaria, no podía estar ausente aquella del corazón en que ésta vivía tan arraigada; y á qué extremo llegó su humildad lo declara el hecho si-

guiente: Caminando con su secretario y compañero tan apostólicamente como acabamos de expresar, llegaron á la venta de Casin. N. V. Provincial llevaba los pies tan llenos de vejigas, y tan cansado, que no hallándose con fuerzas para continuar el viaje á Lachar, le pidió al ventero por amor de Dios que se dignase darle posada para estarse allí aquella noche, y un bocado de pan. Compadecido el ventero, les ofreció lo que en la casa había y después de tomar una ligera refección, N. P. Provincial entró en la cuadra, y en un pesebre que estaba allí, se acostó á descansar. Estando ya dormido, llegó á la venta el M. R. P. Provincial de los Mínimos acompañado de otros religiósos para quedarse allí aquella noche, porque era ya muy tarde. Uno de ellos entró en la cuadra para acomodar en esta su mula, y quiso ponerla en el pesebre donde estaba recogido el siervo de Dios, á quien el religioso mismo mandó que saliese, creyendo fuese algún mozo de casa. Obedeció pronto el varón humilde; pero se interpuso su compañero, diciéndole: Padre Provincial, ¿por qué se ha desacomodado? Oyendo esto el religioso mínimo, é informado de que era aquel el Provincial de los Capuchinos, lleno de confusión le pidió perdón de su desacato, y le rogó con instancias que otra vez ocupara su sitio, si en él gozaba de alguna comodidad. Vuelto á sus religiosos, les refirió lo que le acababa de suceder con el Provincial de los Capu-

Sus trabajos en los viajes.

Lo que le sucedió en Casin.

chinos, y aunque ninguno de ellos lo conocía ni lo había visto, tampoco ignoraba sus elevadas prendas, pues la fama había divulgado lo heróico de sus virtudes, y lo profundo de su sabiduría; por lo cual el M. R. P. Provincial de los Mínimos y los RR. que lo acompañaban, fueron presurosos al pesebre, quedando todos llenos de asombro al ver tan humilde y pobre al que comunmente veneraban por oráculo de santidad, apellídándoles unos, apóstol de Granada, y otros apóstol de Andalucía.

Asombro que causó.

Cuando siendo Provincial, llegaba de visita á algún convento, admitía agradecido y cariñoso aquella caridad y agasajo común con que por tres días se asiste entre nosotros á todo religioso caminante; pero luego que éstos se cumplian, no permitía se le ministrase cosa alguna particular en la mesa, y así comía con los demás lo que á la Comunidad se daba. Asistía puntual á todos los actos de Comunidad, y tampoco admitía otro lecho para descansar el breve rato que de la noche dormía, sino las desnudas tablas. (Id. 396.)

Luego que acabó el primer provincialato se retiró de Granada, donde ocurrió un lance que prueba la profunda humildad y ardentísima caridad de nuestro V. Padre. En el año de 1648, fué tanta la escasez de pan, que oprimidos del hambre los vecinos de aquella Ciudad, se amotinaron contra don Francisco de Arévalo y Suazo, caballero del

Otro lance.

Orden de Santiago, que era á la sazón Corregidor, al grito de viva el Rey de España, y muera el mal gobierno! Conjurada la mayor parte de la plebe, para matarlo, y hacer corregidor á su deseo, fueron armados á casa de dicho caballero, el cual, avisado á tiempo, huyó de ella y se escondiò. Buscáronlo en la casa toda; y como no lo hallaron, se fueron en tropel á la Real Chancillería, á pedirle al Sr. Presidente, que lo era D. Juan de Carvajal, les proveyese de remedio. Era este caballero prudentísimo, y conociendo el peligro en que toda la ciudad se hallaba, les empeñó su palabra de que lo ejecutaría con toda prontitud. Algo se apaciguó el tumulto, más no por eso dejaron de discurrir armados por toda la Ciudad con estruendo y alboroto, tratando de nombrar ellos nuevo Corregidor. Para este cargo pusieron sus ojos en un caballero de los más principales de Granada llamado D. Luis de Paz, sujeto de ejemplarísima vida, y lo aclamaron por su Corregidor. Este varón prudente y virtuoso, conociendo el peligro en que aquella gente lo ponía, procuró escusarse con razones convincentes y ofertas que les hizo de su parte; pero no pudo contenerlos, porque al ver ellos que se excusaba, lo tomaron en hombros, lo llevaron á la Chancillería y lo presentaron al señor Presidente para que lo confirmara por Corregidor, como en efecto lo ejecutó en nombre de S. M. prometiéndoles que daría parte al

Tumulto en Granada.

Persiguen de muerte al Corregidor.

Rey, con lo cual se sosegó aquel día el tumulto. (Id. 389.)

Presentación del mismo.

Al siguiente, creyendo los caballeros veinte y cuatros y la demás nobleza de Granada que se había extinguido ya en los ánimos del pueblo el odio con que el día antes miró al Corregidor depuesto (que se hallaba refugiado en el convento de San Jerónimo), determinaron juntarse todos, pasearlo á caballo por la Ciudad, y volverlo á su puesto, persuadidos de que el pueblo respetaría á la nobleza que lo acompañaba. Así se ejecutó; pero experimentaron muy á su costa lo errado de su discurso, porque apenas se divulgó por la ciudad lo que la nobleza ejecutaba, se pusieron en arma los más de los vecinos, y en confuso tropel discurrían por las calles, buscando al Corregidor y á los que le acompañaban, con ánimo resuelto de vengar en todos sus iras. Cerca de la Catedral los alcanzaron y no fué poca fortuna, porque en ella y en el Palacio Arzobispal hallaron donde refugiarse, para salvar sus vidas. Deshecha la autoridad, y confiada la plebe en su poder y en que por entonces no había quien pudiese resistirla, echó como suele decirse, el pecho al agua, no hizo caso al Arzobispo, ni al Presidende, ni á oidores, y saqueó cuanto pudo, haciéndose fuerte con grandes prevenciones de armas en el campo del príncipe y en el del triunfo más de doce mil hombres.

Nuevo motin y saqueo.

Fué aquel día de tan horrible confusión para Granada, que compadecido el Ve-

nerable P. Bernardino de tantos males, tomó su Crucifijo en sus manos, y empezó á discurrir por la ciudad, procurando sosegar los ánimos; pero, aunque evitó con su presencia muchas muertes y robos, no pudo apagar del todo tanto fuego. Al día siguiente, movidos los amotinados por la predicación del siervo de Dios y deseosos de complacerlo, propusieron al ayuntamiento que si él recibía á D. Luis Paz por Corregidor, y lo paseaban por las calles y plazas á caballo con los clarines y timbales, como era costubre, desde luego dejarían las armas, y quedaría la Ciudad quieta y tranquila. Admitió el Cabildo de la ciudad el partido á ruegos de N. V. P. Fray Bernardino, llamó á su sala Capitular al expresado D. Luis, y le dieron la posesión de su Corregimiento. Después lo pusieron á caballo para el paseo público al que concurrieron también muchos señores particulares, viéndose en aquel lance cosas dignas de admiración. Fué la primera, ver que D. Luís con un crucifijo en su mano derecha iba diciendo en altas voces al pueblo que con mucho júbilo lo victoreaba: Hijos míos, ved aqui á vuestro Corregidor! mostrándoles el crucifijo. Otra fué ver á un señor oidor de los de mayor autoridad de la Chancilleria al lado de D. Luis, sirviéndole de Asesor; y no fué la de menor nota que dos títulos de Castilla se constituyeron en palafreneros de D. Luis, llevando á pié las riendas del caballo, en

Caridad y valor de Nuestro P. Bernardino.

Calma á los amotinados.

que iba montado. Pero lo más notable de todo fué, que por no haber entonces pregonero ni quien quisiera hacer allí tan bajo oficio, (tal vez por temor de que le faltara voz para dominar el tumulto,) nuestro P. Bernardino se ofreció á oficiar de pregonero, y enarbolando en su diestra un devoto crucifijo que era su escudo y sus armas, se puso delante del caballo en que iba D. Luís, y empezó á echar el pregón en los sitios acostumbrados. Fué esta acción hija de la caridad y de la humildad profunda del varón de Dios, pues una y otra virtud quedaron con ella bastantemente probadas, al mismo tiempo que edificados los ciudadanos todos de ver á un hombre de familia tan distinguida y de tanta autoridad en su religión, que sólo por el bien de sus compatriotas se había humillado de aquella suerte. Conmovió esto á la ciudad tanto, que á voces y aun con lágrimas lo llamaban apóstol de Granada; y con este epiteto lo apellidaron siempre, premio muy justo, y correspondiente á su virtud. (Id. 392.)

Prodigio de humildad.

Conmoción del pueblo.





CAPITULO VIII

De otros lances que prueban la virtud de este Siervo de Dios.

Comisión de un crimen.

Estando nuestro P. Bernardino en la fundación de nuestro convento de Marchena, sucedió que dos hombres ofendidos de un labrador honrado, trataban de quitarle la vida, para vengar un desaire que ellos concibieron como enorme injuria. Tuvo noticia de todo el Duque de Arcos, señor de la villa de Marchena, que estaba allí á la sazón, y llamando á los dos Caballeros se empeñó en desimpresionarlos del concepto que de la acción del labrador habían hecho. y por consiguiente en que le habían de dar palabra de no hacerle agravio alguno. Ejecutaron ambos lo que el Duque les pedía, aunque el uno solo de boca, pues muy luego, ignorándolo el otro, dió muerte al labrador, y se ausentó, de modo que jamás se pudo saber donde se hallaba. Mucho sintió el Duque la acción, y habiendo quien por complacerle le certificase que ambos habían concurrido al asesinato, mandó prender al que hallándose inocente se mantenía sin recelo alguno en su casa. Formalizóse el proceso, y porque el Duque no tuviese por falsarios á los que extrajudicialmente culparon al inocente, no temieron estos hacer delante de Dios

Condenan á un inocente.

juramentos falsos, calumniando y declarando ante la justicia, por cómplice en aquel delito, al que se hallaba inocente. Y como la sentencia resulta de lo probado, acusado aquel caballero de homicidad, lo condenaron á muerte. Era este caballero devotísimo de N. S. Padre S. Francisco, y uno de los mayores devotos que teníamos en aquel pueblo, por lo que N. V. P. Fr. Bernardino sintió mucho su condena. Supo además por secreto de confesión quien era el homicida, y desde entonces tomó á su cargo librar de la muerte al que sin culpa estaba condenado á ella. Para esto se preparó con mucha oración y penitencias, pasó al Palacio, y con mucha eficacia y energía aseguró al Duque la inocencia del reo condenado. S. E. contestó que aunque así fuera, de los autos constaba lo contrario y en justicia se le podía dar muerte al que estaba reo convicto; y creyendo que el varón piadoso se movía de pura caridad á solicitar la libertad del reo se negó á concederla. Insistió el siervo de Dios una y muchas veces en querer desengañar al Duque, pero nada aprovechaban sus caritativas voces. Entonces el P. Fr. Bernardino, posponiendo á la defensa de un inocente todo humano respeto, sin atender á que su Excelencia nos estaba entonces fundando á su costa dentro de su propio palacio un convento, ni á que todos los días nos estaba dando el preciso sustento, lleno de espíritu fervoroso le dijo: Señor, sé que el senten-

Era gran devoto de Nuestro S. P.

Lo defiende el P. Bernardino.

ciado á muerte es inocente, y á mi como ministro de Cristo me toca defender la inocencia; por lo que si en V. E. hallo repulsa, iré á tribunal superior, á que me oigan, y confío en Dios, que he de ser oido. No se dió por entendido el Duque, por lo que el sentenciado apeló á la Chancillería de Granada por consejo del P. Bernardino. Este fué á procurar la libertad de su protegido, y allí trató el asunto con algunos de los Señores; estos informados de los autos, le respondieron, no poder condescender con lo que les pedía, porque como en fuerza de los autos estaba bien dada la sentencia, aunque dieran ellos asenso á sus extrajudiciales informes y quisieran revocar la sentencia de muerte, nada adelantaban, sino quedar mal con el Duque; porque luego que este llevase los autos al consejo supremo, quejándose de agravio ante el Rey, habían de mandar ajusticiar al caballero. Mas para que conociese el P. que deseaban servirlo, lo que podían hacer era retardar ver los autos, mientras que S. P. M. R. solicitaba con el Rey le concediese indulto al reo, perdonándole la vida. (Crón. de Gran. 398.)

Apela á Granada.

Mucho apreció N. V. P. el arbitrio, y sin perder tiempo le escribió inmediatamente á la Reina (quien tenía formado de N. V. un altísimo concepto), exponiéndole con cristiano y religioso celo que aquel caballero se hallaba en la realidad inocente; y concluyó suplicando se dignase S. M. interesarse con el Rey,

Escribe á la Reina.

á fin de que al supuesto reo, le concediese su Real indulto, para que no triunfase de la inocencia la malicia. Recibió su carta la Reina, y dando más asenso á lo que nuestro V. decía, que á lo que de los autos constaba, sin perder instante de tiempo, pasó á poner la carta en manos del Rey, que condescendió con la súplica, y en aquel mismo correo se le remitió el indulto al varón de Dios, el cual desde que escribió á Madrid, se ocupó en contínuos ayunos, rigorosas penitencias, y oraciòn fervorosa, en la que pedía á Dios con caritativas ansias inspirase al Rey concediese la gracia que se le suplicaba. Luego que llegó el indulto á Granada, N. V. P. Fr. Bernardino se partió presuroso á Marchena para hacerlo saber al Duque. Este al oirlo, quedó como fuera de sí, y prorrumpiendo en descompuestas voces, manifestó lo excesivo de su enojo con extraños ademanes, y le dijo á N. V. que luego al punto se retirase de su presencia y de Marchena, y que jamás volviese á entrar en aquella villa. Oyó el siervo de Dios su sentencia con mucha serenidad de ánimo, y con la misma se retiró á su celda, donde se entregó con nuevo fervor á la oración, pidiendo con devotas lágrimas á Dios y á N. S. P. San Francisco, no permitiese que aquel príncipe, que tan devoto se había hasta allí mostrado con los capuchinos, labrando aquel convento y manteniendo á los religiosos que en él vivían, se enojase

Consigue el indulto.

Enojo del Duque.

con ellos. En estas fervorosas súplicas gastó el resto de aquel día y la noche toda: á la siguiente mañana, después que dijo misa con la devoción que solía, continuando en hacer á Dios nuestro Señor y á N. S. P. las mismas deprecaciones, luego que le pareció era hora para entrar á hablarle al Duque, se fué al palacio, causando admiración á cuantos lo vieron entrar, por el mal trato con que lo despidió S. E. el día antes; y temían que irritado nuevamente el Duque prorrumpiese en más agrias demostraciones. Llegó intrépido el varon santo á su presencia, y le dijo: Señor, ya sabe V. E. que á los hijos los echa por una puerta el padre, y por otra se entran ellos. Estas palabras ablandaron el corazón del Duque, y enternecidas sus entrañas y humedecidos sus ojos, le echó al varón de Dios los brazos al cuello, y lo abrazó tiernamente, dándole evidentes pruebas de que ya se había desvanecido su enojo. Entonces quiso el Duque saber qué motivo tuvo N. V. para haberse empeñado tanto en aquel asunto, y el siervo de Dios no le dijo más sino que sabía infaliblemente que aquel caballero en nada había faltado en lo que á su Excelencia había prometido, pues no cooperó ni supo la muerte del labrador hasta que fué pública en Marchena. Esto solamente respondió, y aunque varias veces intentó su Excelencia averiguar como lo había sabido para con tanta certeza asegurar que se hallaba

Fortaleza de Ntro. V. P.

Mutación de S. E.

inocente, jamás pudieron sacarle más palabras, que las que había dicho. Por esto algunos creyeron que Dios se lo había revelado, por los méritos suyos é intercesión de N. S. P. S. Francisco, de quien era especialísimo devoto, hasta que después de su muerte se supo que el verdadero criminal se había confesado con él, y le había rogado que trabajase por librar de la muerte al inocente condenado. (Cron. de Gran. 400.)

Sigilo del Siervo de Dios.

El segundo caso es más admirable todavía y resplandece más en él la heróica virtud del varón santo, pues, para hacerlo Jesuscristo más semejante á sí, permitió que lo acusaran falsamente y lo traicionaran y vendieran dos discípulos suyos, que en esto se dieron á conocer legítimos descendientes de Judas Iscariote. Esos desgraciados, siendo Provincial de esta provincia N. R. P. Fray Francisco de Jerez, que era juntamente Definidor General, depusieron ante él una acusación formal, calumniando la virginal pureza del siervo de Dios, y atribuyéndole un delito abominable contra la castidad. No creyó N. Rmo. Padre Provincial que pudiese ser cierto, lo que le delataban; pero por no faltar á las obligaciones de Juez, como lo es un prelado mayor, llamó á su celda al siervo de Dios, y dándole noticia de lo que contra él habían dicho, le dijo que se defendiese, para en caso de salir probada la calumnia castigar como lo merecían á los temerarios delincuentes. Oyó el sier-

Es calumniado.

vo de Dios lo que Ntro. Rmo. P. Provincial le dijo, y sin mudar de semblante, ni inquietarse interior ni exteriormente, respondió diciendo: Padre, confieso que soy grandísimo pecador, y que si nuestro Señor no me tuviera de su mano, esas culpas que me imputan y otras muchas más cometiera; pero gracias á Dios no me acusa la conciencia de tales delitos; sólo siento las ofensas que á Dios hacen mis acusadores, y los encomendaré muy de veras á nuestro Señor, para que los perdone, como yo de todo corazón los perdono. Esta fué su respuesta, sin querer defenderse ni quejarse; y lo que es más, sabiendo quienes eran sus acusadores, jamás les mostró el rostro torcido ni enojado. Pero Dios se cuidó de castigarlos bien pronto, pues uno de ellos murió de repente y el otro padeció gravísimos trabajos y desdoros en la religión; si bien ambos se arrepintieron de su culpa, y arrojándose á los pies del varón de Dios, le pidieron perdón, confesando su iniquidad, resplandeciendo así en todo la misericordia de Dios y su justicia.

Castiga Dios á los calumniadores.

Premió su Magestad á su siervo aún en esta vida la resignación con que toleró la expresada calumnia y la heroicidad con que perdonó á los que intentaron con crimen tan atroz disfamarlo; pues, aunque siempre fué comúnmente tenido por hombre apostólico, desde entonces creció tanto la fama de su santidad, que así dentro como fuera de la

El P. los perdona.

religión lo veneraban con singular afecto. También lo premió el Señor, concediéndole la gracia de hacer milagros y el espíritu de profecía, en cuya confirmación referiremos los dos casos que siguen. (Cron. de Gran. 402.)

Su fama de santidad.

Asistiendo el siervo de Dios á la fábrica de nuestro convento de Marchena, sucedió que un oficial de albañilería cayó desde lo más alto de la obra al suelo; acudieron todos pronto á ver si á lo menos podía recibir el Santo Oleo, y hallaron que aún vivía; pero con una congestión cerebral que lo tenía á las puertas de la muerte. Quedaron los religiosos sumamente quebrantados con tan funesta desgracia, y más que todos lo estaba el siervo de Dios, quien al verlo casi moribundo, dió providencia que con todo cuidado lo llevasen á una celda, mientras el volvía. Ejecutóse así; y él se entró en el oratorio, donde con gran fervor le pidió á su majestad usase de sus misericordias con aquel pobre, que se hallaba en tanto peligro. Hecha esta oración, se fué nuestro Venerable á la celda del moribundo que de repente se había sentado sobre la cama, diciendo se hallaba bueno por milagro, y que quería volver á su trabajo, como en efecto lo ejecutó muy luego, atribuyendo á milagro que Dios obró por los méritos de su siervo, la instantánea recuperación de su salud, y las fuerzas para trabajar. (Id. 404.)

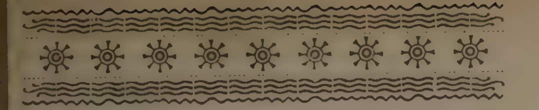
Sus milagros.

Del espíritu profético de N. V. Padre

testificaba el Iltmo. y Rmo. Señor Don Martín de Ascargorta, Arzobispo de Granada, el cual contó muchas veces que siendo el Canónigo Magistral en la Catedral de Granada, tenía una amistad estrechísima con N. V. P. Fr. Bernardino con quien comunicaba su alma; y en una ocasión en que los dos se hallaban solos hablando de sus asuntos, nuestro Venerable empezó á darle reglas para regir acertadamente un obispado; y concluyó diciéndole que las tuviese presentes para cuando lo fuese, que no sería muy tarde; lo cual vió dicho Señor cumplido después que falleció el siervo de Dios, siendo propuesto para el Obispado de Salamanca, y desde allí salió á ocupar la Silla Arzobispal de Granada. (Id. 405.)

Sus profecías.





CAPÍLULO IX

Muerte del siervo de Dios y su fama de santidad

No fué sólo en las ocasiones que dejamos dichas cuando se demostró el espiritu de profecía que brillaba en nuestro P. Bernardino, sino que también predijo su última enfermedad, y aun después de su fallecimiento se halló fundamento sobrado para creer que supo el día de su muerte, como ahora expresaremos. Dirigía el siervo de Dios á una religiosa profesa en el convento, de la Encarnación, que se llamaba la madre sor María de santo Tomás, y una tarde llegó nuestro V. al torno de dicho convento, y encargó á la M. tornera que le dijese de su parte á la madre sor María que él se iba y que de allí en adelante se confesase con el canónigo Magistral D. Martin de Ascargorta. Creyeron las religiosas que la ida del siervo de Dios era á otro convento; pero muy en breve se conoció, ser profecía con la cual anunció su próxima mudanza de esta vida á la eterna, porque aquella fué la última salida que hizo él del convento, pues de seguida le asaltó la peligrosa enfermedad de que murió; de donde se infiere que tuvo de ella noticia antes que le acometiera, pues se fué despedir de aquella religiosa.

Predice su muerte.

Se despide de una religiosa.

Desde que cayó en la cama, se empezó á disponer para morir; y aunque todo el tiempo que vivió se empleó en aprender el modo de morir santamente, en sus últimos días eran tan fervorosos los actos de fe, de esperanza y caridad que hacía, y tan dulces las jaculatorias que prefería que con ellas inflamaba en el divino incendio los corazónes de cuantos le asistian. Mandó el médico que se le administrasen los Santos Sacramentos que recibió con mucha devoción, pidiendo perdón primero á todos los religiosos de los malos ejemplos que les hubiese dado. Pidió también al Prelado le concediese un hábito viejo para mortaja de su cadáver, y que á este se le diera sepultura en la bóveda de la Capilla de N. S. P. S. Francisco, todo lo cual le otorgó el Prelado. Hizo también en manos de éste la desapropia, si bien no tenia de qué hacerla, porque siempre vivió como hijo verdadero del padre de los pobres, siendo celocísimo, así de súbdito como de prelado, de esta peculiar virtud de nuestra Orden. Agravóse mucho el V. y á hora de Maitines, en que principió el día 23 de Marzo del año de 1676, entregó su alma en manos del Criador, dejando á todos con grandes y muy fundadas esperanzas de que subiría en ellas á gozarle por toda la eternidad. (Cron de (Gran. 407.)

Su última enfermedad.

Apenas expiró el varón de Dios con ser á media noche, tiempo en que no podían haberlo publicado los religiosos conmovida toda la Ciudad, se empezó á oir

Su santa muerte.

el tristísimo rumor de que había muerto ya el P. Bernardino, apóstol de Granada. Acudieron presurosos á las puertas del convento; pero como las hallaron cerradas, aguardaron hasta que al ser de día se franquearon. No se puede explicar cuanto fué el concurso que aquel día se vió en el convento de gentes de todas clases, solicitando cada cual, no solo ver el cadáver de aquel á quien todos apellidaban santo, sino también conseguir algunas de las pobres cosillas que había tenido á su uso, ó algún pedazo de su hábito. El Iltmo. Sr. Arzobispo, los señores Oidores, los veinticuatro, y toda la principal nobleza de la ciudad, visitó aquel día el convento, de modo que siendo tan espacioso el campo del triunfo, parecía pequeño para contener el gentío que iba á esperar ocasión de venerar el cadáver, y se tuvo por uno de los grandes milagros que obró Dios entonces, que no hubiesen sucedido desgracias; y lo atribuyeron todos á los méritos del varón de Dios. Todo el día duró esta confusión devota, sin que los religiosos pudiesen desalojar la gente del convento, y aun para conseguirlo aquella noche fué preciso valerse de mucha industria. Determinaron darle al siguiente dia sepultura, como se ejecutó, habiendo concurrido á él todo lo más esclarecido de la ciudad. Mientras estuvo insepulto el cadáver, le quitaron por dos veces á pedazos el hábito, siendo preciso ponerle otros; y estando ya dentro de la sepultu-

Conmoción de la Ciudad.

Devoción indiscreta.

ra, se arrojaron á ella sujetos de la primera distinción, y le cortaron á pedazos el último hábito, que se le había puesto. Tanta fué la fama de santidad con que murió!. (Id. 408.)

Le cortan á pedazos tres hábitos.

Luego que al cadáver se le dió sepultura, fué el Prelado con otros religiosos, como es costumbre, á la celda del difunto, para recoger y examinar lo que en ella había. Nada se halló digno de aprecio, porque siempre vivió como verdádero pobre; pero sí se hallaron escritas y firmadas de su mano las cartas circulares con que se avisa á los conventos la muerte de los religiosos; y para que se sepa su contenido, pondremos aquí la que iba dirigida al convento de Jaén, y juntamente la posdata que escribió al pié de ella al Guardián de Granada. (Id. 409.)

«Al R. P. Guardián de Jaén=Previene esta carta el conocimiento de mi mucha y estremada necesidad, para que se cierre y remita á V. C. el día que nuestro Señor fuese servido de mandar á mi alma salir de esta vida; por lo cual suplico á V. C. cuán encarecidamente puedo, que exhorte á su santa familia me hagan la caridad acostumbrada, como yo la he hecho á todos los que han muerto en mi tiempo, y me encomienden á Dios muy de veras. De todo me hallo necesitado y fío mucho en las oraciones de V. C. y de sus religiosos, á quienes V. C. se ha de servir pedirles de mi parte perdón del mal ejemplo que les pue-

Cartas que dejó escritas.

do haber dado, ó de cualquier agravio que les haya hecho, no cumpliendo con las obligaciones que he tenido de cristiano, de Prelado mayor y de súbdito; que yo quisiera haber sido tal como mi P. San Francisco, en cuya protección confío, y en la de la Virgen Santísima, y principalmente en la infinita misericordia de Dios N. Señor que me hé de salvar y ha de suplir la sangre preciosísima y muerte de N. Señor Jesucristo todo lo que me falte, como mi Redentor que es, el cual guarde á V. C., y nos junte en su divina presencia para eternamente alabarle. De este convento de Granada día 23 de Marzo de 1676=Siervo indigno de V. C., Fr. Bernardino de Granada.» Su contenido

A estas cartas escritas por el P. Bernardino, puso el R. P. Guardián de Granada, la posdata siguiente: El domingo 23 de Marzo, á hora de Maitines, recibido todos los santos Sacramentos, y dejando escritas estas cartas para los conventos con la noticia de su tránsito, pasó de esta vida á la eterna N. M. R. Padre Fr. Bernardino de Granada, padre de esta provincia, correspondiendo su muerte á su ejemplar vida, continuada por 57 años de religión, dejándonos tan envidiosos de su disposición, como edificada esta ciudad, que se conmovió á su entierro, aclamándolo santo, quitándole á pedazos el hábito la piedad y devoción con que lo miraban. Dios dé á V. C. etc. Granada y Marzo 23 de 1676. De V. Caridad siervo, Fr. Alonso de Cáceres. Posdata

Fecha notable

Es muy de notar que las cartas que escribió N. P. Bernardino, cuando estaba bueno, iban fechadas el 23 de Marzo, en cuya primera hora murió; lo cual parece señal evidente de que supo algún tiempo antes el día y hora de su muerte.



Sus honras fúnebres.

Pasados algunos días, dispusieron sus parientes, como gente distinguida, hacerle solemnes honras, y para el citado día se erigió un magnífico túmulo, adornado de muchas hachas y velas: concurrió toda la nobleza y cantó la Misa el

Señor Abad de la Colegial insigne del Sacromonte. Acabada la función se vió reiterado el prodigio, que sucedió en las honras que en Ecija se hicieron á nuestro M. R. y V. P. Fr. Agustín de Granada, pues volviendo los parientes de N. V. difunto á casa del cerero la cera que había quedado, para pagar la que se hubiese consumido en las honras, hallaron que no faltaba siquiera una onza, no obstante que todas aquellas hachas habían estado encendidas mientras se cantó vigilia y misa, y se predicó el sermón en que á lo menos se gastaban dos horas; queriendo Dios al parecer manifestar en esto, cuán grata le fué la santidad de su siervo. (Id. 411.)

Un prodigio.

Pongamos fin á este capítulo, mencionando la muerte de otros religiosos que fallecieron en el mismo año de 1676. En el convento de Granada falleció pocos días antes que N. P. Bernardino, el hermano Fr. Juan de Anguiano; en Málaga el P. Vicente de Granada y Fr. Ignacio de Guadabortuna; en Antequera los Padres Cristobal y Bernardo de Antequera; en Jaén el P. Fulgencio de Estepa; en Córdoba Fr. Antonio de Vélez, y en Sevilla los PP. Bernardino de Córdoba, Pedro de Navarra, Félix de Sevilla y Fr. Lorenzo de Jaén.

Otros difuntos.





CAPITULO X

Miscelànea histórica: el cólera en Andalucía, y estragos que hizo en la provincia.

Nuevo capítulo.

Llegó el año 1677 y por el mes de Octubre se congregó en nuestro convento de Antequera el capítulo provincial, el cual se celebró el dia 27 de dicho mes, haciendose las elecciones en la forma que sigue:

Provincial

M. R. P. José de Campos

Definidores

R. P. Cristobal de Málaga
" " Francisco de Valverde.
" " Buenaventura de Ocaña.
" " Francisco de Ecija.

Custodios

R. P. José de Ica.
" " Felipe de Cazorla.

Secretario Provincial

P. Bernardino de Priego.

Guardianes

Elecciones.

R. P. Francisco de Ecija.	Antequera.
" " Buenaventura Luis de Sevilla.	Granada.
" " Buenaventura de Ocaña;	Sevilla.
no consta el de	Málaga.
" " José de Jaén,	Jaén.

no consta el de	Andújar.
Idem el de	Castillo.
Idem el de	Ardales.
Idem el de	Alcalá.
,, ,, Francisco de Luque.	Córdoba.
no consta el de	Ecija.
Idem el de	Vélez.
,, ,, José de Santa Olalla.	Sanlúcar.
,, ,, Agustín de Andújar,	Cabra.
no consta el de	Cádiz.
,, ,, Buenaventura de Archidona.	Motril.
no consta el de	Marchena.
Idem el de	Ubrique.
Idem el de	Jerez.

Guardianes.

En el mismo año 1677 murieron en el convento de Sevilla seis padres, que fueron los siguientes: N. P. Antonio de Hondarroa, ex provincial; Jerónimo de Oporto; Bernardino y Félix de Priego; Basilio de Viana y el P. Buenaventura de Jaén. En Antequera fallecieron los PP. Francisco de Martos y José de Santiago; en Rute el hermano Alonso de Teba; en Ecija el hermano Fr. Blas de Barajas; en Marchena el P. Sebastián de Huercal; en Alcalá el hermano Sebastián del Valle; en Almería el P. Bernardino de Málaga; en Vélez el P. Diego de Vélez; y en Roma, donde estaba como secretario de N. P. Jeréz, el Padre Buenaventura de Santa Cruz. En Granada murieron también los PP. Atanasio de Archidona; Francisco de Priego; Bernardino de Alcalá y Jerónimo de Granada. Este último se llamó en el si-

Difuntos.

glo D. Juan de Castellanos, hijo qué fué de Alonso de Castellanos y Marquina, y de D.ª Ana de Avila, el cual siendo de edad de 23 años tomó el hábito nuestro en Granada el 11 de Enero de 1619, y entonces le pusieron por nombre Fray Juan Bautista de Granada. Profesó en el siguiente año de 1620, día 13 de Enero en nuestro convento de Antequera con el nombre también de Fray Juan Bautista; pero al márgen de la partida de su profesión se halla una nota, que dice: Se llama ahora Fr. Gerónimo de Granada, el cual fué muchas veces Guardián, Custodio y Definidor de esta Provincia. Este es el mismo Padre de quien hablamos en el capítulo que trata de la fundación del convento del Buensuceso; de los demás no hemos podido averiguar cosa que merezca consignarse en la historia.

Uno memorable.

En el siguiente año de 1678, se sintieron en algunos puntos de Andalucía, especialmente en los puertos de mar amagos de epidemia colérica, que causó algunos estragos, pues sólo en nuestro convento de Málaga se llevó siete religiosos, cuatro PP. y tres hermanos; estos se llamaron Fr. Juan de Ledella, Sebastián de Málaga y Lorenzo de Granada; y los PP. fueron Dionisio de Granada, Félix de San Sebastián, Francisco de Ardales y Antonio de Trigueros, En Sevilla falleció el P. Gerónimo de Cádiz, y los hermanos Félix de Salvatierra y Melchor de Arcos; en Sanlúcar

El cólera.

el Padre Luis de Sevilla, en Ubrique el P. Francisco de Iznájar, en Mámora el P. Andrés de Villanueva, en Motril el P. Marcos de Málaga, en Marchena el Padre Pedro de Gibraltar, en Jaén el P. Salvador de Baza, en Jerez el hermano Lucas de Navarra, en Córdoba Fr. Sebastián de Antequera, corista, y en Granada, otro corista llamado Fr. Benito de Braña.

Sus estragos.

En el siguiente año 1679, se extendió de un modo espantoso por la ciudad de Antequera, y aunque al principio se trató de ocultar la naturaleza del contagio, cuando apretó de firme y empezaron á morir centenares cada día, el municipio mandó publicar la epidemia y preparar hospitales provisionales dentro y fuera de la ciudad. Los Capuchinos se ofrecieron á servir en el que estaba más próximo á nuestro convento, que cogía desde la calle de San Miguel hasta la calle de la Santísima Trinidad y San Bartolomé, quedando en medio la plazuela. Convidáronse muchos de los nuestros para servir á los apestados; pero por entonces sólo fueron admitídos los padres Fr. Agustín de Sevilla y Fr. Luís de Sanlúcar, ambos predicadores, que entraron en dicho hospital el día 20 de Mayo, sábado, víspera de Pentecostés, aunque antes habían andado en la ciudad sirviendo á los enfermos, administrándoles los Sacramentos, y aun buscando limosna para sustentar á muchos pobres, que de no haber hallado este socorro,

Crece la epidemia.

hubieran fallecido antes que á la violencia de la peste, á los filos del hambre. Presto quiso nuestro Señor premiar el celo y caridad de estos dos PP. pues á los ocho días de estar sirviendo en el hospital fallecieron del contagio. Fueron á suplir la falta de estos dos héroes los PP. Fr. Diego de Guadix y Fr. Teodoro de Sevilla, los que también consiguieron el premio de su trabajo, muriendo en dicho caritativo ministerio; y es de advertir, que aunque en algunas partes se le llama Fr. Tadeo, es por equivocación, pues hasta entonces no había tomado el hábito ningún Tadeo entre nosotros. Muertos estos dos PP. en la asistencia de los apestados, los reemplazaron otros dos PP. que fueron Sebastián de Sevilla y Alonso de Iznájar, los que también fallecieron á violencia del mal. El contagio penetró en el convento, hiriendo al P. Fr. Alonso de Cáceres, predicador, por lo que fué preciso tabicar y aislar la enfermería, dándole salida á la huerta. Para las asistencias del P. Alonso fué nombrado el hermano Fr. Buenaventura de Tuy, religioso lego, que había pedido con instancia asistir á los del hospital; al segundo día de haber entrado, se sintió también herido del accidente, y al tercero víspera del Corpus, falleció, siguiendo en su carrera al dicho P. Fr. Alonso de Cáceres, que murió unas horas antes. Por muerte del hermano Fr. Buenaventura entró á ser enfermero el hermano Fr. Cristobal de

El contagio en Antequera.

Heroismo de los Capuchinos.

Granada, religioso lego, quien estuvo asistiendo al corista Fr. Francisco Antonio de Córdoba, que también falleció, y al hermano Fr. Luís de Vélez, lego, que entró tocado del contagio, pero no murió, siendo por lo tanto nueve los religiosos que fallecieron de aquella comunidad por servir á los apestados.

Mueren 9 religiosos.

Duró el contagio desde Marzo hasta Julio, si bien no se publicó hasta Abril, y lo recio de él fué en los meses de Mayo y Junio. No se puede dar húmero fijo de las criaturas que murieron á su violencia en Antequera; pero fué común opinión que pasaron de 24.000, quedando la ciudad casi despoblada. (C. de Ant. 210.)

La ciudad de Motril fué tan castigada de la peste como Antequera, y los capuchinos se dedicaron allí ál servicio de los apestados con tanto celo que murieron en la demanda trece religiosos, casi media comunidad. Por haberse perdido el archivo de aquel convento no podemos dar aquí noticias de los actos heróicos de caridad que hicieron allí nuestros religiosos teniendo que limitarnos á consignar el nombre de aquellos mártires de la caridad por el orden que los trae el necrologio, en el cual corregimos el yerro de poner también como muerto en Motril á Fr. Buenaventura de Tuy, que como ya hemos dicho falleció en Antequera. Los que fallecieron en el convento motrileño son los siguiente: Fr. Sebastián de Ubeda, Fr. Tomás de Granada, Corista; Padre Fr. Juan de la Mancha, Fr, Bernardo

El cólera en Motril.

Estragos que causó.

de Iznajar, Corista, Padre Félix de Amberes, P. Antonio de Granada, Fr. Hermenegildo de Sevilla, Fr. Buenaventura de Guadix, Fr. Isidoro de Jaén, Padre Francisco de Granada, P. Jerónimo de Bernedo, Fr. Jerónimo de Ronda, y Fray Juan de Jaén,

Religiosos que murieron.

Cuando el contagio entró en Granada arreglaron el Hospital Real para que llevasen á él los apestados; y la ciudad encargó así la administración del Hospital como el cuidado y aseo de los enfermos á los Capuchinos. Estos pusieron allí religiosos, no solo para el alivio espiritual de los enfermos, sino también para que vigilasen en sus asistencias temporales. De esto último estaba encargado un religioso lego de mucha expedición que en el siglo había sido capitán de caballería en los reales ejércitos, el cual desempeñó su comisión muy á satisfacción de toda la ciudad, y con haber andado tan en medio del fuego, no le tocó el contagio, pues vivió algunos años después. En cambio murieron ocho religiosos, la mayor parte en el Hospital, sirviendo á los apestados. Estos fueron el P. Carlos María de Cádiz, el H. Fr. Baltasar de Guadix, el P. Fr. José de Navarra, el Padre Fr. Alberto de Granada, Fr. Francisco de Burgos, el P. Serafín de Granada, el H.º Fr. Juan de Bilbao, y Fr. Antonio de Villanueva, legos.

La peste en Granada.

En Sanlúcar, donde la peste fué más benigna, fallecieron sirviendo á los apestados, los PP. Fr. Francisco de Escace-

Id. en Sanlúcar.

na y Juan del Puerto, y los hermanos Fr. Lorenzo de Bujalance y Fr. Luis de Astorga. Id. en Sevilla

En el convento de Sevilla pagaron su tributo á la muerte otros cinco religiosos que fueron los PP. Buenaventura de Ocaña y Tomás de Cañete; y los hermanos Félix de Abadiana. Pedro de Antequera y Agustín de Granada.

En Jerez falleció el hermano Fr. Francisco de Ibar, y el P. Francisco de san Clemente; en Marchena, el P. Francisco de Utrera, y el corista Fr. Fernando de Sevilla; y en Jaén el hermano Fr. Domingo de Amberes, siendo cuarenta y cuatro el total de religiosos muertos aquel año, los más de ellos mártires de la caridad.

Como algunas comunidades quedaron casi aniquiladas del contagio, y murieron varios superiores, fué preciso convocar capítulo provincial para el arreglo de familias. Este se celebró en Sevilla el 21 de Abril de 1679, y en él se hicieron las elecciones siguientes.

Provincial

M. R. P, Cristobal de Málaga

Definidores

M. R. P. Francisco de Valverde
„ „ „ Felipe de Cazorla
„ „ „ Máuro de Granada
„ „ „ Antonio de la Parra

Secretario de Provincia

M. R. P. Francisco de Trigueros

Capítulo Provincial

Guardianes

Guardianes.

R. P. Antonio de la Parra.	Sevilla.
„ „ Buenaventura Luis de Sevilla	Granada
„ „ Francisco de Luque	Antequera.
no consta el de	Málaga.
„ „ José de Jaén	Jaén.
no consta el de	Andújar.
R. P. Sebastián de Santillana.	Castillo.
no consta el de	Ardales.
Idem el de	Alcalá.
Idem el de	Córdoba.
Idem el de	Ecija.
Idem el de	Vélez.
R. P. Hermenegildo de Sanlúcar.	Sanlúcar.
„ „ Gregorio de Granada.	Cabra.
„ „ Francisco de Valverde	Cádiz.
„ „ Silvestre de Carmona,	Motril.
no consta el de	Marchena.
„ „ Diego de Valvanera.	Ubrique.
„ „ Lorenzo de Villanueva	Jerez.

En el año de 1680 llegó á esta Provincia el decreto, por tanto tiempo deseado, concediendo que los capítulos provinciales se celebraran cada tres años; y que cada uno y medio se reuniera la definición para proveer las guardianías por defunción, ó por haberse cumplido el trienio del que la desempeñaba. Así, pues, desde esa fecha empezaron los capítulos trienales y las *congregaciones intermedias*, que así se llamaron entonces aquellas definiciones semi-capitulares.

Decreto importante.

En el mismo año (1680), cebose la peste en los pueblos del interior más que en los de la costa, y en Sevilla fallecie-

ron ocho religiosos, tres Padres y cinco hermanos, asistiendo á los enfermos; se llamaron los legos Fr. Ambrosio de Llerena, Fr. Esteban de Alfaro, Fr. Pedro de Ecija, Fr. Carlos de Granada y Fray Luís de Vélez; y los PP. Ambrosio de Antequera, Juan de Cartagena y José de Santa Olaya.

Se recrudece la epidemia.

Andújar fué muy castigada de la peste aquel mismo año; los capuchinos se dedicaron también allí á la asistencia de los enfermos, y en tan caritativo ejercicio contrajeron la epidemia y murieron los PP. Alonso de Jaén y Pedro de Granada, el corista Fr. Buenaventura de Corella, y el hermano Fr. Miguel de Málaga. En Málaga murieron del mismo mal los PP. Pedro de Cabra y José de Motril; en Marchena el P. Tomás de Lisboa, en Alcalá el P. Francisco de Linares, en Cabra el hermano Fr. Pablo de Villavega, en Mámora el P. Salvador de Narila, y en Granada, el P. Luís de Ugíjar.

Muchos de estos religiosos fueron insignes en virtud, según indica la tabla de los difuntos, y suponemos que tendrían escritas sus vidas, de las cuales nada sabemos, merced á la vandálica destrucción de los archivos conventuales. Otro tanto debemos decir de los religiosos que murieron el siguiente año de 1681 que fueron éstos: En Málaga, el hermano Fr. Basilio de Navarra y el Padre Antonio de San Vicente: en Sevilla, los hermanos Fr. José del Castillo, Félix

Más muertos.

de Arena y el P. Juan F. de Vélez: en Vélez, el corista Fr. Lorenzo de Melilla y el hermano Fr. Marcos de Villanueva: en Cabra, los PP. Bernardo de Cabra y Francisco Félix de Granada: en Jaén, el corista Fr. Bernardino de Granada, y los PP. Pedro de Andújar y Francisco de Medina: en Sevilla el hermano Fray Rafael de Segovia, y en Antequera los PP. Buenaventura y Luís de Antequera.

El pintor de las Concepciones.

En los primeros meses del año siguiente, 1682, murió el celebérrimo artista Bartolomé Esteban Murillo, el *Pintor de las Concepciones*, y como este genio del arte es una gloria nacional y una gloria nuestra, por haber sido Terciario de N. P. S. Francisco, vamos á narrar detenidamente su amistad con los capuchinos y lo que trabajó en su arte por nosotros y para nosotros.





CAPITULO XI

Murillo y los Capuchinos.-Biografía del primero: su trato con los segundos: su doble y larga estancia en el convento de Capuchinos de Sevilla.

Las íntimas relaciones de Murillo con los PP. Capuchinos y la estrecha amistad que con ellos tuvo hasta su muerte, son hechos históricos que ningún biógrafo del insigne artista ha ventilado exprofeso y de propósito, hasta el día de hoy. Los más tratan este punto incidentalmente y como de pasada, habiendo alguno, (el Señor Tubino, para que otro no pierda.) (1) que con ligereza imperdonable llama *leyendas del vulgo* á la estancia de Murillo en el convento capuchino de Sevilla, sin reparar que en toda leyenda tradicional hay algo de verdad, y ese algo es lo que debe buscar el historiador para ponerlo en claro y rectificar lo que tienen de exagerado las tradiciones populares. **Razón de este trabajo.**

Esto nos movió á estudiar el asunto detenidamente, adquiriendo en ese estudio la evidencia de que el celebérrimo **Qué lo ha motivado.**

(1) Murillo.—Su época.—Su vida.—Sus cuadros, pág. 99.

El pintor de las Concepciones.

pintor de las Concepciones vivió con los Capuchinos en los conventos de Sevilla y Cádiz, mientras estuvo pintando sus magníficas obras para las Iglesias de dichos monasterios; y como esa intimidad de Murillo con los Capuchinos y la protección que ellos dispensaron al preclaro artista es gloriosa para la Orden, nos ha parecido conveniente sacarla á relucir, empezando por copiar á grandes rasgos la vida del renombrado maestro, Bartolomé Estéban Murillo.

No se sabe fíjamente el día en que nació este varón ilustre; pero sí consta por su partida de bautismo que recibió dicho sacramento el día primero de Enero del año mil seiscientos diez y ocho; de donde se colige que, si no nació en el mismo día, vió la luz primera en los últimos del año anterior. No ponemos aquí su partida de bautismo, por ser muy conocida, desde que la sacó á relucir Cean Bermúdez.

Llamáronse sus padres Gaspar y María, los que dieron al niño una educación esmeradamente cristiana, basada en la piedad y santo temor de Dios, en el cual perseveró el celebérrimo pintor todos los días de su vida. Desde muy niño manifestó él su inclinación á la pintura, borrajeando los libros en que estudiaba, el papel que encontraba á mano y hasta las paredes de su casa; prueba nada equívoca del alto fin á que lo destinaba el cielo. Así que aprendió á leer, lo llevaron sus padres al taller d

Su niñez.

estudio de su pariente, el maestro Juan del Castillo, que tuvo por discípulos, además de nuestro Murillo, á Pedro de Moya, Alonso Cano, y otros célebres pintores. Al lado de tal maestro adelantó mucho Murillo en la carrera del arte: su genio apacible, su docilidad de carácter y su amable trato, fueron partes para que en poco tiempo se granjease el afecto, tanto del maestro como de sus condicípulos, hasta el punto de que el primero cifraba particular empeño en su educación.

Su aprendizaje.

En la predilección del maestro Castillo por su pequeño discípulo debió influir, además de los lazos del parentesco, el natural bondadoso y franco de Murillo, y sobre todo la orfandad de este, que á los diez años, ó poco más, quedó huerfano de padre y madre. Otros diez ó doce años de aprendizaje en el arte de la pintura empleó Bartolomé en el taller de su maestro, hasta que este trasladó su residencia á Cádiz, por los años de 1639. Contaba entonces Murillo veintiuno de edad, y no consta que al partir de aquella fecha, frecuentase la escuela de ningún otro maestro; lo que sí se sabe es, que estando escaso de recursos con que vivir, se vió precisado á pintar cuadros para el *Jueves* ó para *la Feria*, que de ambos modos se llama. Era este mercado en aquel tiempo (como es hoy) una especie de exposición semanal celebrada todos los *Jueves*, en las que se exhiben muebles viejos, ropas usadas, cuadros,

Sus primeros cuadros.

libros, etc; y á ella acudían los mercade
res que se dirigían á la América, par
comprar objetos con que adornar all
las casas á la Europea.

Va á estudiar á Madrid.

Con el producto de su trabajo junt
Murillo lo necesario para trasladarse á
Madrid en 1643, con objeto de estudiar
en los Museos de la Corte las obras de
los mejores maestros. Allí fué acogid
favorablemente por su paisano, el gran
Velázquez, que se mostró propicio á pro
tegerle; y bajo su dirección estudió las
obras del Ticiano, Rubens, Van Dych
Rivera y otros autores celebérrimos. En
este ejercicio cobró alas el genio de Mu
rillo, remontó el vuelo á las regiones de
la belleza ideal, descubrió en ella vastísi
mos horizontes, penetró como nadie los
secretros del arte pictórico, y poco á po
co los fué trasladando al lienzo con ha
bilidad inimitable.

Vuelto á Sevilla en 1645, las prime
ras obras que expuso al público llamaron
la atención de los inteligentes; empezó á
cobrar fama, y entonces fué cuando hizo
los cuadros con pasajes de la vida de
nuestro seráfico Patriarca y santos de su
Orden, para el convento de San Francis
co. Como la suma recaudada para est
obra era de escasa monta, y los cuadro
ascendían al número de once, con figura
de tamaño natural, ningún pintor d
crédito había querido aceptar el encargo

Vuelve á Sevilla.

pero Murillo, escaso de medios con qu
subsistir, se comprometió á pintarlos
quedando los devotos llenos de ansiedad

sconfianza; pues su nombre no era á la zón de los que con más fama se repen en las escuelas de Sevilla.

Pinta para S. Francisco.

Concluido el trabajo en poco tiempo y puesto al público, se convirtió el temor gozo y admiración. Murillo sorprendá sus conciudadanos con los adelanque anunciaban aquellas pinturas, en que campeaba el estudio del natural, sta sola prueba bastó para acreditarlo. sde aquel día, su nombre se sobrepuso de los Pachecos, Herreras, Valdeses y rbaranes, únicos que por aquel enton gozaban de gran reputación en la caal de Andalucía, y á los cuales el oso artista de *la Feria* había eclipsado a siempre.

Asentada ya su fama y reputación, rillo trató de tomar estado, y en 1648 nplidos los treinta de su edad, casó una señorita de Pilas, llamada Doña atriz de Cabrera y Sotomayor, de la l tuvo tres hijos, que sobrevivieron á padres. Fué el primero, ó mejor di, la primera, su hija Francisca, que azó el estado religioso, profesando en onvento de Madre de Dios. (1) El se-

Toma estado.

) No hemos podido hallar su partida de tismo; en cambio tenemos la de su profe religiosa que es como sigue: «Digo yo sor ncisca de Sta. Rosa Murillo hice profesión rimero día de Febrero de 1671 siendo Mtro. eral Ntro. M. R. P. Jerónimo Roca-Berti riora de este convento N. M. R. M. Sor gida de Sta. Inés. Poseemos además la parti le su exploración, que debemos á la amabid de nuestro eruditísimo amigo D. Miguel

Su familia.

gundo fué Gabriel, que, joven aun, partió para América, á ejercer la misma profesión que su padre, y murió allá, segun se dice, poco después que este: y el tercero fué D. Gaspar que siguió la carrera eclesiástica, y obtuvo una canongía en la Iglesia Catedral.

Sus tres hijos.

A medida que transcurría el tiempo, el genio de Murillo remontaba más el vuelo y adquiría mayor originalidad. En 1652 pintó, también para el convento de San Francisco, sus primeras *Concepciones*, una con un religioso á los piés, escribiendo sobre este misterio; y algún tiempo después *la Colosal* que se conserva en el Museo Provincial de Sevilla. En 1655, pintó la famosísima Natividad de la Virgen que estaba detrás del altar mayor de la Catedral, y los cuadros de San Leandro y San Isidoro que están en la Sacristía mayor de la misma. El incomparable San Antonio, que está en el Baptisterio de la mencionada Basílica hispalense, pertenece al año siguiente,

---

Barrera, vice Secretario de este Arzobispado, y es como sigue: «En 14 de Diciembre de 1670, tuvo lugar el exploro de D.ª Francisca Murillo y Cabrera, para profesar en el convento de Madre de Dios de Sevilla.—Declara que se llama como queda dicho, hija legítima de Bartolomé de Murillo y D.ª Beatriz de Cabrera, su muger, natural de esta Ciudad de Sevilla, y que es de edad de diez y seis años. Que á dos años que está con hábito de Novicia y que la trajo Doña Tomasa Murillo su tia vecina de esta Ciudad de Sevilla.—(Firmado) soror franc.ª M.ª murillo y cabrera.»

Tuvo una hija religiosa.

ısí como los cuadros que pintó para san-
a María la Blanca.

Lo protejen los religiosos

Desde esta fecha en adelante, las órdenes religiosas rivalizaron entre sí por dar ocupación al inspirado Murillo. En el convento del Carmen, dice uno de sus Biógrafos, (Velázquez y Sanchez, pag. 173.) recibió una paga, cuantiosa para aquellos tiempos, por una imagen de Ntra. Señora sentada, con Jesús niño en los brazos, la que fué colocada en el altar de una capilla nueva, al lado del evangelio. En la Merced calzada se adquirieron del pintor en moda las imágenes del Arcángel San Rafael, un Resucitado, San Luis, rey de Francia, y la fuga á Egipto.

El monasterio de Santa María de las Cuevas, abrió su templo ostentoso á la inspiración del moderno artista; y aquella opulenta Cartuja sevillana, que sirvió de refugio al famoso Torrijiano, recibió con estimación entre sus timbres artísticos una efigie majestuosa del Salvador del mundo, y la sangrienta cabeza del Bautista. Los Agustinos renovaron el altar mayor de su iglesia, y le dieron ocasión de ofrecer á la adoración pública, entre diferentes cuadros de relevante mérito, la imagen del santo Obispo de Hipona, y dos pasajes de la vida de Santo Tomás de Villanueva; uno de niño, distribuyendo sus ropas entre los chicos indigentes; y otro ya religioso, repartiendo limosna á los pobres, en el cual resalta una encantadora perspectiva claustral.

Pinta para los conventos

En San Pedro Alcántara pintó para el presbiterio un San Antonio Paduano de

felicísima ejecución; y una de sus encantadoras Concepciones para el altar del Sagrario del opulento monasterio de San Jerónimo de Buena Vista».

Sus triunfos.

Así caminaba Murillo en su carrera artística de triunfo en triunfo y de victoria en victoria, sin decaer jamás, porque, cuando le sorprendió la muerte, se hallaba aun en el apogeo de su gloria. Pero esta carrera triunfal de aquel genio soberano, no estuvo exenta de amarguras y penas muy grandes, unas causadas por la envidia de sus émulos y rivales, entre los que se cuenta nada menos que á Leal Valdés; y otras por las vicisitudes y desgracias de la vida. De las primeras han hablado con más ó menos acierto sus biógrafos, y por eso las omitimos aquí: de las segundas, nadie (que sepamos) ha dicho nada hasta la hora presente; y por eso vamos á detenernos á decir algo de ellas.

Sus penas.

Murillo, que fué tan virtuoso como pintor, y tan cristiano como artista, era al mismo tiempo un esposo modelo y un padre amantísimo, de esos que hallan su descanso y sus delicias en el seno del hogar. Cuando èste más le sonreía, ennoblecido por la fama de sus ponderados lienzos, perdió á la compañera de su vida el 1.º de Enero de 1664, cuando él cumplía los 46 de su edad, y quince ó poco más de casado. (1) Esta desgracia

Queda viudo.

(1) He aquí la partida mortuoria de la muger de Murillo, que nos costó algunos sudores encontrarla, como las otras partidas bautisma-

sumió á Murrillo en mortal tristeza, y le fué preciso, para disiparla, acudir á los consuelos de la religión y á la magia de sus pinceles, que lo trasladaban al cielo, y le hacían olvidar su aflictiva situación sobre la tierra. Cuando quedó viudo tenía los tres hijos arriba mencionados: Francisca que contaba casi diez años de edad, sorda de nacimiento, y con marcada inclinación á la vida religiosa; Gabriel, que tenía siete no cumplidos, y Gaspar, que había nacido en 1661, y contaba por lo tanto poco más de tres años. (1) Entre los muchos amigos que tuvie-

Sus huérfanos

les de sus hijos, que después insertaremos: «En primero de Enero de mil seiscientos sesenta y cuatro años se llevó á enterrar de esta Iglesia del Sr. S. Bartolomé al Convento de S. Pablo el cuerpo de D.ª Beatriz de Cabrera, Muger de Bartolomé Murillo: Derechos de fábrica: Capas 3: Ciriales 6: Doble 2: Dijo la misa de cuerpo presente Esteban de Guevara.»

(1) He aquí las partidas bautismales de estos dos hijos de Murillo. «El lunes 26 días del mes de Marzo de mil seiscientos y cincuenta y siete años yo el licenciado Manuel Gómez Cura de la Iglesia Parroquial del Señor San Nicolás de esta Ciudad de Sevilla bauticé á Gabriel hijo de Bartolomé Morillo y D.ª Beatriz de Cabrera su legítima muger fué su padrino el licenciado Bartolomé Pérez Hoitis Presbítero y beneficiado propio del Señor Santiago el viejo, vecino desta Ciudad en la Collación de Santa Marina al cual yo advertí el parentesco y lo firmé fecha ut Supra.—Ldo. Manuel Gómez Cura —(Libro IV de Bautismos fol. 258).

En el libro V de Bautismos fol. 116 de la Parroquia de Santa Cruz está la de Gaspar Esteban, hijo de Bartolomé Murillo y de Beatriz Cabrera de Sotomayor, el cual nació el sábado 22 de Octubre de 1661.

Partidas bautismales de los mismos.

ron la constancia de consolar á Murillo, en aquella desgracia de familia, uno fué el conocido y celebrado Don Miguel de Mañara, cuya conversión atribuyen algunos al buen ejemplo del pintor: otro, hasta hoy desconocido é ignorado, fué un lego Capuchino, llamado Fr. Andrés de Sevilla, de quien hablaremos largo en el párrafo siguiente.

Amigos de Murillo.

Este hermano, cuya biografía pondremos entre los sucesos del año 1686 en que murió, fué de una familia distinguida de Sevilla, emparentada con buena parte de su nobleza. Contrajo en su oficio de limosnero estrecha amistad con Murillo; mirábalo como á un genio superior, y fué tan ciego admirador de él y de sus obras, que su admiración pasaba los límites de tal, para convertirse en asombro y veneración. Por esta causa visitaba frecuentemente al insigne maestro en su casa ó donde estaba pintando, y á vista de sus lienzos, que le parecían á Fr. Andrés bajados del cielo, concibió la atrevidísima idea de llevar á Murillo al convento de Capuchinos, para que enriqueciera su Iglesia con aquellas maravillas del arte.

Favorecía los planes de Fr. Andrés el estado de ánimo en que se hallaba el gran maestro. Hombre este de exquisita sensibilidad y de sentimientos profundos, viendo á sus hijos sin madre y á su hogar sin la mujer que lo gobernaba, lo embellecía y lo vivificaba, cayó en abatimientos de pena, que ponían en peligro

Fray Andrés de Sevilla.

su salud. Por dicha suya tenía Murillo una hermana, llamada María Tomasa que idolatraba en él, y al verlo en tal estado, procuraba distraerlo, y que lo distrajeran sus amigos, para que no se entregara á la tristeza que lo consumia; lo cual motivó que Fr. Andrés hiciera venir á Murillo, siempre que podía, á pasear por la huerta del convento.

Planes de éste

Por entonces vino de Guardián al mismo (la tercera vez) el M. R. P. Francisco de Jerez, grande amigo y admirador de Bartolomé, y aquel coronó los deseos y esperanzas de Fr. Andrés, porque desde que fué Guardián la vez anterior tenía el mencionodo P. firme propósito de emplear á Murillo en pintar el retablo ó altar mayor de la Iglesia. Lo invitó al efecto, trataron el asunto, y con gran contento de Fr. Andrés y de la hermana de Murillo, se convino en que éste había de pintar sus obras en la librería del convento.

Esta se convirtió bien pronto en taller del eximio pintor, que comía siempre en el convento y en él dormía muchas noches. Más de un año, que durò la guardianía del P. Jerez, empleó Murillo en pintar y colocar sus lienzos en el retablo del altar mayor, que á su tiempo describiremos; y por lo mismo estuvo en el convento con sus oficiales los últimos meses de 1665 y gran parte de 1666, como consta en los libros del archivo Provincial. El 29 de Octubre del año últimamente apuntado dejó de ser Guar-

Murillo va à pintar al convento.

dián (por su promoción al Provincialato), N. P. Francisco de Jerez, y le sucedió en Sevilla el M. R. P. Leandro de Antequera, que no se halló con ánimos ni alientos para proseguir la obra comenzada por su antecesor; y estuvieron interrumpidas más de año y medio, hasta que entró de Guardián el P. Antonio de Hondarroa, como luego diremos.

Tiempo que estuvo

La Guardianía del P. Leandro duró muy poco, porque, como era al mismo tiempo primer Definidor, cuando el Padre Provincial Francisco de Jerez, fué elegido en Roma el 28 de Mayo de 1667 Definidor General, quedó aquel de Vicario Provincial, y cesó en la Guardianía, sustituyéndole con nombre de presidente el P. Basilio de Viana, que era cuarto Definidor, el cual gobernó la comunidad hasta Julio de 1668, en que la Definiciòn nombró Guardián al P. Antonio de Hondarroa.

Había sido este P., Vicario del Convento en tiempos del P. Jerez, con el que estaba identificado en todo; era hombre emprendedor, de grandes alientos, entusiasta por el arte pictórico, y se propuso llevar á cabo la obra comenzada por su glorioso antecesor, enriqueciendo todos los altares de la Iglesia con lienzos de Murillo. La fama de este se hallaba entonces en su apogeo; los encargos de cúadros que le hacían eran innumerables; y ni aún con la ayuda de muchos oficiales podía atender á los trabajos que le encargaban. El P. Honda-

Fama de Murillo.

rroa, que era experto y quería concluir la obra en el tiempo de su Guardianía, procuró que Murillo fuera al convento, como la vez anterior, para pintar en él sus lienzos.

Su amistad con Fray Andrés.

No era Fr. Andrés ajeno á estos planes del P. Guardián, sino cómplice suyo, y él tomó sobre sí la empresa de hacer que Murillo estableciera otra vez su taller en nuestro convento. Dos grandes dificultades se oponían á que nuestro heróico lego realizara su proyecto; porque, ¿dónde hallar dineros para pagar al gran artista? ¿Y cómo lograr que éste abandonara su casa, teniendo ya en ella una hija mocita y un niño pequeño? A lo primero contestaba Fr. Andrés, que él tenía parientes muy ricos, y además de ellos contaba con la Providencia; y á lo segundo, que entre la Providencia y él lo arreglarían, como en efecto se arregló; porque al poco tiempo, interviniendo en ello Fr. Andrés, la hija de Murillo entraba en el convento de Madre de Dios; su hermana Tomasa se hacía cargo de Gaspar, que ya podía ir á la escuela; y Murillo,con su otro hijo Gabriel, que contaba ya más de once años, y algunos oficiales, se iba al convento de Capuchinos, para vivir en él, mientras pintaba los nuevos lienzos que se habían de colocar en los altares laterales de la Iglesia. El salón de la biblioteca conventual se convirtió de nuevo en estudio de pinturas; y las tres celdas que están frente á la misma, separadas del

Vuelve al Convento para pintar más.

Tiempo que estuvo.

resto del convento, son, según tradición certísima, las que ocuparon Murillo y sus oficiales; y en ellas vivieron otro año largo que duró el trabajo del Maestro insigne en el convento. En él comían, en él dormían y en él eran agasajados de la comunidad, más que si fueran miembros de la misma.

En comprobación de lo que dejamos dicho, pudiéramos citar muchos testimonios de los libros manuscritos de la orden, que nos han servido de guía en esta materia; pero sólo aduciremos uno del *Libro Primero Historial, en el que se notan los acontecimientos más notables de este Convento de Menores Capuchinos de N. S. P. S. Francisco de la Ciudad de Sevilla*, el cual dice que el año 1665, determinó la comunidad con su Padre Guardián Fr. Francisco de Jerez y «el Lim.º de Negocios Fr. Andrés de Sevilla, adornar y enriquecer esta Iglesia y sus altares con Quadros y pinturas de mano de dicho Pintor, contratando con él su execución; y aunque desde sus principios se pagó de su trabajo y abilidad, por su devoción á los Capuchinos, acreditar y perpetuar su Nombre, se convino á precios equitativos. Y aunque no consta el cuanto, ni el tanto q.ᵉ se le dió p.ʳ cada uno de los Quadros q.ᵉ pintó p.ª esta Iglesia, estando aloxado con sus oficiales en este Convt.º, consta p.ʳ el testamento de D. Juan Ordóñez de Pineda, q.ᵉ otorgó el año de 1668 en

Pruebas históricas.

los Núms. 54 y 55. puso á disposición del Expresado Fr. Andrés de Sevilla, Interventor de su última voluntad, seis mil pesos de á 8 rs. de plata cada uno, en dos datas ó mandas. Una de Quatro mil, y otra de dos mil, para invertirlos en el adorno y gastos de los Altares y Quadros de la Iglesia q.e executaba Murillo. Y también consta p.r los Libros de Quentas de Ingresos y gastos, Que el Capitán D. Juan de Truxillo, dió seis mil rs. p.a los Quadros de la Purísima Concep.n de Nra. Sra: D. Diego de Portugal, Caballero del Abito de Santiago, dió p.a el Quadro de S. S.n José 3400 rs. vn. el Canónigo D. Bernardo Duque de Estrada, dió 6993, rs. vn. Diego Maestre, vecino y del Comercio, de esta Ciudad, dió 5800 rs. vn. D. Juan Vicentelo, dió 578 rs. vn. D.a Flor de Cárdenas, dió mil rs. vn. Y así otros, como D. Miguel y D. Diego Usarte, vecinos y del comercio deS evilla en la Collación de S.n Isidoro.»

Documento fehaciente.

De este pasaje que citamos al pié de la letra, y de otros que omitimos, consta con toda certeza histórica que Murillo estuvo *aloxado con sus oficiales en el convento de Capuchinos de Sevilla*, y por eso dijimos al principio que era ligereza imperdonable en autor tan concienzudo y de tanto mèrito como el Sr. Tubino, despreciar, *cual leyenda del vulgo*, la que se funda en datos rigorosamente históricos.

Más datos históricos.

Mas acertado estuvo Velázquez y

Sánchez, (1) cuando escribió que «al emplear á Murillo la comunidad capuchina en el adorno de su templo, fué recibido el artista sevillano en el monasterio de la Puerta de Córdoba con tanta cordialidad y atenciones tan extremosas, que Esteban no acertaba á demostrar su agradecimiento por las contínuas pruebas de cariñosa estimación que recibía de aquellos ascetas venerables.» Costeaban,—añade,—algunos devotos las mejoras en la Iglesia, autorizando al Padre Guardián para dirigirlas, y ofreciéndose á sufragar los gastos conforme se les produjesen las cuentas. Esta circunstancia imponía al prelado la obligación de procurar toda la economía posible en las expensas, para que no se le tachara de abuso; y así regateó en el ajuste de los cuadros cuanto es dable hacerlo en materias de confianza y en las que la delicadeza funda legítimos escrúpulos. Se estipuló, pues, que el artista pintase en una sala espaciosa del convento, encargándose también de dirigir las faenas de albañilería, conducentes á la debida colocación del San Félix de Cantalicio, jubileo de la Porciúncula, y Santas mártires Justa y Rufina. Para asistir al maestro, y servirle en cuanto hubiera menester, fué asignado un lego de edad madura y de simple condición, pero de excelente índole, y prendado de la habi-

Otro testimonio

Más pruebas.

(1) Estudios históricos, biográficos, etc., pág. 178.

lidad de Murillo hasta pasar las horas cerca del caballete, embebido en silenciosa contemplación de la faena artística, y saliendo de su éxtasis para celebrar entusiasmado el remate de una figura ó el relieve de un accidente que contribuyera al afecto del cuadro.»

Vuelta á Fr Andrés

El lego, tan graficamente descrito en este pasaje del Sr. Velázquez, habrá adivinado el lector que era el mencionado Fr. Andrés de Sevilla. También lo nombra, como se verá, otro testimonio que vamos á proferir, tomándolo del *Libro Primero Historial* anteriormente citado, y está en el folio 181, donde dice, hablando del Venerable P. Francisco de Jerez, que por «su solicitud y buen gusto se ennobleció este templo con los famosos cuadros del célebre Pintor Murillo, q.[e] costeó la devoción del Lcdo. D.[n] Juan Ordoñez de Pineda, p.[r] con notación de Fr. Andrés de Sevilla, Limosnero mayor de Negocios de este convto. é Interventor de la voluntad de dicho D.[n] Juan, ligando á sus Albaceas, q.[e] en las dudas que tuviesen las desatasen con el dictámen de Fr. Andrés, y por su falta con la del Guardián de este convto. y Provisor del Arzpdo.—Conserva esta Comd. un retrato Original de dicho R. P. Jeréz, en su Librería, p.[r] memoria del mucho honor q.[e] dió á este Convto. á la Prov.[a] y á toda la Religión, con el escudo de sus Armas, y en él un Lema q.[e] dice: *Fides non timet*, de mano de Murillo.»

Cita comprobante.

Además, en el folio 186 vuelto dice el mismo libro mencionado que se gastaron *en esto* (en las obras y adornos de la Iglesia) 45,916 *rs. de vn. en poco más de un año que fué Guardián últimamente* el mencionado Padre Jerez. Y en el folio siguiente, 187, dando cuenta de su gestión el P. Antonio de Hondarroa cuando cesa en el cargo de Guardián dice: «Todas las limosnas... las hé entregado al H. Fr. Andrés de Sevilla, quien ha buscado todo lo necesario p.ª los Enfermos, y gastos de la Comunidad y assimismo p.ª las Obras q.e se han echo en mi tiempo, etc.»

Nuevo testimonio.

Consta, pues, de una manera evidente que *Murillo vivió con sus oficiales en el Convento* Capuchino de Sevilla en dos épocas distintas, y que ambas lo llevó el hermano Fr. Andrés. Durante ese tiempo, según indica la mencionada *Crónica*, vistió la librea seráfica, es decir, el cordón y escapulario de la V. O. T. en la cual es fama que profesó. Hoy es imposible dar con la partida de su profesión, porque el libro que existe de estas, empieza en 1706; pero advierte la repetida *Crónica* Conventual que, «mucho antes de esa fecha, estaba ya en este Convento fundada la Orden Tercera, con muchos hermanos, aunque no tenían Comisario especial que los dirigiese, ni celebraban Capítulo, ni elecciones, hasta dicho año 1706 en que empieza la serie de los comisarios, Ministros, etcétera.»

Murillo terciario.

Dadas estas noticias y dilucidado el punto que me propuse aclarar y poner fuera de duda en este capítulo, pasemos á examinar las obras que Murillo pintó para nuestro convento de Sevilla, en las dos épocas mencionadas.

Cuestión resuelta.

CAPITULO XII

Descripción de los cuadros que pintó Murillo para nuestro convento de Sevilla

Antes de entrar en materia, para mejor inteligencia del lector, debo advertir que la Iglesia de Capuchinos de Sevilla, no estaba en tiempos de Murillo como está hoy. Entonces, no existía el templete romano que sirve ahora de altar mayor, ni el arco (con cancela de hierro), que pone en comunicación el coro con la Iglesia, ni la capilla ó altar de la Virgen de los Dolores, contiguo á la sacristía, y entonces formando parte de ella; ni la capilla de enfrente, donde está hoy el Crucificado, la cual servía de entrada para la Iglesia á los religiosos, por una puerta que tenía frente al claustro que vá derecho á la huerta. No había por lo tanto más que cuatro capillas ó altares en cada nave lateral, y el altar mayor, adosado al muro que divide el coro bajo de la Iglesia, la cual comuni-

Descripción de nuestra Iglesia.

caba con aquél por dos puertecitas laterales que había en los estremos ó rincones de dicho muro.

Cuadros que para ella pintó Murillo.

Pintó Murillo para el altar mayor diez magníficos cuadros; dos muy hermosos para los testeros laterales del presbiterio; ocho grandes para los ocho altares que había entonces en las naves laterales; una Purísima que estaba en el coro, frente á la presidencia del mismo; muchos crucifijos en cruces planas de madera para los altares de la Iglesia y para las celdas de algunos religiosos; y el retrato del P. Francisco de Jerez, mencionado en el capítulo antecedente: total, 22 cuadros soberbios; y casi otros tantos crucifijos. Cean Bermúdez en su *Carta sobre el estilo y gusto en la Pintura*, cometió algún yerro, omisión ó inexactitud, al describir los cuadros de Murillo que había en dicho templo y hasta incurre en contradición al enumerar los del altar mayor, del cual dice así. *Diez* (cuadros) *forman el retablo mayor*, etc., pero luego, al describirlos y contarlos, resultan de su cuenta solamente nueve, por haber confundido lastimosamente á la *Virgen de Belén*, que solía estar delante del manifestado, con la *Virgen de la Servilleta* que estaba sobre el mismo, y debajo del gran cuadro de la Porciúncula, confundiendo ambas imágenes y haciendo de las dos una sola. En el mismo yerro incurrió Ponz en su *Viaje de España*, y después de éstos, todos los biógrafos de Murillo, que siguieron á estos dos

Yerro de Cean Bermúdez.

autores, sin examinar los datos por ellos aducidos, ni tener en cuenta que González de León (1) y otros, distinguen en sus descripciones un cuadro de otro y una Virgen de otra.

Se rectifica.

Hecha esta aclaración y reconstituida mentalmente la forma del antiguo templo, vamos á la descripción gráfica de las joyas artísticas que contenía; pero antes nos place transcribir aquí el magnífico elogio que el citado González de León hace de nuestra Iglesia y convento con estas palabras:

«Al llegar á este edificio, no puede mi pluma describirlo sin un afecto respetuoso, al recordar las grandes bellezas que encerraba física y moralmente; pues, la austera religión que lo ocupaba, gozaba con bastante razón de una reputación acendrada, y ninguna otra tenía en la ciudad tanto prestigio; y sí solo examinamos lo material de la casa, imponía cierta admiración debida justamente á las artes que se hacen respetar aún de los que no las conocen. Esta es la gran ventaja y el imperio que ejerce la religión, cuando en las casas de Dios son todos los exteriores dignos, mages-

Elogio desinteresado

(1) Noticia artística, histórica y curiosa de todos los edificios públicos, sagrados y profanos de esta muy noble, muy leal, muy heróica é invicta Ciudad de Sevilla, y de muchas cosas particulares; con todo lo que les sirve de adorno artístico, antigúedades, inscripciones y curiosidades que contienen. Por D. Félix González de León. tomo II. Sevilla.—1844. Imprenta de D. José Hidalgo y Compañía.

tuosos y artísticos. ¿Quién era el que al entrar á inspeccionar, (aunque fuera solo por curiosidad), la Iglesia de este convento, no concebía un respeto interior, cuya causa le era desconocida? No era solo el Dios que allí habitaba, el que le infundía este sentimiento, pues ese mismo Dios lo hallaba en otros templos, y no sentía igual conmoción. Lo adorará el cristiano, sí, doquiera que estuviere; pero no con tanto ardor y entusiasmo, como en esta y otras Iglesias, en que las bellas artes suspenden la imaginación, estasian los sentidos, provocan la contemplación, esta se eleva á Dios, y el hombre, material por esencia, lo reconoce allí y lo adora con más humildad, con mejor disposición, con fé más viva que en lugares poco decentes ó ridículamente exornados.»

Los cuadros de nuestra Iglesia.

Esos adornos y valiosas joyas de arte con que nuestros antiguos padres engalanaron la Iglesia de este convento de Sevilla, hablan muy alto en pró de la ilustración y buen gusto de los mismos; y como es una honra para toda la Orden haber poseído aquel tesoro del arte pictórico, hoy desparramado en varios museos, vamos á perpetuar aquí el recuerdo de aquellas joyas insignes, debidas al pincel del incomparable Murillo.

El de la Porciúncula.

El centro del retablo mayor lo ocupaba un magnífico cuadro de gran tamaño, representando la aparición de Jesucristo y su Madre, á nuestro S. P. San Francisco, en el acto de concederle el fa-

moso jubileo de la Porciúncula. Dicho cuadro lo describe Sevilla Mariana, (año II, pág. 374), con las siguientes palabras: «Arrodillado el Santo Fundador de la Religión Seráfica, ante las gradas del altar, levanta respetuosa y dulcemente la cabeza hacia la visión milagrosa. Al lado de Jesús se deja ver su Santísima Madre, ambos rodeados de trasparentes nubes, en fondo luminoso, cercados de multitud de ángeles, que esparcen en la sagrada estancia, trocadas en fragantes rosas, las espinas de la zarza sobre que se había arrojado el Santo, para sofocar los estímulos de la concupiscencia. La Virgen está en actitud de recomendar á su Divino Hijo, la súplica que le dirije su amante Siervo en favor de los pecadores; y el Señor en ademán expresivo de dispensarle la gracia que solicita, por la intercesión de su querida Madre. Invención sublime es la que se admira en este hermoso lienzo, composición sabia é ingeniosa, dibujo natural y correcto, contornos elegantes que dan vida y movimiento á las figuras, colorido excelente, agradable y lleno de vigor, y una armonía de efecto verdaderamente seductora. Las figuras de Jesús y María tienen una gracia sencilla, amable é inocente, que mueve el corazón.»

Su descripción.

Palomino en *Las vidas de los Pintores* etc,, dice de este cuadro que «verdaderamente parece estar allí la gloria, porque está Jesucristo con la Cruz, mirando á su Madre Santísima á la mano dere-

Su mérito.

cha, y tanta diversidad y hermosura de ángeles que cuando los vieron los pintores dixeron que hasta entonces no avían sabido que cosa era Pintura, ni colocar un Quadro en aquella distancia». Murillo puso en este cuadro toda la fuerza del Españoleto; pero de un tono de color, sin comparación más hermoso, más brillante y más reflejado. Ponz lo llamò *cuadro digno de eternas alabanzas*: hoy está en el museó de Madrid.

Su paradero.

A cada uno de los lados de este cuadro había otros tres en línea vertical, con figuras de tamaño natural. El primero del lado del evangelio, junto á la sacristía, era el de Santa Justa y Rufina, titulares de la Iglesia, en la cual estuvieron sepultadas sus reliquias, según testimonio de antiguos historiadores. Las santas aparecen en el lienzo de cuerpo entero, adornadas con la doble palma de la virginidad y el martirio. Las cabezas de estas hermosas imágenes son varoniles y están animadas por un entusiasmo y fé profundísimos. Ambas figuras tienen mucha gallardía: el ropaje está bien dispuesto y todo el lienzo pintado con aquella fuerza y aquel estro tan propio del gran pintor de Andalucía. A sus pies tienen las dos santas los cacharros ú obras de alfarería, en cuya venta se empleaban; y en médio de ambas está la famosa torre de la Catedral sevillana, á la que sostienen (cada una por un lado) para que no caiga; actitud que parece aludir á la piadosa creencia de haberse

El de Santa Justa y Rufina.

visto á las dos santas en los aires un día de terremotos, sosteniendo á la Giralda, creencia que la musa popular compendió en esta conocida copla:

Actitud de las santas.

La torre de Sevilla
Se está cayendo;
Santa Justa y Rufina
La están teniendo.

Dicho cuadro está en el museo provincial de Sevilla, como los otros que siguen.

Sobre este cuadro, en línea recta, estaba el de S. José con el Niño Jesús, ambos de tamaño natural. De este lienzo admirable escribió un viajero francés, (Mr. Saint Hilaire) lo que sigue: Entre estos cuadros me ha causado una viva impresión el que tiene el Niño Dios apoyando su rubia y rizada cabeza con una divina indolencia sobre el hombro de S. José, á quien acaricia con una de sus manecitas, mientras con la otra le coge la vara florida. En este asunto tan sencillo, manejado con la exquisita suavidad de pincel que había logrado Murillo en sus mejores tiempos, hay una gracia tan inefable y un sentimiento tan profundo de cristianismo, por la parte que habla al corazón, que siente uno el deseo de convertirse en buen cristiano, al mirar este cuadro solamente. El mismo Rafael, (no titubeamos en decirlo), nada ha pintado igual á esta bellísima y deliciosa cabeza del Niño, en la que una melancolía precoz, vago presentimiento de las miserias de la humanidad, se mezcla con

El de S. José.

las gracias inocentes de la infancia.» Y dice bien este autor, porque Murillo supo pintar la divinidad en las gracias de la infancia con un acierto y sublimidad indefinibles. Lo demás del cuadro está pintado de una manera admirable, siendo muy digno de la magnífica colección que poseía el convento de Capuchinos.

Su valor artístico.

Sobre este cuadro de S. José estaba otro de S. Antonio de Padua, de tamaño natural, pero de medio cuerpo, colocado junto al arco de la bóveda, y siguiendo la curva del mismo, como puede verse en el Museo provincial donde está, visiblemente añadido, para darle la forma rectangular. El Niño está de pie sobre un libro abierto, y el santo lo tiene semi abrazado con una mano puesta en las espaldas del divino infante, y ostentando en la otra un ramo de azucenas. La cabeza de este santo es admirable y respira una bondad sin límite.

El de S. Antonio.

Al otro lado del altar y formando simetría con el anterior, estaba otro lienzo con S. Félix de Cantalicio y el Niño Jesús, también de medio cuerpo. El Niño Dios en brazos de S. Félix es tan bello como todos los del gran maestro, y está pintado con un derroche de habilidad que asombra. El santo lo mira con ternura inexplicable y El lo acaricia, cogiendo con sus manitas las barbas de S. Félix, el cual tiene á sus pies unas alforjas con pan, símbolo del oficio de limosnero que desempeñaba, cuando tuvo tan regalada visita. Este cuadro, que se

El de S. Félix

hallaba en nuestra Iglesia, tocando al arco de la bóveda y siguiendo su curva, lo han añadido también para darle forma regular, como puede verse en el citado Museo.

Su sitio antiguo.

Debajo de éste y haciendo juego con el de S. José había otro gran cuadro, representando á S. Juan Bautista en el desierto, cuya figura de tamaño natural y le cuerpo entero, está llena de gallardía y dibujada correctamente. Tiene una weja al lado que mira fijamente al san.o, y en todo este lienzo se observa una uerza de claro obscuro admirable y un vigor digno del Spagnoleto. También se ıalla en el Museo Provincial, y tal vez ılgún crítico demasiado severo podrá ta harlo hoy, á la altura en que se en uentra, de sequedad en el colorido; pe o esta objeción queda desvanecida, te iendo en cuenta el lugar para que fué intado; lo cual manifiesta la gran cienia de Murillo, en el conocimiento de los fectos producidos por las distancias.

El de S. Juan Bautista.

Debajo de este gran cuadro estaba el le S. Leandro y S. Buenaventura, amos de tamaño natural y en actitud de ntregar el primero al segundo, para los apuchinos, este convento que él fundó ara sus monjas, las cuales se habían rasladado ya al monasterio que en el entro de la ciudad lleva el nombre de . Leandro. Las dos figuras son de asecto majestuoso y grave, y ambas parecen animadas por la fe, brillando n sus rostros aquel inefable reposo que

El de S Leandro y S Buenaventura.

sólo puede existir en un alma hondamente poseída por la religión. Al lado de S. Leandro se vé un robusto y gracioso ángel, que sostiene la mitra del santo arzobispo, pintado con admirable fuerza de claro oscuro y con fluidez tan sorprendente, que, á pesar de hallarse colocado en la parte más sombría del cuadro, aparece no obstante con un colorido brillante y con un vigor indecible. Tiene S. Leandro en la mano derecha un pergamino con esta inscripción: *Credite, o gothi, consubstancialem Patri;* y en las de S. Buenaventura se ve un templo, que asienta sobre un gran libro. Está el último santo vestido de hábito capuchino, y tiene puesto un capelo cardenalicio pintado con sin igual acierto y maestría, así como el pontifical que viste S. Leandro. Las manos de este son también dignas de especial mención por la verdad y soltura con que están ejecutadas.

Actitud de ambos santos.

Los siete cuadros bosquejados formaban la parte alta del altar mayor; pero debajo del gran cuadro de la Porciúncula, en un espacio que existía entre él y el plan de altar, á los lados del manifestador, por la parte de arriba, estaban la famosa Virgen de la Servilleta y otro cuadro de tamaño parecido, representando la santa Faz, ó el rostro de Jesús en el lienzo de la Verónica. Este, que era de un mérito extraordinario, desapareció durante la invasión francesa y hoy está en Surrey, (Inglaterra) en

El de la santa Faz.

poder de un Sr. Jonas Loyd, según Tubino. La Virgen de la Servilleta la posee nuestro Museo Provincial, y de ella hablaremos luego más largamente. Delante del manifestador, que sólo servía raras veces en el año para exponer el Santísimo, había ordinariamente otro cuadro de la Virgen de Belén, de medio cuerpo con el Niño Dios acostado y dormido en sus brazos. Está también en el Museo provincial y es un lienzo de ejecución sorprendente, en el que se ve el estilo de Velázquez y del Spagnoleto fundidos en uno por el genio soberano del gran Murillo.

La Virgen de Belén.

Estos eran los diez cuadros del altar mayor, colocados por el orden que los hemos descrito, según los trae la Crónica del Convento, y Cean Bermúdez; de donde colegimos que González de León se equivocó totalmente al señalar el lugar y orden que ocupaban estos cuadros. También están en contradición esos dos autores, al hablar de las Capillas ó altares que ocuparon los cuadros que vamos ahora á describir; y el equivocado fué sin duda alguna González de León y los que le han seguido, como el Sr. Serrano y Ortega en su *Glorias Sevillanas*, pág. 211, porque González de León escribió, cuando los cuadros no estaban ya en la Iglesia, mientras Cean Bermúdez los vió en los altares; y su descripción, aparte del yerro arriba notado, coincide totalmente con la que trae la Crónica del con-

Equivocaciones.

vento que es la más auténtica y verdadera.

El de San Miguel.

En los lados del presbiterio, estaban dos grandes lienzos, representando al Arcángel S. Miguel y el Sto. Angel Custodio, cuadros, que con decir que fueron del mejor tiempo de Murillo está hecho su mayor elogio. El S. Miguel desapareció también durante la invasión Francesa, y no se sabe su paradero, pues ni el Sr. Tubino lo trae en su *Catálogo razonado de los cuadros de Murillo.*

El del Angel Custodio.

El Santo Angel de la Guarda lo regaló la Comunidad de Capuchinos al Cabildo catedral, por los motivos que más adelante diremos, y en ella está, ocupando un altar, del cual dice el señor Gestoso (1) estas palabras: Bajo un arco ojival, adornado con gablete y tracerías del mismo estilo, hállase expuesto á la veneración un bellísimo lienzo en que se ve al Angel de la Guarda, llevando un niño de la mano, símbolo de las almas. Procede de la riquísima colección que adornó la Iglesia de los Capuchinos de esta ciudad, obra insigne de Bartolomé Esteban Murillo en sus mejores tiempos. Este cuadro de extraordinario mérito fuè regalado por aquella Comunidad al Cabildo en 1814, y se cocolocó en este lugar cuatro años después.

Hasta aquí los cuadros que pintó

(1) Sevilla monumental y artística, tomo II pág. 534.

Murillo la primera vez que estuvo alojado en el convento con sus oficiales por los años 1665 y 1666, según probamos en el capítulo anterior; y los que describimos á continuación pertenecen á la segunda época allí mencionada, que comenzó á fines de 1668 y duró todo el año siguiente. Hecha esta advertencia, pasemos á describir los altares de las naves laterales, teniendo presente que, como dijimos al empezar este capítulo, en aquel tiempo no había más que cuatro altares en cada una.

Altares de las naves laterales.

En el primero, junto al presbiterio, por el lado del evangelio, estaba el de la Anunciación de Nuestra Señora, cuadro que describe *Sevilla Mariana* (2), con estas palabras: Un rompimiento de gloria luminoso, cercado de nubes, ilumina la estancia. El mensajero celestial con la mano derecha levantada hacia lo alto, y en la izquierda un ramo de azucenas, anuncia á María que será Madre del Hijo de Dios hecho hombre, y la Virgen, arrodillada, suspende la lectura en que se ocupaba entonces, manifestando la sorpresa que le causa la embajada del ángel. El dibujo es correcto, y el colorido fresco y vigoroso; el arcangel parece bajado del cielo, por su hermosura, decoro y elegancia; al paso que se señalan en el rostro y figura de la Virgen la gracia, la modestia y la humildad. Entre resplandores divinos y coros de án-

Altar de la Anunciación.

(2) Año II pág. 296.

Su mérito.

geles, sobresale el Espíritu Santo en forma de paloma, llenándolo todo de luz y tendiendo sus alas sobre la Virgen, que tiene delante de sí al arcangel arrodillado en trono de nubes, y debajo de ellas una especie de almohadòn ó cojín junto al reclinatorio en que se arrodillaba.

El altar inmediato á este de la Anunciación, lo ocupaba el gran cuadro que representa la visiòn de S. Antonio de Padua. La composición de este lienzo, dice el Sr. Amador de los Ríos (1) es en extremo sencilla y está concebida con aquel acierto y con aquella verdad que tanto distingue las creaciones místicas de Murillo. El santo está arrodillado ante una peña sobre la cual hay un libro abierto, en el que aparece sentado el Niño-Dios en actitud de tender sus divinos brazos hacia aquél. Hé aquí todo el argumento de esta producción, que es, sin embargo, una de las más distinguidas del artísta sevillano. La cabeza de S. Antonio se halla animada de un piadoso y grande amor, que en vano trataríamos de describir. No tiene la severidad de forma que tal vez demandaría algún crítico demasiado exigente y descontentadizo; pero con dificultad podrá hallarse otro semblante que respire una expresión más tierna y apasionada. En este lienzo ha dejado Murillo una inequívoca prueba de la pureza y elevación de su senti-

Altar de San Antonio de Padua.

(1) Sevilla pintoresca ó descripción de sus más célebres monumentos artísticos, etc.

miento religioso. El pintor naturalista todo lo ha concedido aquí á la naturaleza; pero á esa naturaleza en que brilla un destello de la divinidad, que es alimentada solamente por el espíritu. El Niño Dios parece predecir al santo los altos é inestinguibles goces que le esperan en el cielo, á donde le convida con su mano diestra. ¡Cuánta gracia y majestad hay en este hermoso Niño! ¡Cuán distinta es su naturaleza de la naturaleza humana!.,. Al contemplar este lienzo, no podemos menos de repetir que nadie ha impreso en las figuras del Salvador tanta dignidad, como dió Murillo á sus niños, cuando intentó pintar la infancia de Jesucristo. Sobre la cabeza del santo vuela un gracioso grupo de ángeles que forman una hermosa corona. La ejecución de esta grande obra no es menos digna de elogio. En ella todo está comprendido y desempeñado magistralmente; todo está en su lugar y elemento propio.» Nosotros añadiremos por nuestra parte que la mano del santo que toca al niño, la otra que ostenta el ramo de azucenas, símbolo de la pureza, y el pie que le sale fuera del hábito son muy dignos de tenerse en cuenta.

Actitud del Niño-Jesús.

A continuación de este altar seguía el de la Purísima Concepción, en el mismo sitio que ocupa hoy el de la divina Pastora, donde estaba también el sagrario para dar la comunión á los fieles. La Purísima que en él había, con decir que es de Murillo, se dice todo; y con añadir

Altar de lá Purísima

que se apellida la del Padre Eterno, se dice más de lo que puede expresar la pluma. El autor últimamente citado la describe así: «Aparece en un trono de nubes y de ángeles contemplada por el Padre Eterno. La cabeza de esta Virgen tiene mucha dignidad y nobleza, viéndose arrebatada en un éxtasis profundo de amor; su figura es gallarda y su actitud sumamente sencilla; los ángeles que la rodean parecen nadar en un ambiente luminoso de admirable color y trasparencia, y están pintados con una nitidez y verdad indefinibles. El Padre Eterno se ofrece á la vista del espectador velado de la inmarcesible gloria de su grandeza, que apenas puede concebir el entendimiento humano, y que Murillo alcanzó á comprender casi intuitivamente. Hé aquí la causa de creer nosotros que es esta una de sus más bellas creaciones. Este sublime pintor del cielo, cuya rica imaginación estaba siempre henchida de espíritu religioso, cuya alma estaba inundada de fe, vió abiertos los cielos ante su vista, y trasladó á sus lienzos cuanto en aquellos arrebató á su espíritu. Por esta razón las obras de Murillo serán eternamente apreciadas de todo el mundo, y cuando acierte un incrédulo ó un impío á contemplarlas, no podrá menos de sentirse sobrecogido y creer en Dios á quien se consagraban estas maravillas». Debemos añadir que en la parte obscura del cuadro, debajo de la Virgen, se vislumbra al dragón infernal que en

Por qué se apellida del P. Eterno.

Su hermosura

vano procura inficionar con su aliento la Concepción Inmaculada de María.

Altar de Ntro S. P S. Francisco.

El último altar de esta nave hácia la entrada de la Iglesia, contenía el San Francisco abrazado á Jesucristo en la cruz, el cual desprende de ella su brazo derecho para estrechar al Seráfico Patriarca. Este cuadro, dice Mr. de Saint Hilaire, ya citado, es una de aquellas concepciones caprichosas que en horas de éxtasis creaba el cerebro de algún fraile apasionado por las glorias de su Fundador, y que el pincel de Murillo traducía tan fácilmente. S. Francisco al pie de la cruz sangrienta, en donde está enclavado el Hijo de Dios, sobrecogido de una dolorosa piedad, fija en El su extática mirada. Movido entonces Jesucristo de aquella piedad, que el mundo ha rehusado á sus dolores, desliga su brazo derecho del sagrado madero, bajándolo lentamente sobre los hombros del santo, como para descansar en él del peso de sus tormentos. Parece que Dios da gracias al hombre y que la víctima consuela á quien le compadece. Nunca, ni bajo el pincel del divino Rafael, ha expresado una cabeza de Cristo, resignación tan sublime. Los tormentos de la humanidad entera están resumidos en esta cabeza, reflejo de un alma divina, que en medio de la lenta agonía de la cruz, sólo piensa en bendecir á los que le maldicen, y en rogar por sus verdugos.» Este S. Francisco, añade Cean Bermúdez, es muy cele-

Actitud del Crucificado.

Otros detalles

brado de los inteligentes por su expresión, por la firmeza con que se apoya en el globo del mundo, y por el conocimiento de la anatomía, en expresar sus partes principales sobre el tosco y burdo sayal. A la izquierda del Crucifijo, en cuyo cuerpo parece que se hunden las manos del santo, hay dos ángeles que sostienen un libro, en el cual se leen estas palabras de Jesucristo: *Qui non renunciat omnibus, quæ possidet, non potest meus esse discipulus.* (Luc. 14) Este lienzo puede señalarse como uno de los mejores que pintó el gran Murillo.

Volviendo á la nave de la epístola, la primera capilla junto al altar mayor tenía el lienzo que representa á Jesús muerto en el regazo de su Virgen Madre. A esta imagen la llamaban los religiosos Ntra. Señora de las Angustias ó la Virgen de la Piedad. Son muy recomendables en este lienzo, según opinión de los peritos, la corrección del dibujo y la inteligencia de la anatomía con que está pintado el cadáver; el sentimiento de los ángeles que acompañan á la Virgen en el suyo; y el colorido lúgubre y triste, apropiado á la escena que encierra, lo cual prueba que en Murillo presidía á la ejecución de sus obras una meditación profunda. Las manitas del ángel que sostienen la de Jesús son dignas de contemplarse.

Altar de Ntra Señora de la Piedad.

El altar inmediato á este era el del Nacimiento del Hijo de Dios, y del cua·

dro admirabilísimo que representa este misterio, dice el ya citado Amador de los Ríos que ofrece un partido de luz admirable. Jamás ha sido pintada con tanta verdad y dulzura la fe sencilla de los pastores, que llenos de fervor vinieron á adorar al Salvador del mundo en un pesebre. Murillo dotado de un alma de artista, tierna, sencilla y muy accesible á las impresiones religiosas, supo prestar á aquellos primeros cristianos todo el candor de que estaba poseído su corazón, y toda la piadosa credulidad de que se sentía animado. Este Nacimiento es uno de los cuadros pintados con esa espontaneidad, que tanto admiran los que saben comprenderla. El efecto de este lienzo no puede ser más extraordinario; resalta en él esa fuerza inimitable de la naturaleza, que encanta en todas las obras de Murillo, viéndose aquí toda la escena alumbrada por el resplandor que despide el Niño Dios. La composición es tan natural y sencilla, como los afectos que expresó el artista en los semblantes de todos los personajes, reinando en todo el lienzo la tranquilidad más inefable. La cabeza de S. José es notable por la satisfacción profunda de que está animada, y el rostro de la Virgen aparece lleno de la gracia y delicadeza que Murillo sabía darles. El grupo de ángeles que corona el cuadro é ilumina sus alturas, es digno del gran Maestro sevillano.

Altar del Nacimiento.

Sus primores.

A este altar del Nacimiento seguía el de S. Félix de Cantalicio, tan celebrado de propios y estraños: Este es uno de los cuadros que más caracterizan á Murillo; y al describirlo, cedemos también la pluma al Sr. Amador, que lo hace de esta manera: El santo está arrodillado y tiene en sus brazos al Niño Dios, que parece haberse desprendido de los de la Virgen, la cual, sobre un luminoso trono de nubes, en uno de esos encantadores rompimientos de gloria, que con tanta magia supo pintar Murillo, se muestra á la vista del fervoroso capuchino. La cabeza de este está henchida de fe, de verdadero entusiasmo religioso y de amor inefable; sus formas de diseño son nobles sin ser demasiado severas, y está pintada con un color y trasparencia, con una fuerza de estilo y una maestría tal, que no nos atrevemos á calificar. El Niño Dios aparece tan bien acomodado y gustoso en los brazos del santo, á quien acaricia, que nadie duda de su predilección y amor profundo. Con dificultad podrá encontrarse, ya entre los españoles, ya entre los extranjeros, un artísta que haya dado al Dios Niño aquella encantadora gracia de la infancia, aquella magestad precóz y aquella divinidad que Murillo imprimió en la cabeza de Dios hombre, halagado aún por los juegos de la niñez. La Virgen es una figura majestuosa y encantadora, llena de amor; su cabeza dista del idealismo griego, tanto como la teogonía pagana de la religión

Altar de San Félix de Cantalicio.

Su mérito artístico.

sellada con la sangre del Salvador del mundo sobre el Gólgota; pero lo que nos admira en este cuadro, después de la concepción altamente sencilla y original, es la armonía que reina en todo él. Ya hemos observado que Murillo poseyó el arte de pasar repentinamente del color claro al oscuro; y esta manera sorprendente de disponer los contrastes, sin causar nunca mal efecto, cautivando siempre la imaginación y avasallando los sentidos, resalta extraordinariamente en el presente lienzo. Si no temieramos ser demasiado poeta, diríamos aquí que Murillo envolvió su creación en raudales de armonía. Los ángeles que vuelan en el espacio son extremadamente graciosos y están pintados con sin igual maestría y soltura.» Detrás del santo se vislumbra la silueta de un árbol en un paisaje lejano, y delante de èl las alforjas con un pan, y una planta de macetas envuelta entre las sombras.

Sus contrastes.

El último altar de esta nave, y primero de la derecha entrando por la puerta de la Iglesia, tenía el lienzo que representa á Santo Tomás de Villanueva, dando limosna á los pobres. Dicen que Murillo llamaba á éste su cuadro, lo cual añade Ceán Bermúdez, que es muy creible, por el cuidado y esmero con que está pintado. Entre la variedad de figuras de ambos sexos y edades que contiene, es muy admirable la del pobre que está arrodillado en primer término, recibiendo la limosna del santo, por el buen dibujo y

Altar de Sto. Tomás de Villanueva.

mejor colorido de su espalda, y por la pierna que, como se suele decir, está fuera del cuadro. El conjunto tiene mucho movimiento y expresión, y está dispuesto de tal manera que ofrece un efecto de claro-oscuro verdaderamente maravilloso. El colorido es prodigiosamente admirable por la fuerza de su brillo en la cabeza del Santo que está alumbrada por una ráfaga de luz resplandeciendo en ella la sencillez y la benignidad más evangélica.

Sus figuras.

Además de estos ocho cuadros pertenecientes á los ocho altares laterales que tenían entonces las naves de la Iglesia, existía en el coro, frente á la silla prioral el cuadro de la Concepción, apellidada *la Niña*. La figura de la Virgen tiene aquella gracia de movimiento y naturalidad de expresión, que Murillo dió á todas sus Concepciones. El colorido es brillante, vaporoso, transparente, y todo el lienzo está pintado con admirable verdad y maestría. Los ángeles que aparecen envueltos en la nube sobre que descansa la Virgen, aventajan en gran manera á los que rodean á otras Concepciones, y ofrecen un efecto mucho más bello y agradable. Sus cabezas son muy graciosas y sus actitudes en extremo sencillas y variadas, lo cual contribuye no poco á que esta parte del lienzo aparezca tan rica y abundante. A la izquierda de la Virgen hay un grupo formado por dos angelitos del gran pintor sevillano, de esos que se sonrien alegres, pareciendo

Cuadro de la Inmaculada.

unas veces que vuelan, y otras que los mueve el viento. Estos nueve cuadros que acabamos de bosquejar están todos en el Museo Provincial de Sevilla, con los otros ocho que formaban parte del altar mayor.

El último lienzo de Murillo que poseía el convento era el retrato del V. P. Francisco de Jerez, mencionado en el artículo anterior: desapareció también en tiempo de los franceses y se ignora su paradero, si por ventura no es el que Tubino trae en la pág. 211 de su libro con estas palabras: *un fraile Francisco*: del convento de S. Francisco de Sevilla, sustraído por Soult. Réstanos decir algo de la famosíma Virgen de la Servilleta, y lo haremos en capítulo aparte.

Retrato del P. Jeréz.



CAPITULO XIII

La Virgen de la Servilleta.—Su tradiciòn.—Su historia.—Paradero de nuestros cuadros.

La Virgen de la Servilleta.

Este es uno de los cuadros que más fama dieron al inmortal Murillo, y la denominación vulgar con que se le conoce la recibió del lienzo sobre que se halla pintada, que es en efecto una servilleta, según lo refiere la tradición y se deduce de sus dimensiones, pues mide sólo sesenta y ocho centímetros de alto, por setenta y tres de ancho. Esta lindísima joya de arte es de extraordinario mérito, y de él dice Sevilla Mariana año II, pág. 333), lo que sigue: La cabeza de la Virgen es bella, con esa belleza peculiar de las Vírgenes de Murillo. El rostro es hermoso, en él, además de la gracia, se refleja ese carácter propio y exclusivo del suelo andaluz; sus ojos grandes, rasgados y negros, expresan vivamente el gozo de que se halla inundada, por la satisfacción de tener al Niño Jesús en su regazo. Este se halla dibujado, con una habilidad extraordinaria, y su cabeza se ve animada por una alegría pura, infantil y encantadora; su actitud es tan expresiva, que parece quiere lanzarse del cuadro, y arrojarse á quien lo mira. Todo el lienzo en

Su actitud.

fin, tiene aquella mágia de colorido, que tanto distingue á su autor; la entona-

ción es suave y vigorosa al propio tiempo, la más dulce en su género, que se admira en el pintor de la Virgen María. Sus primores.

Acerca de su origen, existen dos tradiciones ambas verosímiles y autorizadas, que pueden muy bien conciliarse, según veremos después, tales como han llegado hasta nosotros. Sabido es que aquella venerable Comunidad, empleó á Murillo con el fin de que adornase su templo con variedad de pinturas para todos los altares; y al efecto se hospedó en el convento una larga temporada, porque las dimensiones de los lienzos exigían una habitación espaciosa y de buenas condiciones de luz, circunstancias que no suelen hallarse fácilmente en las casas particulares. Para su asistencia designó el P. Guardián á un religioso lego, de excelente carácter, afable, y servicial en extremo, por cuya razón llegó á simpatizar tanto con el Maestro sevillano, que casi siempre se hallaba á su lado, observándolo en sus tareas, absorto de admiración con sus inspiradas obras. Próximo ya á terminarse éstas, llegó á observar Murillo determinadas veces en él, cierto deseo, que no se atrevía aquel á manifestarle. Adivinando al fin, que querría para recuerdo alguna obra suya, exploró su voluntad, no sin dejar de hacer bastante esfuerzo para conseguirlo. Averiguada al fin, oyó gustoso su demanda, á la vez que la imposibilidad de corresponder á ella; pero esto no sirvió de obstáculo, Su tradición.

puesto que Murillo estaba prendado de su benevolencia, y hasta cierto punto agradecido del esmero que había usado con él, en lo relativo á su asistencia personal. Dispuesto ya á complacerlo le pidió un lienzo á propósito para su obra, y apurado el Lego por no poderle facilitar ni aún eso, le dijo si podría suplir una servilleta, que era tan sólo de lo que podía disponer.

Por qué la pintó.

Aceptóla Murillo, y fijándola en un bastidor, después de prepararla convenientemente, pintó sobre ella la Imagen graciosa y encantadora de la Madre del Salvador del mundo, sosteniendo en sus brazos amorosos al Niño Jesús, risueño, y como extremeciéndose de alborozo. El Lego, al verla terminada, se consideró afortunado con tan preciosa dádiva, y con la correspondiente licencia de los Superiores de la Orden, la poseyó en su celda cual rico tesoro, todo el resto de su vida. Hasta aquí lo que generalmente se refiere por muchos; pero los religiosos que existieron hasta los tiempos de la exclaustración, solían contar el hecho de otro modo, según lo hemos oído de uno muy autorizado, que asegura ser la tradición de la manera siguiente:

Otra leyenda.

Después de haber estado Murillo en el convento, haciendo las obras que se le encargaron por la Comunidad, para el ornato de la Iglesia, acostumbraba de vez en cuando ir á misa á ella, y luego visitaba al P. Guardián y demás religio-

sos que habían estado en contacto con él, durante su residencia en aquellos tranquilos y penitentes claustros. Entre ellos, siempre ocupó un lugar distinguido en su estimación, el lego destinado á su asistencia particular, y este era el que solía servirle un ligero desayuno en el refectorio, obsequio que le hacía reconocida aquella pobre comunidad. Otras veces solía pasar algunos días festivos, y apacibles tardes, en tan agradable compañía, y entonces se esmeraban más los religiosos en agasajarlo con toda clase de finezas. Sucedió en uno de aquellos días en que fué invitado á desayunarse, que el lego echó de menos la servilleta que le había puesto en la mesa, y después de buscarla con la mayor diligencia, se persuadió sin que le quedara la más leve duda, de que Murillo se la había llevado, ya hubiera sido por chanza, ya por distracción. Entonces con grande sentimiento suyo, se vió precisado á dar cuenta al P. Guardián de lo ocurrido, y al oirle este, le respondió al lego que no era posible creer semejante cosa del maestro Murillo; que la buscase, que tal vez por olvido suyo, donde menos creyese la encontraría. En tan apremiante situación se encontraba el Lego, que no pudo menos, después de hacer lo que le mandaba el Prelado, que exclamar: Padre, tengo la seguridad de que en el refectorio no ha entrado nadie más que el maestro Murillo y yo; es así que yo le puse la servilleta, y á poco que salió fuí á recogerla y

Es menos verídica.

Su inverosimilitud.

ya no estaba allí; luego el maestro se la ha llevado.

Prudencia del P. Guardián.

Al oir esto el Guardián, le mandó bajo de santa obediencia, que no dijese á nadie lo acaecido, para que no padeciese el buen nombre de Murillo, puesto que la honradéz y acrisolada virtud del maestro era conocida no solo de toda la comunidad, sino de Sevilla entera; y no era justo que por cosa tan insignificante, sufriera algún detrimento su buena fama. Obedeció aquél, guardando profundo silencio, mas no sin dejar de reinar contínuamente en aquella idea; porque sabía muy bien y le constaba la probidad del maestro, como tuvo ocasión de experimentarla, todo el tiempo que estuvo dedicado á su servicio; y por otro concepto estaba persuadido hasta la evidencia, de que él había sido, quien había sustraído la servilleta del refectorio, contribuyendo á confirmar su juicio, el que no hubiese vuelto desde entonces al convento.

Pasados algunos días, se presentó como de costumbre, llevando consigo un lienzo tapado y dirigiéndose al dormitorio, lo colocó sobre la tarima del Padre Guardián, diciendo: Aquí queda este recuerdo, para que la comunidad de capuchinos no tenga que decir nada de mí. Al verlo el lego, que le seguía lleno de ansiedad, observó que era una imagen de la Virgen, pintada sobre la servilleta que había echado de menos aquel memorable día, y corrió presuroso á referir

Honradéz de Murillo.

al P. Guardián su sorpresa por el hallazgo. Lo mismo éste, que toda la comunidad, quedaron admirados de la belleza encantadora de la imagen de la Santísima Virgen con el Niño, y aún más todavía, al publicarse la historia secreta de su origen, que trasmitida como acaba de referirse, de unos religiosos á otros, llegó hasta nuestros días.

Conciliación de ambas tradiciones.

Decíamos antes, que ambas tradiciones podían conciliarse, por que pudo Murillo hacer su promesa al Lego, durante su permanencia en el convento, y después cumplirla de la graciosa manera que acaba de referirse, que por su procedencia nos parece digna de crédito. Hasta aquí Sevilla Mariana; oigamos además á un biógrafo de Murillo.

«Ahora nos toca referir la tradición más autorizada que conserva Sevilla, respecto al cuadro de la Virgen con Jesús Niño en los brazos, intitulada de la Servilleta, un día blasón de aquella comunidad edificante, y al presente joya de nuestro museo provincial en el salón llamado de Murillo.

Dejamos contado en otro lugar, que se había puesto á disposición de Bartolomé por orden de sus superiores, un hermano lego, extremadamente servicial, por demás sencillo, y cautiva su voluntad de las prendas del maestro sevillano, cuyas tareas seguía sin perder ápice, embebecido en cándida admiración de sus obras. La bondad nativa de Esteban le movió á familiarizarse con aquella

Lo que dice un biógrafo.

mansa y agradable criatura, que le creía de naturaleza superior, le trataba con una especie de rendimiento sumiso y saboreaba con delicia y en contemplación silenciosa los misterios del arte que van envueltos en cada rasgo y en cada toque de una mano inteligente y diestra. Alentado el lego por la disposición comunicativa de Murillo, y cediendo poco á poco al estímulo de la simpatía y á la influencia de la afabilidad, entró en conversación con el artista, cada vez más franco y chancero, hasta que tomando confianza con él, sostenía diálogos prolongados y frecuentes, en que dejaba penetrar el fondo de su alma ingénua, como distingue la vista el lecho pedregoso de un arroyuelo al través de su escaso pero limpio raudal.

Como cuenta el caso.

Cerca ya de rematar las obras del templo en la mansión de los capuchinos, Bartolomé conocía que el buen hermano luchaba por contener una impaciencia difícil de reprimir, y que se traslucía un deseo angustioso en sus frases, cortadas por el embarazo en la mitad de su balbuciente emisión. Se propuso hacerle hablar á costa de toda especie de tácticas, y como Esteban no presumía de hombre de mundo, ni entonces obtenía favor el tipo de los diplomáticos caseros, tomó el partido de abordar la cuestión derechamente; conviniendo en que la línea recta es la más corta, y en que cada uno debe andar por el camino que sabe. Sus exploraciones dieron de sí el apete-

Bondad de Murillo.

cido fruto, y... supo en fin que el hermano sirviente, el que podía firmarse con más razón que Gregorio el Magno «siervo de los siervos del Señor,» el compañero inseparable del pintor ilustre en el claustro seráfico... ambicionaba un cuadro suyo, que hiciese juego con el triste ajuar de un mendicante de la más pura observancia.

Su amistad con un lego.

El hermano había obtenido la honra de ser destinado á la asistencia inmediata del maestro. Gozaba de sus contínuos favores y se envanecía de merecerle una confianza fraternal... Había menester un testimonio imperecedero de aquella amistad; que los pinceles del Zéuxis sevillano le consagraran una memoria alagüeña; que durante sus días poseyera la prueba inconcusa de su comercio amistoso con el Apeles cristiano, y legar al convento por su muerte una perla más, caída de aquella paleta incomparable, para que la recogiese una mano tímida, trémula de emoción. Ah! ¿Por qué la tradición sevillana, conservando los pormenores de este episodio curiosísimo, no se cuidó de indagar, retener y trasmitir el nombre y patria de este servidor de la comunidad capuchina?

Murillo averiguó finalmente que el lego suspiraba por la posesión de una obra de su mano; y accediendo al punto á sus votos, quiso apurar en broma la materia, reclamando al desconcertado sirviente el lienzo en que había de pintar una imagen sagrada con destino al ador-

Deseos de éste

no de su celda. Aquí de los apuros del pobre hermano; mas... por fortuna conservaba una servilleta nueva y preguntando si podía servir al efecto, y siéndole respondido que sí, la entregó á nuestro héroe. Murillo cumplió su palabra, y la servilleta, estirada en el bastidor, imprimada con esmero y objeto de una atención escrupulosa, recibió la imagen risueña de la madre del Salvador del mundo, sosteniendo en sus amantes brazos al Dios Niño más encantador y gracioso que concibiera nunca la fantasía del último genio de la escuela sevillana, en que pareció agotar sus recursos la naturaleza.» Hasta aquí el Señor Velázquez y Sánchez, y hasta aquí la tradición y la leyenda: ahora vamos á la historia.

El Maestro los satisface.

¿Qué hay de histórico y verdadero en estas leyendas populares? Es cierto, históricamente hablando, que Murillo estuvo *aloxado con sus oficiales* en el convento de Capuchinos, como se probó anteriormente. Es también rigorosamente histórico que en el convento había un lego, de ilustre familia llamado Fr. Andrés de Sevilla, apasionadísimo de Murillo y de sus cuadros, hasta el extremo de haber recogido de limosna él sólo entre sus parientes y amigos cerca de 50,000 reales para pagar las obras que el artista realizaba en el Convento, según consta de los libros que en el mismo se conservan. Es asímismo indudable que al servicio de Murillo y sus oficiales estuvieron algunos legos de

Verdad histórica.

la Comunidad para arreglarles las celdas, servirles la comida, etc., y que el principal y el mayor de los hermanos encargados de servir á Murillo fué, el venerable Fr. Andrés de Sevilla que ya era de avanzada edad. Estos hechos son rigorosamente históricos y absolutamente ciertos; y de ese terreno de la certeza, pasamos ahora al de las conjeturas y probabilidades.

Conjeturas.

Entrando, pues, en este segundo terreno, pregunto: ¿Cuál fué el leguito, para quien pintó Murillo la Virgen de la Servilleta? A mi juicio, (y conste que lo he formado leyendo y releyendo los libros conventuales,) fué el hermano Fr. Andrés de Sevilla. Este, prevalido de la amistad que tenía con el Maestro, cuando le vió recoger los pinceles para irse á su casa, le dijo en broma que no lo dejaría marchar sin que le diera antes un recuerdo hecho por su propia mano. Murillo, siguiendo la broma, le contestó que el Hermano pusiera el lienzo, ya que él iba á poner su trabajo; y Fr. Andrés, ni corto ni perezoso, corrió á la despensa y tomando una servilleta nueva, de cañamazo fuerte, se la presentó al artista, deseando que la broma se convirtiera en realidad. Murillo se guardó la servilleta, marchó á su casa, y algunos días después volvió con ella transformada en cuadro de hermosísimo aspecto. Esta es mi opinión, y repito que la he formado en la atenta y estudiosa lectura de los libros que

Probabilidades.

en el archivo Provincial se conservan.

Mi opinión.

¿Y en cuál de las dos épocas que estuvo en el convento pintó Murillo la Virgen de la Servilleta? Tampoco lo he podido averiguar con datos históricos; pero soy de parecer que fué en la última, porque en la primera, menciona la Crónica del convento el retrato del P. Francisco de Jerez, que Murillo regaló á la comunidad, y siendo de mérito mucho mayor el de la Virgen de la Servilleta, parecía natural que hiciera también mención de él, y no la hace.

Dejando ya á un lado el escabroso terreno de las conjeturas sigamos refiriendo la hisioria de nuestros cuadros. El de la Servilleta fué colocado en lugar preferente del altar mayor, como arriba se dijo, y todos ellos permanecieron en sus respectivos sitios hasta la invasión de los franceses. Entonces, para librarlos de la rapacidad del Mariscal Soult, se encajonaron enrollados con otros del Cabildo Catedral, y á costa de dicha corporación se remitieron con la correspondiente seguridad á Gibraltar y de allí á Cádiz, donde se custodiaron hasta fines del año 1813, en que los invasores fueron arrojados de Andalucía. Luego se trajeron á Sevilla, y habiéndolos mandado restaurar á sus expensas el Cabildo Catodral, se devolvieron todos á su templo, de lo que agradecida la Comunidad donó á la Santa Iglesia el precioso cuadro del Angel de la Guarda, ya mencionado en su lugar correspondiente. Como

Historia de nuestros cuadros.

los franceses, destruyeron gran parte del convento é iglesia de capuchinos, cuando ésta se rehabilitó, cambió de forma y aspecto su retablo Mayor, y se colocó la Virgen de la Servilleta, sobre la puerta del Coro, que está hoy detrás del templete romano, que se hizo entonces, permaneciendo el cuadro en aquel lugar, hasta la época de la exclaustración de los religiosos en 1835. En ese tiempo se incautó el gobierno liberal de todos los cuadros y bellezas artísticas de nuestras Iglesias y conventos, los que fueron hacinados en el Hospital del Espíritu Santo. Allí estuvieron, hasta que por diligencias del Sr. Deán López Cepero, se llevaron en 1836 á la Santa Iglesia Catedral, de donde fueron trasladados al convento de la Merced, erigido en Museo Provincial el año 1841, y allí están los cuadros de los Capuchinos entre otras creaciones de nuestro inspirado artísta. Narrada así hasta el presente la historia de nuestros cuadros, acabaremos de narrar la de su insigne autor en el capítulo siguiente.

Su peregrinación.

Su paradero actual.





CAPITULO XIV

Últimos años de Murillo: va á pintar á nuestro convento de Cádiz: su caída del andamio y su santa muerte.

Aunque Murillo fué siempre un hombre intachable y piadoso, que cumplía con exactitud sus deberes cristianos, podemos afirmar que en los últimos años de su existencia llevó realmente la vida de un santo. Nos atrevemos á decir que en esa época fué el más santo de los artistas, y el más artista de los santos. En él corrían parejas el genio y la piedad, la virtud y el arte, y por eso aparece en sus obras como artista profundamente religioso y soberanamente místico, con el misticismo y la religiosidad que caracteriza á los verdaderos hijos del Serafín de Asís, que fueron siempre sus mejores amigos, sus hermanos, y los directores de su conciencia.

Piedad de Murillo.

Aconsejado por éstos, jamás emprendió obra alguna en esa época de su vida, sin meditar antes en prolongada oración el misterio ó asunto religioso que iba á pintar; ni sin unirse por la Comunión con el Dios amorosísimo cuyos misterios sensibilizaba en sus cuadros, más que con los pinceles, con la efusión de su fe

Su fé ardiente

y la ternura de su alma, que los inunda. Se remonta en ellos á lo ideal á fuerza de fe, y al genio á fuerza de amor. Los cielos parece que se abren realmente para él, y que él ha visto las glorias de allá arriba, cada vez que las pinta en sus lienzos. Enardecido por la oración, ponía su alma entera en cada uno de ellos, y todas las inclinaciones de esta alma de artista, se concentraban en el amor divino que ardía en su pecho verdaderamente seráfico.

Oraba antes de Pintar.

Sus pinturas reflejan las galas de su genio fecundo y encantador, que poseía el privilegio singular de poetizar y embellecer, hasta el grado de lo sublime, los asuntos religiosos que tocaban sus pinceles, comunicándoles un tinte de santidad, de pureza, de delicadeza y de encanto superiores á toda ponderación. Esto era debido á que su alma tierna y afectuosa se hallaba animada de un espíritu profundamente piadoso, que trasmitió á sus lienzos en alas de la fe, con una belleza ideal propia suya, que nadie jamás ha podido imitar. Hay quien dice que vió abiertos los cielos en éxtasis de amor, y que trasladó á sus cuadros todo lo que allí se representó ante su vista. Por eso, hasta el incrédulo que fija en ellos sus escrutadoras miradas, si es artista de verdad, se siente movido á creer en el Dios á quien se consagraron esos artísticos monumentos de piedad y religión. Tal es el idealismo que domina en todos ellos.

Sus arrobas místicas.

Pedía inspiración á Dios.

En la profunda meditación de los misterios que iba á pintar, pedía inspiración á Dios, y éste enviaba á su alma torrentes de luz, ofreciéndole á su espíritu visiones beatíficas y celestiales, que su pincel estampaba en el lienzo con fidelidad pasmosa, y con una fuerza de convicción que revela patentemente todo el fondo de su alma y todo el fuego de sus creencias. El mundo, absorto, contemplaba las poéticas concepciones de nuestro esclarecido artista, cuya imaginación nunca revelaba cansancio ni postración ni fatiga ni decadencia; antes al contrario, parecía que del ejercicio de sus eminentes facultades sacaba nuevos bríos, dando en cada cuadro más gallarda muestra de su privilegiada fantasía y potentísimo ingenio.

Así transcurrían los últimos años de Murillo, cuando el de 1680, siendo primer Definidor de nuestra provincia y Guardián de nuestro convento de Cádiz el M. R. P. Francisco de Valverde, cierto bienhechor de aquella ciudad dejó una manda considerable para restaurar y mejorar el altar mayor de dicho convento; y como nuestro P. Valverde y todos los capuchinos trataban familiarmente á Murillo, y lo miraban como cosa propia, desde su estancia en el convento de Sevilla, á él acudió, rogándole que se trasladara á Cádiz con objeto de pintar un lienzo grande y varios más pequeños para el altar mayor de dicha Iglesia, ofreciéndole hospedaje para sí y sus ofi-

Sus años últimos.

ciales dentro del convento, como lo había tenido en el de Sevilla. Aceptó la propuesta Murillo, que se encontraba siempre muy bien entre los capuchinos; y arreglados todos los menesteres para aquel viaje, se trasladó á Cádiz con algunos oficiales. Hospedado ya en Capuchinos, escogió para colocar su taller, como lo hizo también en Sevilla, el salón de la biblioteca, que en todos nuestros conventos de Andalucía suele estar en uno de los sitios más espaciosos y retirados del edificio, ordinariamente sobre el coro bajo; y allí pintó los cuadros para nuestra Iglesia.

Su viaje á Cádiz.

Tengo fundamentos para suponer que ilustres familias gaditanas, amantes de las bellas artes, y muy favorecedoras de los capuchinos, se valieron del P. Guardián para llevar á Cádiz al inspirado y famoso artista; y que, además de los cuadros pintados en nuestro convento y para nuestra Iglesia, (que fueron los últimos), estuvo pintando también en casas particulares y para familias particulares, amigas y bienhechoras insignes de los capuchinos, y como éstos, protectoras del gran pintor. Estas familias fueron por lo menos dos de mucho lustre; la de Bozán Violato y la de los Colarte. La primera, oriunda de Génova, no sabemos si se ha extinguido ó si existe en la actualidad; pero la segunda la formaban, si no estoy equivocado, los ascendientes de los señores Marqueses del Pedroso, en cuyo archivo pudieran tal vez encontrarse al-

Donde pintó.

Datos auténticos.

gunos datos que arrojaran nueva luz sobre la estancia de Murillo en Cádiz; y lo consignamos aquí para que lo tengan presente los aficionados á esta clase de estudios.

En lo tocante á la familia de Violato, dice el P. Concepción en su *Cádiz ilustrada, Libro VIII Cap. X párrafo 8*, que «Juan Violato dejó al convento aquel de Capuchinos 500 pesos de renta, y *doce pinturas admirables de Murillo*, que se apreciaron en mucho dinero. Todo lo cual se distribuyó por mano de don Bartolomé Bozán Violato, su sobrino». Y don Nicolás de la Cruz, conde de Maule, en su *Viaje de España, Francia é Italia, tomo décimo tercio, pág. 206*, dice también que Juan Violato dejó á dicho convento doce cuadros de Murillo.

Estos son los datos que hoy puedo aportar para el esclarecimiento de esos hechos, que la crítica no ha puesto en claro todavía, y que algunos han involucrado en vez de aclarar, negando hasta la estancia de Murillo en Cádiz. Es certísimo, indubitable, que Murillo estuvo en Cádiz larguísima temporada. ¿Pero cuanto duró esta? ¿Cuàndo llegó allá y cuándo regresó á Sevilla? Hé aquí lo que podemos decir á los interesados en averiguar este punto. El P. Valverde, Guardián del convento de Cádiz, que como ya se dijo, era el primer definidor de la Provincia vino embarcado á Sevilla hacia mediados de Septiembre de 1680, para contratar á Murillo. Aquí se unió con el Pa-

Más datos importantes.

dre Antonio de la Parra, que era el cuarto definidor y Guardián del convento de Sevilla, para marchar unidos al de Ecija, donde se celebró junta Definitorial el 26 de dicho mes, cuya acta fué firmada por ambos PP., que juntos regresaron á Sevilla, para continuar el P. Valverde su viaje á Cádiz, por el río. ¿Se llevó entonces consigo á Murillo? Creo que sí; pero no lo puedo asegurar con certeza.

Cuánto tiempo estuvo en Cádiz?

En los primeros días del siguiente año 1681, volvió á Sevilla el dicho P. Valverde para asistir á la Definición celebrada en este convento el día 7 de Enero, cuya acta, firmada por él, tenemos en nuestro poder: y acabada la Definición se embarcó de nuevo para Cádiz. ¿Fué en esta ocasión cuando le acompañó Murillo? Tampoco lo puedo asegurar con certidumbre; pero es cierto que, si ya no estaba en Cádiz, llegó en esta ocasión, y allí estuvo hasta que regresó á Sevilla herido de muerte como luego se dirá.

La fecha exacta de su regreso tampoco la podemos afirmar con precisión, pero sí aproximadamente; porque consta que le acompañó el tantas veces mentado Guardián del convento de Cádiz, y éste vino á Sevilla dos veces en el primer tercio del año 1682. La primera fué á principios de Enero, para unirse aquí al susodicho P. Antonio de la Parra y caminar juntos á Cabra, donde se celebró junta Definitorial el 23 de dicho mes, cuya acta poseemos también, firmada por

Cuándo regresó á Sevilla?

todos los vocales, que en ella aprueban y elogian la conducta del P. Valverde en un asunto que le encomendó el P. Provincial.

Probabilidades.

La segunda vez vino á mediados de Marzo para unirse con su compañero de definición y marchar juntos al capítulo Provincial, que se celebró en Antequera el día 24 de Abril, en el que salió elegido P. Provincial el sobredicho Guardián de Cádiz. En cual de estas ocasiones acompañó á Murillo enfermo, no lo dicen, (ni tenían para que decirlo), las actas definitoriales; pero es cierto que en una de esas dos ocasiones volvió el gran artista á su patria, para morir en ella. Si vino en la primera, mediaron tres meses entre la muerte de Murillo y la caída que después diremos; y si fué en la segunda, no mediaron más que dieciocho ó veinte días entre ambos tristísimos sucesos.

De todo esto resulta, según nuestro cálculo, que la estancia de Murillo en Cádiz oscila entre 12 y 17 meses. Lo menos que estuvo fué un año mal contado; y lo más que se pudo prolongar su estancia fué año y medio aproximadamente. Pero dejando á otro más desocupado que yo, averiguar con certeza cuanto tiempo estuvo Murillo entre los gaditanos, y en cuantas casas, y para cuántas familias pintó allí, sigo mi historia con los datos que me suministran los manuscritos de la orden.

Cálculo aproximado.

Cuando se fueron á colocar en el al-

tar mayor de nuestra Iglesia de Cádiz los cuadros pintados por Murillo en la biblioteca, éste dirigió las obras de albañilería y carpintería, para que los lienzos no perdieran nada de su buen efecto. Llevando á cabo una de estas operaciones en el andamio puesto delante del altar mayor, para la colocación del cuadro de santa Catalina, tropezó, perdió pie y tuvo la desgracia de caer al suelo. Visitado por los médicos, estos le apreciaron entre ligeras erosiones, un magullamiento general en todo el cuerpo, que podía poner en peligro su preciosa existencia. Con esta caída se le agravó también notablemente una relajación ó hernia que padecía, causándole á veces dolores tan considerables, que Murillo se persuadió bien pronto de que se aproximaba su muerte; y por lo mismo, pidió que lo trasladaran á Sevilla, para disponer de sus bienes y morir entre los suyos.

Su caída del andamio.

¿Cómo hizo este viaje? ¿Lo trajo algún barco de las familias Colarte ó Violato? ¿Vino en alguno de los bergantines que contínuamente andaban de Sevilla á Cádiz y viceversa? No lo sabemos; pero sí es cierto, según consta en los papeles del archivo provincial, que nuestro Padre Valverde, Guardián de los capuchinos de Cádiz, acompañó *á Sevilla al Maestro Murillo enfermo*, aunque no detallan dichos manuscritos, si fué en el primero ó en el segundo de los viajes mencionados anteriormente, que tuvo el P. Valverde precisión de hacer á Sevilla, para unirse

Vuelve enfermo á Sevilla.

con su compañero, el P. Parra, y marchar juntos á la Definición convocada en Cabra, y al capítulo que iba á celebrarse en el convento de Antequera, donde murió dicho P. Valverde mes y medio después que Murillo, como diremos en el capítulo siguiente. Lo que no podemos asegurar, porque no lo dicen los datos que poseemos de N. P. Valverde, es qué día salieron de Cádiz, ni cuándo llegaron á Sevilla, ni si el viaje se hizo por mar ó por tierra, aunque es probabilísimo, dada la enfermedad del maestro y la comunicación contínua, que había entre los puertos hispalense y gaditano, que lo hicieran por el río.

Le acompaña el P Valverde

Apenas llegó Murillo á Sevilla conoció que le quedaban pocos días de vida. Preparóse en ellos, para comparecer ante Dios, recibiendo con edificante fervor los santos sacramentos, y despidióse amorosamente hasta la eternidad de sus amigos y de su hijo Gaspar, único que pudo asistirle en su última enfermedad. Otorgó su testamento ante Juan Antonio Guerrero, escribano público de Sevilla, y mientras lo otorgaba sufrió un síncope, precursor de la muerte. Desde aquel momento se fué extinguiendo su preciosa vida, hasta que, evaporándose como el perfume de una flor, el alma piadosa, genial y seráfica de Murillo, voló á la región de la inmortilidad el día 3 de Abril de 1682.

Su santa muerte.

El Sr. Tubino, á quien en otro lugar rectificamos, consigna en su biografía

de Murillo estos hechos; pero sin los detalles que preceden, porque no tenía él motivos para conocerlos He aquí sus palabras: (1) El caballero genovés, Juan Violato, vecino antiguo y comerciante de Cádiz, al espirar en su patria, legó al convento una cantidad para que se emplease en cuadros del insigne pintor, conviniendo los religiosos, al llevar á efecto tan piadosa disposición, que Murillo pintase un lienzo que representara á Santa Catalina, su titular, ofreciéndole por su trabajo novecientos pesos, en cuya suma se incluía el valor de otros cuadros más pequeños. Aceptada por Murillo la proposición, emprendió su obra, en la que empleó algunos meses: el cuadro era de grandes dimensiones, y ponía un especial esmero en su ejecución. Tocaba ésta á su término, cuando al subir un día á la andamiada, tuvo la desgracia de tropezar en la escalera misma, cayendo desde bastante altura. Tan terrible golpe, á su edad, debía por precisión acarrear funestos resultados. Murillo se resintió profundamente de aquella caída, agravándose con ella una afección que padecía. Sin ánimo para reanudar sus trabajos, abatido el espíritu y cansado de la vida, regresò Murillo á Sevilla, donde su existencia se fué apagando lentamente. En su testamento dejó consignada la siguiente cláusula, que confirma su contrato con los capuchinos:

Testimonio histórico.

Cláusula testamentaria.

(1) Murillo, su época, etc., pág. 107.

Item. Declaro, que yo estoy haciendo un lienzo grande para el convento de los capuchinos de Cádiz, y otros cuatro lienzos pequeños y todos ellos los tengo ajustados en novecientos pesos, y á cuenta de ellos he recibido trescientos cincuenta pesos; declárolo para que conste.»

Lo que dice.

El *Cicerone Gaditano Manual para el viajero en Cádiz*, etc., en la página 186, de su segunda edición, que tengo á la vista, niega la estancia de Murillo en nuestro convento de Cádiz, apoyado en fundamentos tan débiles como luego veremos. Esta negación la hizo en primer término D. Adolfo de Castro, y creo que tal negación es totalmente arbitraria, si no tuvo para apoyarla razones más poderosas que las aducidas por el citado *Manual*, el cual empieza su negativa con la siguiente pregunta: *¿Obligaba algo á que la pintura se hiciera con los lienzos clavados en firme en el altar?*

Crítica insana

—No señor; y ya hemos dicho que los lienzos se pintaban en la biblioteca, y no en el altar. ¡No hay que tergiversar los hechos!

—*La tradición y sólo la tradición señala el templo como el lugar en que ocurriera el suceso.*

—Dispense el *Cicerone;* que no es sólo la tradición, sino la historia; á menos que niegue ser histórico cuanto se ha escrito por autores sensatos y fidedignos, afirmando que el hecho ocurrió en Cádiz. Citemos algunos.

Refutación.

Cean Bermúdez en su *Diccionario histórico*, dice que «pasó á Cádiz á pintar el cuadro grande de los desposorios de Santa Catalina, para el altar mayor de los capuchinos; y antes de acabarlo tropezó en el andamio, de lo que le resultó una grave indisposición que le precisó volver á Sevilla, *etc.* Autoridades históricas.

D. Francisco de P. Valladar, en su *Historia del arte*, pág. 540, dice que en nuestra Iglesia de Cádiz «cayó del andamio donde trabajaba, fué trasladado á Sevilla y allí murió al poco tiempo.»

D. Narciso Sentenach y Cobeñas, en su obra *La Pintura en Sevilla, estudio sobre la escuela pictórico-sevillana, etcétera*, dice en la pág. 88, que «estando en Cádiz ejecutando el retablo de capuchinos, ya es sabida de todos su desgraciada caída de la andamiada» *etc.*

En la *Corona poética dedicada al insigne pintor sevillano*, pone el Sr. Marqués de Auñón en boca de Murillo estos versos:

> Yo del arte divino en los altares
> sacrifiqué mi vida;
> lo saben, ¡ay! los gaditanos mares,
> y aún lamentan mi fúnebre partida.

Estrofa que aclara con la siguiente nota: «Pintando Murillo en Cádiz un cuadro de grandes dimensiones para la Iglesia de capuchinos, cayó de un andamio, de cuyas resulta perdió á poco la vida.»

Por último, el libro titulado *Paseo histórico artístico por Cádiz, etc.*, dice, hablando del cuadro de Santa Catalina. Más autoridades.

«Esta codiciada joya artística fué la última que pintó el célebre y nunca bien ponderado D. Bartolomé Murillo, quien la trabajó en esta ciudad (Cádiz), en donde habiéndose precipitado del andamio, se lastimó tanto, que de resultas fallució en su patria, Sevilla.»

Otre testimonio.

Después de leer estos y otros textos que omitimos, admira la tranquilidad con que el citado *Manual* afirma que *la tradición* y *sólo la tradición* señala el templo de los capuchinos de Cádiz como lugar en que ocurrió la caída de Murillo. Pero veamos los fundamentos en que apoya su afirmación.

—*No quiero para mi patria tan triste memoria, tanto más cuanto nada prueba que fué en ella el triste suceso, y en cambio hay más de una razón que convence de lo contrario.*

—De que uno no quiera una cosa, jamás se seguirá que ella no exista. Además se necesita serenidad para decir: *Nada prueba que fuese en Cádiz la caída de Murillo.* Entonces, ¿para qué sirve en el mundo la autoridad histórica? ¿Qué dicen sus biógrafos? Y en cuanto á las razones que convencen de lo contrario, vamos á examinarlas.

Objeciones.

—*Murillo en su testamento habla del cuadro como cercano, cual si en su taller estuviera, y él ocupado en su factura. Item; declaro que yo estoy haciendo un lienzo grande para el convento de capuchinos de Cádiz y otros cuatro lienzos pequeños, etc.— Tal dice, y como hacer para*

no es hacer en, se evidencia que la dicción expresa desde luego que Murillo trabajaba los cuadros en Sevilla para el convento de capuchinos de Cádiz; y ¿á qué la declaración de estar pintando cinco cuadros para el convento citado, si en él estaban y colocados en sus altares ya los lienzos? Su ningún valor.

Ya hemos dicho y repetido que los lienzos no se estaban pintando colocados en los altares, sino en la biblioteca; pero el *Cicerone* tiene que partir siempre de ese supuesto falso, para defender su opinión; y ahora da un sentido violento á las palabras del maestro, pues bien explícito dice éste á renglón seguido, que hace esa declaración para que conste en cuanto tiene ajustado los cuadros y cuanto ha recibido ya por ellos. Para que la objeción tuviera fuerza, era preciso tomar en sentido riguroso el *estoy haciendo* de Murillo: es así que no se puede tomar en tal sentido, porque Murillo murió poco rato después de dictar esas palabras; luego el presente hay que tomarlo ahí forzosamente por pretérito imperfecto; el *estoy* por *estaba haciendo.* ¿Y para qué había de expresar donde los estaba haciendo, si sabían demasiado todos los presentes que había llegado de Cádiz, maltrecho de una caida? ¿Ni cómo decir *estoy haciendo* en Cádiz, cuando pronunciaba esas palabras de su testamento en Sevilla? Lo natural y lógico era expresar para quien pintaba aquellos cuadros, y por eso dijo, *para el convento de capuchinos de Cádiz:* por Se contestan.

donde se ve, que las palabras de Murillo dicen lo que deben decir, y no lo que quiere hacerles decir el *Cicerone*; sino todo lo contrario.

Más objeciones.

—*Por otra parte, ¿qué caida es esta que se da en Cádiz y produce la muerte en Sevilla á los pocos días, en tiempos en que el trasladarse de una ciudad á otra era molestísimo y sólo soportable la fatiga para gentes en salud y aún esto quebrantándosela?*

—Esto no es objeción ni es nada, pues no hay dificultad en que un hombre dé una caida en América y de resultas de ella venga á morir en Europa; y en cuanto al viaje, téngase en cuenta que probabilísimamente se hizo por el río, para que Murillo viniese todo el tiempo acostado; que bastaban un par de días ó menos para venir de Cádiz á Sevilla en cualquier barco velero; y que entre la caida de Murillo y su llegada á Sevilla mediaron por lo menos 18 días, si no fueron tres meses, según el cómputo que arriba hicimos. Y termina el libro:

—*Todo, pues, convence, que Murillo murió por la caida que diera pintando un cuadro para Cádiz, pero para Cádiz, no en Cádiz, no en el convento.—Donosa ocurrencia es en la que se ha dado de fingir el suceso en Cádiz por tener el cuadro un convento gaditano.*

Su solución cumplida

—No se ha fingido el hecho por tener el cuadro un convento gaditano, sino porque ha consignado la historia y cons-

ta con toda certeza que en él se pintó, y en él ocurrió la caida, del modo que dejamos dicho. Por lo demás se necesita estar muy apasionado para creer *que Murillo murió por la caida que diera pintando un cuadro en su taller*, á cuyo techo casi llegaba él con la cabeza; y que allí, donde no cabía andamio alguno, quietecito, de pie, ó sentado, dió la caida mortal que lo llevó á la tumba. Todo, pues, convence, (diremos con el *Cicerone)* que la caida que ocasionó la muerte del gran artista fué en el convento de Cádiz y no en otra parte.

Verdad histórica.

El librito, cuya opinión acabo de refutar, tiene bastantes negaciones y afirmaciones gratuitas, y algunas inexactitudes y confusiones, como la que encierran estas palabras que están poco más abajo de las últimas copiadas: *Los cuadros de Murillo incluso el de Santa Catalina de Sena*, etc.; y no es Santa Catalina de Sena, sino Santa Catalina de Alejandría, Virgen y Mártir, que tiene pintados á sus pies en el mismo lienzo los instrumentos de su martirio; y quien yerra en cosa tan sabida y confunde á dos santas tan diferentes y de èpocas tan distintas, teniendo á la vista el cuadro, no es extraño que confunda otras cosas menos claras y yerre en puntos más desconocidos é ignorados.

La Academia gaditana de Bellas Artes, está á favor nuestro y en contra de la opinión ya refutada, puesto que en el año 1861 convocó un certamen para

Opinión de la Academia gaditana.

premiar con diez mil reales el mejor cuadro que se presentara, reproduciendo la caida de Murillo en el convento de capuchinos de Cádiz. El premio lo obtuvo el cuadro del Sr. Ferrant, que es, sin duda alguna, obra de arte; pero que en algunas cosas está muy distante de la realidad histórica, ó sobrecargado de ficciones, que sólo sirven para extraviar la opinión poco ilustrada y apartarla de la verdad.

Convoca un certámen pictórico

En primer lugar, finge que Murillo estaba pintando sobre un andamio en el altar mayor, lo cual ya hemos visto que es falso: en segundo lugar, aumentó la ficción con el cortinaje, detrás del cual se supone pintando al artista, y con la paleta y los pinceles desparramados por el suelo. Y, por último, nos parece que aquella mesa con botes de pintura y piedras de moler colores, no está bien al lado de un altar, como sirviéndole de credencia. Fuera de esto, lo demás está muy apropiado. La actitud de Murillo con la rodilla izquierda en tierra y apoyándose en el pie derecho para levantarse, ayudado de uno de sus discípulos; aquel anciano Guardián del convento, que tiende su diestra sobre la espalda de Murillo, con ademán de caritativo consuelo, mientras que con la otra mano ofrece agua al artista en una tosca taza; aquel capuchinito de poca edad con el roquete de acólito, que sostiene un jarro de agua con ambas manos; el religioso enfermero con la capucha calada y en

El cuadro premiado.

actitud de presentar en un basto plato varios específicos, que ha llevado de la enfermería del convento; el que está colocando un sillón conventual cerca de Murillo, para que en él pueda más cómodamente recibir auxilios; el otro que en su ademán revela estar lamentando aquel infausto suceso; y las figuras de los seglares que se asoman por entre los hombros de los religiosos, á los dos lados del cuadro, para ver al caido, están muy en su lugar, y dan una idea exacta del trágico suceso, tal como aconteció. Sus figuras.

Entonces, según afirma Murillo en su testamento, estaba pintando cinco cuadros para aquella Iglesia, lo cual no se opone á que tuviera allí otros varios, ya concluidos. Y debió tenerlos; pues, como dijimos antes, asegura el P. Concepción (que escribió poco después de la muerte de Murillo) en su *Cádiz ilustrada*, Libro VIII, Cap. X, párrafo 8. que «Juan Violato dejó al Convento aquel de Capuchinos *doce pinturas admirables de Murillo*. que se apreciaron en mucho. Y don Nicolás de la Cruz, en su *Viaje de España* tomo décimo tercio, pag. 206 dice tambien que Juan Violato dejó á dicho convento doce cuadros de Murillo.

Aqui debemos advertir que los gastos ocasionados por la hechura y colocación de los cuadros de Murillo en el convento de Cádiz, corrieron por cuenta de la familia de Bozán Violato, que los costeó con las mandas dejadas por Don Juan Violato, y por esta causa en los libros de Más cuadros de Murillo.

aquel convento que han llegado á nuestro poder, no consta el precio que se dió por cada cuadro ni por todos juntos; sino el legado hecho por D. Juan para adornar la Iglesia con lienzos de Murillo.

Legado para pagarlos

Los que en la actualidad se conservan en aquella Iglesia, atribuidos á Murillo y á su discípulo Francisco Meneses Osorio son los siguientes que pasamos á describir, empezando por los del altar mayor, advirtiendo antes que esta descripción la hicimos en la misma Iglesia de Cádiz, teniendo los cuadros á la vista.

En medio del altar mayor está el famoso lienzo de santa Catalina: el centro del cuadro lo ocupa la Santísima Virgen teniendo el Niño Dios sentado en su falda, delante del cual aparece arrodillada santa Catalina, recibiendo el anillo nupcial que el divino infante le muestra con ternura infinita. Es uno de los idilios místicos que con mayor viveza trazó el pincel del incomparable Murillo. La santa tiene á sus pies los instrumentos de su martirio, (espada y rueda de navajas), y detrás dos ángeles hermosísimos, de los muchos que asisten á su desposorio, contemplando emocionados como el Niño Jesús le toma la mano para colocarle en el dedo la señal que la acredite para siempre esposa del Cordero sin mancilla. Al lado opuesto del cuadro, es decir, á espaldas de la Virgen Santísima, se ve otro grupo de ángeles que comentan llenos de admiración la dicha de la Santa; y debajo de estos,

El cuadro de Sta. Catalina

otros dos más pequeños, amenizando la esceno con la luz que despiden sus rostros, la cual esclarece aquella parte del lienzo que es de las más sombrías. Esplendores de gloria bajan de lo alto por el ángulo izquierdo del cuadro sobre el grupo céntrico, y en medio de aquellas oleadas de luz celestial flotan entre cabecitas de querubines dos ángeles graciosísimos, trayendo á la santa, por regalo de su boda la corona de Virgen y la palma de martir con que su Esposo la obsequia, como prendas y como trofeos de la victoria eterna, que El le daría sobre el mundo y sus tiranos. Por encima de ellos se vislumbra en lo alto del cuadro, hacia el centro, otro coro de ángeles, esclareciendo con su presencia los tonos obscuros del lado opuesto, que dan realce al cuadro. La ejecución del mismo es admirable, y todas sus figuras están idealizadas y sobrenaturalizadas hasta el extremo de parecer cuerpos revestidos con los dotes gloriosos. Si Murillo dejó sin terminar alguna parte de este lienzo y lo concluyó su discípulo Meneses, lo hizo con tal habilidad que nadie osará decir dónde acaba la obra del Maestro, ni dónde empieza la del discípulo.

Sus primores y perfecciones.

Sobre este grandioso cuadro y como si fuera complemento del mismo, separado sólo por la moldura que los divide, está el eterno Padre entre coros de ángeles y destellos de gloria, contemplando con infinita complacencia los desposo-

El del Eterno Padre.

rios místicos de su Unigénito con la santa doncella. La parte inferior de este cuadro descansa sobre el de santa Catalina, y la superior toca al arco de la bóveda, adaptándose é la curva del mismo. Este cuadro dicen los inteligentes que es también obra de Murillo, aunque no ha faltado quien lo atribuya á su discípulo Meneses Osorio.

Su actitud.

Los cuadros laterales del altar, empezando por el lado del Evangelio son los de San José y de San Miguel. El Patriarca tiene al Niño cogido por la mano izquierda, y en la derecha lleva el divino infante una cestita colgando. El rostro de Jesús está iluminado con luz del cielo, y los rasgos de su fisonomía son verdaderamente divinos; la actitud en que camina, con los ojos elevados hacia el cielo, y aquel pie desnudito que sale por debajo de su túnica, hacen brotar en el alma piadosa el deseo de besárselos y de comérselos. Torbellino de querubines y nube de gloria bajan sobre la cabeza del Niño Dios, y envuelto en aquellos resplandores, se adivina más que se ve, al Espíritu Santo en forma de paloma, descansando sobre El. La figura del santo es nobilísima, su actitud respetuosa, su postura muy natural, y hasta las flores de su vara dan cierto realce al claro obscuro del lugar en que sobresalen. Este cuadro parece á todas luces de Murillo, sobre todo el Niño; pero algunos lo dan como obra de Meneses.

El de S. José.

Sobre este cuadro, siguiendo la curva

del arco en que descansa la bóveda, está el de San Miguel Arcángel, quien tiene bajo sus pies al ángel caido, y su brazo derecho levantado en actitud de darle un golpe mortal, siendo lo más notable que la mano del Arcángel no esté armada con la espada flamígera, sino con un globo de fuego en el que brillan estas palabras bíblicas: *Quis sicut Deus?* Quien como Dios? Y mientras dice esto con aire de triunfo, pisoteando á Luzbel, empuña con bizarría en su mano izquierda la palma de su victoria. Es de Murillo.

El de S. Miguel

En el lado de la epístola, están formando juego con los cuadros anteriores los de N. P. San Francisco y el del Angel de la Guarda. Este último que corresponde al de San Miguel, ocupa la parte alta, y se adapta como aquel á la curva del arco. La actitud del ángel es gallarda; la del niño que lleva de la mano, encantadora; y el ropaje de ambos tiene un claro obscuro que parece hecho con luces del cielo y sombras de la tierra. Es también de Murillo.

El del Angel Custodio.

Debajo de este lienzo, y formando pareja con el de San José, está el de nuestro P. San Francisco, de pie, con un crucifijo en la mano derecha, la izquierda colocada sobre el pecho, y la vista elevada hacia lo alto, donde flotan entre nubes luminosas, cabecitas de querubes adornadas con graciosas alas. El santo tiene delante de sus pies descalzos un libro abierto, con una calavera

El de S. Francisco N. P.

sobre un extremo del mismo, y encima
Sus autores. de ambas cosas unas disciplinas de cordel. Estos cuatro lienzos, como dejamos dicho, hay quien los atribuye á Murillo y quien los atribuye á su discípulo Meneses, que con él estuvo pintando en aquel convento; pero lo probable, lo casi seguro, lo que se da como cierto, es que los dos de arriba son de Murillo y los de abajo de Meneses; aunque á decir verdad, si el Niño de San José no es de Murillo, merece serlo; y si es de Osorio se elevó éste en él á la altura de su Maestro.

Fuera de estos cuadros, hay en aquella Iglesia otros varios que son ciertamente de Murillo, y vamos ahora á describir. En primer lugar está una Purísima, que con decir que es de Murillo, queda hecho su mayor elogio. Un coro de ángeles parece que la sostienen flotando en los aires, y que en ellos se mecen á uno y otro lado, jugando con ramos de palmas y azucenas que ostentan en sus manos. La Virgen tiene la luna á sus pies semicubierta con los pliegues de su blanca túnica; las manos cruzadas sobre el pecho, como para contener los latidos de su corazón, que se deshace en llamas de amor; y la vista fija en el cielo, con el resplandor del éxtasis divino en su semblante, y reflejando en su rostro destellos de la luz increada. Cabecitas de serafines flotan á su alrededor, y la corona apoca-
El lienzo de la Purísima. líptica de doce estrellas descanza sobre su cabeza. Alguien atribuyó este cuadro

á Meneses; pero hoy está fuera de duda que es de Murillo, pues á él se le encargó para cumplir una manda de cien pesos que en 1680 dejó Luís Hurtado, con la condiciòn que se pusiera su nombre en el marco del cuadro, para que lo encomendaran á Dios los que orasen ante esa Imagen, la cual se colocó, como la de Sevilla, en el altar del sagrario, donde se daba la comunión. Hoy no está ya en su lugar primitivo y tiene el lienzo muy deteriorado, con tres agujeros al lado derecho, que dicen se los hizo en tiempo de los *cantonales*, un bárbaro miliciano con su bayoneta, manejado por un brazo sacrílego, tan enemigo de la religión como del arte.

Como está hoy.

Sigue en mérito á este cuadro, si es que no le supera en mucho, el de la Impresión de las llagas de N. P. S. Francisco. Es este un cuadro apaisado, que representa las alturas del monte Alvernia con sus bosques, peñascos y arbolado, entre el cual se esconde la silueta del monasterio. El santo está de rodillas, con los brazos abiertos, el rostro levantado hacia lo alto y fija su mirada en una visión celestial que hiende los aires entre esplendores divinos, los cuales dan paso á Cristo crucificado, que en figura de serafín alado viene á imprimir en el cuerpo de Francisco las llagas de su pasión. Detrás del santo, á lo lejos, se ve á Fray León lleno de asombro, contemplando el prodigio que se realiza en su seráfico Patriarca; y delante de éste, sobre el suelo,

El de la Impresión de las llagas

el libro en que leía, y la calavera en que contemplaba el fin de las grandezas terrenas. Es un lienzo de primera, soberano, insuperable, y tal vez lo mejor de Murillo.

Su gran mérito.

El cuadro de S. Juan Bautista llevado de la mano por sus padres, es también portentoso. Contiene cinco figuras, representando el viaje que hizo el niño Juan al desierto, acompañado de sus padres para morar en él. El niño camina entre los dos, cogido de la mano de santa Isabel, su madre, la que le muestra con su izquierda allá en lontananza el sitio donde quiere Dios que habite. Precede á la familia un angelito, que la guía, volviendo la cara para animarlos á que le sigan sin temor; y otro ángel protector viene detrás, guardando las espaldas al Bautista, á quien su padre san Zacarías, quiere dar la mano también, como su Esposa. El viaje parece que se hace muy de madrugada, antes de amanecer, porque en el ángulo izquierdo del cuadro, se ven los primeros reflejos del día, blanqueando las crestas de los montes, y su vaga claridad desciende en girones hacia el valle, iluminando el grupo de la comitiva y las canas de Zacarías, con grandísima propiedad. La actitud de todas las figuras es admirable y el cuadro digno de tal pintor.

El del Bautista

Por último, hay otro cuadro de S. Antonio, teniendo delante de sí al Niño Jesús sentado sobre un libro abierto. El santo está de rodillas, rodeando al Niño

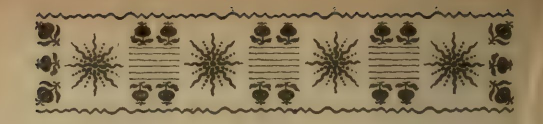
El de S. Antonio.

con el brazo izquierdo y llevando en su derecha un ramo de azucenas. El pie que descubre fuera del hábito está muy bien hecho. Arriba se ve el cuadro iluminado con resplandores celestiales, y en medio de ellos tres ángeles con rosas en las manos en actitud de arrojarlas sobre el santo. Este y el Niño-Dios pueden ser de Murillo; pero los angelitos cabezudos que están sobre ellos, no creo que son de Murillo, aunque me lo digan frailes descalzos. Si en este cuadro puso mano Murillo, lo dejó en bosquejo, aunque lo probable ó lo seguro es que lo hicieron sus discípulos.

Sus defectos.

Hasta aquí los cuadros que de tan celebérrimos *pintores* quedan en nuestra Iglesia de Cádiz. Ahora, consignada ya esta página gloriosa en los anales de nuestra provincia capuchina, seguiremos el hilo de la historia.





CAPITULO XV

Capítulos provinciales, muerte de N. P. Francisco de Valverde, y casos memorables ocurridos en la Provincia.

A los 20 días de enterrado Murillo, esto es, el 24 de Abril de 1682, celebró nuestra Provincia capítulo en Antequera, y en él salió elegido para Ministro Provincial Ntro. Padre Francisco de Valverde, el amigo y protector del gran artista, el que lo llevó á Cádiz, para que dejara allí eterna memoria suya, con la ejecución de los cuadros antes descritos. He aquí la tabla del mencionado capítulo provincial. celebrado en Antequera el 24 de Abril del año 1682:

Nuevo capítulo.

Provincial

M. R. P. Francisco de Valverde

Definidores

M. R. P. Felipe de Cazorla.
„ „ „ Gregorio de Granada.
„ „ „ Basilio de Granada.
„ „ „ Antonio de la Parra.

Custodios

M. R. P. Francisco de Luque.
„ „ „ Gabriel de Andújar.

Elecciones.

Secretario de provincia

R. P. José de Valmaseda.

Guardianes

Guardianes.

R. P. Francisco de Luque.	Antequera
no consta el de	Granada
„ „ Basilio de Granada.	Sevilla
no consta el de	Málaga
„ „ Clemente de Alcalá.	Jaén
no consta el de	Andújar
„ „ Fabián de Granada.	Castillo
no consta el de	Ardales
„ „	Alcalá
„ „	Córdoba
„ „	Ecija
„ „	Vélez
„ „ Gonzalo de Ugijar.	Sanlúcar
„ „ Gregorio de Granada.	Cabra
no consta el de	Cádiz
„ „	Motril
„ „ Francisco de Trigueros.	Marchena
no consta el de	Ubrique
„ „ Lorenzo de Villanueva.	Jerez

Aún no había transcurrido un mes de celebrado el capítulo, ni dos de la muerte de Murillo, cuando falleció en el convento de Antequera, el recién elegido provincial P. Francisco de Valverde, cuyos datos biográficos ponemos á continuación, según están en el archivo provincial. Estos datos los escribió el Padre Francisco de Trigueros, semipaisano y discípulo del P. Valverde, y secretario de provincir hasta Abril de 1682. Nos hemos tomado la molestia de cotejarlos con los libros de Profesión, Tomas de hábito, Actas definitoriales y capitulares, y son exactísimos en todo.

El P. Valverde.

Su noviciado y profesión.

Tomó el hábito en el convento de Granada á 2 de Febrero del año 1655, á las cinco y media de la tarde, de mano del R. P. Hermenegildo de Antequera, Definidor y Guardián, á los 26 años de edad; y profesó en el siguiente de 1656, cumplido el año de su noviciado, en manos del mismo P. Hermenegildo.

Era de muchas letras, cuando vino á la Religión, y en ella se hizo hombre de oración y de virtudes no comunes, por lo que cumplidos muy laudablemente los siete años que nuestras sagradas Constituciones señalan para los cargos, le dieron el de Lector de artes y filosofía en el convento de Granada, desempeñando su cátedra con notable aprovechamiento de sus discípulos, los que bien impuestos en las dichas materias, pasaron con su lector al convento de Málaga, para estudiar en él la sacra teología, en virtud de que así lo decretó la Definición reunida en Sevilla en Junio de 1668.

Lo hacen lector.

En Málaga estuvo cuatro años enseñando la teología escolástica y moral, en las que fué muy perito, por su mucha aplicación y por la práctica que tenía en la resolución de cualquier caso. Acabada su lectoría en Málaga, en la que sacó discípulos muy aventajados y útiles á la Religión, el capítulo celebrado en Sevilla en Octubre de 1672, lo trasladó á Cádiz á enseñar con su palabra y su ejemplo, letras y virtudes á los numerosos estudiantes que había en aquel convento; y allí permaneció hasta que el capítulo

celebrado en Sevilla por Octubre de 1678, lo nombró Guardián. Como tal, asistió al capítulo que se hizo en Sevilla en Abril del año siguiente, 1679, en el que fué elegido primer definidor de la provincia y Guardián del convento de Cádiz, cuyo templo se adornó, durante su guardianía con los cuadros del maestro Esteban Murillo.

Fué Guardián y Definidor.

En el mes de Septiembre de 1680 asistió, como Definidor primero, á la congregación intermedia que tuvo lugar en Ecija á 26 de dicho mes, y se volvió á Sevilla para terminar allí unas diligencias y volverse embarcado á su convento de Cádiz. De allí hubo de volver otra vez á Sevilla para asistir á la definición que hubo en dicho convento por la Epifanía y octava de los santos Reyes, del año 1681.

En el de 1682, viajó otras dos veces á Sevilla, *(una con el maestro Murillo enfermo)* y fueron para ir de allí á la definición preparatoria habida en Cabra, y para el capítulo celebrado en Antequera, donde fué elegido provincial, cargo que no disfrutó por haber muerto, con sentimiento de toda la Provincia el día 20 de Mayo del dicho año. (MS. N.º 3.)

Su muerte.

Le acompañaron en su viaje aquel mismo año los religiosos siguientes: el P. Ambrosio de Almonte en Sevilla; el P. Feliciano de Córdoba y el H.º Esteban de Málaga en Ecija; Fr. Juan de Alfarnate en Jaén; el P. Francisco de

Cabra, en Cabra; Fr. Gregorio de Motril, corista, en Andújar; los PP. Enrique de León y Antonio de Antuerpia, con el H.º Andrés de Baena, en el Castillo; el P. Bernardino de Cómpeta en la Misión de Caracas; el P. Luis de Granada en Málaga, y el P. Francisco de Málaga en Ubrique.

Otros difuntos.

Por defunción del P. Provincial recayó el gobierno de la provincia en el P. Felipe de Cazorla, que era el primer Definidor, y la rigió como Vicario Provincial, con tanto acierto, que en el siguiente capítulo salió elegido Provincial, como á su tiempo diremos.

Entró el año 1683, del cual sólo sabemos que murieron en Sevilla los Hermanos Juan de Bujalance y Diego de Iznalloz; en Córdoba el Hermano Diego de Lebrija; en Cabra el P. Agustín de Córdoba; en Sanlúcar el P. Matías de Sevilla, y en Granada el corista F. José de Baeza. De este último, dice el P. Córdoba, que tomó el hábito de edad de 23 años, el 5 de Enero de 1641, profesó el siguiente de 1642, y falleció á los 70 de su edad, conservándose siempre corista.

El año 1684 fué llamado en Andalucía *el año del diluvio*, por las copiosísimas y torrenciales lluvias que cayeron, y por las terribles inundaciones que causaron. En este año, que fué muy calamitoso, refieren nuestros cronistas varios sucesos prodigiosos, de multiplicación de trigo, pan milagroso y beneficios otorgados por Dios á nuestros bienhe-

Año calamitoso.

chores, cosas todas ellas muy frecuentes en nuestras crónicas, por lo cual las omitimos; pero no queremos omitir otro hecho que refiere el P. Córdoba con estas palabras:

Prodigios que sucedieron.

Otro caso portentoso sucedió al P. Basilio de Antequera, que con otro religioso corista venían de haber recibido órdenes en Almería para el convento de Granada el mismo año de 1684: y fué de esta manera: Cerca de Guadix se hallaban, cuando ya oprimidos del hambre, porque no habían comido en todo el día cosa alguna, ya pasmados con el mucho frío que hacía, por estar todos los campos nevados, le dió al P. Fr. Basilio tan fatal desmayo, que, falto de fuerzas, cayó en tierra, con más apariencias de difunto que con realidades de vivo. Quedó el pobre compañero poco menos que él, si no á la violencia del desmayo, por lo excesivo del susto. Miraba á uno y otro lado, y no hallando consuelo, porque en todo aquel paraje no hallaba quien pudiera darle alivio, hecho un mar de confusiones, al considerarse solo en aquellos desiertos, cubiertos todos de nieve; viendo que su compañero apenas daba señas de vivo, exclamó al cielo, pidiendo en tanta tribulación oportuno socorro, é implorando la protección de N. S. P. S. Francisco. Aún no había acabado su deprecación, cuando vió que por el camino que habían de llevar para Guadix venía un jumento, con tan precipitada carrera, que á breve rato llegó

Un caso memorable.

Providencia de Dios.

junto á los religiosos, y suspendiendo la velocidad con que corría, se quedó parado mirándolos. Así se estuvo más de media hora, en cuyo tiempo el P. Fr. Basilio fué poco á poco recuperando el sentido, causando á su compañero mucho alivio; pero tuvo éste el complemento, cuando vió que venía á ligero paso un hombre por el camino que había traído el jumento, y llegando á donde estaban, é informado de lo que á aquel religioso había sucedido, dijo: Padres, este es, sin duda, algún estupendo milagro. Yo he criado á este animal, y en toda su vida le he visto ningún resabio hasta esta tarde, que estando como media legua de aquí, empezó á correr, y sin haber podido sujetarlo se ha venido hasta aquí; con que es claro que Dios lo ha hecho para que este pobre religioso no perezca y pueda tener alivio. Pusieron entre los dos sobre el jumento al desmayado religioso, y dando gracias á Dios le llevaron á Guadix, refiriendo con admiración de todos el suceso para que sus misericordias sean conocidas, y los que nos hallamos obligados le tributemos las debidas alabanzas. Y ahora sigamos el hilo de nuestra historia.

Visitador general.

No habiendo podido visitar personalmente todas las provincias de la Orden N. Rmo. P. Bernardino de Porto Mauricio, envió á esta de Andalucía para que la visitara en su nombre al P. Silvestre de Milán, quien, terminada su visita, convocó á capítulo en Sevilla, donde se

hicieron las elecciones contenidas en la siguiente tabla del capítulo provincial celebrado en Sevilla el 7 de Enero de 1684.

Convoca capítulo.

Provincial

M. R. P. Felipe de Cazorla

Definidores

M. R. P. Cristóbal de Málaga.
„ „ „ Mauro de Granada.
„ „ „ Basilio de Granada.
„ „ „ Francisco de Ecija

Custodios

R. P. Francisco Antonio de Antequera.	1.º
no consta el	2.º

Secretario de Provincia

P. Gabriel de Andujar.

Guardianes

Elecciones.

R. P. Antonio de la Parra.	Sevílla
„ „ Mauro de Granada.	Granada
„ „ Félix José de Cádiz.	Antequera
„ „ José de Sanlúcar.	Málaga
„ „ Clemente de Alcalá.	Jaén
no consta el de	Andújar
„ „	Castillo
„ „	Ardales
„ „ Fabián de Granada.	Alcalá
„ „ Gregorio de Granada.	Córdoba
no consta el de	Ecija
„ „ Félix de Aramayona.	Vélez
„ „ Gonzalo de Ugijar.	Sanlúcar
„ „ Basilio de Cabra.	Cabra

	no consta el de	Cádiz
Guard anes.	„ „	Motril
	„ „	Marchena
	R. P. Eusebio de Sevilla.	Ubrique
	„ „ José de Sevilla.	Jerez

Después de celebrado este capítulo y siendo Guardián de Ubrique el V. Padre Eusebio de Sevilla, primero de este nombre, murieron allí el P. Juan de Ugijar y el Corista Fr. Diego de Cabra, este último del modo trágico que vamos á referir. A estos dos religiosos los envió su P. Guardián á Gibraltar con ciertos encargos: ellos cumplieron con la obediencia, y volviéndose al convento, pernoctaron en un cortijo. Aquella noche se trató entre la gente que en él había, del descaro con que andaban los moros en aquellas playas cautivando á los que hallaban indefensos; lo cual causó á los religiosos algún pavor, porque les era preciso salir de madrugada á continuar el camino.

Ejecutáronlo así, y á pocos pasos hechó menos el H.º Fr. Diego una cartera en que llevaba algunos papeles de cuidado, y acordándose que la tarde antes habían llagado á una fuente que estaba un cuarto de legua distante, y que allí se le ofreció sacar la cartera, creyó que la había dejado en dicho sitio olvidada, por lo que le suplicó al P. Juan le permitiese volver á recogerla. Condescendió dicho P., y quedándose él allí aguardando á que volviese el H.º Fr. Diego, este fué á registrar el sitio expresado.

Suceso desgraciado.

Como aun todavía no era día claro, luego que dicho Fr. Diego llegó al sitio de la fuente, empezó á buscar á tientas entre las matas su cartera. A esta sazón venían por el camino dos pasajeros armados, y recelosos de los peligros del sitio, al ver andar entre las matas aquel bulto, temiendo si serían moros, empezaron á dar voces. Oyólo Fr. Diego, y recordando la especie que había oido en el cortijo la noche antes, temió también si serían moros, aquellos que le hablaban: y sin saber qué hacer, procuró ocultarse entre las matas. Los caminantes creyéndose que allí había moros ó ladrones, se echaron las escopetas á la cara, y apuntando al sitio donde vieron el bulto á un mismo tiempo dispararon con desgracia tanta, que atravesándole á dicho H.º Fr. Diego dos balas los riñones, sólo le dieron tiempo para pronunciar estas enternecidas voces: *¡Jesús, que me han matado!* y entregó su espíritu en manos de su criador.

Como aconteció.

Oyó los tiros el P. Fr. Juan, y al ver lo mucho que su compañero tardaba, se volvió al cortijo; y acompañado de algunos de los que en él había, fueron hacia donde Fr. Diego estaba; y llegando cerca de la fuente, lo hallaron difunto bañado en su propia sangre. Quedó el P. Fr. Juan casi fuera de sí á vista de tan lastimoso suceso, y pidiéndoles á aquellos mozos le ayudasen para llevarlo á Gibraltar á darle sepultura, se ofrecieron caritativos á ello, como lo ejecu-

Muerte de Fr. Diego.

taron. Luego que llegaron á Gibraltar dió el Pr. Fr. Juan noticia del suceso al R. P. Guardián de la observancia, quien penetrado del más vivo sentimiento á vista de tan lastimoso caso, ofreció gustoso hacerle la pompa funeral con la más suntuosa ostentación, como lo ejecutó puntualmente.

Lleva su cadáver á Gibraltar.

Aquella mañana, yendo á reconciliarse dicho P. Fr. Juan para decir misa con un religioso observante de aquella comunidad, al verlo éste tan sobremanera afligido y congojado le dijo estas palabras formales: P. V. R. se consuele, porque le hago saber que yo confieso en esta Ciudad una persona de calificado espíritu á la cual ha dicho esta madrugada Ntro. Señor: Hoy han quitado la vida violentamente á un hijo de Francisco mi siervo. Ella le replicó: Pues, Señor, ¿cómo así? A lo que le respondió el Señor: Son altos juicios míos; ruégame por él que está en el purgatorio, y saldrá de allí del sábado en ocho días. De lo que podemos inferir que está gozando de Dios.

Después se supo que no muy lejos de allí un hombre perdió el juicio y dando voces decía: yo he matado á un santo! yo he quitado la vida á un religioso! entre cuyos fatales ecos dentro de pocos días espiró. Lo que dió fundamento para creer que sería uno de los caminantes que le tiraron á Fr. Diego. Del otro no se supo nada. Sintió tanto esta desgracia el P. Fr. Juan, su compañero de viaje,

Fin del matador.

que desde aquel día empezó á entristecerse y poco después murió, siguiendo á Fr. Diego en su jornada. Muerte del compañero.

Además de estos dos religiosos, fallecieron aquel año calamitosísimo en la Provincia otros treinta y cuatro, á saber: seis en Sevilla, que fueron los PP. Félix de Espera, Silvestre de Granada, Francisco y Antonio de Antequera, con los Hnos. Fr. Marcos de Villamanrique y Fr. Bartolomé de Pamplona. En Vélez-Málaga murieron cuatro, los PP. José Francisco de Vélez y Fulgencio de Granada, (segundo de este nombre,) el Hermano Dionisio de Lorca, y el corista Fr. Eusebio de Madrid. En Cádiz pasaron á mejor vida el P. Angel de Tenerife y los coristas Bernardo de Antequera y Martín de Jerez. En Jaén fallecieron otros tres; los PP. Manuel de Granada y Gaspar de Sevilla, ambos segundos de este nombre, y el corista Fr. Manuel de Sevilla. En Málaga murió el P. Guardián Fr. José de Saulúcar y los H.nos Fr. Buenaventura de Trebujena y Fr. Francisco de Castropol. En Antequera el P. Tomás y el H.º Fr. Marcos, ambos de la misma ciudad. En Jerez el P. Antonio de Jerez y el H.º Fr. Pablo de la Serena. En Ecija el P. Francisco de Ecija, definidor actual, y el P. Pedro de Sevilla. En Andújar Fr. Nicolás de Antigüedad, en Alcalá el corista Fr. Manuel de Martos, en Motril Fr. Lucas de Brihuesca. En Cabra Fr. Juan de Moclinejo, en el Castillo el corista Fr. Basilio de Sevilla Difuntos de aquel año.

y en Granada el P. Manuel de Tafalla, y el P. Mauro de Granada que era definidor actual y Guardián de dicho convento. Llamóse éste en el siglo D. Francisco de Piñá, y fué hijo de D. Pablo de Piñá y de D.ª Ana de Susana, y nieto del veinte y cuatro Gaspar de Piñá, sugeto de grande representación en dicha ciudad por su sangre y talentos; siendo, pues, de edad de dieciseis años tomó aquel el hábito en el mismo convento de Granada á 11 de Febrero de 1645 y profesó el 12 del mismo mes en el siguiente año de 1646. Acompañó á los dos antecedentes, partiendo desde dicho convento á la eternidad N. M. R. P. Fr. Alejandro de Granada, Provincial que había sido de esta Provincia. Llamóse en el siglo Luis Muñoz de la Torre, cuyos padres fueron Luis Muñoz de la Torre, y D.ª Andrea de Matos, y siendo de 15 años de edad tomó el santo hábito en el convento de su patria el día 17 de Octubre de 1638 y profesó en el de Jaén en el siguiente de 1639. Por último, murió en aquel dichoso año de 1684 nuestro Reverendísimo y V. P. Francisco de Jerez, cuya esclarecida memoria é insignes virtudes están pidiendo de justicia capítulo aparte.

Noticias de algunos.

Su fin.





CAPITULO XVI

Vida del Rmo. y V. P. Francisco de Jerez.

Fué su padre D. Eduardo Gough (o Gof), como se pronuncia en nuestra lengua, natural de Dublín, capital de Irlanda, hijo legítimo de D. Patricio Gough, senador perpétuo y gobernador que fué de dicha ciudad de Dublín, á la cual se habían retirado sus abuelos, huyendo del cisma que Enrique VIII introdujo en el reino de Inglaterra, en cuyo reinado, antes del expresado cisma, habían obtenido los principales empleos de la corona, correspondientes al carácter de su familia que ocupaba lugar muy distinguido entre las primeras de su nación. Adornábanse los individuos de esta familia comunmente, con la insignia del Orden dorado polar, según se evidencia de la información jurídica, que por los años de 1576, dió el rey de armas del reino de Irlanda, en que expresa el escudo de armas con que siempre se ha distinguido la antiquísima y esclarecida casa de Gough, así en el reino de Inglaterra, de donde trae su origen, como en el de Irlanda, á donde se retiró, huyendo de la tiranía de Cromwell, quien, por no querer seguir ellos el partido impío de los protestantes, les confiscó la mayor parte sus bienes.

Su padre.

Su nobleza.

En la misma ciudad de Dublín casó Patricio Gough, con la señora doña Eleonora Cusacho, hija del señor don Roberto Cusacho, senador perpetuo y gobernador también que había sido de la misma ciudad, á la cual se había muchos años antes retirado esta familia desde el Ducado de Aquitania, donde era antigua y poderosa. De este matrimonio nació Eduardo, quien avecindado desde su juventud en Jerez, casó en esta ciudad con la señora doña María Flecher Morgen, Cabeza de Baca y Martínez de Sanche, hija de don Guillermo Flecher Generoso y de la señora doña Catalina Martínez de Sanche, naturales de Jerez é igualmente nobles. Este matrimonio tuvo por su hijo primogénito á don Francisco de Gough Cusado Flecher Morgen Cabeza de Baca y Martínez de Sanche, al cual dieron una educación esmeradísima, cual correspondía á su nobleza.

Sus abuelos.

Pusieronle sus padres el nombre de Francisco, por devoción á N. S. Patriarca, y lo criaron en el santo temor de Dios y en la práctica de la más sólida piedad. Desde pequeño descubrió nuestro Francisco una inclinación á la vida religiosa, impropia de sus años y una disposición para el estudio que admiraba á sus padres y maestros.

Llegado á edad competente lo pusieron sus padres al estudio, y brilló de tal manera en ellos, por su piedad y sabiduría, que á los diecinueve años era maestro en filosofía y un modelo de vir-

Su juventud.

tudes. Ofrecióle el mundo un porvenir brillante, y estuvo á punto nuestro Francisco de ser por él seducido; pero la muerte de una persona de su familia que él amaba mucho, lo desengañó de las vanidades de la vida, y lo hizo tomar puerto seguro en la religión.

Sus estudios.

Veinte años contaba aquel florido mancebo, admiración de los que le conocían, cuando dió libelo de repudio al mundo, y tomó el hábito de nuestra seráfica familia capuchina en el convento de Sevilla, el 16 de Febrero del año 1633, de mano del V. P. Fr. Gaspar de Sevilla; y habiendo cumplido el año de su aprobación, profesó en manos del M. R. y V. P. Fr. Agustín de Granada, Comisario general.

Entra en los capuchinos.

Puesto luego entre nosotros al estudio de la teología y cánones, aprovechó en ellos, y en virtudes, tanto, que ocho años después, á los 28 de su edad, lo vemos constituido lector por el capítulo celebrado en Granada el año 1642; y desempeñó este cargo tan á conciencia, que fueron sus discípulos ejecutoria viva de la sabiduría de su maestro.

Terminado el tiempo de su lectoría, se dió á la predicación, para la cual tenía dotes excelentísimas, y voló tanto su fama, que el Rey Felipe IV, deseoso de oirlo, lo nombró su predicador en ejercicio, y lo mismo hizo su hijo Carlos II, como luego diremos. La provincia quiso aprovechar las altas prendas del P. Francisco de Jerez en bien de la

Su sabiduría.

misma; y el año 1646, teniendo él 33 años de edad y 12 de religioso, lo hicieron Guardián de nuestro convento de Málaga.

Sus cargos en la Orden.

Desde esta fecha se puede asegurar que este varón insigne no se vió libre de cargos en la Orden, no sólo porque sus talentos lo merecían, sino por la prudencia, celo y exactitud con que los desempeñaba. Cuando acabó de ser Superior en el convento de Málaga, lo hicieron Guardián del de Sevilla, y ya dijimos en la página 265 del libro anterior, cuán popular fué entonces en dicha ciudad y cuán admirablemente cumplió su cometido.

Subiendo de grado en grado la escala jerárquica de la Orden, fué poco después Definidor Provincial; hasta que por último, sus méritos y virtudes lo elevaron al provincialato en 1654, pues habiendo venido á visitar esta provincia N. Rmo. P. Fr. Fortunato de Cadoro, Ministro general de toda la capuchina familia, en el capítulo que celebró en nuestro convento de Jaén en 15 de Octubre de dicho año, salió elegido Provincial, y el mismo Rmo. quiso entregar el sello de la provincia al P. Fr. Francisco de Jerez, el cual fué confirmado entonces Ministro Provincial la vez primera.

Su primer provincialato.

Pocos meses llevaba aún en su nuevo cargo, cuando se vió precisado á partir para Italia, con objeto de asistir al capítulo general que se celebró en Roma en

el año de 1656, donde brilló tanto por su sabiduría y sus virtudes, que le dieron no pocos votos para Definidor general, lo que causó en la provincia, cuando se supo, mucho sentimiento, por el temor de perder un hijo y un Padre que tanto lustre le daba en estos reinos. Vuelto á España fué recibido con universal complacencia por todos los religiosos de la provincia, y habiendo cumplido su trienio, convocó el capítulo en Sevilla el 26 de Octubre de 1657, y fué electo en Provincial N. M. R. P. Fr. Leandro de Antequera.

Su primer viaje á Roma.

Las prendas de nuestro P. Francisco de Jerez eran tan sobresalientes, que en el capítulo inmediato celebrado también en nuestro convento de Sevilla el 17 de Septiembre de 1660, fué segunda vez electo en Ministro Provincial, con regocijo común de la Provincia toda; pues como habían experimentado lo elevado de sus talentos, su virtud y el dón especial de gobierno, que manifestó en su primer provincialato, quisieron segunda vez tenerlo por Prelado.

Aproximábase ya el año de 1662, en que se había de celebrar capítulo general en Roma, al que debían concurrir el Provincial y Custodios de esta provincia; y para hacer estas elecciones, convocó N. P. Jerez capítulo provincial, para el día 14 de Octubre de 1661, y habiéndose celebrado en nuestro convento de Antequera, fué en él reelegido Provincial N. R. P. Fr. Francisco de Jerez, lo cual

Su 2.° y 3.° provincialato.

prueba la alta estimación que gozaba en la provincia. Por ese tiempo fué cuando solicitó y consiguió, con la felicidad y prontitud que dijimos en el capítulo 49 del libro pasado, la fundación del convento de Jerez, su patria; y aunque tuvo que dejarla para acudir segunda vez á Roma, le dió nuevo impulso así que volvió de la Ciudad Santa, donde tuvo esta segunda vez sesenta votos para Definidor.

Funda el convento de Jerez.

Concluído este segundo trienio convocó en nuestro convento de Sevilla capítulo provincial, y después de terminado, se retiró á Jerez para ayudar con su influencia á levantar el nuevo convento. Antes de verlo concluído se celebró capítulo en el convento de Granada, el 2 de Junio de 1665, y en él fué elegido nuestro P. Jerez Definidor y Guardián del convento de Sevilla.

Posesionado de este último cargo, en poco más de un año que estuvo en él; perfeccionó la fábrica de este convento y adornó el altar mayor con las magníficas pinturas de Murillo, de quien fué confesor, amigo íntimo, protector y hasta inspirador, por haber sugerido al famoso artista la idea histórica del cuadro que representa á S. Leandro, entregando á N. S. Dr. S. Buenaventura, el convento de Sevilla para los capuchinos; cuadro que para ser bien entendido es preciso saber lo que dijimos en el capítulo VII del libro 2.°, hablando de la fundación de dicho convento. Acerca de las rela-

Va de Guardián á Sevilla.

ciones de N. P. Jerez con Murillo, hay muchas noticias desparramadas en el libro primero de la crónica conventual del citado monasterio; y para muestra basta que copiemos aquí una del folio 181, referente á nuestro asunto, la cual dice así al pie de la letra: «Por su solicitud y buen gusto se ennobleció este templo con los famosos cuadros del célebre pintor Murillo q.[e] costeó la devoción del Liz.[do] D.[n] Juan Ordoñez de Pineda p.[r] connotación de Fr. Andrés de Sevilla Limosnero mayor de negocios de este conv.[to] é Interventor de la última voluntad de dho. D.[n] Juan, ligando á sus Albaceas que en las dudas q.[e] tubiesen las desatasen con el dictamen de Fr. Andrés y p.[r] su falta con la del Guard.[n] de este conv.[to] y Provisor del Arzpdo. Conserva esta Com.[d] un retrato Original de dho. R. P. Jerez en su Librería p.[r] memoria del mucho honor que dió á este Conv.[to] á la Provincia, y á toda la Religión, con el escudo de sus Armas y en él un Lema q.[e] dize: *Fides non timet.* De mano de Murillo» Y en el folio 186 vuelto dice el mismo libro que se gastaron *en esto 45,916 rs. de vn. en poco más de un año que fué Guardián últimamente* el mencionado Padre.

Su trato con Murillo.

Cuando más afanado estaba N. Padre Francisco de Jerez en la ornamentación de nuestra Iglesia de Sevilla, vino de visitador á esta Provincia por las causas que indicamos en el Capítulo 1.º de este libro, el M. R. P. Fr. Basilio de Zarago-

Otras noticias.

za y hecha la visita, citó á Capítulo en el convento de Sevilla, por lo cual le fué preciso á N. P. Jerez dejar su obra para hallarse en él. Una vez allí, el M. R. Padre Visitador General, y los RR. PP. vocales antepusieron la paz y tranquilidad de la Provincia y el mayor lustre y bien público de ella á la quietud particular de N. P. Jerez, y lo eligieron otra vez en Ministro Provincial.

Su 4.º provincialato.

No hay voces con que poder expresar el júbilo y común aplauso con que fué recibida en toda la provincia esta noticia; si bien la acibaraba el temor de que, teniendo él que concurrir al capítulo general, era probable que esta vez quedara en Roma agregado á la Curia generalicia y se vieran privados por muchos años los religiosos de esta provincia de la presencia de su amantísimo Prelado. Llegó el efecto á evidenciar lo bien fundado de sus temores; pues celebrado el capítulo en Mayo de 1667, salió electo en Definidor general. Volvió de Roma á la provincia para despedirse, y la estuvo rigiendo hasta que convocó el capítulo para elegir el Provincial que le había de suceder en el cargo. Luego regresó á la Ciudad Santa, donde estuvo cuatro años ejercitando su oficio de Definidor general con tanto acierto, que en el capítulo siguiente celebrado en 1671 fué reelegido Definidor general, y tuvo 44 votos para general y 31 para Procurador general; por cuyo motivo le fué preciso continuar viviendo en Roma.

Lo eligen Definidor General.

Cuanta estimación se granjease en ella, no sólo dentro del cuerpo de la religión, sino mucho más con los patricios de Roma, los Sres. Cardenales y Sagradas Corporaciones, no es fácil expresarlo; porque sus relevantes prendas le habían conciliado tan universales aplausos que, habiendo en aquella Ciudad Santa los sujetos más distinguidos en virtudes, en letras, en nobleza y dignidades, por ser cabeza del Orbe católico, entre todos sobresalía la fama de N. R. P. Fr. Francisco de Jerez, pues en todas las expresadas clases era el imán de las universales atenciones. Con especialidad lo estimaban el Emmo. Sr. Cardenal protector y el Excmo. Sr. Embajador de España, quien con todo el numeroso concurso de españoles que en aquella Santa Corte se hallaban, vivían desvanecidos de que un capuchino español fuese con tan justos títulos el objeto de las comunes estimaciones.

Su fama extraordinaria en Roma.

Para que se comprenda mejor la extraordinaria fama de santo y sabio que tenía en Roma nuestro P. Francisco de Jerez, consignaremos aquí que, hallándose él en aquella santa ciudad, ocurrió la muerte del Papa Clemente X en Julio de 1676; y reunido el Cónclave en Septiembre del mismo año para elegir su cesor, en la primera votación tuvo nuestro Venerable Padre cinco votos para Papa, sin ser conclavista ni tener más dignidad que la de presbítero, cosa verdaderamente inusitada y extraordinaria;

Le dan votos para Papa.

Envidiosos que tuvo.

pero que dice bien claro y prueba hasta la evidencia cuán grande era la estimación en que lo tenía el expresado colegio de Cardenales (1).

Estos aplausos que, como gajes dignos de sus singulares prendas se le tributaban á nuestro R. P. Jerez, fueron estímulo que despertaron los celos y envidias de otros religiosos, á los cuales cegó el demonio ó el amor propio, y ya ciegos, levantaron contra él sorda persecución y burdas calumnias, con el fin de deslucir su fama, si no podían del todo obscurecerla. Al llegar aquí, cedo gustoso la pluma al P. Nicolás de Córdoba, que lo cuenta así:

Fué el caso que, aproximándose ya el año de 1678, en que se había de celebrar nuevo capítulo general, el Eminentísimo Sr. Cardenal protector de la Orden, con otros Emmos. Sres. del Sacro Colegio y el Excmo. Sr. Embajador de España, trataban de que en el capítulo futuro saliese electo general N. Rmo. P. Francisco de Jerez, á fin de que este superior empleo fuese preliminar, para ascender á otras dignidades y á la Sacra Púrpura, de que lo conceptuaban bastantemente benemérito. Muy fácil hallaron estos generosos héroes á los nuestros para condescender á sus insinuaciones;

Tratan de hacerlo General.

pero no faltó algún envidioso, (quien menos se podía discurrir) que viendo

(1) Véase *Noches jerezanas ó Historia de Jerez de la Frontera*, tomo 2.º, pág. 144.

como el P. Jerez era preferido á todos los demás españoles, temiendo que su eficacia (aunque era tanta, como lo manifiestan sus escritos) no podrían contrarrestar los méritos y fama de aquél, se valió de la más indigna astucia; y fué difundir por las provincias todas un escrito, probando falsamente que nuestro Rmo. además de ser hijo natural, era de estirpe manchada con el borrón de la herejía de los protestantes. (Crónica de Jerez, núm. 16).

Lo calumnian y difaman.

Mucho sintieron los apasionados de N. Rmo. tan inopinado acaso, máxime siendo en aquellos días el capítulo, cuya inmediación no daba tiempo para demostrar auténticamente la impostura; pero fué mucho más el quebranto que recibió N. Rmo., no por el agravio é injuria que á su persona (dignísima de los más eminentísimos honores) se le hacía, sino por la infamia que contra su familia toda se había echado; y así, perdonando aquel, solicitó indemnizar á ésta. Para este efecto presentó en la Sagrada Congregación de Obispos y regulares los instrumentos geneológico de sus ascendientes, suplicando, que pues había en aquella santa corte un colegio de Irlandeses, sujetos todos de muy distinguido carácter, mandase la Sagrada Congregación á estos los reconociesen, y que por escrito diesen sobre el asunto su dictamen. Condescendió la Sacra Congregación á súplica tan justa; y habiendo aquellos doctos padres manifestado con

Defiende el honor de su familia.

auténticos instrumentos lo falso de la calumnia, mandó la misma Congregación sagrada que se imprimiese y autorizase en manera pública, para que hiciese fe; lo que también se ejecutó. (Idem, núm. 17).

Cuan limpia fué esta.

Aunque pudo reparar esta tan oportuna diligencia el deshonor de nuestro Rmo. y de su familia, no pudo impedir que consiguiese sus intentos depravados la malicia y no fuera general, cosa que hirió los corazones de los que se hallaban empeñados en colocar á N. Rmo. en el puesto á que sus prendas relevantes lo hacían acreedor. Era uno de éstos el Excmo. Sr. Embajador de España; y sabiendo que los autores del libelo eran de los que por más inmediatos á su Monarca debían ser los que más se empeñasen en conseguir cuanto podía resultar en honor de su nación, juzgó que eran dignos de un castigo muy severo; por cuya razón expidió un decreto mandando arrestar á los dos principales autores (cuyos nombres sigilamos) para remitirlos á su Soberano presos, y que su castigo sirviese de contener audacias semejantes. No pudo conseguirlo porque, acusados de su conciencia propia, se pusieron en fuga disfrazados, hasta que obtuvieron generoso perdón del ofendido y del Embajador de España en Roma.» (Id. 18).

Los difamadores

Aunque el P. Córdoba, como él dice, calla aquí el nombre de estos libelistas, en otro lugar dice él y otros cronistas,

que fué uno el P. Martín de Torrecillas, á quien llaman *émulo* implacable del P. Jerez, y otro de los custodios que le acompañaron el referido capítulo general. Un émulo implacable.

Concluído éste, N. V. y Rmo. Padre determinó restituirse á su provincia, aunque contra el dictamen, y con grave sentimiento, así del Excmo. Sr. Embajador de España, como del Excmo. Sr. Cardenal protector, y de otros muchos príncipes de aquella Santa Corte; pero preponderando en el corazón de N. Rmo. el amor, á su madre la Pronvincia de Andalucía, y la quietud que se prometía en ella, á las esperanzas de elevadas dignidades, y á los aplausos y estimaciones, que experimentaba en aquella Corte en los 12 años que había estado en ella, salió para Génova, luego que se disolvió el Capítulo General. Allí supo que se aprestaban un comboy para España y Portugal, y viendo que era muy oportuna y segura la ocasión, quiso aprovecharla, y dándose por Julio á la vela, llegó á Gibraltar por Agosto. Halló que en Andalucía estaban muchas ciudades inficionadas de peste por cuya razón vino transitando por lugares donde se gozaba salud, refrendando en todos sus pasaportes de sanidad, como lo ejecutó en Medina Sidonia; desde donde el día 19 de Agosto llegó á Jerez, que entonces estaba cercada, para su resguardo. Era á la sazón Corregidor de la ciudad el Vizconde de Cabra, y noticioso del arribo de N. Rmo., en el mismo día 19 de Agosto, Vuelve á España.

estando la ciudad en su ayuntamiento, dió noticia de ello al Cabildo; y en este se acordó, que (sin que pudiera servir este lance de ejemplar) se diese entrada, para su convento á Ntro. P. Jerez; resplandeciendo en esta ocasión la estimación en que dicha nobilísima ciudad, tenía á su esclarecido hijo.

Llega á Jerez

Divulgóse en la ciudad el arribo de N. Rmo. P. Fr. Francisco de Jerez, y complacidos todos los ciudadanos se apresuraron á visitar y tratar presencialmente á quien tan tiernamente amaban; distinguióse en esto la nobleza, que si bien estaba resentida del bochorno en que tan injustamente había puesto en Roma la emulación siempre infame á su compatriota, á todas luces insigne; mitigaban con tenerlo á la vista su quebranto; pues en él hallaban todos en sus aflicciones consuelo, en su autoridad asilo, en sus palabras dulzura; y en los más árduos asuntos en sus dictámenes hallaban los aciertos; por lo que justamente era venerado por Padre universal de la patria. (Id. 19.)

Mantúvose allí hasta principios de Febrero de 1680, que la precisión de cierto asunto lo llevó á Sevilla. Luego que llegó á ella, advertido de su religiosa urbanidad, pasó á B. L. M. al Ilmo. y Reverendísimo Sr. D. Ambrosio Ignacio de Espínola y Guzmán, grande amigo y apasionado suyo, que á la sazón se hallaba de Arzobispo en Sevilla. Mucho se complació aquel príncipe con su vista, y

Va á Sevilla

como sabía por experiencia cuán gran predicador era, sintió que no ocupase el púlpito de su catedral Iglesia en aquella cuaresma, que ya estaba inmediata, porque muchos días antes se habían repartido todos los sermones, y estaba ya la tabla de ellos publicada. Pero su Ilustrísima, á fuer de buen Pastor, discurrió un medio para que no careciesen sus obejas de tan saludable pasto. Estaba muy bien visto en su Ilmo. Cabildo, y valiéndose de la ocasión, habló á todos los señores Canónigos, manifestándoles su deseo de que predicase en la Catedral el P. Francisco de Jerez, los lunes de cuaresma, aunque hasta allí no se había practicado. Citóse con este fin á Cabildo y proponiéndose en él este intento, fué universalmente por todos admitido, á impulso de los deseos que tenían de oir tan apostólico predicador. Alguno objetó que, como lo que una vez se decreta por Senado tan serio, queda para siempre estable, debía tenerse presente que en los años siguientes, tal vez se escusarían de admitir estos sermones de los lunes, otros oradores, por no haber habido práctica hasta entonces. Pero en el mismo cuerpo del Cabildo, se halló quién desvaneciera este reparo, diciendo que por los individuos de aquel tan sabio y docto Cabildo, podían predicarse dichos sermones en los años siguientes; proposición que fué por todos los señores capitulares gustosamente admitida, y quedó decretado que se predicase en la Ca-

Deseos de su arzobispo.

Como los consiguió.

tedral los lunes de Cuaresma. De aquí tuvo origen que desde entonces inviolablemente predicase el primer lunes de Cuaresma, en la Catedral, un capuchino del convento de Sevilla, y los demás los señores Canónigos y Prebendados, en memoria de lo acordado por aquel Ilustrísimo Cabildo en la ocasión que le hizo un tan singular obsequio á N. Reverendísimo P. Jerez; fineza que, atentas las circunstancias del sujeto que lo pretendió, y de los que lo acordaron; dicen mucho en pro de la predicación de tan esclarecido predicador.

Predica en la Catedral Ntro P. Jerez.

Empezó, pues, nuestro sapientísimo orador su tarea, y la continuó con universales aplausos siendo tan extraños los concursos, que jamás se vió en aquella tan espaciosa Iglesia un auditorio tan escogido y numeroso, el cual aclamaba al insigne predicador por un segundo San Pablo. Y no es mucho porque su persona era venerable, como aun lo testifican sus retratos; especialmente el que hizo Murillo, su aspecto aunque afable, era majestuosamente respetable; su voz era de un timbre argentado, su discurrir sublime, en el amonestar suave, eficaz en persuadir, doctísimo en enseñar é igualmente severo en el reprender; prendas todas que, no siendo fácil adquirirlas, constituyen predicador perfecto, al que llega á gozarlas. Adornó la naturaleza con ellas á nuestro Rmo. y las perfeccionó el arte á costa de sus tareas literarias, á que se aplicó con estudio contínuo; y

Sus dotes oratorias.

así no debe extrañarse fuesen tan universalmente celebradas.

Sermón de circunstancia

En aquel año de 1680, padeció Andalucía tan horrible sequía, que en Marzo estaban todos los campos poco menos que en el mes de Agosto, secos por falta de agua. Hiciéronse en Sevilla (como en todas las demás ciudades) muchas y muy contínuas rogativas; sacáronse en procesión las Imágenes de la mayor devoción de los pueblos, y finalmente se decretó sacar el Stmo. Cristo, que en Sevilla llaman de San Agustin (por pertenecer al convento de los RR. PP. Agustinos calzados,) Imagen que raras veces (y solo en tan urgente necesidad) se ha sacado. Salió la procesión general de dicho convento el Domingo 3.º de Cuaresma; y se depositó la Sagrada Imagen en la capilla mayor de la Catedral, quedándose allí aquella noche, para que al día siguiente se hiciese la función de rogativa, como se ejecutó. Y como era uno de los días en que tocaba predicar á Nuestro Rmo. P. Fr. Francisco de Jerez, fué innumerable el concurso, ya por el asunto, ya por la fama del orador. Predicó este, ponderando la gravedad de las culpas, que eran las que provocaban contra nosotros el justo enojo de Dios, con energia tanta y espíritu tan fervoroso, que se excedió á sí mismo, causando tan universal compunción en todos los oyentes, que liquidàndose los ojos en raudales, pareció querían suplir con estos la falta de lluvia que experimentaban los campos.

Sus frutos.

Sermón de Pasión en la Catedral.

El Cabildo catedral rogó entonces al Venerable P. Jerez que predicase el sermón de la Pasión de N. S. J. C. el viernes Santo por la mañana en la Iglesia metropolitana; y lo hizo con tanta elocuencia, con tanta unción y con llanto tan copioso del inmenso auditorio, que llenaban las naves de la Basílica, que el venerable cabildo decretó, que en lo sucesivo fuera siempre un capuchino el predicador de la Pasión en la Catedral.

Concluida la tarea de su cuaresma, y cogidos en ella muchos espirituales frutos, se retiró á su convento de Jerez, para solicitar la conclusión de su fábrica, pues aún duraba la obra. Aplicóse con sumo desvelo al logro de sus deseos; y allí se mantuvo, hasta el año de 1684, en que habiendo establecido en su Corte el rey Carlos II una junta de Teólogos, para la resolución de casos muy árduos en que se hallaba empeñada la corona, tuvo muy presente las prendas de virtud, prudencia y letras de nuestro Rmo. P. Jerez, para llamarlo á ella, fiando en la conducta de tan doctísimo y virtuoso Padre los aciertos. Por esta causa lo mandó Su Majestad ir á la Corte, para que fuese uno de los primeros en dicha junta de Teólogos, y para que ejerciese el empleo de predicador suyo en la real Capilla.

Es llamado á la Corte.

Muy sensible fué este mandato para nuestro Rmo. que ya en su convento de Jerez establecido, repetía unas veces con Job, *In nidulo meo moriar*; y otras veces con David, *haec est requies mea in saeculum*

sæculi, pues, retirado á su celda, sólo se disponía para cuando el Rey supremo lo llamase á dar cuentas de lo que con sus talentos había grangeado; pero como se halló tan inopinadamente obligado á obedecer el superior precepto del rey de la tierra, se hubo de sacrificar, é inmediatamente en el mismo año de 1684, despidiéndose de sus hermanos, parientes, amigos y de toda la ciudad nobilísima de Jerez, á quien tanto debía, se partió para Madrid, consentido en que no volvería á ver á su amada patria. Luego que llegó á la corte, se presentó ante el católico Monarca, de quien fué recibido, como de la grandeza toda, con singular agrado. Significóle S. M. cuanto confiaba de su virtud, prudencia, sabiduría y celo, lograr con acierto lo que deseaba, para lo que había decretado establecer aquella nueva junta de Teólogos, á la que desde luego lo destinaba.

Va á ella

Empezó á ejercer su nuevo empleo, y en las primeras sesiones que se tuvieron, manifestó lo elevado de su saber, y lo sabio de su discurrir; siendo sus dictámenes los que prefijaban norte, para resolver en las materias más árduas. Así se conservó algún tiempo, siendo el oráculo de la corte; hasta que habiéndose en una de las juntas tocado un asunto que necesitó más dilatado espacio de tiempo, duró la conferencia hasta bien entrada la noche. En aquella sesión se vió nuestro Rmo. acometido de un fuerte llamamiento de la orina, el que sufrió cons-

Su empleo en la Corte.

tante, mortificando aquel deseo natural, por no parecerle decente salir de aquel tan serio congreso. Costóle muy cara dicha mortificación, porque cuando, disuelta la junta, quiso aliviar su necesidad, no pudo hacerlo.

Enferma y muere.

Diose muy luego noticia del suceso á los médicos de Cámara; pero, aunque practicaron cuantos remedios previene para semejantes accidentes el arte y facultad médica, como se hallaba ya nuestro Rmo. en edad avanzada, no tuvo su naturaleza (ya descaecida), resistencia para tanto mal; por lo que á su violencia rindió el vital aliento en nuestro convento de Madrid, el mismo año de 1684, á los 71 de su edad y 51 de religión.

Mucho sintió nuestro católico monarca tan funesto fracaso; no fué menos dolor el que recibió la grandeza toda en aquella corte; y mucho más la santa provincia capuchina de Castilla; pero junto todo aquel quebranto no fué ni sombra del común sentimiento, que llenó los corazones de los capuchinos andaluces; porque, si el Rey perdió un sabio, prudente y virtuoso consejero; si la grandeza de España y la corte toda perdió un oráculo que le daba alivio en las aflicciones, en las perplejidades acierto, á los ignorantes doctrina, y á los sabios delicias; nuestra provincia perdió un hijo esclarecido que la ilustró y un padre amantísimo que la ennobleció, y con decir que fué lo uno y fué lo otro, nos excusamos decir cuánto sería el sen-

Sentimiento que causó su muerte.

timiento de nuestra provincia capuchina, por la muerte de tal Padre.

Honras fúnebres.

En todos los conventos se le hicieron honras fúnebres y en varios de ellos hubo sermón en elogio de sus virtudes; pero estos ó no se imprimieron ó se han perdido, pues no hemos hallado ninguno en cuantas bibliotecas y archivos llevamos registrados. La ciudad de Jerez se esmeró en honrar á un hijo tan esclarecido, y el municipio costeó solemnísimos funerales en obsequio de aquel hombre extraordinario que perfumó la ciudad con la fragancia de sus virtudes religiosas, cristianas y cívicas. El retrato auténtico y verdadero de este varón insigne, tomado de una copia del que hizo Murillo en nuestro convento de Sevilla, siendo Guardián del mismo dicho Padre, lo ponemos en la página siguiente.

Su retrato.

Y compendiada así la vida y muerte de nuestro V. y glorioso P. Jerez, hablaremos ahora de otros religiosos insignes en virtudes, que fallecieron en el siguiente año 1685.





CAPÍTULO XVII

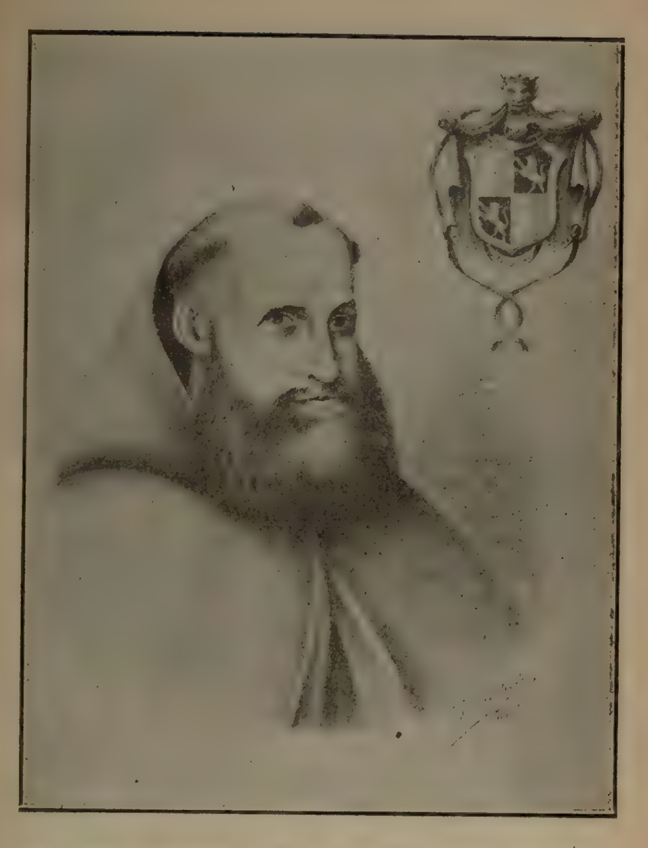
Vida del Venerable P. Fr. Crisóstomo de Granada

Este religioso insigne se llamó en el mundo D. Juan de Rojas y Yepes: fueron sus padres D. Juan de Rojas y D.ª María de la Trinidad, los cuales le criaron en el santo temor de Dios. Desde sus primeros años se descubrieron en él evidentes señales de que Dios lo había escogido para morador de sus celestiales alcázares, porque no se vió jamás ocupado en entretenimientos pueriles ni sus palabras eran irreflexivas, como es común en todos los de aquella edad; antes bien, causaba admiración el oirlo pronunciar divinas alabanzas. Siendo ya mayorcito, huía de la concurrencia con los otros muchachos, y cuanto tiempo podía lograr desocupado, ya de la escuela, cuando aprendía las primeras letras, ó ya cuando estudiaba la gramática, lo empleaba en visitar las Iglesias y en otras ocupaciones semejantes.

Sus padres

Dotólo Dios de una rara hermosura, de un cuerpo gallardo y de prócer estatura; el color de su rostro era blanco y sonrosado; sus cabellos, rubios como el oro, y su semblante agraciado; pero tan casto y puro que, siendo por sus naturales prendas objeto de las comunes es-

Su juventud.



Verdadero retrato del Rmo. P. Francisco de Jerez; tomado de una copia del que hizo Murillo para el Convento de Sevilla, siendo Guardián del mismo, dicho P. Jerez.

timaciones, siempre andaba retirado y huyendo del comercio de las gentes, por no incurrir en el más leve defecto que manchase lo cándido de su pureza. Si por rara casualidad se veía precisado á hablar con alguna mujer, daba instantáneamente su rostro testimonio de su honestidad, porque más se ponían encendidas como rosas sus mejillas y tan encarnadas, que parecían querer brotarle sangre.

Su bella índole.

De este recato ó natural vergüenza de nuestro Juan se valieron una tía que tenía y una hermana carnal suya, para darle una tarde un chasco. Era ya de 20 años cumplidos, y viéndolo venir por una calle su hermana y su tía, de común acuerdo se taparon los rostros y aguardaron que llegase á donde ellas estaban; se acercaron á él, y con mucho cariño, mudando la voz, le empezaron á preguntar si las quería mucho, á lo cual sólo respondió el cándido joven con lo encendido de los colores que á sus mejillas se asomaron. Prosiguieron hablándole las dos en el mismo tono; pero nuestro Juan, sin levantar la vista del suelo, les dijo: Señoras, no entiendo lo que ustedes me dicen: vayan en paz; y volviendo presuroso las espaldas, huyó de ellas, de lo cual se rieron ambas grandemente, quedando edificadísimas de tanta pureza y honestidad.

Su honestidad

No fué sola esta virtud la que nuestro Juan practicaba; aún en el estado de seglar, porque para conservarla como

apreciable joya, frecuentaba la recepción de los Santos Sacramentos; hacía cuanto bien podía á los pobres; servía en cuanto sus fuerzas é industrias alcanzaban á los necesitados; consolaba á los tristes y aliviaba á los que veía en alguna aflicción, sin sosegar su caritativo corazòn hasta que los dejaba consolados. Empezó desde muy pequeño á observar todos los ayunos que impone á sus hijos nuestra Santa Madre Iglesia, siendo así que ésta no los obliga hasta que cumplan los 21 años: fué siempre devotísimo de María Santísima Señora Nuestra, en cuyo culto y obsequio rezaba el Santísimo Rosario con mucha devoción todos los días, y practicaba otros muchos ejercicios devotos. Así vivió en el siglo hasta la edad de 23 años, y entonces, para asegurar más su alma y librarla de los frecuentes lazos con que el infernal cazador solicita aprisionar a las que vaguean incautas por los prados del siglo, deliberó refugiarse al sagrado de nuestros claustros, para con más desembarazo trabajar en subir al monte de la perfección.

Sus virtudes cristianas.

No se estrañó resolución tan santa en quien había vivido en el siglo, como el religioso más retirado, pues no se halló criatura que afirmase le hubiese en toda su vida oído palabra menos compuesta, ni que le hubiesen visto ejecutar acción que no fuese ajustada á la más cristiana modestia. Tomó finalmente nuestro Santo hábito á los 23 años de su edad, el 30

Toma el hábito.

Profesa. de Agosto de 1624, en el convento de Granada, y profesó en el mismo convento el 31 de Agosto del año siguiente.

Quien vivió, siendo seglar, con tanta solicitud y vigilancia para agradar á Dios, deja discurrirse como viviría de novicio, en una religión como la nuestra. Baste decir, que su porte en el noviciado fué como de maestro en el camino de la perfección: y que ya profeso, aumentó las mortificaciones, austeridades y penitencias, imitando en cuanto le fué posible la vida de N. S. P. S. Francisco. Fué su obediencia tanta, que en 61 años que tuvo de religión jamás ejecutó acción directa ni indirectamente contra la voluntad de sus Prelados, á quienes con humildad rendida manifestaba sus interioridades y con igualdad de ánimo obedecía, porque lo que ordenaba la voz del Superior, aquello era lo que hacía. Conservó siempre intacta su virginal pureza; con su exterior compostura edificaba á cuantos lo veían, siendo un eficaz predicador su vista, pues sólo con hacerse presente componía á los más descompuestos.

Su caridad con los enfermos era singularísima; y al mismo tiempo que procuraba el alivio de sus cuerpos, su principal desvelo lo ponía en la salud de las almas. A unos con dulcísimos consejos los alentaba á que en su padecer se conformasen con la divina voluntad, para que granjeasen muchos méritos. A los que conocía que necesitaban purificar sus conciencias, con eficaces razones les

Sus virtudes religiosas.

proponía el castigo que tiene Dios prevenido para aquellos que le son ingratos; y por estos, y otros semejantes medios alcanzó copiosos frutos en honra y gloria de Dios y utilidad de muchas almas. Servíale de mucho desconsuelo ver el ningún cuidado que ponían los hombres en saber los misterios de nuestra fé, la doctrina cristiana, y las oraciones de la Iglesia; por lo que, cuando en las calles ó en los caminos encontraba algunos muchachos que los ignoraban, se entretenía en enseñarlos.

Sus obras de misericordia.

Sucedió una vez, estando él viviendo en el convento de Málaga, que el Padre Guardián lo envió un día á que acompañase al limosnero. Fué este á la playa á pedir limosna de pescado; cuando llegaron estaban sentados dos copos, á corta distancia uno de otro, por lo que el limosnero le dijo que fuese á pedir la limosna á uno mientras él iba al otro: fué nuestro P. Crisóstomo á su diligencia, pero, hallando en la playa unos muchachos, les preguntó, si sabían la doctrina cristiana, y oyéndoles decir que nó, se paró muy despacio á enseñarlos. Mientras estuvo entretenido en esto, se despachó el pescado que había sacado el copo, y viniendo el limosnero á recoger el que creyò había pedido el Padre, lo halló empleado en enseñar á los muchachos, lo que visto por el limosnero le desagradó mucho; pero el varón de Dios con mucha paz le dijo: Hermano, no hemos perdido el tiempo: este muchacho

Enseña la doctrina.

no sabía el avemaría, y véalo V. C. que ya la sabe; de lo que el limosneroquedó sumamente edificado y confundid, viendo la serenidad con que sufrió las ásperas palabras que le había dicho.

Su candor y paciencia.

No fué esta sola vez en la que el varón de Dios manifestó su paciencia y tolerancia. Sucedió en otra ocasión que un religioso poseido ciegamente de pasión, (tal vez movido del enemigo común para vengarse de la guerra que le hacía el Varón Santo,) lo ultrajó en presencia de otros religiosos, imputándoleequivocadamente una falta que nuestro P. Crisóstomo no había cometido. No desplegó este sus labios para dar respuesta alguna; solo sí con voz humilde y baja le dijo: Perdóneme V. C. por amor de Dios, quedando admirados los religiosos, cuando supieron la inocencia del P. Crisóstomo, de la suma paz, conque este llevó aquel sufrimiento.

Al paso que sufría constante sus injurias y las perdonaba pronto, cuando por desgracia oía algunas palabras injuriosas contra sus hermanos, las reprendía con mucha severidad; por eso en presencia suya, ninguno se atrevía á decir palabra de murmuración contra otro, porque al instante salía él á la defensa: y si los que así hablaban eran sujetos á quienes él no podía reprender, lo ejecutaba mudamente con ausentarse. Testigos de mayor excepción de esta verdad fueron el Ilustrísimo y Rmo. Sr. D. Fernando de Andrade y Castro, siendo obispo de Jaén, y

Odia la murmuración.

el R. P. Fr. José Francisco de Vélez, siendo guardián de aquel convento. Tenían uno y otro formado del V. P. Fray Crisóstomo el juicio que merecían sus virtudes; y sabiendo lo mucho que sentía oir se murmurara de cualquiera, aunque fuese en cosas muy leves, buscaban ocasión para tentarlo. Sucedió, pues, que una tarde salió dicho P. Guardián con el P. Fr. Crisóstomo, y fué al palacio del Sr. Obispo; recibiólos su Ilustrísima y viendo que el R. P. Guardián llevaba por compañero al siervo de Dios, quiso lograr la ocasión, y haciéndole seña al P. Guardián, empezó á murmurar de un sujeto, aunque en cosa muy leve, y no con otro ánimo que el de ver lo que el P. Fr. Crisóstomo ejecutaba. Este, luego que oyó las palabras del Sr. Obispo, empezó con el color purpúreo de que se tiñeron prontamente sus mejillas, á manifestar la gran inquietud y fatiga interior que padecía, al ver que, oyendo murmurar de su prójimo, no podía reprender con santo celo á los que lo ejecutaban, por ser ambos sus prelados. A medida que continuaba la murmuración fingida, se iba en la realidad aumentando en el varón de Dios la inquietud, que él manifestaba interiormente con el contínuo movimiento que hacía, como si estuviera sentado sobre espinas. Viendo que esto no bastaba, no pudiéndose ya contener su caritativo celo, prorrumpió en estas voces: *Sea nuestro Señor alabado!* A todo estaban los prelados atentos, pe-

Un caso admirable.

Como se portó en él.

ro con gran disimulo continuaban su tarea; hasta que por fin, no pudiendo ya el fatigado espíritu del santo varón contenerse, se levantó y pidiendo licencia para salir de allí, se retiró á la antesala para no oir murmurar á los que él no podía reprender. Quedaron los dos prelados edificados y ciertos de la mucha caridad del P. Crisóstomo, y dándole á Dios muchas gracias, por las que había conferido á aquel su siervo.

Su resolución

De quien tanto celaba la honra de los hombres, puede discurrirse cuanto sentiría ver el honor de Dios ultrajado. Cuando oía blasfemar, era tanto lo que se enardecía, que no se contentaba con reprender al blasfemo su temerario arrojo, conminándolo con la divina justicia, con lo que logró coger muchos frutos en la enmienda de algunos; sino que hubo ocasión en que embriagado con el celo de la honra divina, no pudo impedir poner las manos en los que blasfemaban. En una ocasión, pasando por el puente de Córdoba, vió en él á un hombre que falto de paciencia y de temor de Dios, profería execrables blasfemias. Fué tan pronto el ímpetu de espíritu que sobrevino á nuestro P. Crisóstomo, que sin saber lo que ejecutaba se llegó á aquel por las espaldas, lo cogió por los hombros, y como el varón de Dios era de elevada estatura, membrudo y de grandes fuerzas, arrojó al suelo con mucha violencia al maldiciente, diciendo al mismo tiempo *Eres cristiano? Eres tú cris-*

Reprende á un blasfemo.

tiano? Fueron estas palabras espantoso trueno, que junto con el golpe recibido lo atemerizó de modo que, volviendo el hombre sobre sí, puesto de rodillas delante del varón justo, le pidió perdón á Dios de sus culpas y á los hombres del escándalo que les había dado; y con mucho dolor y arrepentimiento ofreció enmendarse. Lo convierte.

Solícito y diestro artífice, nuestro padre Crisóstomo se ocupó toda su vida en labrar una dorada cadena, cuyos preciosos eslabones fuesen las más heróicas virtudes; para lo cual iba uniendo y enlazando la práctica de unas y otras, de modo que todas adquirieran nueva brillantez y hermosura. Para que no faltara en este místico eslabonado la virtud característica del capuchino, que es la pobreza, fué tanto lo que se manifestó celante de la observancia de esta virtud, que jamás admitió á su uso cosa que no fuese muy precisa, y de las que la regla concede á sus profesores; y aún éstas eran siempre de las más pobres y humildes. Nunca quiso admitir regalo alguno que sus parientes (que eran ricos) le enviaban para que tuviese algún alivio, porque decía, que profesar suma pobreza, y no querer padecer penuria ni carecer de nada, era ser falsos pobres. Su abstinencia era tan rigurosa que, fuera de refectorio en que comía con los demás, jamás tomó cosa de sustento, y esto lo observó toda su vida; tanto que, pasando ya su edad de 80 años, en que Su amor á la pobreza.

la naturaleza está debilitada y sin fuerzas, por lo que necesita de más frecuentes refecciones, sólo admitió tomar dos ó tres bellotas, que majaba entre dos piedras, y por las mañanas las traía en la boca un poco de tiempo; y este fué el úuico desayuno que admitió.

Su abstinencia.

Fué muy dado á la oración mental, y ejercitándose frecuentemente en ella, recibió del Señor favores celestiales, con que vivificado aún en su más anciana edad, hacía cosas que necesitaban mucha fuerza y robustez. Fué puntualísimo en las asistencias á todo acto de comunidad, con especialidad en el coro, así de día como de noche, por el sumo gozo que recibía su espíritu cantando las divinas alabanzas. Para no admitir la más leve distracción, mientras las cantaba en el coro, tenía siempre cruzados los dedos pólices sobre los índices, y si le acometía algún pensamiento que pudiese distraerlo, de tal suerte los apretaba, que llegaron á formársele en ellos unos surcos que bastantemente evidenciaban el cuidado que ponía en tener todas las potencias de su alma y sentidos de su cuerpo empleados con suma atención y devoción en cumplir con aquel angelical ministerio. No omitió día alguno el oficio divino, ni aún cuando estaba enfermo, porque entonces rezaba de memoria; pues, como siempre puso tanta atención á lo que hacía, cuando rezaba sabía de memoria casi todo el breviario; y cuando por sí solo no podía leer las

Su oración

lecciones, suplicaba á algún religioso que se las leyese. Es confirmación de lo dicho, lo que sucedió la tarde misma del día en que murió, pues, aunque se hallaba ya tan sin fuerzas, como que estaba próximo á morir, le pareció que, por saberlas de memoria, faltaría á su obligación, si no rezaba las completas; y así gastó mucho tiempo en rezarlas; porque hallándose muchas veces en el segundo salmo, volvía á empezarlas de nuevo, sospechando si habría estado hasta allí con menos atención de la que debía, por causa de su enfermedad.

Su atención en el rezo.

No puso menos cuidado en la celebración del Santo Sacrificio de la Misa: para llegar al altar no sólo purificaba su conciencia con el Sacramento de la penitencia, para lo que procedía un rigoroso examen; sino que entregado á la oración pedía al Señor en ella con fervorosas ansias le diese aquella devoción y pureza que es necesaria para tan alto empleo. En los últimos años de su vida le ofreció el Señor un ejercicio penosísimo en que tuvo mucho que padecer, y fuè que, cuando llegaba á decir la forma para consagrar el cáliz, no podía pronunciar la primera palabra: quería ejecutarlo, pero no lo conseguía, costándole en lo interior de su alma inexplicables fatigas, las que se percibían en el contínuo extremecimiento de su cuerpo, en los sudores que vertía su rostro y en las lágrimas que sus ojos derramaban. Enternecíanse, compasivos, los religiosos,

Su devoción en la misa.

que veían tanto padecer, pues, antes que pudiese proferir la primera palabra, se pasaba mucho rato; de lo que noticioso el M. R. P. Provincial, que entonces era, para darle algún alivio, le mandó que se abstuviese de celebrar. Duro hubiera sido este precepto á otro que no estuviera tan negado á sí mismo y tan entregado al arbitrio de sus superiores, como lo estaba nuestro venerable, quien oyó con tanta serenidad de ánimo el mandato, que aunque se privaba del sumo gozo espiritual que, no obstante aquel padecer, recibía siempre que celebraba, se complació en obedecer el precepto de su Prelado, por cuyo medio conseguía duplicado mérito.

Su obediencia

Fué opinión común de religiosos de muchas virtudes y letras, que florecieron en la Provincia por aquellos tiempos, que si Dios, como llevó al V. P. Fr. Crisóstomo por el camino del temor, lo hubiese llevado por el del amor, se hubiera éste levantado por los aires, como san José de Cupertino.

Lleno de merecimientos y de días el siervo de Dios, pues cumplió 84 años, habiendo gastado en la religión los 61, quiso Dios darle el premio de sus virtudes, llamándole por medio de una penosísima enfermedad que fué crisol en que se purificó aquel varón insigne. Viendo el médico que el peligro se aumentaba, mandó se le administrasen los santos sacramentos: con esta noticia se preparó el siervo de Dios para hacer una confesión

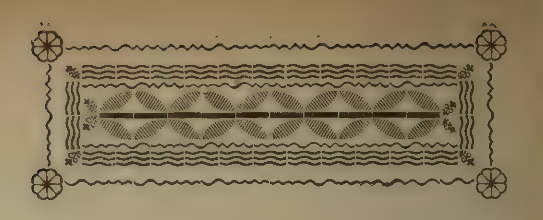
Enferma de peligro.

general de todos los defectos de su vida, como lo ejecutó; si bien afirmó después el confesor que fué suyo muchos años, que el V. P. Fr. Crisóstomo había conservado mientras vivió la gracia que recibió en el bautismo, pues no cometió en toda ella mortal culpa. Preparóse después con un rato de oración para recibir el viático y la unción extrema; y poco después, dando en la alegría de su rostro, en la tranquilidad que en lo exterior manifestaba, y en el fervor con que profería los actos de amor de Dios señales de su felicidad, descansó en el Señor en el expresado año de 1685. Quedó su cadáver hermoso, como lo había sido cuando vivió; sin que su vista causase aquel natural horror que es común, lo que reflexionando algunos religiosos, lo tuvieron por indicio también de la gloria que gozaba. Algunos meses después, se apareció lleno de gloria á otro religioso de especial virtud, acompañado del V. hermano Fr. Manuel de Allariz, que le siguió en la jornada á la eternidad, y fué el último que murió dicho año en el convento de Granada; de cuya aparición hablaremos al final del capítulo siguiente.

Recibe los sacramentos.

Su santa muerte.





CAPITULO XVIII

Vida del V. Fr. Manuel de Allariz

Sus padres. Llamóse en el siglo este siervo de Dios Manuel González Henriquez, y fué hijo de Juan González y de Magdalena Henriquez: siendo de edad de 20 años, inspirado del Padre de las luces se acogió al puerto seguro de la religión capuchina, para huir de los peligros del siglo y no arriesgar la eterna felicidad á que aspiraba; y en el día 24 de Julio de 1655, tomó el hábito en el convento de Granada, donde permaneció con el mismo nombre de Fr. Manuel, mudando solo sus apellidos de González y Enriquez en el de Allariz, su patria. Alistado este nuevo atleta bajo el estandarte de la Cruz, se propuso abrazar la de la religión, para caminar con ella en seguimiento de Cristo; pues, para poderlo ejecutar sin estorbo, había antes renunciado todo cuanto tenía y podía tener, negándose á sí mismo juntamente.

Su noviciado. Muy desde luego manifestó nuestro novicio los ardientes deseos que lo animaban de llegar á la cumbre de la perfección evangélica, por cuya razón su maestro puso el mayor conato en ayu-

darle, para que así consiguiese lo que pretendía con tan encendidas ansias. Con tanta afición atendía nuestro novicio las saludables doctrinas de su maestro, que en breve tiempo manifestó lo mucho que había aprovechado, pues se vió, que su humildad era rara, pronta su obediencia y tan bajo el concepto que de sí mismo tenía, que se publicaba indigno de estar en la compañía de varones tan justos. Cumplido el año de su aprobación, fué admitido á la profesión con mucha complasencia de los religiosos y mucho consuelo de su alma. Ya profeso, no se contentaba sólo con los ejercicios de virtud que observaba la comunidad, sino que con la bendición y licencia de sus prelados, aspiró á mayores triunfos, por medio de la práctica de otros muchos ejercicios que se impuso, practicando con la mayor cautela magnas austeridades. Su profesión.

Fué siempre muy enemigo de la ociosidad, y para desecharla y emplear el poco tiempo que le sobraba de la oficina que le encargaba la obediencia, tomó á su cargo el cultivo de un jardín en que se criaban muchas flores, para el adorno de los altares de la Iglesia. Allí empleaba el tiempo de la siesta que comunmente destinan los religiosos para descansar, y de este jardín cuidó mientras vivió en el convento de Granada, pareciendo que aquella tierra publicaba la virtud heróica de las manos que la cultivaban, pues su vista llenaba de alegría. Los ratos que estaba en el convento, no teniendo en Sus virtudes religiosas.

ellos oficina por ser limosnero, se entraba en las otras oficinas y ayudaba á los oficiales. También iba á la huerta, y recogiendo allí tal cual rama vieja que por seca se había cortado de algún árbol, la hacía pedazos, para el servicio de la cocina, y trayéndolas se las entregaba al cocinero, para aminorarle el trabajo. No por estas ocupaciones olvidaba las que le ministraban fuerzas para ellas. Eran estas la asistencia al coro aquellas horas á que deben concurrir los religiosos legos. Jamás mientras estaba en el convento faltó á maitines, ni á prima. Luego que salía de ésta se iba á la sacristía y ayudaba con suma devoción cuantas misas podía, en cuyo ejercicio sentía mucha dulzura su alma, por ser viva representación de la pasión y muerte de nuestro Redentor, á la que, como después diremos, tenía grandísima devoción y jamás la perdía de la vista de su alma.

Sirve á los demás.

Se aplicó con tanto fervor al ejercicio de la meditación y contemplación, que llegó á habituarse en él, de modo que siempre estaba su alma entregada á la contemplación de las cosas celestiales; y era tanto el espiritual consuelo que en su interior sentía, que le embargaba, no sólo las potencias de su alma, sino también hasta los sentidos. corporales De aquí le resultaba una exterior compostura y modestia que edificaba á cuantos lo veían. y un andar tan enajenado de sí, que nunca le llamó la atención objeto alguno que se le presentaba; y así, sien-

Su compostura.

do limosnero en dicho convento (ejercicio en que estuvo muchos años), por cuya razón le era preciso estar todo lo más del día en la calle, no por eso omitía su meditación, ni apartaba de su vista interior aquel objeto soberano que le había embriagado sentidos y potencias. Atendía con escrúpulo, primero á todo lo que fuese relativo á dar perfecta expedición á su empleo de limosnero, y para todo lo demás se hallaba tan abstraído, en medio de los bullicios de la ciudad, como si estuviera en el más retirado yermo. Lo que más le movía á esto era la dulzura que en su alma sentía, máxime cuando meditaba en la pasión y muerte de nuestro soberano Maestro, porque al considerar aquel exceso de amor con que se entregó á padecer y morir para darnos vida, se derretía su compasivo corazón en fervorosas lágrimas, y jamás se dió por satisfecho ni se halló fatigado en ocupación tan útil.

Su recogimiento.

Para saciar sus ansias, luego que se restituía al convento, acabada su limosna, se retiraba á la Iglesia, practicando los ejercicios del Vía-Crucis, según el método de la V. Madre Sor María de la Antigua, que introdujo y promovió entre nosotros; pues, solicitó con eficacia aficionar á algunos religiosos á ellos, y consiguió que le acompañaran fervorosos; y como experimentaban los muchos frutos espirituales que conseguían en ellos, no sólo no rehusaban hacerlos, sino que de tal modo se aumentó el nú-

Su oracion.

mero de religiosos que lo acompañaban y los muchos que en otros conventos de la provincia los hacían, que impaciente el común enemigo, no pudiendo ya sufrir el tormento que le daban con estos ejercicios santos nuestros religiosos, trató de impedirlos. Fué el caso que el Padre Guardián dió permiso para que los hicieran los jueves en la noche, y al principio se complació mucho en ellos; pero habiendo observado el mucho tiempo que duran y el sumo trabajo con que se hacen, movido sólo de la prudencia humana llegó á formar escrúpulo sobre si cumplía con la obligación de Prelado en permitir que sus súbditos se expusiesen á perder la salud; y tanta guerra le hizo este reparo, que lo obligó á mandar que ningún religioso acompañase al varón de Dios y que éste los hiciera solo, lo cual sintieron de verdad los religiosos; pero él los consoló diciéndoles que después se seguirían, como así sucedió. Era tanto el deseo que tenía porque la práctica de estos santos ejercicios se difundiese y radicase en todos los conventos de la provincia, que aconsejaba á los religiosos y aún á muchos seglares que los hiciesen, manifestándoles las grandes utilidades que por medio de tan santo empleo se consiguen.

Su devoción al via-crucis.

Del intenso amor que á Dios tenía, se infiere con claridad cuánto sería el que á sus prójimos profesaba, máxime con los enfermos. A éstos no sólo los visitaba cariñoso luego que volvía al convento,

Su caridad.

aunque llegase muy fatigado con el trabajo de la limosna, sino que también les hacía las camas, barría las celdas, los servía agradable en cuanto se les ofrecía y les buscaba dulces, bizcochos y otras cosas semejantes que podían conducir á solicitar su alivio; con especialidad si alguno se hallaba muy destituído de fuerzas ó perdidas las ganas de comer, procuraba se le hiciese en casa de algún devoto un bocado apetitoso, ejerciendo con ellos el oficio de verdadera madre y caritativo hermano. Al ejercicio de esta virtud admirable agregó el de las demás virtudes, que constituyen perfecto á un varón religioso, como son la obediencia, pobreza, castidad, abstinencia, mortificación y silencio, pues todas las poseyó, con lo cual se hizo grato á los hombres y amigo especialísimo de Dios, quien le comunicó muchos favores.

Alivia á los enfermos.

Uno de ellos fué la discreción de espíritus, con la que conocía cual era verdadero, y cual era falso y fingido. Hubo en Granada, siendo limosnero en ella Fr. Manuel, una beata embustera é ilusa á quien todos veneraban, como mujer santa é ilustrada de Dios, por lo que acudian á ella á implorar el auxilio de sus oraciones, para conseguir el alivio en sus necesidades; y ella con mañosa astucia les daba equívocas respuestas, prometiéndoles sus oraciones. De tal suerte vivían todos engañados, que siempre tomaban sus respuestas por misteriosas profecías. Entró en una ocasión el Vene-

Su discrección de espiritus

rable con su compañero en casa de esta mujer á recojer la limosna; y luego que la vió y oyó sus palabras, sintió en su corazón cierta contradicción y repugnancia á creer fuese cierto lo que de ella se decía; y como en esto peligraba la honra y gloria de Dios, se creyó obligado á examinar la realidad del caso. Volvió diversas veces, y en cada una se aumentaban más sus sospechas; lo que habiendo comunicado en confianza á su compañero, éste como escandalizado le dijo que callase, pues era temeridad oponerse al dictamen de toda una ciudad, que la aclamaba santa. Conturbóse nuestro Fray Manuel; pero resuelto á examinar el caso entró á visitarla un día llevando triste el semblante. Extrañólo la beata, y le preguntó el motivo; á lo que respondió él que había tenido una carta en que le decían, quedaba su madre sin esperanza de vida, por lo que pedía la encomiende á Dios. Esto fué verdad, porque había muchos años que tuvo esta carta á que se siguió otra comunicándole la muerte de su madre, y él ocultó el tiempo para descubrir la verdad de aquel espíritu. Ella respondió ambigüamente, como siempre hacía, y se despidió. Dentro de algunos días volvió nuestro venerable, afectando el mismo sentimiento, y ella así que lo vió, le preguntó con arte, por qué estaba melancólico; á lo que respondió, que había muerto su madre. Ella entonces le dijo: ya lo supe yo, porque el Señor, cuando hice oración por ella,

Conoce á una ilusa.

La pone á prueba

me dijo que había de morir; pero alégrese, pues ya está gozando de Dios, quien me reveló que había de estar sólo tres días en el purgatorio. Con esto conoció evidentemente era espíritu falso el de aquella mujer, porque la madre del siervo de Dios había muerto muchos años antes. Delatóla al santo tribunal, el que habiendo justificado ser una embustera, la castigó por tal, y libró á Granada de sus engaños. Descubre su hipocresía.

Cayó el V. Fr. Manuel enfermo y agravándosele el accidente, le administraron los Santos Sacramentos que recibió con mucha devoción, y hallándose ya en los últimos períodos de su vida, le habló con el sosiego y serenidad de muy sano al religioso que lo auxiliaba, (uno de los que habían sentido más que el P. Guardián, los privase de los santos ejercicios del via-crucis,) y le dijo: Padre, esté V. C. con el consuelo de que en viéndome en la presencia de Dios, como en su misericordia lo espero, lo primero que le he de suplicar es que inspire al Padre Guardián dar licencia para que todo el que quisiere haga los santos ejercicios de la vía sacra, que ha prohibido. ¡Caso portentoso! Murió nuestro V. dejando muchas señales de su eterna felicidad; pero la más evidente fué que acabado de cantar por la Comunidad el *Subvenite* que es costumbre luego que espira cualquier religioso, prorrumpió el Padre Guardián en estas voces: Bien se conoce en la feliz muerte que ha tenido este religioso lo mu- Su don de profecía.

cho que para esta hora le han aprovechado los santos ejercicios de la via sacra; y así doy mi licencia y bendición á todos los que quisieren hacerlo, para que los practiquen. Mucho consuelo recibieron todos aquellos que hasta allí estaban privados de acerlo; pero mucha mayor admiración y júbilo causó á todos, cuando su confesor y los demás que lo oyeron declararon las últimas palabras que habló el siervo de Dios; y como tan pronto se vió cumplida su promesa, creyeron todos que desde la cama subió á gozar de Dios, y que su Magestad condescendió con su ruego, é inspiró al Padre Guardián revocase su precepto. Murió el siervo de Dios en Granada en viernes, á las nueve de la mañana día 3 de Agosto de 1685. Después se apareció á un religioso nuestro, acompañado del V. P. Fr. Crisóstomo de Granada, que como dijimos en el capítulo anterior, falleció, poco tiempo antes; ambos venían con otros cuantos religiosos; pero con la diferencia que á estos no los conoció, porque traian cubiertos los rostros con el capucho; y el P. Fr. Crisóstomo, y Fr. Manuel traian descubiertos sus rostros, muy contentos y alegres, como explicando con esto la gloria que gozaban. Los demás tal vez serían los otros siete religiosos que murieron también aquel año en el mismo convento, y aun se hallarían en el purgatorio sin haber visto á Dios, y por lo cual tenian cubiertos sus rostros, como diciendo, que aún carecían de la vista de

Su santa muerte.

Se aparece después de muerto.

Dios. Dichos sietes religiosos fallecieron por el orden siguiente:

Otros aparecidos.

Fué el primero el P. Fr. Agustín del Valle, predicador: llamóse, Juan Evaristo de Hervás, y sus padres Juan de Hervás y D.ª María de la Chica; tomó el hábito de 15 años en Granada el día 28 de Agosto de 1644 y profesó en el siguiente año. El segundo fué el P. Fr. Buenaventura de Cádiz, estudiante teólogo, que tomó el hábito en Sevilla, de 18 años, el 16 de Abril de 1673, y profesó en el siguiente de 74. Fué el tercero, el P. Fr. Miguel de Campillos, que se llamó Marcos Fernández Ortiz, y sus padres Francisco Fernández Mellado, y Ana Ortiz; tomó el hábito en Antequera á 29 de Septiembre de 1643, y profesó en el mismo convento el año siguiente. El cuarto fué el P. Fr. Miguel de Granada, que se llamó Manuel Martín de Barajas, hijo de Diego Martín de Barajas, y de María de Arjona; tomó el hábito en Granada de 15 años á 19 de Junio de 1644, y entonces le pusieron por nombre Fr. Arcángel, y cuando profesó el año de 1645, fué con el nombre de Fr. Miguel. El quinto fué el P. Fr. Cristóbal de Cádiz, que tomó el hábito en Génova á 15 de Agosto de 1660 El sexto el P. Fr. Manuel de Villalba, que tomó el hábito de 16 años en Sevilla á 24 de Diciembre de 1644 y profesó el siguiente. El séptimo fué el P. Melchor de Granada que se llamó Fernando de Gaona y fué hijo de D. Melchor de Gaona, y de D.ª Catalina Canales; y siendo

Más difuntos.



de 15 años, y medio de edad, tomó el hábito en Granada á 2 de Marzo de 1642 y profesó en el de 1643, en el mismo convento.

En el de Andújar murió en el mismo año 1685 el corista Fr. Francisco de Fuentes; en el de Sanlúcar el P. Gonzalo de Ugijar; en Motril el H.º Fr. Lucas de Granada; en Marchena el P. Rodrigo de Marchena; en Jerez el P. Angel de Sevilla; en Alcalá el P. Francisco de Alcalá; en Málaga el P. Agustín de Málaga y en Jaén el P. Ignacio de Granada.

Pongo fin al presente capítulo recordando que el 8 de Junio de 1685 se cebró en Roma capítulo,en el que fué elegido Ministro general de nuestra orden el Rmo. P. Carlos de Macerata.





CAPITULO XIX

Muertes edificantes de Fr. Antonio de Fuentes y de Fr. Andrés de Sevilla.

Llegó el año 1686 y entre los religiosos que fallecieron en dicho año, hay algunos dignos de especial mención. En nuestro convento de Alcalá pasó á mejor vida el P. Guardián que se llamaba Fabián de Granada, y le acompañó ó mejor dicho, le precedió el corista Fray Antonio de Fuentes, de cuya dichosa muerte dice el V. P. Isidoro de Sevilla, en su *Florido-Andaluz Pensil*, lo que después diremos.

Vida de Fray Antonio

Nació este religioso en Fuentes de Andalucía y fué hijo de unos labradores bastante acomodados: sus padres lo enviaron á Sevilla para que estudiara, y allí se aficionó tanto á los capuchinos, que á los 23 años de su edad, tomó el hábito en nuestro convento el día 15 de Octubre de 1681, siendo Guardián el Padre Antonio de la Parra, y profesó el año siguiente en manos del P. Basilio de Granada, que había sustituído el P. Parra en la guardianía.

Su noviciado

Una vez profeso lo enviaron á completar sus estudios á nuestro convento

de Castillo, y estando allí ya ordenado de Diácono, dice el P. Isidoro que, acometiendo al dicho Fr. Antonio de Fuentes una penosa enfermedad, lo condujeron al convento de Alcalá, en donde la enfermería era más cómoda por haber médico y botica de que carecía el Castillo. Había sido Fr. Antonio el tiempo que vivió en la religión, común en la virtud con los demás, ejercitándose en todo lo que suelen hacer los coristas, pero sin cosa particular en el modo de vivir; y solo se singularizó en la devoción á la gloriosa virgen y mártir invictísima santa Bárbara, amándola en su corazón y rezándole todos los días con devoción fervorosa. Estando ya en la enfermería de Alcalá, un día que parecía más aliviado llamó al P. Fr. Félix de Gibraltar, y le dijo que lo confesase generalmente, porque se moría. Causóle alguna risa al confesor esta petición intempestiva, por parecerle que las fiebres (que era el accidente que padecía), no eran malignas, y le dijo que si se burlaba; á lo que replicó Fr. Antonio que nó, y con ansias tantas y demostraciones tan expresivas de anhelo por confesarse, se lo aseguró, que el P. Félix asintió á su deseo, y generalmente lo confesó.

Sus estudios.

Desde que se confesó, empezó á prepararse para morir, siendo esta preparación rarísima, estraña y singular, porque tres días antes de su muerte no quiso comer, ni beber, ni dormir, para que estas naturales acciones no le embarazasen el

Su devoción á Sta Bárbara.

tiempo para hacer actos de amor y caridad, los cuales, acompañados con otros muchos de fe, esperanza y de otras excelentes virtudes, fueron contínuos en su corazón y boca, y haciendo de la cama púlpito, estaba en ella predicando contínuamente con tanto fervor, que los seglares subían á oir sus palabras, y bajaban confusos, atónitos y enseñados, quedando así estos como los religiosos, pasmados de fervor tan extraño y disposición tan singular.

Conoce la hora de su muerte.

Tres días antes de su muerte llamó al enfermero que á la sazón era el hermano Fr. Francisco de Vigo, y le dijo estas proféticas palabras: Hermano Fr. Francisco, vaya V. C. y dígale al P. Fray Felix que esté sin cuidado y que descanse, porque no he de morir hasta de aquí á tres días, que será el viernes á las doce de la noche. Cumpliose á la letra esta que parece profecía, porque habiendo llegado el viernes, á las nueve de la noche, le apretó de tal modo la fiebre, que á todos pareció agonizaba. Con esta novedad tomó Fr. Félix el santo Cristo, llegóse inmediato al enfermo, y empezó con fervor á auxiliarlo, lo cual visto por Fr. Antonio hizo muchas diligencias para hablar, pero no pudo, por haber ya perdido esta facultad, y así con los dedos se explicaba, pues, extendiendo tres, le hacía señas al P. Félix, el cual creyó que significaba el misterio de la Santísima Trinidad, pero se engañó, porque el enfermo quería decir que no se fatigase,

La profetiza.

que todavía le faltaban tres horas; y así fué, porque en punto de las doce, como tres días antes lo había profetizado, expiró, entregando su alma en manos de su criador.

Muere santamente.

Habíale pedido Fr. Antonio á su confesor el P. Fr. Félix, que después de difunto lo encomendase con todas veras á Dios, y así que murió empezó á hacer por su alma algunos ejercicios que le duraron ocho días, en los cuales padeció muchos miedos, porque en cualquiera parte que estaba, le parecía que lo levantaban del suelo, horrorizándose á cada paso, hasta que pasados los ocho días quedó tan sereno y libre de miedo, que nunca más sintió temor alguno. Por muchos años fué común sentir de los religiosos que esta rara disposición de Fray Antonio, y el tener noticia de la hora de su muerte, tres días antes que llegase, lo debió á la gloriosísima virgen y mártir santa Bárbara, á la cual le ha concedido Dios en favor de sus devotos, la gracia de asistirles y acompañarles en la hora de la muerte, para que no salgan de esta vida sin confesión y comunión.

En el convento de Antequera fallecieron el P. Francisco de Canillas, y el hermano Diego de Medina; en el de Jerez el P. Francisco de Nájeras, y en el de Ecija el hermano Tomás de Andújar. En el de Granada, después de haber gastado en servicio de Dios y de la religión 51 años, y cumplidos los 72 de edad natural con mucha edificación de todos, el

Otros difuntos.

hermano Fr. Pedro de Jaén, religioso lego, partió en dicho año 1686, de este convento á la eterna vida. Llamóse siendo seglar Diego de Moya, que era el propio de su padre; su madre se llamó Francisca Gutiérrez; y siendo él ya de edad de 21 años en el de 1635, tomó nuestro hábito en Antequera el día 17 de Septiembre; y profesó en el mismo convento en el siguiente año del 36. Según consta de las tablas de los difuntos de la provincia, siguió al antecedente desde el mismo convento en su viaje á la eternidad, el hermano Fr. Bernardino de Antequera, corista. El último que descansó este año en el Señor, en dicho convento fué el hermano Fr. Gregorio de Viana, religioso lego: llamóse en el siglo Matías de Erazo, y sus padres Melchor de Erazo y Ana Fernández. Siendo de edad de 30 años tomó el hábito en Granada el día 12 de Marzo de 1678, y profesó en el siguiente de 1679.

Mas defunciones.

En el convento de Sevilla fallecieron el P. Buenaventura de Sevilla, el P. Basilio de Cádiz, y el hermano Fr. Andrés de Sevilla, varón este último digno de eterna memoria. Lástima grande que no se conserve de su vida más que algunas noticias diseminadas acá y allá en los libros del convento de Sevilla, y en los manuscritos de las misiones y de las crónicas antiguas, las cuales vamos á reunir aquí para que no perezca entre los hombres la memoria de este varón exclarecido.

Un varón insigne.

VIDA DE FR. ANDRES DE SEVILLA

Nació en Sevilla, el año 1615, de no-
Su patria. vilísima familia, pues estaba emparentado con lo mejor de ella, según afirma el V. P. Isidoro de Sevilla, quien también le llama su pariente. Educábanlo sus padres con arreglo á su posición en compañía de sus otros hijos, esmerándose en darles una instrucción verdaderamente cristiana, con la que nuestro Andrés aprovechaba al mismo tiempo en las letras y en la virtud.

Doce años de edad contaba escasamente, cuando fueron nuestros PP. á fundar el convento de Sevilla; y atraído por el aroma de sus virtudes y la santidad de su vida austerísima, se iba tras ellos, diciéndoles con notable sencillez que deseaba ser capuchino. Confirmado en su vocación, le costó algunos años de trabajos y luchas convencer á su padre y obtener de él su consentimiento para ser hermano lego, en el nuevo convento de Capuchinos.

Obtenida la licencia de sus padres, vistió nuestro santo hábito á los 17 años de su edad en el convento de Sevilla el día 28 de Noviembre de 1632. Dióselo
Su noviciado. aquel santo varón P. José de Antequera llamado el Maestro por antonomasia, y

en la escuela de tal Maestro, aprovechó nuestro Andrés lo indecible en el camino de la perfección religiosa, durante su año de noviciado. Su profesión.

Terminado este, profesó en manos del V. P. Comisario general Fr. Agustín de Granada, con grande júbilo de todos los religiosos que veían en Fr. Andrés un hermano de gran provecho para la Orden, por sus muchas virtudes, en las que hermanaba admirablemente el candor y sencillez de la paloma con la astucia de la serpiente.

Una vez profeso, se estuvo ejercitando con edificación de todos en aquellas ocupaciones que la obediencia le señalaba, hasta el año 1643, en que fué elegido Provincial nuestro P. Gaspar de Sevilla, el cual puso los ojos en las virtudes del hermano Fr. Andrés, y lo eligió para socio. En compañía de dicho P. recorrió varias veces los conventos de la Provincia, dejando en todos ellos el recuerdo de su religiosidad y rara prudencia, en medio de la sencillez más estremada, la que parece se la aumentaba con los años. Sus empleos.

Acabado el Provincialato del V. Padre Gaspar, durante el cual tomó la Provincia á su cargo la misión de la Nigricia, se alistó dicho P. para ir á ella, y el H. Fr. Andrés, como buen socio, no quiso separarse de él, por lo que lleno de santo celo pidió y obtuvo un puesto al lado del P. Gaspar, entre los que iban á predicar la fe á los negros de Guinea. Cuanto trabajaron allí ambos lo verá el lector Va á misiones.

en el libro de las misiones, si Dios nos deja tiempo para publicarlo. De Africa pasó Fr. Andrés á la misión de América, y allí estuvo acompañando siempre á nuestro P. Gaspar, hasta que ambos volvieron á España en 1649.

Sus trabajos en Africa.

Aquí continuó nuestro Fr. Andrés su santa vida, sometido siempre á la obediencia, que lo ocupó muchos años en el empleo de limosnero del convento de Sevilla; y durante ese tiempo fué cuando contrajo íntima amistad con el célebre pintor Bartolomé Murillo, como dijimos en su lugar. A este hermano se debió en gran parte las joyas artísticas que Murillo pintó para nuestra Iglesia de Sevilla, y cada vez adquirimos mayor y más firme convicción de que Fr. Andrés fué el lego para quien hizo el célebre artista su famosa Virgen de la Servilleta.

Vuelve á España.

Hablando el V. P. Isidoro de los misioneros que volvieron de América, dice que «todos murieron santamente en mucha opinión de virtuosos: el último fué el hermano Fr. Andrés de Sevilla, mi pariente, que yo alcancé, traté y conocí muy bien, y aún fué mucha parte para que lograse yo la fortuna de salir de las cautelosas ondas del siglo y llegar al felicísimo puerto de la Religión; porque sus consejos, santa conversación y religioso atractivo, fueron eficaz motivo para determinación tan santa.»

Su santa muerte.

La muerte de nuestro Fr. Andrés correspondió á su santa vida; durante ella, profesó muy tierna devoción á la Vir-

gen Santísima; y fijos los ojos en una imagen suya, teniendo abrazado al pecho su crucifijo, entregó su bendita alma al Criador, á los 71 años de edad y 54 de religión, en 1686. Como fué ésta

CAPÍTULO XX

Menudencias históricas, y un caso memorable.

Entró el año 168[illegible], y muy á principios del mismo, esto es, el 17 de Enero, se reunió el capítulo provincial, que menciona la siguiente tabla:

Provincial

M. R. P. Francisco de Luque

Definidores

R. P. Gabriel de Andújar
„ „ Isidoro Francisco de Bruxelas
„ „ Bernardo de Santillana
„ „ Antonio de la Parra

Custodios

R. P. Diego de Alcalá
„ „ Francisco de Trigueros

Secretario de Provincia

R. P. Antonio de Luque

Guardianes

R. P. Andrés de Montilla — Antequera — Capítulo
„ „ Diego de Alcalá — Granada

Guardianes.

R. P.	Francisco de Trigueros	Sevilla
	no consta el de	Málaga
	Idem el de	Jaén
„ „	Diego de Valvanera	Andújar
	no consta el de	Castillo
	Idem el de	Ardales
	Idem el de	Alcalá
„ „	Francisco de Lumbreras	Córdoba
	no consta el de	Ecija
	Idem el de	Vélez
	Idem el de	Sanlùcar
	Idem el de	Cabra
„ „	Bernardo de Santillana	Cádiz
„ „	Bernabé de Granada	Motril
	no consta el de	Marchena
	Idem el de	Ubrique
„ „	Antonio de la Parra	Jerez

Las únicas noticias que hemos podido hallar de este año 1687, y de los dos siguientes, son las que nos suministra el necrologio en la forma que sigue: religiosos fallecidos en 1687; Fr. Tomás de Escacena, corista, en Ardales; Fr. Luís de Vélez, lego, en Sevilla; P. Fr. Martín de Sevilla, en Sevilla; N. M. R. Fr. José de Campos, ex-provincial, en Cádiz; Padre Fr. Juan de Málaga, en Málaga; Padre Fr. Antonio de Córdoba, en Cádiz; P. Fr. Bernardino de Almería, en Andújar; Fr. José de Burgos, corista, en Ardales; Padre Juan Francisco de Antequera, en Sevilla. De este último hay una nota en el cuaderno de los difuntos de Sevilla, que dice así:

El P. Fr. Juan de Antequera

«Este varón ilustre murió en el año de 1687 en este convento de Sevilla, ha-

biendo dejado enriquecida su librería con varios y preciosos manuscritos, dignos de que todos se hubieran dado á la prensa para utilidad del público. Primeramente escribió un libro en folio cuyo título es *El hijo de la verdad, predicador de Nínive y misionero de Dios,* el cual contiene ideas políticas y morales sobre el texto del santo Profeta Jonás: Además de éste escribió un libro expositivo, también en folio, intitulado *Serta quadragesimalis*, etc., sobre los Evangelios del tiempo de cuaresma. Escribió también un libro en 8.º que tituló *Documentos religiosos,* en el que en 36 instrucciones enseña la más perfecta observancia de los tres votos, los grados de perfección que tiene cada uno, y los engaños de que se vale el demonio para que se quebranten. Otro libro en 8.º titulado *Consejos á regulares*, donde da 59 consejos encaminados á conseguir la perfección de la vida religiosa. Un tomo en 8.º cuyo título es *Reglas del Solitario* para la buena educación de los hijos. Otro tomo en 8.º que tituló *Desengaños de Curas y Sacerdotes.* Un tomo en 8.º titulado *La enfermedad provechosa y el Peregrino aprovechado*. Un tomo en 8.º que tituló *Ejercicios para ayudar á bien morir.* Otro tomo en 8.º cuyo título es *Juez recto que visita todo género de estados y personas.* Un tomo en 8.º que tituló *Examen de los beneficios divinos que ha recibido la criatura y de la ingratitud con que ha correspondido á ellos;* y y por

Sus escritos.

Compuso 10 libros.

último otro tomo en 8.° titulado *Exclamación y petición que hace un alma á Cristo Crucificado*. Todos estos libros están existente en esta nuestra librería de Sevilla» (MS. n. 4) ¿Dónde habrán ido á parar los libros mencionados? Respondan los bárbaros del siglo XIX, mientras yo sigo los apuntes de mi Reseña histórica.

Su paradero.

Difuntos del año 1688: Padre Buenaventura de Montemayor, en Andújar; Fr. Nicolás de Génova, en Málaga; Fray Antonio de Olivares, en Sevilla.

En Granada pasaron á mejor vida en aquel convento tres religiosos: fué el primero el hermano Fr. Félix de Iznajar, religioso lego, que se llamó en el siglo Juan de Almazán, y sus padres fueron Bartolomé Sánchez de Almazán y Juana Martin de Doncela: siendo de edad de 26 años, tomó el hábito en Granada el día 18 de Agosto de 1643, y profesó el siguiente de 1644, en el mismo convento. El segundo fué el P. Fr. Clemente de Alcalá, predicador, que en el siglo se llamó Juan Sánchez Cantero, y siendo de 18 años, tomó el hábito para corista, en el mismo convento, á 24 de Enero de 1656, y profesó en el siguiente del 57. Fué el tercero el hermano Fr. Cristobal de Granada, religioso lego, que en el siglo se llamó Jerónimo Brun, y fué hijo de Vicente Brun y de Ursula Martínez, el cual, siendo de edad de 19 años tomó el hábito en dicho convento el día 20 de Enero de 1643, y profesó el siguiente de 1644.

Otras noticias

Religiosos fallecidos en el año 1689. Padre Bernardo de Santillana, Calificador del Sto. Oficio y Definidor, en Cabra; Fray Valentín de Gelves, en Sevilla; Fr. Manuel del Castillo, en Málaga. P. Buenaventura de Cabra, en Marchena; Fr. Francisco de la Higuera, en Cabra; Fr. Ambrosio de Medina, en Jerez; Fr. Pedro de Puerto-alegre, en Marchena; P. Baltasar de Granada, en Granada. Este último se llamó en el siglo, Don Juan de Torres y Castillo, y sus padres Gaspar de Torres, y D.ª Beatriz del Castillo, familias ambas notoriamente esclarecidas; siendo de 19 años, tomó el hábito en Granada el 21 de Febrero de 1646, y profesó en el de 1647. Á este religioso le sucedió en la hora de la muerte un caso terrible, que refieren en sus manuscritos los PP. Isidoro de Sevilla y Nicolás de Córdoba, este último ocultando el nombre del sujeto; y vamos á trasladarlo aquí con sus propias palabras, para que sirva de escarmiento á los que, olvidados de su profesion, viven menos atentos al cumpimliento y observancia de los preceptos de nuestra seráfica Regla.

Muertos del año 1689.

«Cierto Padre predicador se halló por mucho tiempo oprimido de un tan crónico como penoso accidente, que ofreciendo al paciente mucho padecer, dió también bastante ocasiones á los religiosos de la familia en que merecer. El enfermo, ó poseído de la pasión de ánimo, ó de su ignorancia, creyó le era lícito el

Un caso terrible.

que un hermano donado tuviese en su poder unos dineros clandestinamente, para emplearlos en cosas que él para su alivio, (ó para su regalo) le pidiese, como así lo ejecutaba.

Engaño del demonio.

Cuando se aproximaba á la última hora, el enfermo mandó llamar al donado y le dijo que ajustase las cuentas de lo que de aquel dinero se hubiese distribuído, y que todo el que sobrase lo retuviese consigo hasta que él espirase; y luego mandase decir las misas que cupiesen, por si acaso él había dejado de decir alguna. Hecha esta diligencia, y recibidos los Santos Sacramentos sin el menor escrúpulo, quiso Dios sacarlo del peligro de eterna condenación en que se hallaba, quizás porque procedería de buena fé. La noche misma en que murió estaba sumemente acongojado; y haciendo llamar al enfermero, que lo era el hermano Fr. Bernardo de Sevilla, luego que llegó, le dijo: «Hermano Fr. Bernardo, yo me hayo desconsolado mucho, porque aquí me están atormentando con una bolsa de dineros, haciéndome al oído son con ella, de suerte que á cualquier lado que me vuelvo, hallo á mis oídos la bolsa, haciendo son con el dinero que tiene dentro.» Era dicho Fray Bernardo bastantemente vivo, y no ignorando el ajuste de cuentas que con el donado había hecho le preguntó: ¿Què destino le dió V. C. al dinero, que tiene el hermano fulano? Respondióle lo que le había dicho; y volvióle á preguntar al

Voto violado.

enfermero: P. ¿y esa disposición ha sido con licencia del prelado? Respondió que nó. Pues habiendo V. C. obrado tan mal, y siendo propietario, ¿qué quiere Vuestra Caridad que le suceda? Con estas palabras conoció el enfermo su yerro, y pidiéndole llamase prontamente á su confesor, se confesó verdaderamente arrepentido, y con muchas lágrimas pidió perdón á Dios y á los que supieron su culpa, por el mal ejemplo que les había dado; y haciendo muchos actos de contrición de sus culpas y de amor de Dios, espiró con muchas señales de que fué feliz su muerte. Arrepentimiento.

En el siguiente año de 1690 se celebró en Sevilla capítulo provincial el 21 de Abril y en él se hicieron las elecciones siguientes: Capítulo.

Provincial

M. R. P. Gabriel de Audujar

Definidores

R. P. José de Cazorla
„ „ Isidoro Francisco de Bruxelas
„ „ José de Lucena
„ „ Francisco de Trigueros

Custodios

R. P- José de Ica
„ „ Eusebio de Granada

Secretario de Provincia

R. P. Teodoro de Sevilla

Guardianes

R. P. Isidoro Franco. de Bruxelas	Sevilla
„ „ Diego de Alcalá de Guadaira	Granada
„ „ Atanasio de Málaga	Antequera
no consta el de	Málaga

	R. P. Felix de Cabra	Jaén
Elecciones.	no consta el de	Andújar
	Idem el de	Castillo
	Idem el de	Ardales
	Idem el de	Alcalá
	R. P. José de Valmaseda	Córdoba
	„ „ Antonio de Cañete	Ecija
	no consta el de	Vélez
	„ „ Bernardo de Santillana	Cádiz
	no consta el de	Sanlúcar
	„ „ Francisco de Trigueros	Cabra
	„ „ Diego Francisco de Sevilla	Motril
	no consta el de	Marchena
	Idem el de	Ubrique
	„ „ Bernardo de Granada	Jerez

En este mismo año de 1690, murieron los siguientes religiosos: P. Pablo de Málaga, en Málaga: P. Luis de Ronda, en Sevilla: Fr. José de Baena, en Motril: P. Alonso de Cádiz, en Sevilla. Fr. Francisco de Santiago, en Sevilla. Fr. Antonio de Carmona, en Antequera.

En el siguiente año murieron en Antequera los PP. Juan de Antequera y Miguel de Gibraleón; Fr. Luis de Bimbe, en Cádiz: Fray Félix de Málaga, en Málaga: Padre Antonio de Málaga, en Sevilla: Padre Tomás de Villanueva, en Sevilla: P. Buenaventura de Archidona, en Sanlúcar: P. Francisco de Lesaca, en Cabra: P. José Francisco de Luque, en Cádiz: P. Antonio de Ugijar, en Ecija: P. Luis de Málaga, en Málaga: P. Antonio de Iznajar, en Cabra: P. José Francisco de Sevilla, en Cádiz.

Difuntos.

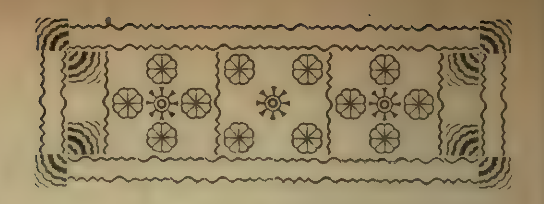
Entre estos religiosos merece particu-

lar mención el P. Juan de Antequera exdefinidor y Custodio de Roma, del cual dice el P. Córdoba que fué sujeto de mucha estimación en la Provincia, así por sus virtudes como por su literatura. Escribió un libro en cuarto, que manuscrito se conserva en el Archivo de la Crónica en que historió todo lo acaecido en la peste que padeció Málaga en el año de 1649, cuya crónica sólo basta para crédito de su Autor y testimonio auténtico de su saber. Otros muchos escritos dejó también que no han llegado hasta nosotros. También es digna de especial mención la muerte del P. José de Luque por las circunstancias en que ocurrió.

Un P. ilustre.

Era este P. sobrino carnal del Padre Francisco de Luque, que á la sazón era Provincial; este preparó para la primera misa de su sobrino una fiesta solemnísima, no muy conforme con la sencillez y pobreza capuchina. La misa iba á cantarse en una festividad de la Virgen, y quiso el P. Provincial que su sobrino oficiara de hebdomadario en las vísperas de aquel día; pero al entonar en el Coro *Deus in adjutorium*, cayó muerto de repente y se quedó su tío con todas las prevenciones hechas, y con la fiesta convertida en funeral, lo cual atribuyeron muchos á castigo. (P. Cor. Cron. de Cádiz.)

Por último es digno de especialísima mención por sus grandes virtudes entre los difuntos del año mencionado, el venerable P. Miguel de Gibraleón, á cuya vida dedicamos el capitulo siguiente:



CAPITULO XXI

Vida del V. P. Miguel de Gibraleón

Su patria y padres.

Nació este ilustre varón en 1690, en Antequera (Gibraleón), villa del arzobispado de Sevilla; llamóse en el siglo don Bernardino de Acorzo y Dória, descendiente de la nobilísima familia de este apellido, en la república de Génova. Criáronlo sus padres en la decencia correspondiente á su estado y calidad; y desde bien pequeño manifestó la docilidad de genio con que la naturaleza lo había adornado, y la abundancia de gracia con que el cielo le había prevenido, porque desde sus más tiernos años fué siempre inclinado á todo lo que era acto de virtud, huyendo vigilante de todo lo que podía despeñarlo al vicio. Instruído en las primeras letras, lo enviaron sus padres á la universidad de Sevilla, para que estudiase la jurisprudencia.

Su juventud.

Cursaba entonces en aquella Universidad el R. P. Fr. Isidoro de Sevilla, quien, como testigo ocular, afirma que el proceder de nuestro don Bernardino, fuè tan ajustado mientras estudiante, como lo puede ser el más austero y observante capuchino, porque jamás se vió

distraído en las diversiones en que suelen entretenerse los estudiantes; antes sí, huyendo la concurrencia con todos ellos, solo tenía amistad estrecha con un condiscípulo suyo, sacerdote, hombre de especial virtud y retiro; siendo siempre espirituales las conversaciones con éste y dirigidas al adelantamiento en las virtudes, con lo que vino á contraer un eficaz deseo de asegurar su alma en el retiro de una religión, para seguir á Cristo nuestro Maestro soberano, por el camino de la cruz; y le pareció la más proporcionada para lograr esto, la religión de los capuchinos, en la que, siendo él de 22 años, tomó el hábito en nuestro convento de Sevilla, el día 21 de Noviembre de 1686, con el nombre de Fr. Miguel de Gibraleón.

Sus estudios

Adornado ya con el hábito capuchino, no es mucho que pareciese un vivo ejemplar de todas las virtudes, cuando tanto tiempo las había practicado en el siglo. Su humildad fué profundísima, pues siempre se creyó el menor de todos, é indigno del hábito capuchino. Su obediencia no sólo fué pronta en ejecutar sin dilación cuanto se le mandaba, sino que también se extendia á cuanto se presumía que gustaban sus superiores se hiciese. En la pureza fué singularísimo: nunca se le vió hablar con mujer alguna, sino cuando la necesidad lo pedía, y entonces lo hacía con tanta modestia y recato, que este bastaba para contener y refrenar el ánimo más disoluto. Jamás

Entra en Religión.

levantó los ojos para mirar al rostro de quien le hablaba; siempre mostraba en su semblante y persona una gravedad humilde y religiosa; y no hubo quien le viese alterado, turbado é inquieto, conformando su exterior con la angélica paz y cristiano sosiego que en su interior tenía. En la pobreza fué admirable, pues jamás admitió á su uso, sino lo que para la integridad del hábito le concedía la regla y permiten nuestras sagradas Constituciones, pues, aunque sus padres por ser bastantemente ricos, querían muchas veces enviarle algun regalo, jamás lo admitió para sí, sino para la comunidad.

Sus virtudes.

Adornado, pues, nuestro Fr. Miguel, con estas y otras muchas virtudes, le cogió la muerte en lo temprano de su juventud, procediéndole ésta de un copioso flujo de sangre. Once días estuvo en la cama, y en ellos fué un perfecto dechado de perfección, para cuantos lo visitaban, admirando su modesta compostura y conformidad con la voluntad divina; y aunque algunos con curiosidad solicitaron verle los ojos, no lo pudieron conseguir, porque respondía siempre con el rostro bajo, teniendo tan recatados sus sentidos, que ni en la molestia de los accidentes les permitió usar de libertad alguna. Sucedió uno de estos días que su padre guardián, certificado de la virtud del siervo de Dios y de que seguramente moriría, le dijo que, cuando se viese en el tribunal de Dios, le pidiese á su Magestad con especialidad por él y

Enferma de muerte.

por toda su comunidad: á lo que respondió el enfermo con humildad profunda que si se veía en la presencia del Señor, como de su infinita misericordia lo esperaba, cumpliría su mandato; pero que en retorno le suplicaba, no le faltase un sacerdote á su cabecera en la última hora, porque temía la mucha guerra que había de hacerle el enemigo común.

Luchas horribles.

Llegó aquella temida lucha tres horas antes que el siervo de Dios espirara, y en ella se vió cuántos y cuán terribles fueron los combates del infernal dragón, pues algunas veces le causaban tanto pavor y espanto, que se quedaba enajenado de los sentidos; si bien se percibía que en lo interior estaba muy en sí, resistiendo los combates del común enemigo, porque se notaba que, al volver de aquellas suspensiones, se sentaba, y fijando los ojos en un Crucifijo que tenía delante, profería fervorosísimos actos de amor, causando en cuantos lo notaban admiración y edificación mucha.

En una de estas ocasiones, volviendo de la suspensión profirió estas voces: *¡Ya voy, padre, ya voy!* El sacerdote que le asistía, conociendo lo heróico de sus virtudes y sospechando si sería á nuestro Padre San Francisco á quien hablaba, le preguntó: ¿Con quién habla V. C? ¿Quién está aquí? A la cual pregunta, con semblante muy halagüeño, como de quien sentía en su interior un singularísimo júbilo, respondió: ¿Quién ha de estar? Mi P. Fr. Juan de Tolox, (este era el sa-

Se le aparece Ntro. P. San Francisco.

cerdote que le asistía), disimulando con esto la visión con que le había favorecido nuestro Seráfico Patriarca. Volvió á quedarse suspenso, y al recuperar los sentidos, profirió estas voces: ¡Oh Virgen Santísima, Reina de los ángeles! para mí tanta dicha, que me vengáis á visitar. Con las cuales manifestó bien claramente que nuestra Madre Soberana quiso aliviarlo con su vista de la fatiga en que lo había puesto la antecedente lucha. (Crón, de Ant. 218.)

Se le aparece la Virgen.

Aun no se le había administrado el sacramento de la extrema-unción, y reconociendo el varón venerable que se acercaba el término de su vida, le dijo á un religioso que llamase á su confesor, lo que ejecutado al punto, le pidió con instancia que le administrasen el Óleo Santo, pues ya no le quedaba de vida más que el tiempo necesario para recibirlo. Así sucedió, pues apenas se le acabó de administrar, cuando advirtieron que entró en la agonía. Estando, pues, con aquel mortal parasismo, se sentó repentinamente en la cama fijando los ojos en el crucifijo, y aunque no se le apercibía la voz, porque ya no podía articularla, bastantemente manifestaba los amorosos afectos en que su corazón ardía; pues, siendo natural que con la falta de la sangre los rostros de los moribundos se pongan palidos y desfigurados, el suyo en aquella ocasión se encendió tanto, que parecía un fuego; evidente indicio de lo intenso del amor di-

Recibe los sacramentos

vino que en su corazón ardía, el cual le salió al rostro con tan vivos resplandores, que á los circunstantes perturbaba la vista, llenándolos de admiración, y de un extraño consuelo. Sus ojos del mismo modo, saliendo de su acostumbrada mortificación, quedaron abiertos, resplandecientes y centelleando tantas luces, que parecían dos luceros. Así espiró, muriendo más que de la fuerza de su accidente, de la actividad del divino fuego que en su corazón ardía.

Su santa muerte.

Difunto ya para el siglo, aunque vivo para el cielo, quedó nuestro Fr. Miguel; pero nuestros religiosos que se hallaron presentes, pasmados y como extàticos, se miraban unos á otros, sin tener aliento para proferir palabra alguna, manifestando en esto la admiración que los ocupaba; hasta que al fin, prorrumpieron en aquellas palabras de David: *Mirabilis Deus in sanctis suis*. Luego que en la ciudad se supo la muerte del siervo de Dios, como todos habían formado de sus virtudes altísimo concepto venerándolo como á santo, acudieron muchos vecinos, no sólo á venerar su cadáver, sino también á solicitar alguna de las cosas que hubiesen tenido contacto físico con el cadáver del siervo de Dios; y fueron tantos los empeños, que se vió precisado el P. Guardián á repartir entre los devotos, no sólo aquellos utensilios pobres de que había usado, sino también en menudos pedazos dos hábitos que le habían servido.

Conmoción que causó.

Quedó el cadáver blanco, hermoso, flexible y suave, manifestando el cuerpo la gloria que gozaba el alma que lo había informado. La fragancia que exhalaba era tanta, que depuso con juramento el hermano Fr. Félix de Diezma, que habiendo bajado á la bóveda común de los religiosos para recibir en sus brazos el cadáver, concluídas las exequias funerales para darle sepultura, al tiempo de recibirlo fué tanta, tan extraña y celestial la fragancia que exhaló, que casi quedó fuera de sí, con la nunca experimentada suavidad de tan fragante olor. (Id. 220.)

Prodigios que le acompañaron.

De esta celestial fragancia participaron también las cosas que le habían servido, como sucedió con las disciplinas, pues habiéndolas reservado para sí el hortelano que había entonces en el convento, muchos días después las tomó en su mano el P. Fr. Antonio de Córdoba, y viendo la fragancia que de sí exhalaban, preguntó al hortelano qué olor era aquel; y éste respondió que lo ignoraba, pues cuando las tomó de la celda del P. Fr. Miguel ya lo tenían; con lo cual quedó este certificado que le provenía del contacto del siervo de Dios.

No sólo con esto quiso Dios manifestar cuán grato le había sido éste, sino que también lo publicaron muchos prodigios que después de haber fallecido obró Dios por sus méritos con algunas de sus reliquias; de los cuales referiremos algunos. Pocos días después del fa-

Prodigios que le siguieron

llecimiento del siervo de Dios, para celebrar una función, que hubo en el convento, vino la música de la Colegial á oficiar la misa, y sucedió que á uno de los músicos le acometió un dolor producido por el mal que los médicos llaman *miserere;* y no solo se puso incapaz de ejercer aquella mañana su oficio, sino que recelaba estar próximo el término de su vida. En medio de tanta angustia recordó que tenía consigo, como reliquia, uno de los títulos de Órdenes del P. Fr. Miguel, y sacándolo con viva fé de una cartera, en que lo traía, se lo aplicó al estómago, implorando los méritos del varón justo; y apenas tocó el papel la parte dolorida, cuando instantáneamente, no sólo quedó aliviado del accidente, sino que entrándose en el coro cantó aquel día en la función, como nunca. (Id. 221.)

Sana á un enfermo.

En el día 18 de Abril del año de 1691 sucedió que D.ª Isabel Jiménez Cañete madre del R. P. Fr. Isidoro de Ardales, predicador de nuestra Orden, se hallaba en Antequera desahuciada de los médicos, á causa de un dolor de costado que la afligía, y solo se esperaba el último fin de su vida: hallábase presente dicho P. y ocurriéndosele á la memoria los méritos del siervo de Dios P. Fr. Miguel, que había pocos dias antes fallecido, dijo: Si yo tuviera aquí alguna de las reliquias del P. Fr. Miguel, creo que por sus méritos había de librarse del peligro en que se halla mi madre. Oyólo el P. Fr. Antonio

Milagros de sus reliquias

de Córdoba que lo acompañaba, y sacando de la manga una reliquia del varón de Dios, y metiéndola en una poca de agua se la dió á la enferma para que la bebiera. Prodigio admirable! Pues siendo así que se hallaba en estado tan deplorable, que ni aun la sustancia podía tragar, luego que bebió el agua, recuperó las fuerzas, y sentándose en la cama pidió de comer; y á la mañana siguiente amaneció libre de dolor y de la calentura. Luego que llegó el médico, y vió aquella novedad, dijo que era un evidente milagro que Dios había obrado por los méritos de su siervo el P. Fr. Miguel; y en aquel mismo día se levantó la enferma buena y sana (Id. 222.)

Curan á una desahuciada.

Entrando el P. Fr. Antonio de Córdoba en casa de un amigo suyo, lo halló á él y á toda su familia sumamente contristados, porque un niño de pecho, que era el único hijo que tenían, estaba próximo á espirar, á causa de una recia calentura que le molestaba, poniéndolo en el mayor peligro, de tal suerte, que desde el día antes no habían podido conseguir que tomase el pecho. Compadecido el P. Fr. Antonio de su buen amigo, con la experiencia, que tenía de los prodigios que Dios había obrado con la reliquia del P. Fr. Miguel, la aplicó inmediatamente al niño enfermo y al punto tomó éste el pecho y quedó del todo sano, cuando sólo esperaban que muriese; conociendo todos que era un milagro el que había Dios obrado por los méritos de su siervo.

Otro milagro

Al expresado Fr. Félix de Diezma tocó por fortuna el manto que el siervo de Dios había usado; y sucedió que, andando este religioso recogiendo la limosna del campo, llegó á un cortijo en ocasión que una pobre mujer se hallaba muy afligida, porque se le había llagado una pierna de tal suerte, que podrida ya gran parte, le amenazaba la gangrena, sin hallar medicamento alguno para el mal; pero acordándose Fr. Félix, que en el manto traía remedio universal, por los méritos del varón de Dios que lo había usado, cortando un pedacito de él, se lo dió á la enferma, la que aplicándolo á la parte lastimada, se vió inmediatamente libre de los dolores que la afligían, y muy luego quedó perfectamente sana, como si tal accidente no hubiera pasado. Más prodigios

El mismo beneficio experimentó la madre del hermano Fr. Pedro de Cabra, religioso lego, pues, hábiendo estado padeciendo más de dos años contínuos un fuerte dolor de estómago, que la traía fuera de sí, aplicándose un pedacito de sayal de dicho manto quedó perfectamente buena. (Id. 226.)

Hallándose doña Francisca Cabello, vecina de Antequera, desahuciada y próxima á espirar, entró en su casa el hermano Fr. Félix, y echándole sobre la cama el manto que traía, que era el que había servido al P. Fr. Miguel, recuperó tan instantáneamente la salud, que en aquel mismo día se levantó buena y sana. (Id. 229.) Siguen los milagros.

Lo mismo sucedió á D. Antonio Guerra, sochantre de la catedral de Málaga, pues hallándose muy afligido con una enfermedad penosa, luego que se aplicó un pedacito del dicho manto, quedó sano; prodigio que se repitió en la misma ciudad de Málaga con otros cinco enfermos, aplicándoles pedazos de dicho manto. En Antequera sucedió lo mismo á otro enfermo, á quien después de habérsele aplicado sin fruto cuantos medicamentos alcanzó la ciencia, el contacto de un pedacito del manto del siervo de Dios se la restituyó prontamente.

Da salud á muchos enfermos.

Después de algunos años de haber fallecido el siervo de Dios, se ofreció abrir la bóveda para dar sepultura á otro religioso. Hallábase entonces un hermano donado afligido con vehementísimo dolor de muelas, y al ver abierta la bóveda donde estaba enterrado el siervo de Dios, con la noticia que tenía de los muchos milagros que Dios había obrado por sus méritos, bajó á ella y tomando un hueso del P. Fr. Miguel, así que lo aplicó á donde le molestaba el dolor, se halló libre de él sin que lo afligiese más. De intento omitimos otros muchos milagros que hallamos escritos de este siervo de Dios, algunos de los cuales sucedieron en Toledo, donde él tenía un hermano Canónigo, que se llamó D. Juan de Acorso y Doria. A vista de tantos prodigios se empezó un proceso informativo para la beatificación del V. P. Miguel, y sus restos

Su proceso de Beatificación

mortales se recogieron cuidadosamente en una caja de caoba. Del primero no hemos podido hallar rastro alguno; pero la segunda se conserva en nuestro convento de Antequera con los huesos del V. y un letrero que testifica su autenticidad. Las vicisitudes sufridas por las órdenes religiosas en el siglo XIX fueron causa de que se perdiera el proceso de beatificación y hasta la memoria de este varon santo; hoy que por dicha nuestra hemos hallado sus reliquias y estas noticias de su vida, conviene que resucitemos su memoria, por si Dios quiere glorificarlo en la tierra, como suponemos que lo habrá glorificado en el cielo. Hé aquí ahora su retrato.

Sus restos mortales.





Retrato del V. Siervo de Dios, P. Miguel de Gibraleón, muerto en olor de santidad el año 1691 en nuestro convento de Antequera. Dios le honró después de muerto haciendo grandes prodigios al contacto de sus reliquias.



CAPÍTULO XXII

Más menudencias históricas

Siguiendo los anales de la última década del siglo diecisiete, diremos que en el año 1692 visitó nuestra Provincia Bética el Rvmo. Padre General Fray Bernardino de Arezo y concluida la visita convocó el Capítulo mencionado en la siguiente tabla:

Visita general.

Tabla del Capítulo Provincial celebrado Granada el 8 de Agosto de 1692.

Provincial

M. R. P. Gabriel de Andújar

Definidores

R. P. Francisco de Luque
„ „ Félix de Cabra
„ „ Jerónimo de Baeza
„ „ Francisco de Trigueros

Custodios

R. P. Diego de Valvanera.	1.º
no consta el	2.º

Secretario de Provincia

R. P. Teodoro de Sevilla

Guardianes

R. P. Eusebio de Granada	Granada
„ „ Diego de Málaga	Sevilla
„ „ Sebastián de Santillana	Antequera

Capítulo.

	no consta el de	Málaga
Elecciones.	R. P. Isidoro Antonio de Ardales	Jaén
	no consta el de	Andújar
	Idem el de	Castillo
	Idem el de	Ardales
	R. P. José de Sevilla	Alcalá
	„ „ José de Valmaseda	Córdoba
	„ „ Agustín de Iznajar	Ecija
	no consta el de	Vélez
	Idem el de	Sanlúcar
	„ „ Francisco de Trigueros	Cabra
	„ „ Diego de Albacete	Cádiz
	no consta el de	Motril
	„ „ Bernabé de Granada	Marchena
	no consta el de	Ubrique
	„ „ Bernardo de Granada	Jerez

En este Capítulo dió nuestro P. General un decreto prohibiendo bajo penas muy severas, la suntuosidad y curiosidad en nuestros conventos, mencionando lo que le pareció opuesto á la santa pobreza en los de Andújar, Ecija, Jerez y Cádiz.

En este mismo año murieron los religiosos siguientes:

Difuntos. Fr. Anselmo de Sevilla, corista, en Ecija; P. Francisco de Orense, en Alcalá; P. Félix José de Cádiz, en Sevilla; Padre Alonso de Málaga, en Antequera; Padre Pablo de Granada en Vélez; Fr. Félix de Granada, en Málaga; Fr. Juan de Alcalá, corista, en Vélez; P. Diego del Arahal, en Jerez; Fr. Francisco de Jerez, corista, en Sevilla; P. Miguel de Antequera, en Sevilla; P. Sebastián de Santillana, en Antequera.

Año 1693: En este año se reunió la Definición en el convento de Cádiz dos veces: la primera el catorce de Abril para nombrar Maestro de novicios al Padre Ignacio de Triana y proveer otros cargos que se hallaban vacantes. La segunda fué el 7 de Noviembre para deliberar sobre el decreto del Papa Inocencio XII que abolía la elección de los discretos en los conventos de España, substituyéndolos con los PP. graves de cada Provincia; y la Definición ordenó que el dicho Breve se copiara en el libro de los decretos Provinciales, donde puede verse, Lib. 1.° pág. 45. En este año murieron los religiosos siguientes: Sucesos de 1693.

Fr. Antonio de Oviedo, en Marchena: P. Leandro de León, en Alcalá; Fr. Blas de Granada, en el Castillo; Padre Diego de Estepa, en Antequera; Fr. Gregorio de Medina, en Cádiz; P. Buenaventura Luis de Sevilla, en Sevilla; Fr. Matías de la Roda, en Jerez; Fr. Nicolás de Renteria, en Sevilla; P. José de Ica, en Nápoles: éste P. fué elegido Custodio general para el Capítulo anterior, y estando en Roma le dieron una comisión para el convento de Nápoles donde falleció santamente.

Año 1694: Llegó el año mil seiscientos noventa y cuatro, y con él la noticia, de que el V. P. Fr. Juan de Utrera predicador y misionero apostólico, que á impulsos del amor de Dios y del próximo había pasado con las debidas licencias á trabajar en la reducción de los infieles de los Id. de 1694.

El V. Padre Utrera.

Llanos de Caracas, había fallecido dichosamente; pues, habiéndose empleado con infatigale celo en reducirlos, catequizarlos y administrarles el Bautismo, lo que ejecutó con muchos; estos ingratos, sin conocer el bien que les hacía, le dieron un mortífero veneno, á cuya violenta actividad estuvo algunos meses padeciendo intensísimos dolores, que lo atormentaron con un cruelísimo martirio, el que toleró con invicta fortaleza. Desde que conoció la causa de su padecer no cesó de predicarles á los agresores, manifestándoles la gravedad del delito, que habían cometido, pára que conociendo su yerro, se arrepintiesen de su culpa y pidiesen á Dios perdon de ella, para que los perdonase. Llegóse á agravar, y repitiendo

Su martirio.

muchas veces las palabras de Jesucristo nuestro soberano Maestro: *Pater, innosce illis, quia nesciut quid faciunt*, entregó su espíritu en manos de su Criador, dejando gran fama de santidad y muchas señales de su predestinación.

En Abril de este mismo año tuvieron lugar en la Provincia las elecciones mencionadas en la siguiente tabla del capítulo provincial celebrado en Sevilla á 30 de Abril de 1694.

Provincial

M. R. P. Felix de Cabra

Definidores

Capítulo.

R. P. Francisco de Luque
„ „ Gerónimo de Baeza
„ „ Diego de Albacete
„ „ Francisco de Lumbreras

Custodios

R. P. Diego de Valvanera	1.º	Eleccione .
no consta el	2.º	

Secretario de provincia

R. P. José Manuel de la Laguna

Guardianes

R. P. José de Lucena	Sevilla
„ „ Diego de Málaga	Granada
„ „ Diego de Córdoba	Antequera
no consta el de	Málaga
„ „ Isidoro Antonio de Ardales	Jaén
no consta el de	Andújar
„ „ Dionisio de Baeza	Castillo
no consta el de	Ardales
„ „ Gabriel José de Sevilla	Alcalá
„ „ Agustín de Iznajar	Córdoba
no consta el de	Ecija
Idem el de	Vélez
Idem el de	Sanlùcar
R. P. Juan de Baza	Cabra
„ „ José de Sevilla	Cádiz
no consta el de	Motril
„ „ Bernabé de Granada	Marchena
no consta el de	Ubrique
„ „ José de Sevilla	Jerez

El mismo año en que se celebró este capítulo, murieron los religiosos que á continuación se expresan: P. Francisco de Amberes, en Sevilla; Fr. Antonio de Salvatierra, en Jaén; P. José de Valmaseda, en Sevilla; P. Antonio de Amberes, en Sevilla; Fr. Juan de Baeza, en Andújar; Fr. Luis del Castillo, en Córdoba; Padre Diego Francisco de Sevilla, en Cádiz; Difuntos.

P. Francisco de Trigueros, en Sevilla; P. Francisco de Villanueva, en Jaén; Fr, Antonio de Montemayor, en Córdoba; Fr. Alejo de Olivares, en Sevilla, y el P. Eusebio de Granada, en Granada. Este varón apostólico fué á las misiones de Guinea y Sierraleona, y después de Un misionero. haber trabajado mucho por la salvación de las almas, volvió á la provincia, donde tuvo los cargos de Guardián del convento de Granada y custodio general. Después de él murieron en el mismo año los Venerables y apostólicos varones Padre José de Carabantes y Pablo de Cádiz, cuyas vidas esmaltadas de preciosísimas virtudes ponemos á continuación.





CAPÍTULO XXIII

Vida del V. P. José de Carabantes

La vida de este gran siervo de Dios la escribió el licenciado D. Diego González de Quiroga, titulándola *El Nuevo Apóstol de Galicia*, y fué impresa en Madrid, *Oficína de la Vda. de Melchor Alvarez*, el año de 1698: y de ella y de datos muy preciosos que conservamos en nuestro archivo Provincial, vamos á entresacar lo necesario para tejer aquí la biografía de nuestro glorioso P. José.

Su historiado

Nació este Venerable capuchino en Carabantes, pueblecito pequeño de la provincia de Soria, perteneciente al Obispado de Osma, en el día 27 de Junio de 1628; sus padres se llamaron don Bartolomé Velázquez y D.ª Anastasia de Fresneda, los dos ilustres por su piedad y su nobleza. Siendo muy niño tuvo la desgracia de perder á su padre, y desde entonces tomó á su cargo la Madre educar á su José, y criarle en el temor santo de Dios de lo cual pende muchas veces la salvación ó condenación eterna de los hijos. Lucióle á ella el trabajo, pues en el corazón del niño se imprimían como en blanda cera los consejos y doctrina de su madre, la que

Sus padres y patria.

para conseguir con toda perfección su
Su educación intento lo puso bajo la disciplina de un maestro en la Villa de Deza para que lo enseñara á leer, escribir y contar.

Terminada la instrucción primaria lo envió su madre á la ciudad de Soria, á estudiar la gramática latina, previniéndole con todo lo necesario para lo temporal y con saludables dictámenes para el espiritu. Allí brilló tanto nuestro José por su aplicación, su piedad y frecuencia de sacramentos, que sus condiscípulos le llamaban comúnmente el *Santico*. De Soria pasó á Zaragoza á continuar su carrera, y en esta ciudad redobló su aplicación al estudio y ejercicios de piedad, haciendo amorosas visitas á la Virgen Santísima en su mila-
Sus estudios. grosísima Imagen del Pilar, ante la cual es fama que hizo voto de virginidad y se consagró de nuevo á su servicio.

Estando él en Zaragoza, enfermó grávemente la madre de nuestro José, y él voló á su lado, para recoger su último suspiro, y con él los últimos consejos y amonestaciones. Muerta su madre, volvió á Soria para continuar allí sus estudios, hasta que inspirado del cielo determinó consagrarse á Dios en el estado religioso; y para que esta elección fuese en perfecta conformidad con la voluntad de Dios, se preparó con ayunos rigurosos y otros piadosos ejercicios, de
Su vocación los que sacó resolución firmísima de entrar en la Religión capuchina.

Tomada esta resolución, desde Soria, donde se hallaba, pasó á Zaragoza á pedir el hábito capuchino al M. R. Padre Fr. José de Graos, Provincial entonces de la santa provincia de Aragón, el cual, examinándole, y precediendo las demás formalidades que estila la Religión, le dió su patente, asignándole por convento donde había de pasar el año de la probación, el de la ciudad de Tarazona. Era Guardián allí el R. Padre Fr. Miguel de Albalate y Maestro de novicios el P. Jerónimo de Zaragoza, á los cuales entregó los despachos para su recepción; y después de leídos, y hechos los preparativos que el caso requería, le vistieron el hábito capuchino. No dice el autor de su vida el día en que tomò el hábito este siervo de Dios; y como no tenemos á la mano otros libros en que poderlo averiguar, lo pasamos por alto, lo mismo que el día de su profesión, la que hizo después de haber pasado loablemente el santo noviciado, edificando á la comunidad con su mucho fervor. Su noviciado.

Ya profeso, lo enviaron al convento de Borja, y de allí á Huesca, donde fué muy favorecido de Dios en la oración, á la que dedicaba todo el tiempo que le dejaban libre sus precisas ocupaciones. De Huesca pasó á estudiar filosofía y teología al convento de Calatayud, y en ambas facultades salió aventajadísimo, pues en los años que allí moró no perdonó trabajo ni medio alguno para enriquecer Su vida religiosa.

su alma de ciencias y de virtudes, las que le condujeron por sus pasos contados al sacerdocio. Tampoco dice el autor de su vida cuándo recibió los Sagrados Órdenes este siervo de Dios; y así solo sabemos de él que apenas subió al sacerdocio sintió que le devoraba el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Sube al sacerdocio.

Ordenado de sacerdote, los Prelados pusieron los ojos en él, para el desempeño de los más árduos y difíciles cargos de la orden; pero este humildísimo siervo de Dios los rechazó con tan eficaz resolución, que nunca pudieron conseguir que los aceptase; pues tenía presente que estos cargos son una durísima carga, y recordaba la estrechísima cuenta que por ellos tienen que dar al soberano Juez los superiores.

Sentíase llamado interiormente nuestro P. José al ejercicio de las misiones, y tenía ansias por convertir los infieles al cristianismo y los malos cristianos á mejor vida. Llamábale Dios á este santo ejercicio, y él en su profunda humildad creía no tener ciencia ni virtudes para tan alto ministerio; otras veces dudaba de si Dios le llamaba á convertir pecadores en la cristiandad, ó á conquistar almas entre infieles; y dudoso de si eran verdaderas ó engañosas aquellas ansias que en su corazón sentía, consultó á sus más aventajados condiscípulos, y éstos le contestaren que desechase dudas y formase resolución firme de emplearse en el alto y provechoso ejercicio de la mi-

Su vocación á las misiones.

sión, ofreciéndose á seguir sus huellas, hollando todas las dificultades y contradiciones que en negocio tan árduo precisamente se habían de padecer. Algo aseguró esta respuesta y el propósito de sus condiscípulos á nuestro Fr. José; pero, no obstante, aun navegaba el bajel de su ánimo entre las ondas inquietas de ambigüedades y recelos; y así, para salir con más segura brevedad al puerto felíz de la última determinación, consultó por escrito á la Venerable Madre Sor María de Jesús de Agreda, oráculo de su siglo, cuya vida, prodigios, santidad y doctrina, son todavía asunto grande á la admiración del Orbe. Recibió aquella santa religiosa el manuscrito, y leída la carta del siervo de Dios, le remitió en respuesta la que sigue:

Consulta sus dudas.

Jesús, María
Mi Padre Fray José de Carabantes

Sea el Altísimo en su alma de V. Paternidad, y comuníquele sus dones con liberal mano. He visto por la carta de V. Paternidad los buenos deseos que tiene de la salvación de las almas, de que me he consolado mucho; y le suplico los ejecute, ayudándolas con todas sus fuerzas, pues son precio de la Sangre de Cristo, Nuestro Señor, redimidas con su pasión y muerte; y el ejercicio más grato á los ojos divinos, es procurar la justificación de las almas. Y sabido que este es el mejor empleo, resta lo que V. Paternidad duda, que es el modo, y si en

Respuesta de la M. Agreda.

España ó ir á tierra de Infieles. Esta elección, para que sea más segura y de mayor consuelo y acierto de V. Paternidad, conviene sea por la obediencia de los prelados inmediatos: V. Paternidad hable al que mejor le oiga, y con más llaneza le descubra su pecho; dígale las ansias y deseos, y si el trabajar por el bien de las almas quieren sea en España; y si dijeren que sí, admítalo V. Paternidad ó en tierra de infieles; y yo le ofrezco á V. Paternidad de suplicar al Señor les de luz, para que ordenen á V. Paternidad lo que sea más de su gusto. Y si no consiguiere ir á tierra de infieles, crea que por acá hay hárta necesidad de ayudar á los fieles y desengañarlos, que la naturaleza humana es grosera y olvida los beneficios recibidos, y no obramos como debemos. V. Paternidad amoneste á la observancia de la ley de Dios, y á mí me encomiende á su Majestad, que lo he menester mucho. Guarde el Señor á V. Paternidad, etc. En la Concepción Descalza de Agreda á primero de Octubre de mil seiscientos cincuenta y seis. Sierva de V. Paternidad: Sor María de Jesús.

Su eficacia

P. D. V. Paternidad encomiende á Dios muy de veras algunas necesidades de almas, y suplique á Dios no le ofendan.

Resolución del P. José.

Con esta carta que recibió nuestro Fr. José, quedó interiormente transformado, pues al instante que leyó su contenido, despidió de su corazón los recelos, des-

echò dudas, serenó su ánimo, pacificó su espíritu; y convertido del estado de la perplejidad al de la determinación, se fué á confirmar en su buen propósito á sus hermanos y carísimos condiscípulos, alentándolos á la gloriosa conquista de las almas de los infieles y bárbaros, si se lo concedían; y si nó á la reducción y conversión de los fieles, declarándoles los medios por donde Dios le había manifestado su voluntad, y que se hallaba mudado en otro hombre, pudiendo asegurar que había sido esta mutación obra de la mano del Excelso.

Su propósito.

CAPITULO XXIV

Trabajos de nuestro V. en América; y dos viajes que hizo, uno á Madrid y otro á Roma.

No contribuyeron poco á la determinación que tomó nuestro José de pasar á Indias las conversaciones que tuvo con los PP. Lorenzo de Magallón y Lorenzo de Belmonte, capuchinos aragoneses de los que el V. Francisco de Pamplona condujo á la isla de Margarita y Cumaná el año 1650. Dichos Padres volvieron á España, viendo su misión suprimida por un real decreto, y vinieron á defender su honra villanamente calumniada por mercaderes sin conciencia, ante el Supremo Consejo de Indias,

Desea ir entre infieles.

y lo que hicieron tan satisfactoriamente para el Rey, que mandó su Majestad de acuerdo con el Nuncio de Su Santidad que pasasen á Cumaná seis misioneros de la misma provincia de Aragón.

Logra sus deseos.

En virtud de esta orden, dada el año de 1657, fueron nombrados los padres Lorenzo de Magallón, Lorenzo de Belmonte, Francisco de Tauste, Agustín de Frías, nuestro P. Carabantes y Fray Miguel de Torres, religioso lego, los cuales marcharon á Madrid para recibir instrucciones. Entretanto se daban estas, el P. José aprovechó la ocación para predicar en Madrid y en otros pueblos de la diócesis de Toledo, en los que recogió mucho fruto. De allí continuó su viaje hasta Sevilla y Sanlúcar de Barrameda, donde se habían de embarcar para la América, en los galeones próximos; pero viendo el Prefecto P. Magallón que se dilataba la salida, dispuso que en un navío que hacía viaje para las costas de la Provincia de Cumaná, fuesen delante el P. José con los PP. Antonio de Frías y Francisco de Tauste, porque el capitán de dicha nave quiso llevarlos de limosna. El viaje fué feliz, hasta que llegaron á las costas de América, donde los acometió una furiosa borrasca, en la que estuvieron á punto de naufragar, y de la cual se libraron milagrosamente, gracias á las oraciones de nuestro varón apostólico. Por fin llegaron libres á tierra el día siete de Septiembre, y conociendo que por entonces no era posible entrar en

Se embarca para Cumaná

las tierras de los indios infieles, en el ínterin que llegaban los demás religiosos de España, les pareció conveniente hacer misiones, predicando y confesando en las ciudades y pueblos de aquellas costas. La primera que logró los influjos benéficos de su apostólica doctrina, fué la ciudad de Cumaná, noble, rica y populosa, y en ella hicieron ingreso felíz sus luces, desterrando sombras obscuras de vicios, nieblas densísimas de engaños y caos profundos de ignorancias.

Su llegada á América.

Prosiguió con sus compañeros la obra empezada, persuadiendo tanto con el ejemplo de su vida seráfica, como con la eficacia de su doctrina apostólica; y por no estar habituados los oidos de los ciudadanos á oir tan claras las verdades, hicieron en ellos tal armonía que parecía Cumaná segunda Nínive; pues no quedó de todos estados persona alguna que no hiciera penitencia áspera, no sólo en lo oculto de sus corazones, sino en lo público de las calles, regándolas de lágrimas. De Cumaná pasó á Caracas, entrando en ella con la misión gran cúmulo de las dichas espirituales, pues no quedaron menos aprovechados que los de Cumaná en el alma, antes sí compitió su arrepentimiento y dolor de haber ofendido á Dios, con el de los habitadores de aquella populosa ciudad, quedando una y otra transformadas de babilonias de vicios en paraíso de virtudes. Predicando en esta ciudad, dijo que Dios justísimamente indignado los quería cas-

Predica en Caracas.

tigar con una peste, ya por dar cuanto antes á los convertidos el premio de su arrepentimiento; ya porque los obstinados se ablandasen y se redujesen á penitencia. Díjolo sin duda con espíritu profético, porque al poco tiempo inficionose el aire, y empezó la peste á causar estragos; pero el cielo piadoso, compadeciéndose, ya que no de los cuerpos, de las almas, dispuso que llegaran entonces á Caracas seis religiosos capuchinos de la Provincia de Andalucía, y se hallasen en proporción para asistir con el Venerable Padre y sus dos compañeros á los apestados. Dedicáronse á este heróico ejercicio con la solicitud de Marta y el espíritu de María, cuidando de la sanidad de los cuerpos y de la salvación de las almas. Administraban los sacramentos, ayudaban en las últimas agonías y multiplicabalos la caridad, para que no hubiese afligido á quien faltase el alivio de su asistencia. Y siendo así, que los muertos del pestilente contagio, pasaron de cinco mil, ninguno de los religiosos padeció sus fatales impresiones, ni aún les dolió la cabeza; premio digno de su celo fervoroso y caritativo.

Predice un castigo.

Caridad de los capuchinos.

Terminada la peste los religiosos se fueron á convertir indios infieles, que era el fin con que habían ido á las indias; y sabiendo nuestro venerable Padre que los Caribes eran los más feroces y crueles de todos los indios, y aun más indómitos que las fieras, eligió la parte que ellos habitaban. Apenas tocó con su

Predica el P. José á los caribes.

planta la tierra de los caribes, éstos humanos irracionales, como verdaderos antropófagos lo prendieron, y algunos días le estuvieron alimentando y cebando, para trincharle y hacer plato de su cuerpo; pero al ir á ejecutar su intento de darle muerte, le hallaron asistido y cercado de personajes de tanta majestad valor y respeto, que no se atrevieron á descargar el acero sobresu inocente vida, antes atónitos desistieron del propósito, venerándole y amándole desde entonces con singularísimo afecto; y refiriendo después ellos mismos este suceso, uno que lo vió afirmaba que eran Angeles los que estaban en su defensa.

Peligros que tuvo entre ellos.

Viéndose el venerable Padre por disposición del Altísimo ya libre de este peligro, cobró en su espíritu más alientos, concibiendo cierta seguridad de ser la voluntad de Dios, que trabajase fielmente en la reducción de aquella gente feroz; creyendo que quien le había sacado victorioso en el primer encuentro, quería que continuase la pelea, tomando á su cargo el coronarle de triunfos. Pero como sin medios no se camina al fin y este, para conseguirse, los requiere proporcionados; y el principal para el buen logro de su celo era predicar de suerte que le entendiesen, y que ellos le hablasen en idioma que él no ignorase, se resolvió á estudiar y aprender radicalmente la difícil lengua de aquellos bárbaros, tomando por maestro al retiro y á la incesante tarea, y así, á fuerzas de trabajos inde-

Aprende aquella lengua.

Escribe su vocabulario.

cibles adquirió tan perfectamente el venerable Padre la inteligencia de esta lengua, que escribió una gramática para aprenderla y enseñarla, y un vocabulario para la significación de las palabras, En el mismo idioma escribió sermones. que en su vuelta á España dejó, juntamente con el vocabulario y arte que compuso, á su compañero el P. Fray Francisco de Tauste, quien lo hizo imprimir todo en Madrid, no con el nombre de su verdadero autor, sino del sujeto á quien se entregaron los papeles, por que el V. P. era tan sumamente humilde, que no pretendía en sus estudios el aplauso propio, sino el provecho ajeno; y para que mejor se vea su desinterés, añadiremos aquí que buscó una limosna para la impresión de dichos papeles suyos, que se publicaron con nombre de otro.

Tanto trabajo, desvelo y solicitud le costó al P. José aprender este dificultosísimo idioma, que solía él mismo asegurar muchas veces haber estado á riesgo de perder el juicio; pero con el auxilio divino consiguió el fin glorioso que deseaba, con admiración y pasmo de los mismos naturales, que á una voz confesaban no saber ellos tanto de su lengua como el V. P.; y decían la verdad, porque ellos no sabían contar de veinte arriba, y el siervo de Dios en su arte les enseñó á contar todo lo que alcanza el guarismo. El fué el primero, que en aquellas tierras escribió el catecismo en

Escribió un catecismo.

la lengua de los caribes, y muchos himnos y canciones en alabanza de Dios, de la Virgen Santísima y de otros santos. Viéndolo, pues, los naturales tan afable y tan inteligente en su lengua, olvidados de su natural instinto y propensión á la crueldad, convirtieron el odio y aversión en adoraciones respetuosas y amantes, siendo el V. P. la piedra imán de aquellos corazones propiamente de hierro.

Compone himnos en caribe.

Habiéndose internado una vez en los bosques, acertó á llegar á unas fragosas montañas, muy remotas del lugar donde vivía el siervo de Dios; encontró en ellas un Capitán llamado Mazpato, el cual le recibió con agasajo; y después de haberle regalado, le quiso el siervo de Dios pagar en buena moneda el hospedaje; por lo que le preguntó, si en su pais recibirían la predicación y fe de Cristo, que ignoraban? Aunque extrañó el bárbaro la pregunta, no le desagradó la proposición como se infiere de su respuesta. Padre, le dijo, no soy el señor de aquellas gentes; pero por darte gusto, (pues lo mereces) lo propondré á mi Príncipe, y de lo que sucediere te avisaré sin falta. Cumplió, aunque infiel, su palabra, y enviándole un propio, le notició que su Príncipe y los vasallos le esperaban, señalándole el día en que había de hacer su entrada. Algunos indios ya convertidos, temiendo no le sucediese alguna adversidad, le acompañaron, porque quisieron, no porque el siervo de Dios recelase el menor riesgo, ni se lo pidiese. Partióse

Recorre toda la región.

veloz á desahogar el incendio, que ardía en su corazón, comunicándolo á los de tantos como esperaban su ida, la que fué el día señalado. Salieron á recibirle el Príncipe con sus vasallos, con el modo honorífico que ellos acostumbran practicar con los otros Príncipes, cuando los vienen á ver. Oyóle el cacique con agrado la proposición de sus deseos, y condescendió á su súplica, dándole licencia para predicar en las tierras de su dominio. Estrenóse el Padre declarando al Príncipe y á sus vasallos presentes, los principales misterios de nuestra santa fé el premio con que remunera Dios los méritos de los buenos en la gloria, y el castigo con que toma satisfacción su justicia por las culpas de los malos. Atentos y gustosos le escuchaban todos, estando pendientes de sus palabras, admirados de su modo, dulzura y doctrina, con la que logró ganarlos pronto para Dios.

Convierte á un reyezuelo

En otra ocasión en que se hallaba el V. P. bien entretenido con los indios, catequizándolos é instruyéndolos, de repente oyó un gran ruído que á su parecer era de tempestad ó terremoto: comenzaron los indios á clamar con descompasadas y lastimosas voces, presagiando su desdicha, y el caritativo Padre les preguntó la causa, á que respondieron con lágrimas, que su desconsuelo se originaba de ver que un ejército formidable de langostas venía sobre sus campos para talar y destruir los frutos y los sembrados. Tan espesos nubarrones

Plaga de langostas.

formaba en el aire este ejército voraz, que antes de llegar á la población de los indios, obscurecían el sol. Quiso la fortuna ó por mejor decir la providencia, que asentasen sus reales en unos montes dilatados y circunvecinos aquella noche, en la que el V. P. consoló á los indios y los exhortó á que madrugasen todos para oir una misa de Ntra. Sra., á fin de que por su intercesión los librase de aquella plaga, parecida á la de Egipto. Juntáronse en la Iglesia y acabado de celebrar el incruento sacrificio, salió él en procesión con todos ellos, cantando las letanías de Ntra. Sra; cuando, (ó caso prodigioso!) apenas las acabaron, levantó con estruendo horroroso el vuelo aquel ejército formidable, y dirigió su marcha á parajes bien distantes. Los indios, viendo tan evidente prodigio, se mostraron agradecidos á Dios, alabándole, glorificándole y reconociendo la eficacia del patrocinio de María Santísima.

Prodigio del P. Jose.

Cuando iban tan prósperos los sucesos de la misión, agentes del dragón infernal hicieron cargo en Madrid ante el tribunal del Señor Nuncio á los misioneros, acusándolos de que eran apóstatas, y de que como tales vivían fuera del gremio de la religión sin legítimos despachos. El Nuncio exigió que volvieran á España algunos á defender su causa; y convinieron todos los Padres de la misión en elegir al venerable Padre Carabantes, para que sosegase con su venida á España, la tempestad que había concitado el demo-

Son perseguidos los PP.

nio contra los copiosos frutos de la misión. Embarcóse, pues, para España en tiempo de invierno, padeciendo deshechas tempestades y tormentas de las que le libró la providencia. Desembarcó en Cádiz, y pasó sin detenerse á Madrid, exhibiendo ante el Sr. Nuncio despachos originales de la sagrada Congregación de propaganda Fide, con los del Señor Nuncio Rospillosi, su antecesor, y las patentes y obediencias de sus prelados seráficos; y para mayor y más abundante justificación, los despachos del Consejo Real de Indias. Alegato tan convincente de la malicia de los acusadores y de la inocencia de los acusados fué este, que el señor Nuncio, conociendo ésta, quedó gustoso, y advirtiendo aquélla, quedó escandalizado. Dió la bendición al P. José para sí, y los otros misioneros, prometiendo hacer justicia y defenderlos siempre, con lo cual el V. P. muy consolado, se despidió de su Iltma. y tomó el camino para Cádiz, donde se embarcó en un patache de la armada real llamado Margarita, algo maltratado y por esto poco seguro, si la confianza que el venerable Padre tenía en Dios, no le pertrechase contra los peligros. A pocas leguas de la bahía de Cádiz, acometió de improviso á las naves un huracán tan furioso, que á breves lances encálló la que llevaba al V. P. desde la proa hasta el árbol mayor. Viéndose el capitán y los tripulantes en lo humano sin remedio, dijeron: P. Fr. José, pues todos

El Padre José vuelve á España.

Torna á la Misión.

cuantos vamos en este patache, perecemos sin remedio para la vida temporal, usando de su celo y caridad, ayúdenos, para que consigamos la eterna, confesándonos. Todos á voces se confesaron públicamente, de lo que gustoso el apostólico varón, después de absolverlos, dijo en alta voz: Señor Capitán, no tema el naufragio, que no le padeceremos, antes nos libraremos de él por intercesión de la Virgen Santísima, Señora Nuestra: y rezando devotísimamente las letanías de la Virgen, de repente desencalló el bajel y se puso á flote, quedando todos libres milagrosamente. Peligros en el mar.

Raro y estupendo suceso, digno de grabarse en el bronce, para testigo inmortal del patrocinio de María Santísima y de la fe y devoción cordialísima del V. P.; pero ya que no el bronce, el lienzo dió auténtico testimonio en Madrid de esta piodosa maravilla; pues se envió pintada á la Corte, con la relación de que otros bajeles más fuertes de la Real Armada, se fueron á fondo.

Cuando llegó á la misión, recibieron al venerable Padre sus hermanos y compañeros con el júbilo que se puede discurrir, y no es fácil expresar, y más cuando refirió por extenso todos los lances y estratagemas de sus adversarios, y los medios con que la virtud del Omnipotente los había confundido, y á la misión había sacado victoriosa. Cuán gozosos y admirados se quedaron aquellos religiosos con la feliz narración del Venerable Pa- La Virgen lo libró de ellos.

dre, lo expresó su devoción, alabando á nuestro buen Dios, á su Santísima Madre, y á su amantísimo Padre San Francisco, por haberlos dejado en pacífica posesión de su ministerio apostólico, contra las astucias engañosas del abismo.

Vuelve á los caribes.

Separáronse los dichosos misioneros, yendo cada uno al lugar de su cultivo; y el venerable Padre volvió otra vez á los Caribes no perdonando á trabajo ni adversidad, por atraerlos y reducirlos. Venerábanle tanto, que si algunos indios se ausentaban de las poblaciones para no volver, al instante que el venerable P. les enviaba á decir que viniesen, lo ejecutaban; porque le reconocían, y veneraban como si fuese su rey, le querian y amaban como á su padre y así, cuando les propuso que diesen la obediencia al Rey de España, no hubo indio que mostrase repugnancia, que es bastante ponderación, dada la natural oposición, que reinaba entre caribes y españoles.

Para poner en práctica la proposición admitida por los indios, juntó los más principales y de más suposición, y con ellos se fué á la ciudad de Cumaná, á cuyo Gobernador dieron ellos por sí y por los de su nación la obediencia al Católico Monarca con la siguiente ceremonia: Abrieron un hoyo profundo en la tierra, y rompiendo un arco, lo sepultaron con muchas flechas en el hoyo; y al cubrirle y terraplenarle, dijeron todos: Ya queda acabada la guerra entre los cáribes y españoles. El Gobernador los

Los hace súbditos de España.

agasajó mucho, y el siervo de Dios se volvió con ellos, dando á la divina piedad repetidas gracias de tan no esperada dicha.

Ceremonia memorable.

Por entonces, es decir, el 7 de Enero de 1666, fué nombrado Prefecto de aquella misión el V. P. Pedro de Berja, según consta en los Decretos de esta Provincia, y éste reunió á los demás PP. que componían aquella misión seráfica, para consultarles si sería conveniente proponer á los Príncipes ó Caciques de las naciones ya convertidas á la fe de Cristo, que diesen la obediencia á su Santidad y á la Iglesia Romana, enviando por embajador uno de los PP. que diese al Papa relación exacta é individual de los progresos de la misión y del fruto conseguido el tiempo que en ella se habían ejercitado. Aprobado por todos el pensamiento, con mucho júbilo y aplauso por parte de los caciques, estos eligieron para que fuese a Roma al venerable Padre; tanto los príncipes convertidos, como el Padre prefecto de la misión, le entregaron los despachos necesarios para ejercitar el cargo de Embajador, que aceptó el P. José por obediencia, y se despidió de todos con recíprocos sentimientos.

Partióse el venerable Padre, después de tan tierna despedida y empezó feliz su nevegación, aunque no le faltó el ejercicio de repetidas tormentas, ni el de peligros de piratas, que con superiores fuerzas intentaron cautivarle; pero como era el norte de su navegación la santa

Es enviado á Roma el P. José.

obediencia, y el motivo era el de darla á la apostólica silla en nombre de diferentes principes, provincias y naciones; salió de toda especie de riesgo dichosamente triunfante. Desembarcó en Cádiz y para recobrar el vigor perdido, se detuvo algunos días en dicha ciudad. Así que se sintió más esforzado, dirigió su viaje á la de Sevilla, en donde fué muy obsequiado por el Iltmo. Señor D. Antonio Payno, Arzobispo entonces de la Metrópoli. De Sevilla pasó á Valencia á buscar embarcación para ir á Roma; y dióbsela gustoso el Señor Marqués de Astorga, que iba por embajador del Monarca católico á la Corte Romana admitiéndole en su Galera Capitana. Desembarcó en el Puerto de Liorna, desde donde caminó á pie hasta llegar á aquella santa ciudad, que es Metrópoli del Orbe.

Trabajos que padeció.

En ella dispuso con brevedad las cosas de tal suerte, que su Santidad, atendiendo al piadoso motivo y causa de su venida, mandó que se juntasen los Eminentísimos Cardenales de la Congregación de propaganda Fide, y en presencia de tan Venerable Colegio, hizo en idioma latino un discurso elegantísimo, narrando los trabajos de la misión, y el objeto de la embajada. Después lo recibió su Santidad en audiencia formal, y besándole el pié en nombre de cinco Reyes ó Caciques, dióle la obediencia de palabra y por escrito, en la forma siguiente: Beatísimo Padre. Repetidas gracias damos y deseamos se den á

Llega á Roma

nuestro Dios y Criador, por habernos comunicado misericordiosamente la luz del evangelio, por medio de los padres capuchinos, que al presente tenemos en nuestras provincias, sacándonos de las grandes y notables ignorancias; pues aún los que entre nosotros, y en estas naciones á nosotros sujetas, parecían tener mayor capacidad, nunca había llegado á conocer que después de esta vida hubiese otra inmortal y eterna, ni quién sea el Criador de cielo y tierra... pero ya fué Nuestro Señor servido de usar de su infinita misericordia con nosotros pobres, enviándonos ministros, que tambièn lo son, y no buscan más que nuestras almas, por cuya conversión andan sedientos, discurriendo los montes y despoblados por causa de los indios de nuestras naciones, que viven por los desiertos, sin la comodidad y política de las poblaciones; más por el favor divino tenemos ya algunas, y en ellas la asistencia de los padres capuchinos; los cuales con indecible trabajo y con sus mismas manos han fabricado nueve Iglesias donde se dicen misas, y se frecuenta el culto Divino. Y para obligarnos á dejar los desiertos y nuestras bárbaras costumbres nos han ayudado á hacer nuestras casas en forma de poblaciones políticas. Entre otras cosas nos han enseñado, que vuestra Santidad está en lugar de Dios, y que como á Vicario suyo, le debemos dar la obediencia y estar á ella sujetos, lo cual nosotros abrazamos muy gustosos; y así

Su embajada.

La da en nombre de 5 reyes.

desde aqui, con todo rendimiento del corazón y del alma, la damos y ofrecemos para siempre; y conformes todos los caciques y señores de estas provincias, besamos los pies de vuestra Santidad, y le suplicamos se compadezca de la salud de nuestras almas y nos encomiende á Dios. En fe de todo lo cual hicimos escribir esta, que va con uno de los Padres, que nos han doctrinado, y la hicimos firmar con nuestros propios nombres en estas nuestras Provincias de Amaná, Guacharo y Acarigua, de las Indias Occidentales, en diez días del mes de Abril del año de mil seiscientos sesenta y seis.

Gozo de Su Santidad.

De Vuestra Beatitud, humildes siervos y obedientes hijos que sus pies besan, Domingo Cacique de la Nación Azagua; Gaspar Cacique de la Nación de los Tapíes; Macario Cacique de la Nación de los Corés; Esteban Cacique de la Nación Cayma; Cristóbal Cacique de la Nación de los Caribes.

Regalos que hizo al P.

Hízole Su Santidad muchas preguntas y le dió una grande cantidad de reliquias, pastas de Agnus ricamente adornadas, y mucha cantidad de medallas y rosarios para que se repartiesen entre los Reyes convertidos y entre sus vasallos, y con esto se despidió nuestro P. José. Dejó éste á Roma, y dando principio á su viaje le prosiguió á pie hasta Liorna; aquí se embarcó en un buque pequeño, y á vista de Génova se levantó una recia tempestad, de la cual solo la Omnipoten-

cia le pudo librar, convirtiendo en seguridad el peligro. Llegó á Génova, en cuyo puerto se hallaba un navío de Olanda, y el capitán lo llevó de limosna consigo, haciéndole el gasto el tiempo de la embarcación, de todo lo necesario, por el extraordinario afecto que cobró al siervo de Dios, sin cuya amable compañía no se hallaba ni un instante. Diéronse á la vela con próspero viento; pero á breve rato divisaron una fragata de moros, y otros navios corsarios de estos bárbaros, que cercaron el bajel en que iba el venerable Padre, por todas partes, para apresarlo. Destituídos se hallaban de remedio humano, pero no del celestial, que fué tan improviso y oportuno en forma de niebla espesísima, que á dos pasos no se veían unos á otros; y así sin saber como se escaparon de entre las manos de sus enemigos; y aunque dos navíos de estos fueron persiguiendo el bajel en que iba el siervo de Dios, no le pudieron apresar ni rendir, porque tomando puerto en uno de los del obispado de Almería, encontró en él la seguridad, y con ella lo que se dirá en el capítulo siguiente.

Vuelve á España.

Desembarca en Almería.





CAPITULO XXV

Misiones que hizo el V. P. Carabantes en Andalucía, Galicia y Navarra, hasta que se agregò definitivamente á esta Provincia Bética.

Apenas puso nuestro P. José los pies en Almería, se dirigió á Sevilla para ponerse á las órdenes de nuestro Padre Provincial, que era su Prelado legítimo; por ser Comisario de las misiones de América. Detúvose algunos días en el convento de Granada donde predicó algunos sermones que lo hicieron célebre en la ciudad y extendieron su fama por las provincias limítrofes.

Predica en Granada.

Las intenciones y deseos de nuestro venereble P. eran volver á Venezuela, para seguir sus tareas apostólicas entre los indios; pero estando él en Sevilla, recibió nuestro P. Provincial una carta del Ilustrísimo Señor Obispo de Málaga, en que le decía se sirviese enviarle al Padre José de Carabantes con otros cuatro, para que hiciesen Misión en todo su Obispado. Respondió á su Ilustrísima el Padre Provincial, diciéndole que el Padre Fray José se hallaba muy falto de fuerzas, por los continuados viajes, trabajos y fatigas que había padecido; y por lo

Lo piden en Málaga.

mismo no podía apremiarle á que tomase á su cargo esta Apostólica empresa; pero que, no obstante, se lo propondría, y si él aceptaba, se lo enviaría.

Envíalo el P. Provincial.

Comunicó el Padre Provincial con nuestro venerable la pretensión del Señor Obispo, á lo cual respondió, que, aunque la falta de salud y fuerzas podían poner grillos á sus deseos, que siempre habían sido la conversión de las almas; esperaba en la divina piedad le restituiría en su antiguo vigor para emplearse en el ministerio Apostólico de las misiones, pues tenía algunas experiencias de que la paternal Providencia del Altísimo le había favorecido en otras ocasiones, en que se quiso valer de su inutilidad, como de instrumento, para restauración y reparo de muchas ruinas espirituales: y sobre todo, que como buen súbdito estaba pronto á lo que le ordenase su Prelado.

Asignólo el Padre Provincial al siervo de Dios cuatro compañeros aptos para que le ayudasen en el ejercicio de las Misiones, y entre ellos su hermano, el Padre Alonso de Carabantes, y lo envió con ellos á la ciudad de Málaga. Así que llegó el venerable Padre, se fué á tomar la bendición del señor Obispo, que le recibió con extraordinario agasajo, y júbilo interior de su alma; pues en él veneraba ocultos los tesoros de la ciencia, y sabiduría de Dios para redención de muchas almas, que gemían aherrojadas en las prisiones de la culpa. Ofrecióse el

Lo reciben en palmas.

venerable Padre con sus compañeros para que dispusiese de sus personas, según el arbitrio de su alta comprensión. Y el celoso Prelado determinó que empezaran las misiones de su Obispado por la ciudad de Málaga, pidiendo al siervo de Dios que descansase algunos días para dar principio á tarea tan importante y trabajosa. Con esto se retiraron al convento nuestro, que había en aquella ciudad, y en él se previnieron para salir á campaña armados de oración, penitencia, celo y doctrina.

Disposición del Sr. Obispo

Este fué el medio de que se valió la Providencia para detener al V. Padre en España y estorbarle que volviese á las Indias, aunque por entonces el siervo de Dios presumió que la misión de Málaga solo serviría de retardarle la vuelta á Venezuela; pero no de impedírsela para siempre. Publicóse la misión en la ciudad de Málaga, señalándose el día en que había de empezar en la santa Iglesia Catedral, la cual por su capacidad parecía más á propósito para los grandes concursos. Empezaron los sermones é hicieron tal impresión en los corazones cristianos, que los más empedernidos parecían blanda cera, que al fuego de la fervorosa predicación del venerable Padre y sus compañeros se derretían en ansias amorosas, obrando la divina gracia admirables conversiones, como se reconoció por las muchas y largas confesiones que se hicieron. Cuando estas camezaron, el Señor Obispo se puso á confesar, dando

Misión en la Catedral

ejemplo á todos los eclesiásticos y consuelo especial á los misioneros, por lo que les favorecía. Este gran Prelado quedó tan pagado del trabajo de los Capuchinos, que costeó su manutención y viajes todo el tiempo que gastaron en discurrir su Diócesis, predicando y reduciendo sus ovejas al aprisco del verdadero Pastor, logrando con su doctrina y ejemplos la extirpación de los vicios, nuevo plantel de las virtudes, y finalmente, la reforma general de las costumbres.

Sus grandes frutos.

Acabada la misión en Málaga pasaron á la villa de Casares, donde había una mujer poseida del demonio, y los espíritus que afligían á la miserable, empezaron valiéndose de sus voces, á exclamar, y á decir casi lo mismo, que refiere San Lucas que le sucedió á Cristo con aquel hombre endemoniado: Desdichados de nosotros, que vienen estos predicadores á quitarnos las almas, que teníamos por nuestras! Y todos los días, que duró la misión, decían por boca de la mujer: Hoy nos han quitado tantas almas estos traidores: hémos de matarlos! y así lo procuraron, pues algunos de ellos, llevados del fervor, trabajaban más de lo que les permitía su debilidad, y se inutilizaron en esta misión, por lo cual decían los demonios: Ya tenemos dos enemigos menos, y acabaremos con los demás! Así lo intentaron sus diabólicas astucias, maquinando cuantas trazas les dictaba su furor contra los misioneros, lo cual se conoció por un suceso admirable.

Pasan á Casares

La Villa de Casares está fundada sobre la cima de un monte elevado, y la cercan por una parte horribles despeñaderos; habiendo llegado á uno de ellos, publicando la misión, el V. Padre, se detuvo allí,; y de repente se levantó un torbellino de viento tan impetuoso, que elevó en el aire á D. Lucas Bustamante, Canónigo del Sacro Monte de Granada y misionero que venía por la calle convidando al sermón; é impeliéndole el torbellino con extraña violencia, dió contra la persona del venerable Padre con tan impetuoso golpe, que era preciso que ambos diesen en un precipicio, haciéndose mil pedazos, si Dios no hubiese hecho inmoble al venerable Padre, y más firme que una roca. Atribuyéronse uno al otro, como perfectos humildes, la felicidad del suceso y el motivo del prodigio, y prosiguieron la misión ante el pueblo que atónito los contemplaban.

Frutos de aquella misión.

Tal era la eficacia de los sermones del V. P. en esta misión, que la más rebelde obstinación se ablandaba y rendía á sus acentos. En comprobación de esta verdad le sucedió al mismo canónigo don Lucas de Bustamante, estar confesando á un pecador pertinaz una tarde, á tiempo que predicaba el V. P. y procurando el confesor disponer al penitente para darle la absolución, viendo que no vencía la obstinación de aquel hombre la blandura, ni el rigor, ni las súplicas, ni las amenazas, le dijo: Suspendamos por ahora la confesión y oigamos el sermón,

Prodigios que sucedieron.

que está predicando Fray José. El asunto era el horroroso de las penas del infierno: aplicó el oído para percibir las voces, y fueron los ecos penetrantes saetas que le hirieron el alma, y de impenitente volviò convertido á los pies del confesor, y dispuesto á ejecutar sin repugnancia la penitencia que le impusiese. Conversiones.

Pasó nuestro P. José á la ciudad de Marbella, con orden que les dió el señor Obispo de combatir en su predicación los dos vicios principales que reinaban en la ciudad, el primero de blasfemia y el segundo de impureza. Con el aviso que llevaba el siervo de Dios del Señor Obispo, publicó su misión, á la que acudió innumerable concurso, movido de la curiosidad; pero al oir el sermón con la conclusión de un fervoroso acto de dolor de haber ofendido á Dios, que duró más de medio cuarto de hora, todos quedaron movidos al arrepentimiento, llorando inconsolablemente y regando con penitentes lágrimas el pavimento del templo. Pasmado el párroco Arcipreste de la eficacia de la doctrina y de la conmoción interior del auditorio, decía que aquella energía apostólica en enseñar era muy conveniente para pequeños y grandes, y para él el primero, conociendo en el curso de la misión, tal reforma de costumbres, que cada día crecía su admiración, experimentando que se habían desterrado los dos vicios capitales referidos, que inficionaban la ciu- Misión de Marbella.

dad. Así lo confesó también un mozo, á
Sus frutos. quien encontró el V. P. caminando á la villa de Gaucín, en compañía de su hermano el P. Fray Alonso de Carabantes, que le acompañó en las más de las misiones, que hizo en el Obispado de Málaga, diciendo: Ya cesaron los dos vicios, y yo que incurría en el de blasfemo, habiendo ejecutado la penitencia saludable, que me impuso el P. Fray Alonso, de hacer una cruz con la lengua en el suelo, cuando no me vieran, si llegaba á blasfemar, me veo libre, gracias á Dios, de tan pernicioso vicio. Regocijose el siervo de Dios, alabando su misericordia, que por medios tan suaves, sabe desterrar hábitos tan radicados y perjudiciales.

Misión de Gaucín.

En todos los pueblos que predicaba nuestro P. José era indescriptible la conmoción de las gentes, pero en el de Estepona cooperaron tan fielmente los corazones á las fatigas de su celoso espíritu, que en la mayor parte de los sermones, era el llanto tan clamoroso y contínuo, que después de haberse bajado del púlpito, volvía á subir á él tres y cuatro veces para pedirles encarecidamente, que detuviesen la avenida de las lágrimas, porque le parecía que desahogándose la naturaleza de las aflicciones del corazón por los ojos, era demasiado desahogo un llanto tan excesivo, que más se acreditaba de alivio, que de dolor.

Misión de Estepona.

Aunque fué copioso el fruto de todos los sermones de esta misión, excedió

en mucho el que consiguió con el último, porque en él dijo el V. P., que se iba desconsolado, porque en aquella Villa ilustre quedaba condenada un alma: al oir esto algunos de los circunstantes, que se sentían con conciencia de pecado mortal, cada uno se preguntaba interiormente: Si lo dirá por mí? Y con el temor que les infundía la aseveración del siervo de Dios, se resolvieron muchos á confesarse, saliendo por este medio del estado de condenados en que se hallaban entonces, según la presente justicia, pues habían hecho muchas confesiones y comuniones malas.

Sus frutos.

En otras poblaciones predicaba con tal celo y deseo de la conversión de las almas, que para remediar el origen de perderse muchas, que es el callar por vergüenza pecados en la confesión, los persuadía con razones, los atemorizaba con ejemplos y les daba confianza con la suavidad de su doctrina. Movía tanto con estas ponderaciones, que no había quien se atreviese á ocultar con el silencio sacrílego algún delito, por feo, enorme, y abominable que fuese. En fin, los efectos prodigiosos de la misión en el obispado de Málaga, cuyos pueblos gozaron todos de los benéficos influjos de la doctrina del Vble. P., fueron objeto de la más discreta ponderación durante muchos años. Algo de ellos dice el Vble. P. en una carta que escribió al Sr. Marqués de Aytona, de la cual son los párrafos que siguen: «Des-

Misiones en otros pueblos.

Lo que de ellas escribió el P.

de un lugar de Gibraltar escribí á vuesencia algo de lo que se sirvió mandarme en la misión. En esta se me ofrece decir, como en ella acabé el año de sesenta y siete, habiendo empleado dos meses y medio en los ejercicios de confesar y predicar, sin que las lágrimas, fervor y compunción de los movidos por Dios en los sermones, permitiera descansar, ni aún la cuarta parte de la noche. Pero servía de alegre y sabroso descanso el ver llover las misericordias divinas, sin término ni límite, aún sobre los que habían vivido siempre totalmente olvidados de Dios y de sí mismos: y muchos de ellos con confesiones sacrílegas de cuarenta, de cincuenta, de sesenta y de más años, en quienes se veía tan de repente y tan rara la mudanza de vida y costumbres, que se les podía decir muy bien con el santo rey David, que era aquella su mudanza obra de la diestra del Excelso, en tanto grado, que apenas se conocían unos á otros, y llegaban á desconocerse á sí mismos, según afirmaban muchos de ellos.

Fuera sin duda, señor, al celo y caridad de V. excelencia motivo de sumo gozo ver las Iglesias llenas de gente de todos estados todo el día; y que no salía persona alguna de ellas, sin dejarlas primero regadas de penitentes y devotas lágrimas, que vertían cada día en los cuotidianos sermones. Las casas quedaban todas cerradas y sin persona alguna; los labradores, hechos unos

Conmoción de las gentes.

santos Isidros, cesaban de la labranza, para acudir á la Iglesia. Los pastores, imitando á los de Belén, dejaban solos toda suerte de ganados, por ir en busca de Dios, á oir su santa palabra, dejando su cuidado á la Majestad Divina y al santo ángel de su guarda; y todos, hombres y mujeres á porfía venían buscando á Dios, y más de Dios cada día, aún las que por pobres y desnudas no acudían antes á Misa en todo el año; y lo que motiva mucho á alabar á Dios, es, que sabiendo ya por experiencia, que iban á llorar, buscaban la ocasión, y el motivo cada día, como pudieran el más rico tesoro, ó el más regalado banquete, á que unos á otros se convidaban fervorosos.

Su llanto y arrepentimiento.

Corrió la voz de la misión á otros obispados, y de ellos vinieron á gozar de ella no pocas personas, y hasta de Ceuta vinieron otras, y todos para llorar por su bien, y suspirar por su Dios. Y según veía la sed que tenían de llorar, y más llorar, juzgaba que tenían aquellas lágrimas el privilegio de dulces y sabrosas, lo que dijo de las suyas san Agustín. Bendito sea el autor y fuente de tales y tantas misericordias! Y como las de Dios son sin término, no se limitaron á sus almas, sino que se ampliaron á sus tierras, donde han tenido la más sazonada sementera, que jamás vieron; y no lo admiro, pues nos dejó dicho el soberano Maestro, que en primer lugar buscásemos el Reino de Dios

Van de muy lejos á oir al Padre.

y su justicia, y se nos daría lo demás por añadidura. En Ubrique, y de partida á Sevilla en tres días del mes de Enero de este año de mil seiscientos y sesenta y ocho.

Va el P. José á Sevilla.

Como dice el V. P. en esta carta, pasó de Ubrique á Sevilla, donde estuvo descansando algunas semanas, para reponer sus fuerzas y marchar luego á Granada, llamado también por aquel Señor Arzobispo, para dar misiones en todos los pueblos de su archidiócesis. Por eso no se detuvo mucho tiempo en Sevilla, aunque instaron al V. P. para que se quedara, ofreciéndole la Cuaresma en la parroquia de santa Catalina virgen y martir; pero como el P. Provincial lo tenía ya ofrecido al metropolitano granatense, dirigió su viaje al arzobispado de Granada. Caminó con gran trabajo, por las contínuas lluvias, y por haberse puesto intransitables los caminos, aún para los que los andaban á caballo; pero quiso Dios que llegasen bien á la ciudad de Santa Fé, que dista de la de Granada dos leguas, donde le dijeron así que llegó, que causaba notable admiración á todos, que el señor Marqués de Valenzuela no hubiese muerto, según la gravedad de su achaque, y los términos en que le había puesto, pues llevaba quince días agonizando.

Sus misiones en Granada.

Era este señor padre de los pobres, bienhechor singularísimo de los Capuchinos y especial devoto del V. P. á quien había escrito poco antes, que le de-

seaba ver. Conjeturó el siervo de Dios que el hallarse ya desahuciado de los médicos quince días había, y conservarle Dios la vída, aunque en medio de la turbulencia de las fatales congojas, era quererle la piedad divina dar el consuelo de que viese á quien tanto había deseado, y que este le dispusiese y ayudase en el último y más peligroso trance de que pende la eternidad; y así dijo al compañero: Dios nos trae á Granada para ayudar á bien morir á este Señor, por lo mucho que yo le he debido. Corrió, pues, á Granada sin detenerse, entró en casa del enfermo, y al punto que le vió la marquesa, prorrumpió en estos acentos cariñosos de madre: Hijo mío, sea muy bien venido, que tan deseado ha sido del marqués, mi señor. Pasó al aposento del moribundo, el cual así que le vió, sin que bastase á impedirlo la enfermedad ni la angustia, se alegró interior y exteriormente, diciéndole: Sea muy bien venido, mi amado hijo; con su venida conozco que Dios quiere usar de misericordia conmigo, pues lo deseaba ver, y ahora me lo ha traído Dios para disponerme bien para morir; y así fué, porque después de asistirle el V. P. entregó su dichoso espíritu en manos de Dios, para gozarle eternamente, de lo que hubo muchos indicios.

Empiezan con un prodigio.

Así que se repuso de las fatigas del camino, dió principio á la misión en el arzobispado de Granada, con su hermano y dos Sres. canónigos del Sacro-Mon-

Sale de la ciudad.

te. La villa de Iznallor gozó las primicias de su doctrina; el primer sermón le predicó don Baltasar de la Rienda, gran siervo de Dios, y muy práctico en el ejercicio de las misiones, aunque los muchos años le minoraron lo voz, y por esta causa no se movió el auditorio á confesarse, por lo que le propusieron al V. P. pasar adelante; pero él los detuvo encargándose del segundo sermón, que fué tan vivo y eficaz, cuanto lo testificaron los universales llantos y gemidos de los oyentes. Esta conmoción de las almas motivó à que le pidiesen los compañeros, que se encargase de dirigir todas las restantes misiones; acertado dictamen. pues lo comprobó el fruto en el aumento de los concursos y en la frecuencia de las confesiones, que de día y de noche no les permitían el necesario descanso.

Misión de Iznallor.

De esta villa pasaron á la de Montegicar, donde fué mayor el fruto, y el plausible de todos el de un hombre que profesaba el arte diabólico de la nigromancia, el cual quemó los libros de que usaba, y fué tal la mutación de su vida, que al paso que todos le desconocían, le admiraban, viéndole confesar y comulgar todos los días. En la Villa de Colomera fué el fruto mayor, porque la necesidad era más grave. Pasó de aquí á la Villa de Moclín, y predicando una noche de la misericordia de Dios, y de los muchos medios, que usa para salvar á los hombres, el cura de aquella Iglesia,

Misión de Montegicar.

varón insigne en virtud y letras, sin poderse contener en presencia de todo el auditorio, levantó la voz, como aquella mujer del Evangelio, y dijo: Bienaventurado el vientre que te concibió, y los pechos que te alimentaron! añadiendo luego: yo he oido predicadores célebres; y aseguro que nuestro Padre es uno de los grandes que tiene España, y aun todo el Orbe.

Id. de Moclín y Colomera.

Estando una tarde á la puerta de la casa de este venerable Párroco, llegó un mozo fatigado del calor y sudando; preguntóle el cura de donde era y á donde caminaba. A que dió por respuesta: Yo vengo de siete leguas de aquí en busca de un Padre santo, que me dijeron había predicado en Colomera, diciendo que en aquella tierra quedaba un alma condenada; y por esta causa, y no poder sosegar, vengo en su seguimiento. Díjole el venerable Padre: Yo soy el que ha predicado lo que dice; ¿ofrécesele algo en que yo le pueda servir? Y el afligido hombre, viendo tanto cariño y confianza, le dijo: Sí, Padre, estimaré mucho que me haga el favor de confesarme: hízolo luego, y le dijo muy alegre: Vaya con Dios, hijo, que ya no es alma condenada la suya!

Recorrido de esta suerte el Arzobispado de Granada, volvío para Sevilla, cuando en un lugar distante siete leguas poco más de Granada, se detuvo á curar un pie, en cuya planta se le clavaron unas espinas largas, á causa de haberse qui-

Vuelve á Sevilla.

tado las sandalias al principio de su viaje, obligado de la mucha agua que arrojó una tempestad. Y aunque se le hizo un remedio eficaz para curarle, no correspondió el efecto á la medicina, y así prosiguió su viaje andando veinte leguas con sumo trabajo hasta llegar á Ecija; y estas veinte leguas las anduvo de punta con aquel pie, porque los agudos é intensos dolores no le permitían otro modo de caminar. Tan inflamado se le puso el pie, que fué preciso abrírsele, y en el interín, que duraba la curación, hizo misión en Ecija, diciendo que trabajase la cabeza, mientras descansaba el pie. El fruto de esta misión correspondió al trabajo inmenso del operario; y entre muchas conversiones, la principal fué la de algunos, á quienes había tocado el contagio de la herejía de Molinos, de que quedaron libres por la misericordia de Dios y la eficacia de la doctrina del venerable Padre.

Misión de Ecija.

Tres años llevaba nuestro venerable Padre José recorriendo los pueblos y ciudades de Andalucía y moviéndolos á penitencia con su predicación fervorosa, cuando recibió nuestro Padre Provincial una petición del Obispo de Orense, (á donde había llegado la fama del varón apostólico) para que se lo enviase una temporada con objeto de dar misiones en todo su obispado. La petición venía apoyada con un real despacho de la Reina regente, Doña Margarita de Austria, encargando al Rmo. P. Provincial que

Lo piden en Orense.

atendiera los deseos del Obispo de Orense, que lo era el Excmo. Sr. D. Fray Baltasar de los Reyes, antiguo confesor y predicador de S. M. El Provincial, que desde el año 1662 era comisario de las misiones de Venezuela, á las cuales pertenecía el Padre José, no tuvo inconveniente en enviarlo á Galicia con su hermano (el P. Alonso) que también era misionero de dicha región.

Es enviado allí.

Salió, pues, nuestro venerable de Sevilla para Ecija, donde estaba su hermano, y de allí partieron ambos á Galicia por la vía de Extremadura. Fatigados del camino se detuvieron en Villanueva de los Infantes, á donde llegó el día de San Miguel Arcángel, y aquí también hizo misión. Pasó, prosiguiendo su viaje por la ciudad de Cáceres en la Extremadura y parte del Reino de Portugal, por donde era preciso hacer tránsito, para llegar al término de su viaje que era Galicia. En esos caminos padeció imponderables trabajos, porque como desconocían en Portugal el hábito capuchino, al ver en aquel traje á los dos hermanos, se reían de ellos, sufriendo estos la mofa, y escarnio, que los poco temerosos de Dios hacían de sus personas. Su posada ordinaria era el campo, su lecho el suelo, su almohada una piedra, su comida el ayuno, su bebida el agua, con que les brindaban los arroyos, llegando á tal extremo, que el hambre le puso al venerable Padre en el de perder la vida, si Dios que miraba por ella para emplearla tan en servicio

Trabajos del camino.

suyo, no se la hubiera conservado.

Llega á Orense.

Llegó á su destino, y el día de S. Martín Obispo, patrón de todo el obispado de Orense, año de mil seiscientos sesenta y nueve, en la Iglesia Parroquial de la Trinidad, dió principio el venerable Padre á todas las misiones que hizo en el reino de Galicia. Fué tan general el fruto que se experimentó en esta primera misión de la ciudad de Orense, que todos los ciudadanos admirados, y agradecidos suspiraban porque el V. P. admitiese una fundación, que generoso le ofrecieron, para un convento de Capuchinos, esperando que al entrar tan apostólicos varones en su ciudad, la convertirían en un paraíso con el ejemplo de su vida, predicación y penitencia. Pero el siervo de Dios les respondió con agradecimiento, que no buscaba fundaciones de monasterios, sino de virtudes, y que no le había Dios traido á Galicia á grangear posesiones, sino almas. Repitió la misión en la Cuaresma del año siguiente; los concursos de la gente todos los días eran innumerables, y las conversiones competían con los concursos, de lo que gustoso el Ilustrísimo Señor Obispo invitó con todo empeño al venerable Padre á comer á su mesa; y aunque se escusó siempre, diciendo que estaba obligado á dar buen ejemplo, obrando lo mismo que predicaba; aceptó el convite sólo el segundo día de Pascua de Resurrección, pareciéndole que con la ocasión de tan gran solemnidad, se podía dar gusto á

Su predicación.

este Príncipe Eclesiástico sin incurrir en las censuras de los pocos afectos.

Fruto que hizo.

No satisfechas las ansias de su celo con haber ilustrado con los rayos de su doctrina dos veces la ciudad de Orense, se preparó y dispuso su ánimo para volver tercera vez á dar misión. Llegó su santa resolución á noticia del Ilustrísimo, el cual dispuso que se hiciese en la plaza un tablado capaz para poder asistir él con todo su venerable Cabildo á los sermones, como lo ejecutó; y en competencia suya levantó otro la ciudad, asistiendo con el corregidor todos los Regidores, y con ser la plaza muy dilatada, no cabía la gente en ella, y siendo tan innumerable el tumulto, era general el arrepentimiento á la voz del V. P.

De Orense, fué á la villa de Alleriz, y con la fama que volaba ya de su admirable doctrina y santa conversación, concurrió excesivo número de gente de las aldeas circunvecinas. Prosiguiendo esta misión en la iglesia parroquial de Santiago, algunas personas fidedignas, que componían el concurso, y que á sus evangélicos dictámenes correspondían con devotas atenciones, vieron que sobre el hombro derecho del siervo de Dios, se puso una paloma blanca, y puesto el pico en el oído del V. P. hacía ademán de estarle dictando lo que predicaba.

Prodigios de su predicación.

Hizo también misión en Berín, y en uno de los sermones que predicó en ella, vieron personas fidedignas dentro del

púlpito, junto al siervo de Dios, un personaje venerable con barba nazarena, y estuvo en pie todo el tiempo que duró el sermón, el cual acabado, desapareció. Discurrieron los más capaces, no sin fundamento, que Cristo, Maestro y Predicador divino, era quien le acompañaba en aquella ocasión en forma visible, ó para dar á entender lo cristiano de sus consejos, ó para significar que lo que el venerable P. pronunciaba, él se lo estaba dictando.

Cristo la confirma.

Predicando en Caldelas, un sujeto le envió dos sobrinas suyas, de buen parecer, para que las exorcizara, ponderando al siervo de Dios, que estaban poseídas de los espíritus y no sabía que hacerse para su remedio; pues después de cinco años en que contínuamente las habían estado conjurando varios sacerdotes á quienes se las enviaban, no conocía en ellas algún alivio. El V. P. con la luz que le asistía, conoció el engaño, y volviéndose al tío, le dijo estas palabras dignas de grabarse en el corazón de todos los que tienen á su cargo el régimen de mujeres mozas. «Mucho me admiro que una persona de su capacidad, letras y virtud, se mueva como la hoja en el árbol con tan poco viento. Pensará V. merced, que es chanza lo que le voy á decir; pero le aseguro, que si estuviera expirando con un santo Cristo en las manos, le digera lo mismo. A estas santicas, mientras no sanaren, les han de raspar el cabello de la cabeza á navaja, y el de

Penetra los interiores.

las cejas también, y darlas de comer en un barcal, para afrentar al demonio, que ellas dicen tener dentro; jamás las ha de dejar V. merced ir á conjuros, ni á romerías, hasta que estén buenas, y en recuperando la salud que les falta, podrán ir con el resguardo que pide su edad y la decencia. Turbado se quedo el tío con semejante receta, y conociéndolo el V. P. le despidió diciendo: que este era el remedio único, y que no había otro; así lo mostró la experiencia, pues después que las pelaron, sanaron al instante las enfermas.

Consejo gracioso

No fué menos fructuosa la misión que hizo en San Benito de la Arnoya, aunque sí más trabajosa, porque de día y de noche llovía incesantemente; pero no cuando se predicaba. De allí pasó á Santigoso, y á esta misión concurrieron de más de diez leguas muchos caballeros portugueses, los cuales hicieron una curiosa experiencia; y fué, que unos sermones oyeron tomando lugar inmediato al púlpito, otros más distantes, y finalmente para otros se alejaron tanto, que les parecía imposible oir palabra; pero fué al contrario, pues la voz evangélica del V. P. parece que gozaba especiales privilegios contra las leyes de la distancia. Desde el lugar más remoto le oía el que lo deseaba, y todos le entendían, aunque no predicase en su lengua. Y así sucedió, que preguntadas algunas personas plebeyas del reino de Portugal, si entendían lo que predicaba en cas-

Alcance de su voz.

tellano, respondieron: de la misma suerte, que si predicara en portugués. Fué célebre esta misión por el prodigio mencionado, y también por el extraordinario fruto, pues en la procesión de penitencia que hizo para ponerle fin, pasó el número de los concurrentes á ella de ciento cincuenta mil personas. Por último, en el obispado de Orense, fué el fruto de las misiones que hizo en él el venerable P. tan copioso, que era universal la reforma de costumbres, y no había cosa más común que la devoción, lo cual no extrañará, si se tiene en cuenta que hizo misión en treinta y seis lugares del obispado, y la que menos duraba era por espacio de quince días.

Don de lenguas.

Por ese tiempo la fama de nuestro Vble. era ya general en España, y al tener noticias de ella el Provincial de la Provincia de Aragón, á la cual pertenecía el P. José por razón de su orígen, escribióle para que se volviese á ella, pues, se admiraba mucho de que un varón tan grande y apostólico hubiese ido al reino de Galicia sin despachos legítimos, según por cartas estaba informado. Recibió esta carta el siervo de Dios con serenidad de ánimo, y la respuesta fué acompañada de tantos Breves Pontificios y otros despachos de la religión, que vistos por el P. Provincial, se los volvió á remitir, añadiendo otro despacho suyo muy amplio, pidiéndole perdón del cargo tan injusto, que le había hecho, no de su motivo, sino por infor-

Cargo que le hacen al V

mes, que creyó ser verdaderos, y ya confesaba por falsísimos y denigrativos de la fama común de su santidad.

Responde á ellos.

Pero deseosos los capuchinos aragoneses de que el P. José volviese á su provincia, acudieron á Ntro. reverendísimo P. General para que le obligara á dar misiones en los Obispados de Tarazona, Tudela, y Pamplona. Hallábase oprimido de la gota y tan hinchados los pies, que apenas podía moverlos, cuando recibiò la orden, en que le decía Ntro. Rvdmo. P. General, que se partiese á hacer misión á los tres Obispados del reino de Navarra, ý luego sin dilación trató de ponerse en camino. Tuvo noticia de esta novedad el Iltmo. señor Obispo de Orense, y le procuró disuadir de la jornada diciéndole no ser dable con tan gravosos é impeditivos achaques, que ponían grillos á sus pasos, emprender viajes para nuevas conquistas: á lo que respondió que no conocía razón para excusarse de obedecerla; porque si por servir á los Reyes de la tierra hacen los hombres muchas temeridades, no era justo faltase quien las hiciese por el servicio del Rey de los cielos.

Bien se conoció por los efectos que la generosa resolución con que emprendió esta sagrada temeridad el Vble. Padre procedía de celestial impulso; pues habiendo hecho su viaje casi sin poder moverse, y dando lástima á cuantos le encontraban en el camino, llegó á uno

Pasa á Navarra.

de los obispados, (el autor de la vida no dice cuál fué), subió al púlpito en brazos ajenos, y apenas acabó el sermón, cuando bajó de predicar sano y bueno, pasando en tan corto tiempo de un extremo á otro. A pesar de esto, como nadie es profeta en su patria, no debió irle muy bien al P. José por aquellas tierras, pues regresó bien pronto á Galicia, para continuar en ella sus tareas apostólicas; pero ni allí le dejaron quieto los superiores de la provincia de Aragón, pues vemos en su vida (capítulo once del libro tercero), que le impuso precepto de santa obediencia para que fuese á Monforte de Lemos, como adelante se dirá.

Prodigio que allí se obró en él.

Estas idas y venidas las comunicaba el P. Josè al Provincial de Andalucía, á quien miraba como á su verdadero prelado; y éste le hizo volver de Galicia á Sevilla, para poner en claro su filiación y evitarle en lo sucesivo tropiezos y vejaciones. Esta vuelta del V. P. á las Andalucías, debió ser antes de 1674, porque en esta fecha trae el *Libro primero de los Derechos de esta provincia* al folio 24 (vuelto) un acuerdo de la Definición, celebrada el 15 de Enero de 1674, incorporando á la provincia los PP. José y Alonso de Carabantes, hermanos carnales, que han pedido con instancias prohijarse en la Provincia Bética y agregarse é ella perpétuamente, para lo cual *tiene patente de N. Rmo. P. General*.

Vuelve á Sevilla.

Desde esta fecha perteneció nuestro

venerable á la Provincia Capuchina de Andalucía, hasta su muerte, y el Padre Provincial de ella fué su legítimo y único Prelado, por lo cual nos parece que no puede ser posterior á esa fecha, esto que dice el historiador de su vida en la página 326. «La Excma. Señora Doña Catalina María de la Concepción, tía del Excmo. Señor Conde de Lemos, profesa en el venerable convento de señoras Franciscas Descalzas de la villa de Monforte de Lemos escribió al Rmo. Padre Fray Jerónimo de Bandalies Ministro Provincial de la Provincia de Capuchinos del reino de Aragón, para que diese expedición acelerada á su deseo ardiente con imponer un precepto de santa obediencia al venerable Padre, para que no se detuviese, y cuanto antes se desembarazase de lo que podía ser impedimento á ponerse en camino para Monforte de Lemos. Condescendió gustoso y puntual el Provincial á la representación de esta Excelentísima Religiosa, escribiendo al venerable Padre, que vista su carta, se partiese á asistir, y obedecer á tan gran Señora todo el tiempo, que él durase en la Prelacía.»

Se agrega á la Provincia Bética.

Si este mandato no fué anterior, sino posterior á la fecha mencionada, se explica por él la razón que tuvo el venerable P. José para dejar de pertenecer á la Provincia de Aragón y agregarse á la de Andalucía, evitando de ese modo pruebas y vejaciones que le impedían sus tareas apostólicas. De todas maneras, re-

Vejaciones que padeció.

sulta indudable por los documentos citados que nuestro V. P. José perteneció rigurosamente á esta Provincia Capuchina desde 1674, hasta que murió, siendo hijo de la misma en 1694, como se dirá en el capítulo que sigue.

Su filiación religiosa.

CAPITULO XXVI

Vuelve el V. P. á las misiones de Galicia, donde ejerce su apostolado y muere santamente

Prohijado ya en la provincia Bética, para evitar las molestias y entorpecimientos que le causaban en sus misiones otros superiores celosos de su autoridad, nuestro P. José se volvió á Galicia para continuar allí sus tareas apostólicas. Como el autor de su vida amontona los hechos en ella, sin citar la fecha ni el lugar en que sucedieron, no sabemos á punto fijo, cuándo salió de Sevilla esta vez, ni cuándo llegó á Galicia, ni por dónde comenzó la misión. Lo que sí sabemos es que iba pertrechado con la obediencia del Provincial de Andalucía y patente de N. Rmo. P. General, para seguir sus apostólicas excursiones en compañía de su hermano, el P. Alonso, sin que ningún otro superior fuera osado á impedírselas, bajo ningún pretexto.

Vuelve á Galicia.

Continuó, pues, nuestro P. José su predicación por Galicia, y evangelizó el

obispado de Tuy, en donde fueron no menos abundantes los frutos de sus misiones, que en el obispado de Orense. Dos misiones hizo en la ciudad de Tuy, y en la primera concurrió mucha gente del reino de Portugal, porque de la ciudad de Braga y sus contornos, y también de la ciudad de Oporto, vino innumerable concurso de personas á oir al siervo de Dios, el cual para dar adecuada providencia á todo lo que se podía ofrecer en tan numerosa misión, habló al señor Obispo D. Bernardino de la Rocha, para que señalase confesores competentes. Este prelado condescendió á la proposición del V. P. con tanta piedad y diligencia, que á cada confesor señaló su sitio, y por sí mismo los visitaba mañana y tarde; y para que aquel trabajo de los que confesaban por obligación se aliviase en parte, mandó que los confesores que se dedicaban á este santo ejercicio, fuesen á comer á su palacio todos los días que durase la misión. Acabada ésta, se hizo la procesión general de penitencia, que fué numerosísima y de bienes indecibles para aquella ciudad por el tesoro de dichas que consiguió con la universal penitencia.

Predica en Tuy.

El conde de Amarante por la estimación que hacía del siervo de Dios, le llevó consigo para que hiciese misión en un lugar suyo, llamado Piedra Furada. Esta misión fué maravillosa por las conversiones é imponderable por su numeroso concurso: baste para explicarle lo

Id. en Piedra Furada.

que dijo el canónigo doctoral don Alonso de Abisnieto al Sr. Obispo; pues habiendo estado cuatro días en la misión, volvió á ver á su Ilustrísima, quien le preguntó, si le parecía que estaba bien asistida la misión de confesores; á que respondió el canónigo: Todos los que hay en el obispado, con ser tantos, son muy pocos para confesar tanta gente, pues, si no se ven los concursos, apenas habrá quien crea la numerosidad; yo me vuelvo á dar la comunión á la gente, por que los confesores no cesen de confesar. Empezaba este piadoso varón á administrar el sacramento santísimo de la Eucaristía á las dos de la madrugada, y duraba en este adorable empleo hasta la tarde. También hizo misión el V. P. en Vigo, y luego que le dió principio, habiendo en la ría y puerto carestía de pescados, Dios empezó á hacer alarde de sus misericordias, convirtiendo la penuria en abundancia, por intercesión de su siervo.

Correrías apostólicas.

Acabada esta misión se retiró enfermo el siervo de Dios á ia villa de Mos, dejando á su hermano en Vigo, para que concluyese con las confesiones y después bajase á Bayona. No bien convalecido de su achaque, hizo misión en Mos, á la cual vino un caballero joven, desesperado de su salvación, haciendo tales demostraciones, que muchos presumían que estaba endemoniado. Consultó la fiebre y frenesí que atormentaba á su alma con el V. P. el cual como

Predica en Vigo. Mos y Bayona.

celestial médico, le dispuso muy bien para una confesión dolorosísima de sus pecados; y le dió por remedio para la tentación el que confesase y comulgase con frecuencia, con lo cual se vió libre de su mal.

Prodigios de su predicación.

La misión que hizo el V. P. en la Abadía de Anceo, estuvo á punto de frustrarse por la carestía de agua, porque se estaba secando el manantial que abastecia al pueblo. Fué el siervo de Dios á bendecir la fuente, y á impulso de sus palabras, brotaron copiosísimos y cristalinos raudales, en tanta abundancia, que siendo numerosa la gente de la misión, toda quedó satisfecha, y á la fuente le sobraron aguas. Hasta catorce misiones hizo el V. en el obispado de Tuy, dejándolo totalmente reformado, y de allí pasó al obispado de Lugo, donde empezó sus misiones por Monforte de Lemos. El día de la Purísima Concepción de la Madre de Dios, abogada de los pecadores, dió principio á la misión de Monforte, asegurando con tan soberano patrocinio, que sería dichosísimo el éxito de sus tareas evangélicas, como lo fué en lo numeroso de los concursos y de las conversiones.

Lo particular de esta misión fué, que dos hombres y una mujer, heridos de la eficacia de la predicación del V. Padre, empezaron á confesar públicamente sus culpas, y á la mujer costó mucho trabajo el hacerla que cesase, porque su arrepentimiento desahogaba el dolor,

Va á Monforte de Lemos.

que la martirizaba el alma, publicando sus culpas. Las comuniones fueron numerosísimas, pues habiendo cinco iglesias en que se administraba, era tal el tropel y tan impaciente el ansia de llegarse á la fuente de toda dulzura, que cada uno pretendía ser el primero; y fué preciso valerse del rigor para remediar el inconveniente de la indevoción.

Frutos de esta misión.

La misión de la villa de Chantada, fué también concurridísima, porque la gente de todas aquellas fragosas montañas acudió á ella, y todo el territorio de Taboada, excepto un párroco, que instado repetidas veces, respondió á sus feligreses, escandalizándolos, que él era teólogo, y no necesitaba que otros le predicasen: tan reprensible conducta tuvo el castigo merecido, pues apenas se acabó la misión en Chantada, cuando se quedó muerto de repente.

Hízose otra misión en San Juan de Camba, y en ella un milagro con el cura de San Salvador, que fué sanarle unas llagas casi incurables el mismo día de la procesión general. De allí pasó el Padre José á la célebre ermita de Nuestra Sra. de Peña-Agua; y pareciéndole sitio acomodado, con licencia del cura hizo allí quince días misión; á la que concurrió tanta gente, que fué una de las más numerosas del obispado de Lugo; y en ella hubo tantas conversiones que se alegraron los ángeles del cielo, según la frase del Salvador.

Recorre aquel Obispado.

Después de haber hecho otra misión

en Villa Abad pasó á la Ciudad de Lugo, que le recibió como á un ángel venido del cielo, para consuelo y alivio de todos sus desconsuelos y trabajos; y su Ilustrísima le recibió con notable agrado. Fué tan copioso el fruto de esta misión de la Ciudad de Lugo, que los seis años siguientes, más parecían sus habitadores religiosos que Ciudadanos: todas las familias en sus casas en llegando la noche se juntaban á rezar con extraordinaria devoción el santo Rosario, practicando el método, é instrucción del venerable Padre. Por las calles no se oían otras canciones más que elogios de María Santísima, ó saetas espirituales, que herían los corazones, abriendo en ellos puerta para que entrasen las virtudes, y se desterrasen los vicios. Las Iglesias, que antes se miraban con gran dolor vacías, desde entonces se admiraron con sumo consuelo llenas; porque la gente dió en frecuentar los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía, procurando santificarse con la debida preparación en recibirlos.

Llega á Lugo.

En Santa María de Cela de Camba, y en otras partes, estando predicando se levantaron horribles tempestades; la gente temiendo algún daño, y procurando evitar mojarse, huían, porque las misiones se hacían en los campos, por ser las iglesias insuficientes para tan numerosos concursos, pero el varón de Dios les exhortaba á que no temiesen, y se estuvieran quietos; y volviéndose á las nu-

Manda á las nubes.

bes, hacía en el aire una cruz, y al instante se dividían en cuatro partes, dejando libre, y asegurada á la gente, ó se deshacían en lluvia, sin tocar al sitio que ocupaban los oyentes.

Las nubes le obedecen.

Del Obispado de Lugo, que dejó reformado é universalmente instruído con su doctrina, pasó el V. P. al obispado de Mondoñedo, donde dió principio á sus misiones por Villalba, con general aplauso y universal reforma de costumbres, introduciéndose la frecuencia de los Santos Sacramentos, rezar el rosario de Nuestra Señora, cantando sus Misterios, y visitar las cruces, porque en todas las feligresías puso el V. P. la *Vía Sacra.* Pasó el celoso ministro de la divina palabra á divulgarla á la ciudad de Mondoñedo, cabeza de aquel obispado, y aunque el tiempo se oponía á sus fervorosos intentos, con las destempladas inclemencias de vientos, agua y nieve, no consiguió resfriar el ardor de los corazones, que sacaron de ella general aprovechamiento.

Pasa à Mondoñedo.

La misión de Rivadeo tuvo felíz principio el día de la Purísima Concepción de la Reina de los Cielos; y excedieron sus concursos á los de las dos antecedentes, porque de las Asturias y lugares más distantes de la Marina, de las Montañas, del Consejo de Boal y de otras muchas partes, asistieron innumerables personas de todos estados y condiciones. Vióse también en esta misión, que estando el V. P. en el campo de San

Sus trabajos apostólicos

Francisco, conversando con personas de calidad repararon éstas que estando actualmente lloviendo, aunque ellos se mojaban, al siervo de Dios le veneraba la lluvia, pues no le tocó una gota de las infinitas que caían. Una tarde predicando en esta misión vió la gente una paloma hermosísima, que todo el tiempo que duró el sermón estuvo sobre la cabeza del V. P. haciendo graciosos ademanes de mirarle, y con las plumas de las alas dando muestras de agasajarle con dulcísimas caricias; y acabado el sermón, dando un vuelo sobre la gente, que oía atenta y devota la doctrina del siervo de Dios, desapareció sin saber por donde, ni á donde dirigía la velocidad de su curso. El día de la procesión general que se hizo en Ribadeo, comenzó la gente á inquietarse temiendo el agua, que no sólo amenazaba, sino que ya caía; y haciendo pausa en el sermón, levantó los ojos á las nubes, y dijo á la gente: No temáis, que para el sermón y la procesión tendremos buena tarde; y fuè tan puntual el suceso, que acreditó de verdadero el presagio, pues ni en la primavera la pudieron gozar más apacible, clara y serena.

No le toca la lluvia.

Otra gran misión dió en Vivero, donde enfermó, y de allí fué llevado casí como paralítico el V. P. al Ferrol, no para curarse, sino para curar á muchos de las más peligrosas dolencias, que son las que ocasionan en el alma las culpas, correspondiendo el fruto á lo grande de su

Va al Ferrol.

celo, así en este lugar, como en todos los del obispado, que fueron veinticuatro los que discurrió ansioso de la salvación de las almas; y en ellos hizo treinta y cuatro misiones para conseguir sus intentos apostólicos.

Más correrías apostólicas.

Del Ferrol pasó á la villa de Puente de Usme, en el arzobispado de Santiago, y debió igualarse esta misión con las más célebres y numerosas, así en las personas como en las conversiones: el día de la procesión general llovió mucho; pero sobre la gente que le oyó el sermón, y que iba en la procesión, la cual duró bastante tiempo, no cayó una gota de agua; y al punto que se acabó, cesó este privilegio, lloviendo por todas partes. Las misiones que hizo en el arzobispado de Santiago fueron trece, en doce lugares distintos, y dejamos de referirlos, por no hacer interminable esta vida. Pasó luego al obispado de Astorga, y empezó sus misiones en él con general aprovechamiento de las almas, pues todas ellas iban acompañadas de milagros y prodigios que aun perduran en la memoria de las gentes; habiendo subido á trece el número de las que allí predicó. Otra hizo en el obispado de León en Villa Cid, y de allí pasó al arzobispado de Burgos, donde hizo dieciseis misiones en otros tantos lugares.

Infinidad de misiones que predicó

En medio de tantos trabajos, halló tiempo nuestro V. para escribir un sinnúmero de opúsculos ó tratados ascéticos, para bien de las almas, muchos de

los cuales imprimieron á su costa varios señores Obispos, para que se repartieran al pueblo. Además de los dos tomos de las Domínicas ó *Pláticas dominicales*, escribió los tratados siguientes: *Jardín florido del alma*, *Remedios espirituales*, *Ejercicio del rosario*, *Camino sagrado para el cielo*, *Unico remedio del pecador*, *Saetas espirituales*, *Silbos del Pastor Divino*, *Almas arrepentidas*, *Buena confesión*, *Alma aprovechada*, *Ejercicio cotidiano*, *Avisos de perfección*, y algunos otros ya del todo perdidos ó muy difíciles de hallar. Y no se comprende cómo con una vida tan ocupadísima en predicar tuvo tiempo para escribir tantos y tan provechosos tratados.

Libros que escribió.

Consumido por el fuego interior que le devoraba, tanto como por sus tareas apostólicas, apoderose de él en Monforte de Lemos la última emfermedad, y con ella un ejército de dolores, porque al de unas fiebres malignas se añadió el de la gota y otros varios accidentes que eran preludios ciertos de que se acercaba la muerte. Puso en gran cuidado á los médicos la entrada de su dolencia, y en no poco sobresalto á las almas que le comunicaban y se regían por el espíritu del venerable Padre, recelando, y no sin fundamento, que el cielo iba á dejarlas huérfanas de un maestro, que con su sabiduría las ilustraba; de un padre, que con su cariño las mantenía; y de un justo, que con el ejemplo de su vida, las alentaba á entrar en el estrecho camino, que lleva á la

Su última enfermedad.

vida eterna. Visitáronle diversas veces los médicos, esmerándose en el arte. Rígidos y despiadados martirizaron su cuerpo en el discurso de tres meses y medio que duró su enfermedad, en la cual solía decir el venerable Padre, que entre sesenta y dos que había padecido, ninguna se había extremado tanto en el rigor como esta, que parecía un epílogo de todas. Hacían todos contínuas y fervientes oraciones por su salud, y la piedad de Dios les daba á tiempo algunas esperanza con una corta mejoría; pero esta no pasaba de una breve pausa que hacía la malignidad del accidente, para embestir más de recio al seráfico varón.

Duró tres meses.

Referir los dolores, y congojas de esta última enfermedad, sería exceder á la ponderación. La gota le puso tan inhábil para los movimientos, que parecía un tronco y solo le dejó la sensibilidad para los dolores. No podía hacer movimiento alguno con las manos, ni los pies. Del largo tiempo que estuvo en la cama, sin moverse á un lado ni á otro, se le hicieron dos llagas en las espaldas, y entre tanto padecer no se le oía el más leve quejido, desahogo único de la naturaleza afligida y atormentada. Como se aliviaba era multiplicando diversos actos de amor y resignación. A mi vista (habla el autor de su vida), cierta persona le incitó á que por lo menos añadiese alguna ropa á la desnudez y mortificación de su cama, y negóse á ello. Depongo más: llegando yo en una ocasión á visitarle, viendo

Lo que sufrió en ella.

que, al levantarse del lecho, ponía los pies enfermos en el suelo desnudo, cuya circunstancia podía por el rigor de los fríos aumentar las de su mal, llegué á ofrecerle una estera para precaver este inconveniente, y me respondió estas edificantes palabras: ¿Qué se dirá de mí, si me ven con ese regalo?

Su gran espíritu.

Cuando llegó á verse sin fuerzas, é incapáz de movimiento alguno exterior, cerró la puerta al comercio de las criaturas, dejando desembarazado totalmente su corazón para el criador, á cuya contemplación aplicó todas sus potencias desde aquel instante. Con esta abnegación de todo lo que no es Dios, se ilustraba más su entendimiento, y se enamoraba más su voluntad de las perfecciones divinas, y así con vivas ansias anhelaba ver libre á su preciosa alma de la carne del cuerpo, para unirse con Dios. Llegó el Jueves Santo, y en él tuvo revelación el V. P. de las inmensas aflicciones que le esperaban aquellos tres días contínuos, en que se celebran los misterios de la Pasión y sepultura de Cristo, el cual, para que se armase con el escudo de la constancia, le reveló también la hora en que había de empezar el goce de los alivios con la precedencia de una venturosa muerte.

El último asalto que dió esta á su vida fué por medio de un paroxismos que, enajenandole de los sentidos, avivó en los circunstantes la pena, creyéndole ya cadáver; pero después de algún tiempo,

Supo cuando iba á morir.

volvió en sí, alegre y sonriente, y pidió los últimos sacramentos. Recibiólos con singular devoción, confesándose como solía para recibir por viático, el sacramentado cuerpo de Jesucristo: se dispuso con repetidos actos de amor divino avivando las llamas que en su pecho ardían, y diciendo como la esposa de los Cantares: Venga ya mi amado, entre á tomar la posesión de su huerto, y recréese con el fruto sazonado de mis amorosas ansias. Y es de creer que el divino amante Jesús le respondería, al verse albergado en su enamorado pecho, lo que le decía á la esposa mencionada: Alma querida, levántate, acelera el paso que por tí vengo: ya ha llegado el tiempo de la poda, que es la hora de la muerte, ven y serás coronada en los vergeles de la gloria.

Pidió los Sacramentos.

Obedeció el alma del V. Padre á esta voz del esposo divino, y pertrechada con el sacramento santo de la Extremaunción para vencer en el último combate al enemigo del linaje humano, á las cuatro de la mañana del día de la Resurrección de Cristo, 11 de Abril de 1694 siguió al Señor, resucitando con él á vida inmortal y eterna. Su cadáver quedó tan hermoso y tan agradable como si no hubiera padecido dolencia alguna y gozara de perfecta salud, por lo que muchos discurrieron que la dote gloriosa del alma se había pasado á hermosear también el cuerpo; y muchos testigos afirman, que su rostro, como el de Moisés, reberveraba reflejos. Concurrió todo el pue-

Su santa muerte.

blo y las Comunidades religiosas á verle y á venerarle, sintiendo interiormente gozo y edificación con su vista. Besaron unidos sus blancos pies, y tuvieron curiosidad de tocar los dedos, y los de las manos, y los hallaron tan flexibles, como si estuviera vivo.

Hermosura del cadáver.

Tratóse de su entierro, y todas las Comunidades de la villa de Monforte querían para sí este precioso tesoro; pero lo cedieron á la Excelentísima señora Sor María Catalina de la Concepción, tía de los Condes de Lemos, hija espiritual del venerable Padre, sabiendo que era gusto de dicha señora dar sepultura á su Padre en la iglesia de su Convento. Así se dispuso, y la Comunidad de religiosos Franciscos hizo la función del entierro; que fué con la solemnidad debida á un hermano de tan heóricas virtudes, pero lo que pasmó a todos fué, que al punto que levantaron el sagrado cuerpo para llevarle á la sepultura, arrojó de sí tan abundante y suavísima fragancia que no hay aroma en el mundo con que poder compararla, quizá por ser el olor todo del cielo.

Olor que despedia.

Las honras fúnebres solo en Monforte duraron más de un mes, disputándose uno y otro clero el consuelo de celebrar la memoria de tan santo varón, habiendo promovido la devoción de los Obispos y otros ilustres personajes, solemnes funerales en todos los pueblos de Galicia, Aragón, Andalucía y América.

Sus honras fúnebres.

A la vez que los hombres tributaban

al varón apostólico grandes exequias, Dios llenó de maravillas su dichosa muerte. La cera de las velas que ardieron todo el mes que duraron los funerales, lejos de disminuirse aumentó milagrosamente. La noche de su fallecimiento vióse un arco pequeño á manera de Arco Iris, cuyas extremidades descansaban sobre la casa donde había muerto el varón santo y el convento de Franciscas Descalzas, donde fué sepultado, y con este portento que duró un cuarto de hora, dió á entender el Señor el tránsito de su fiel siervo y santificó el lugar de su sepultura.

Milagros que las acompañaron.

La santa vida y numerosos milagros del siervo de Dios, hicieron su sepulcro glorioso; y sus venerandos restos fueron visitados por príncipes y plebeyos, por Prelados eclesiásticos y personas de todas condiciones, que acudían presurosas á implorar en sus necesidades el poderoso valimiento del varón Apostólico. Andando el tiempo, se formó el proceso de su beatificación, que fué interrumpido por las vicisitudes de los tiempos, especialmente por las guerras de Napoleón y los trastornos que produjeron en Europa, de tal suerte, que la causa llegó á perderse en Roma; pero por disposición del Señor, que escoge el tiempo más oportuno para glorificar á sus siervos, el proceso que se creía perdido fué hallado intacto y con las condiciones de autenticidad.

Su proceso de beatificación.

Este felíz hallazgo ha permitido rea-

nudar las tareas con grandes esperanzas de un éxito felíz. Con este objeto, y en cumplimiento de las prescripciones canónicas, el Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. Don Benito Murua y López, dignísimo Obispo de Lugo, nombró una comisión de personas ilustradísimas, que reunidas en Monforte de Lemos, con el Rmo. Padre Joaquín de Llevaneras, Vice-postulador de la causa de Beatificación y presidida por el excelentísimo Prelado de la Diócesis, celebró su 1.ª sesión en 26 de Noviembre de 1898, declarando abierta la incohación de este nuevo proceso, después de recibir el debido juramento de cuantos en él habían de intervenir.

Estado en que se halla.

Tres semanas contínuas se prolongaron los trabajos de la Comisión, ante la cual comparecieron muchísimos testigos, cuyas declaraciones juramentadas en forma, ponen de manifiesto la fama de santidad que viene gozando por espacio de dos siglos el V. P. Carabantes. Dicho proceso consta de más de 400 páginas, cuya copia auténtica fué presentada por el P. Joaquín de Llevaneras á la Sda. Congregación de Ritos, á la que le incumbe el exámen y aprobación de los milagros atribuídos á los siervos de Dios.

Entre todas las maravillas obradas por Dios, para ostentar ante el mundo la santidad de su siervo, hay una que creemos la más maravillosa; y esta es la admirable incorrupción de su cuerpo. Veamos lo que sobre este particular dice «El Eco Franciscano».

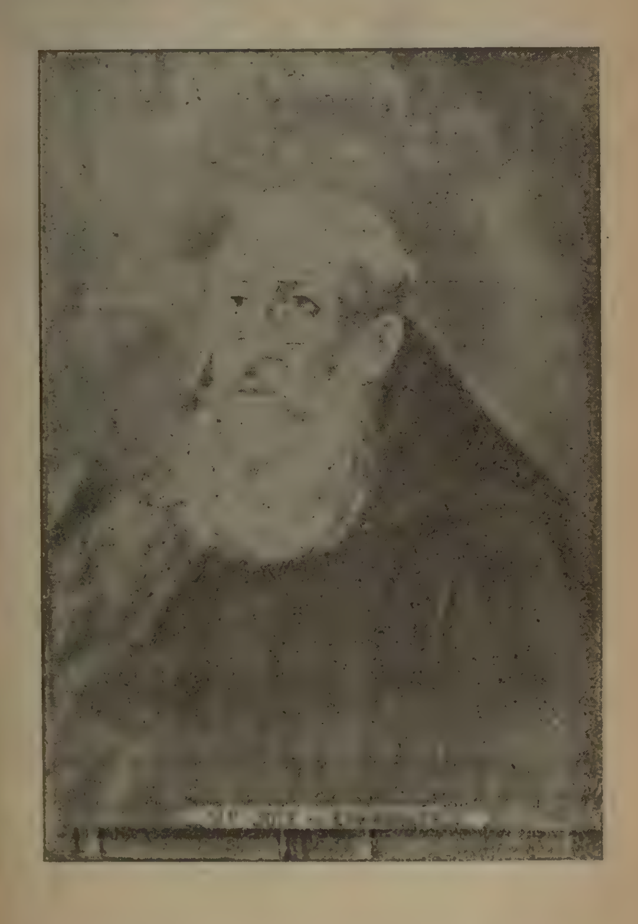
Los restos del V. P.

Incorrupción de su cadáver

«En el mes de Junio de 1880, en cumplimiento de una honrosa misión que nos había confiado el entonces Obispo lucense, hoy Arzobispo de Burgos, Excelentísimo Sr. Dr. Fray Gregorio María Aguirre, hubimos de entrar en la Clausura del convento de Clarisas de Monforte, y pudimos examinar muy de cerca la riquísima variedad de reliquias que poseen aquellas nuestras hermanas. Tan pronto como pasamos el dintel de la estrecha puerta que pone en comunicación con el Relicario, nos llamó la atención una caja bastante grande que hallamos á nuestra derecha. Una de las religiosas que nos acompañaba levantó el fino y blanquísimo lienzo que cubría aquella caja, y apareció á nuestra vista aquel cuerpo incorrupto después de ciento noventa y seis años de haber pagado su tributo á la muerte. Esta sola impresión no nos satisfizo por completo; parecíanos que estábamos delante de esas momias apergaminadas que se conservan en los gabinetes de algunos centros docentes. Quisimos cercionarnos de la verdad y llevados de un impulso devotamente curioso, acercamos el dedo índice de la mano derecha al cadáver venerando, y no sin sorpresa observamos que aquellas carnes conservaban en grado muy notorio su flexibilidad. Conociendo nuestra sorpresa, nos preguntó la Superiora de aquella religiosa Comunidad, cuál era nuestro parecer acerca de tan preciada reliquia, y por única contesta-

Sus manos están flexibles después de dos siglos.

ción le repetimos aquellas palabras de David *Mirabilis Deus in Sanctis suis.* Dios que es admirable en sus santos, lo es también en el V. P. Carabantes. «Concédanos El verlo pronto en los altares!





CAPITULO XXVII

Empieza la vida del V. P. Fr. Pablo de Cádiz: su juventud borrascosa.

Autor de esta vida.

La vida de este varón insigne la escribió y publicó el V. P. Isidoro de Sevilla en un libro impreso en Cádiz, que tituló *La Nube de Occidente*, y de ese libro gerundiano y de pesadísima lectura, vamos á extractar la presente biografía, advirtiendo que casi todos los párrafos son tomados al pie de la letra del citado autor, el cual conoció y trató al misionero, cuya vida escribe; y esto debe tenerse presente para entender algunas frases suyas. Hecha esta advertencia, necesaria para la buena inteligencia del lector, damos principio á la vida de nuestro V. P. Pablo.

Fueron los padres de nuestro Fr. Pablo, D. Juan Francisco Patrón, y doña Angela Yúdice; aquel natural de Utre, pueblo ilustre de Génova; y ésta de la ilustrísima ciudad de Cádiz, donde celebraron su matrimonio, y tuvieron por primero y legítimo hijo á Fr. Pablo. Nació en el mes de Abril del año de mil seiscientos y cuarenta, en la calle que llamaban de Calderón, donde su padre, que era cónsul de Génova, tenía su casa principal. Fué bautizado el día 21 del referido mes y año, y pusiéronle

Nacimiento de Fr. Pablo.

en el Bautismo por nombre Pedro. Crióse en la casa de sus padres con el cariño, decencia y regalo debido, ocupando la niñez en aprender á leer y escribir, saliendo en uno y otro tan aventajado, que causaba admiración á sus tiernos años.

Su niñez.

Viendo su padre que el claro entendimiento del niño, como flor temprana, aún entre el capullo de la niñez, daba ya muestras de fragante olor, lo envió á Amberes, ciudad de Flandes, para que en el colegio de la Compañía de Jesús estudiase la Gramática. Fué allá nuestro Pedro, y ayudado por la enseñanza de aquellos eruditísimos Padres, y de la habilidad de su genio, con facilidad aprendió la gramática, aventajándose á todos sus condiscípulos en la latinidad, pues salió consumado gramático, hablando en el idioma latino con tanta soltura y perfección, como en el propio de España. Aprendió también la lengua Flamenca, la Francesa é Italiana, y con este tesoro, (que lo es la noticia de extraños idiomas,) volvió á Cádiz, siendo entonces de diez y ocho años.

Sus estudios en Bélgica.

Recibiéronle sus padres con lágrimas en los ojos, que estas no sólo son expresivas de dolor, sino también de alegría; mostráronle las caricias debidas á un hijo que tanto tiempo habían llorado ausente y conociendo su padre, que la ociosidad en los mozos es el más eficaz principio de perdición, especialmente en Cádiz, donde las ocasiones de perderse, aún sin

Vuelve á Cádiz.

buscarlas, se encuentran, le aconsejó que se ejercitase en estudios mayores, pues ya tenía el fundamento de la gramática perfectamente sabida. Abrazó el buen hijo este consejo de su padre, y entró á estudiar las artes en el convento de nuestro P. San Francisco, de la regular observancia, siendo su lector el R. P. Fray Miguel de Ariza, á cuya erudición debió el salir perfecto Filósofo, acabando el curso con toda perfección, tanto que tuvo públicas conclusiones en la iglesia del referido convento, donde á voz de todos las sustentó con sin igual lucimiento.

Estudia filosofía

Corría en esta sazón el año de mil seiscientos cincuenta y siete, infeliz que fué para nuestro joven, pues si el quedar uno huérfano es infelicidad crecida, esta infelicidad vino sobre él, quedando huérfano de padre, pues este año se lo llevó Dios, levantándole el destierro de este mundo, y reduciéndolo á su legítima patria que es la gloria. Quedó Pedro con su madre, ya viuda exhortándola á que con paciencia llevase las penalidades de la viudez, acompañándola en el retiro de su soledad, y con su filiales caricias supliendo en algo la falta del difunto. Así asistía á su madre, cuando vino de las indias occidentales de la Provincia de Campeche, su tío D. Ambrosio Patrón, hermano de su padre, á ciertas dependencias que en España tenía: pasó á Madrid, y concluidos sus negocios volvió á Cádiz y paró en casa de D. Juan Bautista Yúdice, en casas propias que tenía este en la

Muere su padre

calle de los Doblones, á la cual se había traído á su hija D.ª Angela Yúdice, y á su nieto Pedro. Estaba D. Ambrosio Patrón casado en Indias; pero carecía de la deseada sucesión, por lo cual, viendo el entendimiento de su sobrino y las otras prendas así naturales como adquiridas que le asistían, se lo pidió á su madre para llevarselo á Indias, y que allí fuese heredero de toda su hacienda. Concedióselo la madre, con harta repugnancia de su cariño, y anteponiendo las conveniencias del hijo á las propias conveniencias, permitió que el tío se lo llevase. Embarcóse, pues, el mozo gustosísimo, con la esperanza de la hacienda prometida, y llegó á las Indias anhelando por la riqueza que esperaba. Pero, oh altísimas disposiciones de Dios! á los nueve meses de llegado, su tía (hasta entonces estéril é infecunda) tuvo un hijo, que borró del corazón de su primo la imagen de la esperanza, que éste en su deseo dibujado había.

Se va á las Indias.

Frustrada la esperanza de la herencia, y cerrado ya este camino, que suele ser el más fácil para la perdición de un alma le abrió otro la humana fragilidad, el más común, el más usado, y como solemos decir, camino real para el infierno, que fué el torpe vicio de la impureza, tirano cruelísimo, con tanto imperio en los jóvenes, que es raro el que de su tiranía se libra. No le faltaban en este tiempo á nuestro joven los llamamientos de Dios, que aquel amantísimo padre de los hom-

Se pervierte allí.

bres á ninguno le niega sus auxilios; pero como aspid venenoso que, según dijo David, cierra los oidos por no escuchar las voces del más sabio encantador, cerraba él los suyos, y se hacía sordo á las divinas inspiraciones. Dios lo llamaba, y con la aldaba de su soberano auxilio daba golpes á la puerta de su alma; pero él, bien hallado en sus vergonzosas delicias, no quería responder, y á Dios sordo se hacía. Hallábase tan metido en la impureza, que, no acertaba á salir, semejante á la avecilla que quedó envuelta en la peligrosa red, que entre las pintadas flores el cazador cautelosamente le puso; y lo peor era que estando preso, no solo en la red, sino en la tupida jaula del delito, vivía gustoso, y pasaba entretenido las noches y los días. En ese estado, todas las cosas, á que echaba mano, se le frustraban, no hallando logro en conveniencia alguna, ni descanso en sus mayores gustos. Andaba Dios con él como luchando en campal contienda; Dios le atajaba los caminos de la culpa, y él por esos caminos corría precipitado; Dios quería embarazarle los medios de su perdición, y él si un medio se le frustraba, procuraba otro. Esto hacía Dios con él; pero él, nada experto en los caminos de Dios, juzgaba casualidad, ó como solemos decir poca fortuna, lo que solo era divina providencia. Que somos tan ignorantes los hombres, que si pretendemos alguna cosa, que ha de ser condenación de nuestras almas, y no la conseguimos, porque

Causa de su perdición.

Avisos de Dios.

Dios, viendo que ha de ser para nuestra perdición, con su misericordia nos la embaraza; luego decimos que somos desgraciados, y que en lo que solicitamos no tenemos la menor fortuna.

El los desoye.

Viendo el Señor que el viciado corazón de Pedro no se rendía á los blandos toques de su gracia, empleó en él la vara del castigo, en este caso, que él mismo con toda aseveración contó, siendo religioso, á otro P. de nuestra orden, digno de todo crédito, el cual por sus prendas constituído hoy en dignidad, me lo refirió, asegurándome, que se lo había oído muchos veces, y es como sigue: Hallábase Fr. Pablo en cierta ocasión con Sebastián Patrón, su hermano, y otros cuantos amigos en un sitio despoblado, en el cual fueron repentinamente asaltados de unos Indios feroces, que los cercaron con algazara, los aprisionaron y atándolos á los duros troncos de unos árboles, bárbaramente crueles, armaron sus violentos arcos, y haciendo blanco en ellos, los asaetearon, penetrando los endurecidos arpones ya los pechos, ya los rostros, y ya las turbadas entrañas de aquellos jóvenes afligidos. Todos murieron, menos nuestro Pedro, á quien no dispararon sus venenosas flechas, quizá para que fuese su pena más crecida, como de hecho lo fué, viendo despedazar á sus ojos, no sólo á sus amigos, sino también á su querido hermano, que á impulso de las saetas, entre mortales parosismos y multiplicadas congojas, rin-

Dios lo castiga

dió el vital aliento, rubricando con su sangre la menuda arena, y atravesando con su agonía el corazón de su hermano. Este, atado al árbol, esperaba por puntos el último lance de su vida, y aún ya le parecía que despedida del inclemente arco oía el silbo de la flecha, que rompiendo el aire, su pecho penetraba; pero los bárbaros, tal vez más encruelecidos con él, lo desataron del tronco, y con alborozada gritería lo entraron de tropel en los greñudos senos de la montaña. Leváronlo á lo más intrincado y espeso de la breña, donde en unas pajizas y mal compuestas chozas, tenían unos ídolos de piedra, con alguna semejanza de serpientes; así que entraron en aquel idólatra panteón, desnudos como estaban, formaron con algunas mujeres que allí había una danza, que más parecía de espíritus malignos que de personas humanas; y con gustosa algazara, danzaron en circuito de los profanos altares.

Suceso horrible.

Absorto miraba Pedro esta bárbara superstición, esperando que lo ofreciesen por sacrificio á aquel ídolo, cuando llegándose, á él una mujer anciana, le echó mano á la barba, y levantándole el rostro arriba, le echó en la boca, y le hizo beber cierto licor, con el cual quedó absolutamente privado de sentido. Lo que hicieron después con él, donde lo llevaron y quién lo libró de manos de aquellos indios, él mismo no lo supo, porque cuando pasó la embriaguez larguísima producida por aquel licor ve-

Lo secuestran los indios

nenoso, volvió en su sentido como quien despierta de un profundo letargo; abrió los ojos, y se halló en una cama blandamente mullida y con primor aseada. Turbóle la novedad; incorporóse en ella, tendió la vista, vió sillas, bufetes, cuadros, y por último conoció, que estaba en un aposento decentemente amueblado. Aquí, confusamente admirado, quedó en un piélago de dudas sumergido; parecíale que soñaba; pero lo desengañaba la realidad de lo que veía: tentaba la cama, tentaba la ropa, y como buscándose á sí propio, le parecía que no se hallaba. ¿Qué es esto? decía admirado: ¿No estaba yo ahora en la montaña? ¿No estaba rodeado de aquellos bárbaros Indios? ¿No estaba esperando por puntos la muerte más rigurosa? Pues, ¿qué es esto? ¿Cómo me hallo desnudo de mis vestidos? Cómo me hallo en este mullido lecho? Cómo estoy con vida? Quién me ha traido aquí? ¿Qué metamórfosis es éste? Quién de un extremo tan impío á otro tan piadoso me ha trasladado? Sin duda que sueño; pero nó, que es realidad lo que veo! Entre las inquietas olas de confusiones tantas naufragaba el pobre joven, cuando sintió la emparejada puerta; asustóse, juzgando que venían los carniceros Indios; hízose todo ojos para mirar, y vió entrar con pasos lentos un hombre, que por el traje parecía Eclesiástico. Apenas lo vió, cuando con asombrada y repentina voz le preguntó: Señor, quién

Misterios del secuestro.

Donde fué á parar.

es usted? Sosiéguese usted, (le respondió el Eclesiástico), que quién yo soy lo sabrá luego: dígame antes á mí quién es, y qué accidente le dió, que así estaba en aquel camino? ¿Qué camino, ó què accidente me pregunta? Yo no sé de mí más, sino que estaba esperando la muerte, y ahora me hallo con la vida en paraje tan distinto, que más que realidad me parece sueño de mi fantasía. Díjole entonces el Eclesiástico. Yo soy cura de este pueblo, y viniendo esta mañana de un lugar, que está lejano, en medio del camino, ví un hombre atravesado, descompuestamente tendido en la arena; juzgué que estaba muerto, y para certificarme, me acerqué al que por cadáver tuve, y hallé á usted, que aunque parecía difunto, por los pulsos y algo de respiración, conocí que estaba vivo; compadecime de su desgracia, y considerando que sería algún accidente, como pude, lo puse en mi caballo, trájelo á mi casa, acostélo en esta cama y saliendo á buscar quien le aplicara algunos remedios, vuelvo ahora, y me hallo á usted, cuando lo esperaba difunto, absolutamente vivo.

Providencia de Dios.

Esto es lo que con Vd. me ha pasado, ahora dígame el accidente, que ha padecido. Admirándose de nuevo Pedro, por ignorar quién de los Indios le había librado y puesto en aquel camino, le contó al Eclesiástico todo lo que le había pasado, hasta que bebió el licor; y ambos juntos dieron gracias á Dios por los

Como se vió libre.

beneficios y misericordias que como Padre clementísimo con él había usado. Su enmienda.

Este suceso hizo que Pedro pensara sériamente en la salvación de su alma, y así dió de manos al vicio y empezó á vivir cristianamente, con los consejos y documentos que le dió aquel buen sacerdote, en cuya casa estuvo hasta que convaleció; y hallándose ya repuesto de los trabajos padecidos, dispuso su viaje, y se partió para la casa de su tío.

Así que llegó á ella, viéndole su tío sin ejercicio alguno, determinó encargarle sus dependencias, ya para descanso suyo, ya para interés propio de su sobrino: armóle una fragata de las que llaman de trato, para que navegando desde Campeche á la Vera-Cruz, y á otros puertos de la nueva España, llevando frutos y mercancías, las vendiera ó cambiara por otras, y no sólo se ocupase en aquel ejercicio, sino que también lograse con el trato algún interés para utilidad suya. En este nuevo ejercicio experimentó muchos azares, pues hubo ocasión en que á mitad del viaje le sobrevino una calma, que durando muchos días, fué causa de que los mantenimientos se disminuyeran: la gente de mar impacientes de la falta que experimentaban, le acumulaban á su capitán la culpa, diciendo que por su descuido en embarcar más víveres, se hallaban próximos á perecer; proseguía la calma, crecía la hambre, y los mantenimientos con el contínuo gasto (aunque muy escaso,) se iban Se dedica al comercio

acabando: la aflicción era mucha, la congoja grande, y al paso que esta crecía iba también creciendo la murmuración contra su capitán. Este, reconociendo su peligro, empezó á temer, y considerando que sólo Dios era el último remedio, para subvenir á aquella necesidad, por ser el que manda al mar y á los vientos, se encerraba en la cámara de popa, para orar, y haciendo de embreados cordeles unas disciplinas, se azotaba fervoroso, castigando sus carnes y pidiendo á Dios con clamores y gemidos el viento favorable que necesitaban. Esta penitencia hizo varios días, hasta que compadecido Dios de la necesidad, les dió viento favorable y concluyeron su navegación.

Sus peligros en el mar.

En otras muchas ocasiones padeció riesgos y peligros, ya de tormentas, ya de calmas, ya de piratas y corsarios que surcaban aquellos mares; con éstos tuvo choques diferentes, hasta que por último encontró con unos tan poderosos en fuerzas, que embistiendo á su embarcación, la abordaron; abordada, la cogieron, y cogida, trataron tan mal á Pedro y á los que con él iban, que no contentos con la presa de la nao y mercancías, les quitaron los vestidos, y desnudos, los arrojaron en unos despoblados, donde se vieron precisados á alimentarse con yervas y raices, hasta que caminando por aquel desierto, vinieron á ser prisioneros de unos indios, los cuales llevando á nuestro Pedro á sus rancherías, se sirvieron de él como de esclavo. Allí anduvo

Lo apresan unos piratas.

descalzo de pie y pierna, vestido solo de unos calzones de lienzo crudo, y todo el día lo hacían estar moliendo tabaco, maíz y otras cosas necesarias, siendo su alimento tan desabrido y escaso, que apenas se podía sustentar. En este miserable cautiverio pasó algunos días, hasta que se orientó y pudo huir á un pueblo de españoles, donde lo recogió en su casa un amigo de su hermano; y viéndolo cansado de los trabajos de Indias, y deseoso de volver á su patria, le dió lo necesario para el viaje, y se vino á España. ¡Oh miserias de esta vida! ¡Oh rueda mudable de la engañosa fortuna! ¡Oh ideas de los hombres, cuantas veces os lloráis fallidas! ¿Quién le dijera á Pedro, cuando á las Indias navegaba, ansioso por conseguir riquezas, que en lugar de las riquezas que esperaba, había de tener el cautiverio que no se presumía? ¿Quién la había de decir que donde esperaba conseguir fortuna, había de experimentar la mayor desdicha? ¿Cómo había de pensar él, cuando navegaba á las Américas, deseoso de conseguir riquezas, gustos, glorias y deleites de este mundo, que volvería á España, no sólo sin haberlo conseguido, sino también, después de muchos trabajos padecidos, pobre, desvalido, menesteroso y necesitado? Pues, así volvió á su patria y desembarcó en Cádiz, donde fué recibido de su madre con mucho gusto. Cortejáronle sus amigos, visitáronle sus parientes; y todos de sus pasadas miserias se condolían; sólo

Fin de su cautiverio.

Vuelve á Cádiz.

él no se tenía lástima; pues debiendo escarmentar de los trabajos padecidos y reconocer que eran avisos de Dios, los tenía por casualidades; en vez de mejorar su vida volvió á sus devaneos antiguos. Entregóse á la gala y profanidad en el vestido, y cada día echaba una gala nueva, costeada á expensas de la afligida madre; que suelen estas ayunar lo que los hijos desperdician. En los entretenimientos era el más común, en los paseos públicos el más ordinario, y en todo lo que podía ser de gusto á los sentidos, el primero. Sentía la piadosa madre ver á su hijo tan divertido y dábale saludables consejos; pero él, abriendo sus oídos á las voces del apetito y cerrándolos á los clamores de su madre, era sordo para éstos.

Vida que emprendió.

Así pasaba la vida nuestro Pedro, cuando puso su afición en una doncella de todas prendas adornada. Declaróle su deseo de tomar estado; vino en ello la doncella, y dando parte á sus hermanos, todos entraron gustosos en el casamiento; sólo Dios parece que se disgustaba de él, no porque el vínculo del matrimonio sea desagradable á Dios; sino porque á Pedro lo tenía su altísima providencia destinado para ministro suyo, que fuera apóstol suyo en la orden capuchina, á cuyo seno lo llamó Dios con el extraño suceso que se dirá en el capítulo siguiente.

Sus pensamientos



CAPITULO XXVIII

Vocación, noviciado y estudios del V. Siervo de Dios.

Cuando más enamorado y distraído se hallaba nuestro joven, llegó el tiempo de Semana Santa, época en que con repetidas y ordenadas procesiones se nos representa en devotas imágenes todo lo que por la salvación del mundo padeció nuestro dulcísimo Jesús; y Pedro con los ardores del joven, sabiendo, que su futura consorte había de estar en un balcón viendo estas procesiones, se vistió una túnica, descalzose los pies, cargó sobre sus hombros una muy pesada Cruz, y de esta suerte, haciendo profano lo penitente de aquel traje, fué á ser visto de ella, que ya avisada la tenía. Cargado, pues, con su cruz iba nuestro hombre mirándose á los pies, jactándose de su blancura y enseñándolos con frecuencia, cuando llegó á la calle donde estaba la doncella objeto de su locura, y al emparejar con su balcón, cuando más iba deseoso de ser visto, y más adelantando el paso para que el pie se descubriese, sin saber cómo, se le enredó la túnica en los pies, y sin poderlo remediar cayó en un asquerosísimo cenagal, que en la calle había; se fué á levantar, y

Vanidad de ntro. jóven.

Dios lo confunde.

volvió á caer, hasta que todo revolcado en aquel inmundo cieno, arrojando de sí un pestilente hedor, hecho un manantial de inmundicia, salió del cenagal, á vista de su estimada prenda, desde los pies á la cabeza tan enlodado, tan sucio, tan hediondo, que unos huían de él, otros con vilipendio lo apartaban de sí, y los muchachos con grita y algazara, dándole vaya, lo seguían. Fuese á su casa, en gran manera confuso, entró en ella, desnudose la túnica, limpiose lo mejor que pudo y púsose á descansar del trabajo padecido. Luego se puso á considerar el cuándo y el dònde de su caída y como era tanta la viveza de su entendimiento, no le fué dificultoso conocer que aquella que parecía casualidad, era misericordioso aviso de Dios. Recogióse dentro de sí, y viendo la mano de Dios en aquel suceso, prorrumpía en semejantes acentos: ¡Oh Señor! si me hubiera muerto allí, qué fuera de mi alma? Si hubiera entonces perdido el vital aliento, dónde estuviera ahora? Condenado por una eternidad! Luego ha sido misericordia de Dios el haberme dejado la vida: pues, si no la enmiendo, ¿qué cuenta se me pedirá?

Cáese en un charco.

De esta suerte iba la gracia enterneciendo la dureza de su corazón, y pasando más adelante, le inspiraba el desprecio del mundo, el amor de la virtud, desasimiento de todo lo temporal, y anhelo à todo lo divino. Rumiaba el ya desengañado varón en lo interior de su

Inspiraciones de Dios.

pecho los trabajos que había padecido, los peligros en que se había hallado, los riesgos de cuerpo y alma que tantas veces le habían combatido, y cotejándolos con lo apacible de la virtud, con lo sosegado de la buena conciencia, y con lo seguro de la gracia, anhelaba ya por esta, y temía volver á aquellos. Por otra parte miraba también la hermosura de la virtud, y considerando que si al principio causa algún amargor, llena después el alma de dulcedumbre, ansioso la deseaba: hacía concepto de que al modo que los deleites pasados, como leve sombra se desaparecieron, dejando sólo impresa en su alma la huella de la culpa; así también los que quisiera gozar en adelante se pasarían, como los otros se pasaron, y sólo dejarían por señal de haber estado el execrable delito. Consideraba también, que la observancia de los divinos preceptos, si al principio le fuera dificultosa, con la costumbre santa se le haría fácil, y así resolvió, llorando el tiempo perdido, gimiendo las culpas ya pasadas, servir á Dios, observar sus mandamientos, amar la virtud, y abrazar una religiosa y penitente vida. Discurriendo donde tomaría puerto seguro el bajel de su deseo, después de tantas borrascas padecidas, le inspiró el Padre de las lumbres entrar en nuestra sagrada religión de los capuchinos, á cuyo dulce y amoroso llamamiento, dando grato oído, determinó con la brevedad posible des-

Afectos interiores.

Llamamientos divinos

nudarse las galas peligrosas de este siglo, y vestirse el seráfico sayal. Dió parte de esta determinación á la doncella con quien quería casarse; y ella dijo, que como él se entrase religioso, ella también tomaría el velo, lo cual ejecutó en un austerísimo convento de Cádiz, cuando supo que Pedro se había vestido el hábito de los capuchinos, y perseveró en la religión toda su vida con grandes créditos de virtud. De esta suerte sacó Dios dos almas para sí, de la conversión de nuestro joven, haciendo que dos se levantasen de sóla una caída.

Su vocación.

Resuelto ya á ser capuchino, pidió el hábito á nuestro P. Provincial, y éste, después de probar bien su vocación, lo envió al noviciado de Sevilla, donde vistió el hábito de nuestra sagrada Religión de mano de Fr. Eusebio de Granada, maestro de novicios, el año de mil seiscientos y setenta y seis, siendo de 36 años, edad competente para ejercitar con fervor y varonil aliento las armas de la luz, que fervoroso se vestía. Estas armas de la luz son las obras de la fe, de la gracia y de las virtudes, con las cuales así en ofensiva como en defensiva pugna, se pelea contra los tres mortales enemigos del alma, mundo, demonio y carne.

Estas son también las armas que cuando algún novicio toma el hábito, se le dan al tiempo mismo, que se lo viste, y son la regla de nuestro Seráfico Padre

Viste el hábito capuchino.

San Francisco, la disciplina, y el rosario que como ordinariamente le dicen, cuando se las entregan, son armas para batallar contra los tres enemigos del alma. Con la regla y sus preceptos se pelea contra el mundo y sus vanidades; con la disciplina y sus rigores se batalla sobre la carne y sus delicias; con la oración, significada en el rosario, se contiende contra el demonio y sus astucias; las cuales armas de luz, recibidas por nuestro novicio cuando el hábito se vistió, no las tuvo ociosas, antes sí, considerándose con ellas valerosamente armado, ejecutó constante contra el demonio la oración, contra la carne la disciplina, y contra el mundo la regla; siendo con estas armas en repetidas luchas tan afortunado, que con la dirección y preceptos de la regla, consiguió del mundo muchas victorias; con el rigor de la disciplina derrotó á la carne en mil batallas: y con lo fervoroso de la oración obtuvo del demonio mil victoriosos triunfos.

Sus propósitos

Es costumbre de nuestra sagrada Religión mudarle el nombre al novicio, para que no le quede ni aún el nombre del siglo. Quitáronle, pues, á nuestro fervoroso novicio el nombre de Pedro, y le pusieron el de Pablo, para que imitara á este apóstol de las gentes en su celo por la gloria de Dios. Vestido ya nuestro novicio del seráfico sayal, armado con las armas de la luz, é intitulado con el nombre de Pablo, empezó á correr fervoroso por el camino de la perfección

Muda de nombre.

en el año del noviciado. Deseoso de adquirir virtudes, miraba con atención á los ancianos, para seguirlos: atendía á los mancebos, para imitarlos: observaba á los jóvenes, para aprender de ellos; y á todos se ponía por dechado, y de esta suerte con edificación y aceptación común de aquella familia, habiendo cumplido el año de noviciado, profesó con gran júbilo de su alma, y consuelo de su espíritu en manos del P. Buenaventura de Ocaña, guardián que era entonces de aquel convento, el día veinticinco de Junio del año de mil seiscientos setenta y siete. Profesó, como se ha dicho, é inmediatamente lo pusieron al estudio de la Filosofía, palestra, donde aún los más recogidos suelen algún tanto dejar descansar las armas de la virtud, por ejercitar las de las letras. Pero no así Fr. Pablo, porque, aunque debajo de la bandera literaria alistado se hallaba, no por eso omitió las armas de las virtudes especialmente las de la caridad. Estudiaba, como estudiaban todos; pero asistía á los enfermos, como ninguno los asistían. Las ocupaciones de la ciencia no le embarazaban las obras de caridad; antes sí, estas con aquellas tanto se daban las manos, que parecía que estudiaba en las obras de caridad, ó que ejercía éstas cuando estudiaba. Sin faltar á las obligaciones de la una, se ocupaba en los ejercicios de la otra; de tal modo, que no se distinguía, si la caridad en él era estudio ó el estudio era caridad. Visitaba muy

Su noviciado.

Su profesión.

amenudo los enfermos, limpiábales los vasos inmundos, hacíales las camas, y al que estaba triste, con mil discretas razones alegraba; al que estaba afligido, con religiosas palabras divertía; al que estaba alegre, en su alegría modestamamante lo acompañaba; pudiendo decir con su titular patrón S. Pablo que con los enfermos se hacía enfermo, siéndoles con esto á todos los enfermos de consuelo tanto, que el nombre que comunmente le daban era el de madre, llamándole madre á boca llena, y diciendo cuando venía; ya viene nuestra madre, ya llega la madre de los enfermos.

Su vida de Corista.

Era Fr. Pablo en esta asistencia á los enfermos, no aceptador de personas, como culpablemente suelen hacer algunos, sino uno mismo para todos, y para cada uno todas las cosas. Lo mismo era para él que el Provincial fuese el enfermo, ó que lo fuese el más humilde donado; porque como no miraba á las personas que asistía, sino á Cristo en sus enfermos; con la misma puntualidad, cariño y agasajo que al uno, asistía también al otro.

Hurtábale al estudio algunos ratos, y se iba á la huerta, donde cogiendo variedad de flores, las llevaba á las celdas de los enfermos, y adornándoles con ellas la mesilla y los estantes, los recreaba, ya en lo corporal, con la apacible vista y olor agradable de aquellos naturales ramilletes; y ya en lo espiritual, haciéndoles levantar el espíritu al cielo, formando

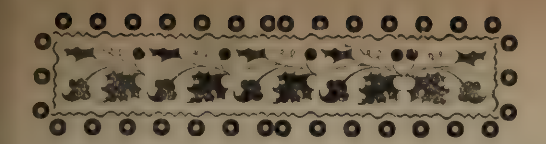
Su caridad con los enfermos.

escala de aquellas hermosísimas criaturas, para contemplar la hermosura florida del Criador.

Comienza á predicar.

Comenzó á predicar siendo todavía corista, no por que le faltase edad natural para los órdenes Sacros, si porque no había cumplido los siete años de religión, que para recibirlos piden nuestras Sagradas Constituciones; porque habiéndolo puesto al estudio acabado de profesar, teniendo ya el curso más de dos años, cuando Fr. Pablo entró en él, por haber en el siglo estudiado la Filosofía, cuando el curso cumplió los siete años, todavía Fr. Pablo no tenía de religioso siete, y así acabando de corista el curso, la predicación también la principió corista, y en ella brilló del modo que ahora diremos.





CAPITULO XXIX

Predicación y virtudes del V. P. Pablo de Cádiz.

Tuvo nuestro V. para la predicación dotes excelentísimos. Había sido en el siglo ingeniosísimo y muy elegante poeta, llevándose en los académicos certámenes, á que solía asistir, no sólo el general aplauso, sino también los más singulares premios; y como esta elocuencia crecía con él desde la infancia, no le fué posible desprenderse de aquella ni en lo maduro de la edad, ni en lo austero de la religión. A esta natural facundia se le llegaba el temor de ser confuso en sus sermones, porque conocía que la palabra de Dios no se había de proponer al pueblo, de modo que después de escuchada, no fuese entendida; y también le atemorizaba el considerar que las palabras que deleitan el oído, como de allí no pasan, no endulzan el corazón, antes sí, llevándose el oído toda la dulcedumbre, dejan el corazón en amargura; y así entre las flores de su elocuencia escondía las espinas de las verdades desnudas. Hablando con él muchas veces á este propósito, con su acostumbrada gracia me decía: Salga V. C. á la plaza, verá algunos hombres que venden fruta,

Sus dotes de orador.

Su elocuencia

Símiles. que las cestas las tienen coronadas con bellas flores. Lléguese á uno y dígale: Amigo, á cómo vende estas flores? Y le responderá: Padre las flores yo no las vendo. Pues para qué las tiene aquí? Para que atraídos de lo bello y hermoso de las flores, vengan y se lleven el fruto. Pues, lo mismo (proseguía Fr. Pablo) hago yo con estas flores, que por ser nativas no puedo arrancar de mi estilo; sácolas á lo público, no para que me las compren y con ellas se deleiten, si para que de ellas atraídos, lleven el fruto de la palabra divina. (Téngase presente que es el V. P. Isidoro, quien esto escribe).

Cuando fué sacerdote y empezó á confesar y dirigir almas, cuidaba tanto de ellas, que el remedio de éstas lo anteponía al descanso de su cuerpo; fué siempre vigilantísimo en el confesonario, pues, como experimentado, conocía que la sacramental confesión era el Jordán donde el pecador, bañándose en las aguas de su propio llanto, se limpiaba de la lepra de la culpa; y para que la multitud de los penitentes, no estorbase la buena marcha del confesonario, como sabía lenguas extrañas, ponía cada día sobre la puerta de una pieza pequeña del claustro del convento de Cádiz, donde solía confesar, un rótulo que decía: Hoy se confiesan italianos: otro día, hoy se confiesan flamencos; otro día ponía

Su confesonario. otro que decía, hoy se confiesan franceses; y de esta suerte, para obviar la confusión precisa en la multitud, iba por

los varios días de la semana, poniendo varios títulos, que llamaban al confesonario las diversas naciones, cuyos idiomas entendía.

Fué gran confesor.

No se contentaba con las confesiones, que dentro del claustro hacía, aunque eran muchas, sino que también, anhelando su caritativo corazón por ganarle á Dios más almas, se iba a las cárceles, exhortando á los presos á que se confesasen, prometiéndoles á todos de parte de Dios misericordia y perdón de sus delitos. Iba también á las casas de los enfermos, y á vueltas de la caridad, que con algunos regalos les hacía, les sanaba las conciencias, heridas con los afilados aceros de la culpa; aunque fuese el pobre más desdichado, aunque fuese el mendigo más miserable, y aunque fuese el sujeto mal vil de la república, no se dedignaba de ir á su casa, cuando sabía que estaba enfermo; antes él mismo se convidaba á asistirlo, porque como no miraba distinción en las personas, sino que en todos consideraba á nuestro Redentor Jesucristo, á todos con caridad los miraba é igualmente les asistía. Cuando sabía que se había introducido algún abuso ó costumbre escandalosa, al punto en alas de su caridad volaba á solicitar el más eficaz remedio. Habíase introducido en la ciudad de Cádiz, como en otras muchas de nuestra Andalucía, la costumbre de la pedrea, en el campo que hace frente al hospital del Rey, donde acudían, no solo los muchachos, como

Su celo con los enfermos.

Persigue los abusos.

en otras partes suele suceder, sino también mancebos muy robustos, los cuales partido el campo entre dos opuestos bandos, primero con duras piedras, de fuertes hondas disparadas, animosos se daban la batalla, y encendiéndose al crujido del grosero camaño la pelea, abandonadas las piedras, y las hondas recogidas, empuñaban los aceros: y avanzándose los dos opuestos bandos, se experimentaban cada día mil desgracias. Hirió este abuso el caritativo pecho de Fray Pablo, y una tarde, pedida licencia al Prelado, cubriendo con el manto una imágen de Cristo nuestro bien crucificado, se fué al hospital, donde hizo que á la puerta le pusiesen una mesa; y al tiempo que comenzó la pedrea, apareció sobre la mesa Fr. Pablo y á su lado el compañero con el venerando crucifijo; y á los ecos de una companilla y dos ó tres saetas penetrantes, empezó su sermón con tal fervor que apaciguando la pelea, quedó el campo de batalla convertido en oratorio. Predicóles con fervorosos alientos y concluyó el sermón, exhortando á que dejasen aquel abuso, y pidiéndoles por aquel Señor crucificado, que ya enarbolado tenía, que en señal de arrepentimiento y de que nunca más volverían á la pedrea, le entregasen las hondas. Cosa digna de admiración! Apenas había dicho estas últimas palabras, cuando aquellos ánimos que habían estado tan enconados, se hallaban tan compungidos, que á porfía procuraba cada cual

Corrige malas costumbres.

ser el primero que le entregase su honda; unos se la daban en la mano; otros se la echaban á los pies; este por cima de las cabezas de los otros la arrojaba; aquél por entre la gente la despedía; y todos con prontísima obediencia se las entregaron; las cuales recogió el caritativo varón y entonando el rosario de María Santísima, vino al convento con toda aquella turba de gente, cantando alabanzas á la que siempre fué pura; y el virtuoso varón entregó las hondas, que pasaban de trescientas al Prelado.

Predica la paz.

Se habían también introducido en Cádiz mil cantares deshonestos: opúsose Fr. Pablo á este infernal abuso, predicó contra él, y del todo lo desterró, introduciendo en su lugar cantos divinos en elogio de María Santísima; y cuando encontraba á los muchachos en la calle, les aconsejaba que nunca más cantasen coplas deshonestas, sino que se divirtiesen con los cantares sagrados, que él les daba á cantar.

De este antecedente de Fr. Pablo, opuesto tanto á los cantares impuros, se puede deducir la oposición que tendría a la torpeza, y la caridad con que procuraría, llevado del celo de las almas, sacar de tan cenagosa inmundicia á los que en ella vivían. Apenas tenía noticia de algún amancebamiento, cuando volaba á solicitar el remedio; hablábales cariñosamente, procurando con suavidad y blandura sacarlos del delito, y si esto no bastaba, reprendíalos fervoroso:

Destierra los cantos lascivos.

Persigue la torpeza.

si eran personas que se podían casar, les rogaba que contrajesen el santo matrimonio, y solicitaba todos los medios necesarios para este fin, hollando dificultades, venciendo imposibles, y desviando peligros; y de esta suerte fueron innumerables los que sacó del abismo de la culpa. Si no podía conseguir que se casasen, disponía que se dividiesen usando para esto ya de agradable cariño, ya de severidad rigurosa, con lo cual consiguió innumerables conversiones de almas que por muchos años aprisionadas en la villana cadena de la sensualidad, lograron la libertad más felíz. No sólo del cieno de la lascivia sacó á muchos, sino que también de otros reprensibles vicios, porque como era universal el odio que á la culpa le tenía, así era universal remedio para los vicios todos. Si oía maldecir á alguno, al punto ásperamente lo amonestaba; si oía murmurar á otro, al instante discreto lo corregía, variando la conversación ó hablando bien, ó excusando al ausente, de quien se murmuraba: si veía algún iracundo, con gran dulzura lo amansaba; si sabía que había enemistades entre algunas personas, al momento los reconciliaba, siendo casi infinitas las amistades que hizo, los odios que apaciguó, y los rencores que compuso; y así venían a él los que en las enemistades querían composición, para que los ajustase. Si á la doncella, por haberse casado á disgusto de sus padres, le negaban estos el habla,

Combate los vicios.

venía á Fr. Pablo, y él los componía; si los hermanos, por la partición de la heredada hacienda, se hallaban encontrados, venían á Fr. Pablo, y él los ajustaba; si los casados por algunas desazones reñían, venían á Fr. Pablo, y él los volvía á su amistad antigua, y finalmente era un iris de paz que Dios había puesto en la Iglesia, para que todos por su medio, consiguiesen la tranquilidad más pacífica, llevándose por esto á las veces muchas desazones y disgustos, los cuales posponía á la salud de las almas, tanto. que por sacar él á un hombre de pecado, padecería, si fuera menester, penas, disgustos, pesares y tormentos muy crecidos. Fr. Pablo, con las aguas de su caridad, no sólo sacaba las almas del asqueroso y vil estado de la culpa, sino que también procuraba hermosearlos con soberanas virtudes. Aconsejábales que se ejercitasen en la oración, fortísimo muro contra los soberbios asaltos del demonio; y los exhortaba á que despreciando las pompas vanas, castigando el cuerpo y ejercitando la virtud, corriesen por el camino de la perfección cristiana. Si tenía noticia de que alguna persona ó no asistía á los sermones, ó no oía misa, ó no frecuentaba los templos, por falta de vestido á su estado competente, lo más presto que podía le buscaba lo necesario, para que rota esta cadena que la ligaba, á la Iglesia con libertad asistiese.

Fué pacificador de todos.

Cela el bien de las almas.

En una ocasión estaba una mujer que-

jándose con una amiga suya de que no tenía manto para ir á misa: pasose esta conversación, y en breve entró Fr. Pablo; saludólas cortés y religiosamente, y díjole en secreto á la persona con quien la pobre se había quejado: Un impulso me ha dado de buscarle un manto á esta señora, porque la considero pobre. Ay, padre Pablo, (replicó ella) ahora se estaba lamentando conmigo que no tenía manto para ir á misa. Pues yo se lo buscaré (dijo Fr. Pablo)y se despidió. Díjole entonces la amiga á la pobre: Le ha dicho V. al padre Pablo que no tiene manto? No lo he dicho á alguien, (replicó) porque solo con V. me he lamentado de mi pobreza: y ambas quedaron admiradas de que sin tener Fr. Pablo noticia de tal cosa, lo hiciese por el impulso interior conocido; y mucho más se admiraron del celo con que solicitaba el bien de las almas, cuando al tercero día le llevó el manto á la pobre, para que por defecto suyo no dejase de asistir al santo sacrificio de la misa.

Socorre á los pobres.

El amor que tuvo á la pobreza fué mucho, conociendo, que ésta en el fraile menor es solidísimo fundamento, sobre el cual se fabrica la altísima torre de la virtud. El hábito que ordinariamente traía, era viejo, por muchas partes remendado y cosido sin el menor aseo; porque, como decía, quién jamás ha visto primores en la mortaja? Las alhajas de su celda se reducían á un breviario, unas diciplinas y una descarnada cala-

Su amor á la pobreza.

vera, espejo en que se miraba difunto. A esto se reducían sus alhajas, y con ellas estaba más contento que los príncipes del mundo con los tesoros mas ricos, por que consideraba que al paso que todo lo despreciaba, todo lo poseía; pues es cierto, que es más rico el que nada apetece, que quien mucho goza y más desea. Sus albajas.

Como eran tantos los devotos y aficionados que tenía, eran también muchos los dones que le franqueaban; pero él nada recibía, sino sólo aquello que lícitamente, según nuestro pobre estado, podían usar otros religiosos; y si le enviaban algunas cosas comestibles, entre viejos necesitados y enfermos las repartía. Mucho tiempo trajo un áspero cilicio arrimado á las desnudas carnes, y no contento con el que el hábito en su aspereza le ofrecía, buscaba otro que más crudamente lo atormentase. Cuando se ejercitó en las misiones, aumentó los rigores, pareciéndole que el predicador que quiere reprender vicios, ha de castigar en sí las culpas. Ciñóse á la cintura un cruelísimo cilicio de puntas aceradas, que entre sí propias entretejidas, formaban para la mortificación de la carne un áspero instrumento.

Los jueves en la noche hacía los ejercicios, que señala la Venerable madre María de la antigua, en que se contempla la pasión de nuestro Redentor Jesucristo, meditándola por sus pasos sucesivamente, como su Majestad la sufrió; y Su mortificación.

para más imitarle se van ejecutando los lances de ella; y así Fr. Pablo, para cumplir con este ejercicio sobre todos santo, empezaba desde la cena, y cuando llegaba á la oración del huerto, se postraba, pegando su rostro con la tierra, y así meditaba un rato las agonías, oración y sudor de sangre de Jesucristo. Cuando llegaba á la prisión, donde á su Majestad con asperísimas sogas lo aprisionaron, él se ponía las manos atras, como si las tuviese ligadas y andaba de rodillas un buen trecho, contemplando los pasos que el Señor dió aprisionado desde el huerto hasta la casa de Anás. Al contemplar la afrentosísima bofetada que con sacrílega mano le dieron al Señor, él se hería sus mejillas con bofetadas muy crueles; desde allí pasaba en la misma forma al Pretorio, de este á Herodes, volvía á casa de Pilatos, donde al contemplar á su Majestad azotado en la columna, él se azotaba rigurosamente; despuès al considerar al supremo Rey coronado de espinas, se ponía él sobre la cabeza una corona de espinas penetrantes, que ciñendo con sus afiladas puntas las sienes, mucho lo lastimaban: luego al contemplar á su Majestad sentenciado, ligado y con la cruz acuesta por la calle de la amargura, se echaba una soga á la garganta; cargaba sobre sus hombros una gruesa y pesada cruz, y con ella andaba la estación hasta el calvario, en cuyo amarguísimo camino caía tres veces, precipitándose al suelo con violencia tanta que se lastimaba bas-

Pasa las noches orando.

Su penitencia

tante, porque con el golpe de cada caída le punzaban más las espinas, y la cruz cargaba más sobre sus hombros; después de lo cual acababa de contemplar la acerbísima muerte, dolorosa crucifixión y lastimoso expirar del Redentor de la vida. Este ejercicio, empezándolo el jueves á prima noche, lo finalizaba el viernes de madrugada; y en él sentía mucho provecho espiritual, pues atraído del Señor corría tras los aromáticos olores de su pasión dolorosa.

Imita la pasión de J. C.

En estos ejercicios santos le inspiró el Señor que se consagrase al ejercicio de las misiones por los pueblos de Andalucía, y manifestando al P. Provincial sus deseos, éste lo asignó por compañero del V. P. Feliciano de Sevilla, varón verdaderamente apostólico, que conmovía á la sazón los pueblos con su ardiente predicación; y con él empezó nuestro V. Pablo su apostolado por los pueblos, de la manera que ahora diremos.

Dios lo llama á las misiones





CAPITULO XXX

Apostolado de nuestro V. por los pueblos de Andalucía

Unido ya Fr. Pablo con su compañero, pusieron la mano al arado, y sin mirar atrás, se hicieron aptos para el reino de Dios. Era el compañero de Fr. Pablo muy experimentado en la misión, por el mucho ejercicio que en ella había tenido, y como tal conocía que los pecadores eran como los muros de Jericó, que se necesitaba tocarles espantosísimas trompetas, para que de su culpa cayesen; y así predicaba con horrorosas amenazas, trayendo dichos y sentencias de santos en gran manera terribles, confirmando sus sermones con temerosos ejemplos; si bien amorosamente convidaba con el perdón á los pecadores, y de parte de Dios les prometía misericordia. Al contrario, Fr. Pablo era cariñosísimo, tenía unas entrañas compasivas, llenas de dulzura y amabilidad, de cuya nativa mansedumbre piadosamente llevado, le parecía que aquel modo de predicar de su compañero no era á propósito para ganar almas á Dios, juzgando que espantados los pecadores de aquellas amenazas, no asistirían á los sermones, y así se quedarían en sus culpas obstina-

Su maestro.

Como predicaba.

Temores del P. Pablo.

dos; y solía decirle al compañero que se templase en las rigurosas amenazas que á los pecadores hacía, y que con más suavidad les propusiese la divina palabra, queriendo que los dos fuesen por el camino de la dulzura y amor. Propiedad de corazón generoso, que como á este le cautiva el amor más que el temor, y la dulzura lo atrae más que los rigores, juzgando por su corazón el ajeno, le parecía á Fr. Pablo que los pecadores más bien se habían de dejar prender en la dulce red del amor, que en las ásperas cadenas del temor. El Compañero, conociendo que aquel dictámen de Fr. Pablo era hijo de una nobilísima condición y del celo que tenía de que se salvasen y que no huyesen de los sermones, no le redargüía, antes sí, lo dejaba al tiempo, en cuya escuela la experiencia misma le enseñaría cuanto más poderoso es el temor, que el amor para convertir pecadores; porque como estos sean en su condición villanos, pues perdieron la nobleza de la gracia, más los domeña el temor de una poderosa justicia, que el amor de una infinita misericordia.

Dictámenes opuestos.

En esta oposición de dictámenes perseveraron los dos celosos misioneros mucho tiempo, y no hay que admirarse de que pretendiendo ambos una misma cosa, que era la gloria de Dios, anduviese predicando uno misericordia y otro justicia que en sagrado osculo se uniesen; por que si hay hombres que noblemente generosos más que de la justicia son atrai-

dos de la misericordia; hay otros tan groseramente villanos, que más que de la misericordia son llevados de la justicia; y así en los dos por encontrados en los dictámenes, unió el Señor con misterio la justicia y la misericardia para que en su predicación hallasen todos remedio.

Providencia divina

En predicar misiones por el arzobispado de Sevilla, se ocupó Fr. Pablo con su compañero dos años seguidos, que se contaron desde el año de 1687 hasta el de 1689, en los cuales anduvo muchísimas ciudades, villas, lugares y aldeas. Convirtió á Dios en este tiempo muchísimas almas, sacándolas de las fuertes cadenas en que el demonio aprisionadas las tenía, haciéndolas de esclavas de Satanás hijas adoptivas de Dios, componiendo muchos bandos y enemistades, apartando de su impuro y torpe comercio á imnumerables amancebados, haciendo copiosísimas restituciones, sacando del inmundo cieno de la lascivia á otros muchos, imponiendo á otros en la oración mental y ejercicios de virtud y finalmente, cultivando el espacioso jardín de la cristiandad, arrancando de él la perniciosa yerba de los vicios, y en su lugar plantando las flores de las virtudes.

Cuando entraban en el lugar donde iban á dar la misión, la primera diligencia era ir derechos á la iglesia, como verdaderos imitadores de Jesucristo, que cuando entró en Jerusalen para enseñar al punto dirigió sus pasos al templo, acompañado del pueblo que le seguía y

Recorre la Andalucía.

allí les predicó. Así nuestros misioneros asistidos de los que los habían salido á recibir entraban en la iglesia, y arrodillados delante de la tremenda Majestad de Dios Sacramentado, hacían fervorosa oración, pidiendo al Señor en lo interior de sus almas que les diese luz para ejercitar ministerio tan poderoso, y á los vecinos de aquel lugar conocimiento de su Majestad y provecho en sus sermones.

Método de sus misiones.

La noche primera después de su llegada, salían en procesión con la sacratísima imagen de un crucifijo, todos en profundo silencio, solo interrumpido de rato en rato por fervorosísimas saetas. Cuando llegaban á la plaza y sitios más públicos de la población, hacían pláticas ternísimas, convidando á los pecadores á penitencia, prometiéndoles de parte de Dios perdón de sus delitos, y ponderando la clemencia de la Divina Majestad, llamaban, como el ángel del Apocalipsis á las aves que volaban por la región de la culpa, á la grande cuna de la misericordia de Dios. Rematábase esta procesión en la iglesia donde había empezado, y allí leían públicamente, así la facultad que del prelado eclesiástico llevaban, que en el fuero interior era total, como los de más privilegios, gracias é indultos que poseían; y luego hacian una plática con que finalizaban la función de aquella noche.

Primeros sermones.

Todos los días, durante la misión, asistían por la mañana y por la tarde al confesonario, consolando á todos cuantos

El confesonario.

llegaban, y muchas noches apenas podían descansar en la casa donde posaban por la mucha gente que los iba á buscar para desahogar con ellos sus conciencias, confesarse despacio, y hacerles largas consultas. Los días entre semana confesaban la gente del lugar, y los de fiesta la del campo, haciendo esta división para que la frecuencia de aquellos que en otros días podían confesar, no sirviese de estorbo á quienes solo las festividades les ofrecen ocasión para su apetecido desahogo. Todas las noches, sacaban el Rosario de María Santísima nuestra señora, con toda la ostentación, luces, música y acompañamiento que era posible, llenando las calles de alabanzas á la Reina de los cielos, que en ecos dulcísimos para los ángeles, si espantosos para Satanás, llegaban al trono del Señor, eficaces medianeras para aplacar la Majestad ofendida. Volvían á la iglesia y explicaban una noche la doctrina, remedio poderoso para sacar de las tinieblas de la ignorancia á tanto entendimiento obscuro como en daño de sus almas culpablemente ignoran aun lo que deben guardar. Otra noche platicaban de la oración mental, valiente escudo contra las asechanzas del enemigo, enseñándoles según la segurísima doctrina de los santos, el modo con que se había de ejercer; y conociendo que la experiencia es la principal maestra, la practicaban un rato, y finalizado se predicaba el sermón de la misión, que era ya del juicio final, ya de la

Distribución del tiempo.

Pláticas doctrinales.

muerte, ya de las consecuencias de la culpa, y ya finalmente de otros asuntos provechosos y concernientes al fin que procuraban, que era sacar al pecador de la culpa, mediante el sacramento santo de la penitencia.

Sermones morales

Este era el régimen que tenían los dos devotos misioneros todos los días que estaban en cualquiera población, que eran más ó menos, según el número y condición de sus habitantes, pues en unas partes eran necesarios más días que en otras. Cuando se iban ya concluyendo las confesiones de todos, los exhortaban á que hicieran penitencia, llevando en lo interior aquellas mortificaciones que su fervor les dictase.

Como era universal el deseo que de la salvación de las almas tenían los devotos misioneros, no se contentaban con predicar á los que los buscaban ansiosos; pasaba su caridad también á aquellos que á sus sermones no podían asistir, extendiéndose aún á los más ocultos y retirados; y así los días que después del perdón de los enemigos les restaban, iban unas veces á las cárceles, para que aquellos pobres que entre cadenas gemían, con la libertad de la gracia gustosos respirasen; predicábanles fervorosos, exhortándolos al dolor de las culpas y paciencia en sus trabajos, considerando que por sus delitos los padecían; administrábales el sacramento de la penitencia con mucha afabilidad, y luego se les daba la sagrada Eucaristía. De aquí pa-

Predican á los encarcelados.

saban á los hospitales, consolando con sus pláticas á los enfermos; dábanles la medicina más provechosa para las dolencias del alma, y á veces los cauterios del rigor, para curarles las encanceradas llagas del delito; administrábanles los santos sacramentos, y los dejaban muy consolados. A los conventos de las religiosas los llevaba también su caridad, y allí á puerta cerrada se les predicaba; porque como la doctrina que se les ha de dar á los que están en religión es distinta de aquella que se les administra á los del siglo, no es razón que los de éste conozcan lo que sólo á las religiosas se les predica. Predicábanles, pues, con mucha religiosidad y cariño, y las dejaban muy gustosas, y aún ansiosas de gozar repetidas veces los frutos de su doctrina.

Id. en los hospitales.

Hechas estas diligencias, pedían por lista los enfermos todos del lugar, visitábanlos cariñosos exhortábanlos á que se confesasen y procurasen ganar la indulgencia de la misión; y ellos abrazando gustosos consejos tan saludables, les manifestaban en la sacramental confesión sus conciencias, y ellos, como médicos del alma, curaban las enfermedades que en ellos conocían; y luego públicamente les llevaban los curas el augustísimo sacramento, concurriendo á esta función casi todo el lugar, colgando las calles por donde su Majestad pasaba, aderezándolas con flores, juncias y espadañas, para tributarle al Sacramento el

Confiesa á los enfermos.

mayor culto que les era posible. Después de haber el enfermo recibido al Señor, lo exhortaban los misioneros á que diese á su Majestad muchas gracias, y que en adelante procurase servirlo y llevar con resignación su dolencia; y dejándoles algunos regalos, que entre los piadosos para este fin habían recogido, se despedían quedando los enfermos sumamente consolados.

Les dan la comunión.

Gastaban también estos días en fundar hermandades, especialmente del Rosario, de quien era devotísimo nuestro Padre Pablo, haciendo en cada iglesia, su congregación, dándoles reglas para que por ellas se gobernasen, disponiendo que tuviesen primorosos estandartes, en cuyo vistoso campo brillase una hermosísima imagen de María santísima, nuestra Señora, y que siempre fuese acompañada de muchas flores. Todas las noches según se iban fundando las hermandades, hacían que saliesen por las calles, cantando elogios á la que es Reina del mundo. Pedían también que depositasen en poder de alguna persona de satisfacción las limosnas que pudiesen, con las cuales se hacían devotas cruces que puestas á trecho formasen la *vía sacra*, y daban principio á esta devoción con fervor bien desmedido.

Fundan cofradías.

La última función de todas era un aniversario que por las ánimas celebraban. Para él doblaban veinticuatro horas todas las campanas; se ponía en la iglesia un elevado túmulo con bastantes luces;

Funciones de ánimas.

venían todas las comunidades, que había en el pueblo, y cada una cantaba una vigilia con su música, la cual concluída, se quedaban todos los sacerdotes, decían misas privadas, y luego todos los confesores se sentaban en el confesonario, porque este día se hacía comunión general; eran innumerables los que confesaban y comulgaban, siéndoles este aniversario utilísimo á aquellas afligidas almas, por los muchos sufragios, que en él se les ofrecían. De esta suerte quedaban sumamente regocijadas con la misión, las tres iglesias, purgante, militante y triunfante; la triunfante, porque si esta se alegra con la conversión de un solo pecador allí veía muchos pecadores convertidos; la militante, pues si esta se regocija con las virtudes de sus hijos, aquí miraba muchos á la virtud entregados; la purgante, pues, si esta se festeja con los sufragios que le ofrecemos, aquí tantos sufragios se les ofrecían, y finalmente, las misiones de Fr Pablo eran de alegría para el cielo, de júbilo para la tierra, y de consuelo para el purgatorio; y el purgatorio, la tierra y el cielo, hallaban en ella consuelo, júbilo y alegría. En la tarde de ese día se andaba la vía-sacra, que ya estaba para esta ocasión puesta en los lugares donde no la habia; á la noche se hacía la procesión que llaman de gloria, la cual era muy alegre, porque todos iban con luces cantando con dulcísima consonancia el rosario y letanía de María santísima, llenando los aires de las alabanzas

Comunión general.

Procesión de gloria.

de tan soberana Reina; y en volviendo á la iglesia, se predicaba un sermón de perseverancia ó de la devoción á María, encargando á todos que para su amparo solicitasen por patrona en el riguroso tribunal de Dios á esta señora; y finalizado esto, también la misión se finalizaba.

Sermón de despedida.

El día siguiente se ponían los misioneros en camino, donde era cosa de ver cuando los lugares no distaban mucho, el concurso numeroso que del antecedente lugar los seguía, queriendo segunda vez en el vecino pueblo gozar el fruto de la misión.

Dos años y algunos meses estuvo nuestro venerable Padre Pablo predicando misiones en compañía del no menos V. P. Feliciano de Sevilla, recorriendo casi toda la vasta archidiócesis hispalense, hasta que llegaron al Puerto de Santa María el año de mil seiscientos ochenta y nueve á último de Diciembre, y á los dos misioneros les fué forzoso el apartarse. Volvióse á Sevilla á continuar por otro lado la misión el compañero de Fray Pablo, y éste pasó á Cádiz donde se dedicó, ya experto en la conversión de los pecadores, á predicar por las calles y las plazas, cogiendo de sus sermones sazonadísimos y abundantes frutos. No contento con los sermones que predicaba de ordinario, instituyó predicar de misión todos los jueves de cuaresma en la calle nueva, sitio que por el concurso y variedad de la gente que á ella acudía era un

Predica en su Patria.

epílogo de todo el mundo. Allí, pues, predicaba todos los jueves de cuaresma sermones de misión, llenos de ciencia y doctrina con fervor tan desmedido, que fueron innumerables las almas que convirtió á Dios, sacándolas del infeliz estado de la culpa, ocupándose tan del todo en el confesonario que apenas tenía tiempo para descansar, y aún con esto apenas podía dar abasto á tantos como ansiosos de su remedio á su piedad acudían. Remataba esta misión con una procesión de penitencia, que se hacía el Domingo de ramos en la noche, donde eran innumerables los que acudian con asperísimas penitencias, siendo tan dilatada por el mucho concurso de la gente, que duraba horas muy crecidas.

Convierte á muchos.

El reverendísimo señor D. José Barcia y Zambrana que era entonces Obispo de Cádiz, se aficionó en gran manera á Fr. Pablo, porque vió en él á un apóstol de cuerpo entero, con un corazón compasivo, una modestia religiosa, un celo ardiente de la salvación de las almas; una particular gracia en el predicar, y finalmente todas aquellas prendas que hacen amable á un sujeto religioso, de las cuales cautivo aquel gran Prelado ternísimamente lo amaba. Por eso cuando determinó su Ilustrísima visitar su Obispado, quiso llevarlo consigo, para que precursor suyo, dispusiese con la misión los ánimos para la visita. Agregósele por compañero el P. Antonio de Lebrija, predicador de nuestro Orden y

El Obispo lo admira.

misionero apostólico; y entre los dos comenzaron gloriosamente la misión del obispado, donde fueron innumerables las almas que convirtieron al Señor, las enemistades que compusieron, los odios que apaciguaron, los casamientos de amancebados que ordenaron, y finalmente los vicios que arrancaron y virtudes que introdujeron; y esto á costa de muchas penalidades, fatigas y cansancios que experimentaron, como más adelante veremos.

Lo lleva á la visita.

CAPITULO XXXI

Devoción especialísima de nuestro V. á María Santísima

Grande fué Fr. Pablo en todas sus excelencias; grande en su caridad, grande en su pobreza, grande en su predicación; grande en su celo; y en todas las demás virtudes grande; pero fué grande sobre todo en la devoción de la purísima Reina de los Angeles. Era tan grande la devoción amorosa, el cariñoso afecto, y el amor ternísimo, que Fray Pablo tenía á María Santísima nuestra Señora, que continuamente le tributaba mil obsequiosos cultos. No había ocasión que su cariño omitiese el celebrar y aplaudir con elogios muchos á la serenísima Reina de los Angeles.

Devoción del V. á la Virgen

Cuando predicaba de esta gran Señora, eran sus sermones tan tiernos, sus palabras tan afectuosas, y sus conceptos tan dulces, que hacía prorrumpir en lágrimas al auditorio, siendo tan singular en predicar de esta purísima Reina, que era una gloria oirle sus sermones, quedando todos los que á ellos asistían, súmamente inflamados en el amor de María. Si hablaba, aunque fuese, en conversación religiosa, de la soberana Emperatriz, se le encendía el rostro, se le enternecía el alma, se le derretía el corazón, los ojos se le humedecían, y como absorto en tanto mar de cariño, en las ondas de su afecto dulcemente naufragaba; si pronunciaba el santísimo nombre de María sentía tanta dulzura, que al exterior se le conocía.

Como hablaba de Ella.

Todos los días le consagraba tres partes de rosario; una por la mañana, otra al medio día y á la noche otra, pudiendo decir con David que por la mañana, por la tarde, y al medio día anunciaba mil elogios á la más que todas soberana Reina, tejiéndole con estas avemarías que tan obsequioso rezaba, una guirnalda de fragantes rosas. Parecíale que era corta esfera la clausura de su pecho para venerar objeto tan desmedido, y queriendo dilatar esta veneración, solicitaba muchos pechos, en cuyas aras obsequios mil se le tributasen. En sus sermones exhortaba eficacísimamente al auditorio á que todos fuesen devotos de María Santísima, y como el interés suele ser

Predica su devoción.

imán que atrae al corazón más de hierro, para atraer los corazones de los hombres á la devoción de esta gran señora les proponia lo mucho que esta devoción les interesaba. En las conversaciones que tenía, así con los religiosos como con los seglares, siempre tocaba esta utilísima devoción, procurando artificiosamente atraer á todos al culto de la que tanto amaba, y al modo que el que toca las flores contrae algo de su fragante olor; así los que con él conversaban, siempre sacaban algo de esta devoción, arraigándose en algunos tan de veras, que por él fueron singularísimos devotos de María Santísima.

La inculcaba á todos.

Cuando finalizada la misión del Puerto, se volvió Fr. Pablo á Cádiz, intentó establecer en esta ciudad el público culto de María. No había salido todavía á la calle en nuestra Andalucía, con pendón determinado para eso el Rosario de la divina Emperatriz: y Fr. Pablo, para que esta Soberana Señora fuese públicamente venerada, discurrió esta extensión del culto, ideando que sería muy del agrado de su Majestad que por las calles y plazas públicas sus angélicas salutaciones á coros se entonasen, llevando su regia imágen en un estandarte hermoso, acompañado de vistosísimos faroles. Consultó esta materia con el ilustrísimo Sr. Obispo, y obtenida la licencia, y paternal bendición, dió principio á estos reverentes cultos el día siete de Febrero del año de 1691. Hizo un rico

Su devoción al Rosario.

estandarte, ó vistoso pendón, en cuyo medio campo se dejaba ver una hermosísima Imagen de María Santísima; fabricó vistosísimos faroles, así de asta como de mano; y con numerosísimo concurso sacó por las calles el Rosario de María, y fundó una Congregación para sostener este culto. No contento con eso predicaba contínuamente de esta devoción por los barrios de Cádiz, procurando en cada uno introducir nuevo rosario, y como lo procuró fervoroso, así lo consiguió, pues fueron quince los rosarios que se fundaron en esta Ciudad alentados de la dirección de Fr. Pablo, con tan general aplauso y aceptación tan común, que cuando se fundaba uno, se hacía una solemnisima fiesta, viniendo á la tarde los rosarios que antes se habían fundado á sacar en público el nuevo, todos con sus estandartes, y de esta suerte acompañaban al nuevo rosario, cantando por las calles públicas la salutación angélica, que enternecían los corazones más duros; y al ver tanta variedad unida, en obsequio de la Emperatriz de los ángeles, lloraba de ternura. Para que los recién-nacidos rosarios ni se finalizasen por desgobierno, ni por discordia se dividiesen, les compuso un libro que tituló *Triunfo glorioso del Santísimo Rosario,* dándoles discretas y provechosas reglas que aprobó, confirmó y mandó guardar en todos los rosarios de su obispado el mencionado Obispo. En estas reglas les da á los rosarios el títu-

Funda cofradías.

Les dá una regla.

lo de Compañías espirituales, señala á cada una dos protectores eclesiásticos y otro secular, dispónele Diputados, y finalmente les da otras ordenaciones discretísimas.

Como se propagaron.

Este fervor de Fr. Pablo en introducir el santísimo rosario, no se estrechó dentro de los límites de Cádiz, difundióse también á lo extenso de todo su obispado, y con su dirección y ayuda se fundaron en la ciudad de Gibraltar cuatro; en Tarifa dos; en Medina-Sidonia cinco; en la villa de Chiclana cuatro; en Conil dos; en Veger tres; en Paterna uno; en Puerto Real dos; en la Isla de León dos; en Castellar uno; en Jimena dos; en Alcalá de los Ganzules tres; que componen treinta y uno entre todos.

El motivo con que se principiaba el rosario ó rosarios, que en cada lugar del Obispado se fundaban, era ternísimo; porque, habiendo Fr. Pablo con sus sermones enfervorizado la gente, habiéndose declarado los que querían ser hermanos ó soldados valerosos de aquella espiritual Compañía, se señalaba la noche que había de principiarse, y las calles por donde había de pasar, pidiendo á los vecinos de ellas que adornasen con luces sus ventanas; y á los que habían de asistir al rosario que trajesen velas, ó faroles, según la posibilidad de cada uno. Llegaba la noche señalada, que era la última de la misión, se juntaba todo el pueblo en la Iglesia poníase con el pendón de nuestra Señora Fray

Rosarios por las calles.

Pablo en las gradas del altar mayor, y estando de rodillas los protectores y Diputados, les entregaba el estandarte de María Santísima, y con él su corazón, repicándose á este tiempo las campanas todas del lugar, resonando en toda la Iglesia levantados cánticos á la Virgen sin pecado concebida, y derramando todos ternísimas lágrimas de afecto y devoción. Salía luego el nuevo rosario á la calle acompañado de los rosarios que antes se habían establecido, y era una gloria ver tanta variedad de luces como en todas las calles había, tanto armonioso repique de campanas, tanta levantada voz en alabanza de María, y tanta muchedumbre de festivos alborozos, entre cuya confusión se empezaba el rosario, y con las más suaves y acordes voces que se podían hallar, se proseguía cantando, haciendo la variedad de voces, la confusión de luces, el repique de campanas, las lágrimas de los que lo veían, y los amorosos suspiros de los que los acompañaban, una abreviada gloria que á todos llenaba de fervorosa alegría. Habiendo dado vueltas á las calles señaladas, volvía á la Iglesia, y uno de los misioneros hacía una plática, alentando á los fieles á la prosecución en la devoción de María Santísima; luego cantaban el Te-Deum laudamus en acción de gracias, y se remataba la función con levantadas voces, que decían muchas veces, Ave María sin pecado Concebida. Al día siguiente, reci-

Como salian.

Devoción que causaban.

bida la bendición de su Ilustrísima, pasaban á otro lugar donde aguardaban al Sr. Obispo, y venido, se hacían las mismas funciones que en el antecedente lugar, quedando todos abrasadísimos en el amor de la Reina de los angeles, participando de la ardiente hoguera que ardía en el corazón de Fr. Pablo.

Los fundó en muchos pueblos.

Terminada la visita del obispado, regresó á Cádiz nuestro venerable misionero, y allí se dedicó á dar impulso á los Rosarios ó compañías espirituales que tenían fundadas, y á levantar capillas á la Virgen, para que sirvieran como de cuarteles á su espiritual milicia. La predicación de Fr. Pablo había encendido en el amor de la Virgen Santísima á un hijo espiritual suyo, alférez de la Armada, llamado Domingo Díaz Cabeza, á quien por antonomasia, mereciéndolo su fervorosísima devoción, llamaban comunmente el Alférez del Rosario. Este devotísimo varón, con vivísimas ansias se entregó á la devocièn del Rosario de María Santísima, procurando siempre sus mayores creces y público adelantamiento; no sólo asistía con infatigable puntualidad al rosario, no sólo exhortaba á que abrazasen esta utilísima devoción; no sólo pretendía en todas las casas introducirla, sino que también para más públicamente venerarla, cuando había algún entierro, fuese de pobre, rico, noble ó plebeyo, asistía á él, y al salir de la casa para la Iglesia, entonaba el rosario, á cuyas amantes voces todos los del

Lo hizo general en Cádiz.

concurso le respondían; y de esta suerte iban hasta la Iglesia, rezando el rosario por el alma del difunto. Este, pues, ardentísimo devoto, considerando que su compañía espiritual ó coro del Santísimo Rosario, no tenía la asistencia necesaria, por estar situado en una casa particular, alentado por el P. Pablo, determinó labrar una capilla. Sin tener más fondo que la bendición de su Padre espiritual, ni más caudal que una firmísima confianza en la liberalidad divina, dió principio á un empeño de tanta monta: juntó alguna limosna, compró el sitio, y congregándose los hermanos de aquel rosario cierta tarde, asistiendo también nuestra capuchina comunidad y numeroso concurso del pueblo, por comisión de su Ilustrísima y con las acostumbradas ceremonias, puso la primera piedra para el edificio el R. P. Fr. Diego de Albacete, Guardián entonces de nuestro convento de Cádiz. Empezóse la obra y con facilidad se concluyó, quedando fabricada una hermosísima capilla con dos puertas, y en ella dos portadas de mármol bellísimas, su sacristía y cuarto alto, para que en él asistiese un sacerdote que cuidase del rosario. Dedicóse con solemnidad y se le puso por título nuestra Señora de la Bendición de Dios, á donde los fieles han experimentado bendiciones muchas repartidas de la Divina liberalidad, por las piadosísimas manos de María Santísima, siendo muy frecuentada de todos, así por la devoción

Se rezaba en todas partes.

Se le dedican capillas.

de la Soberana Reina de los Angeles, como por el consuelo que en ella los cristianos reciben.

Como se edificaban.

La segunda capilla que se fabricó para que fuese centro del rosario de María Santísima, se erigió en el barrio que llaman de los Capuchinos, en la viña que se decía de Malavá. Esta la fabricó la primera compañía espiritual, que fundó en Cádiz nuestro V. P. Pablo; y señalado el día en que se había de poner la primera piedra, se le hizo á su Ilustrísima humilde y rendida petición, para que con su venerable y pastoral presencia honrase el acto. Condescendió benigno, como cariñoso pastor, y asistido de su visitador general, de Fr. Pablo y otros algunos religiosos, con numerosa multitud del pueblo, se dejó ver en el sitio señalado. Llegada la hora determinada, salió la compañía espiritual del rosario, precediendo la cruz y prendiendo el pendón de María santísima con un buen número de hermanos; iban todos en cuerpo con azadas, y espuertas al hombra, en forma de procesión, cantando el rosario, causando en todos los que lo miraban ternura tanta de corazón, que en devotas lágrimas se deshacían. Habiendo dado vuelta al barrio, y concluído los marianos elogios, llegaron al sitio señalado, echó su bendición el señor Obispo, y proclamando Fr. Pablo en altas voces *Ave María*, y respondiendo todos, *sin pecado concebida*, dieron principio á abrir las zanjas para los cimien-

Fervor del pueblo.

tos. De una parte para otra iba nuestro fervoroso Fr. Pablo enfervorizando la gente, ya con recuerdos dulces del fin para que trabajaban, ya con los ternísimos acentos del Ave María. Abiertas ya las zanjas, y finalizada la función, se comenzó la obra, la cual no vió Fr. Pablo concluida, porque estando solo fabricando los cimientos, pasó de esta vida á la eterna, como luego diremos. Esta capilla se llamó de la Encarnación.

Su amor al Rosario.

No satisfecho con esto el corazón de nuestro héroe, y queriendo propagar á más distantes lugares el culto del santísimo rosario, escribió á varios Ilustrísimos y reverendísimos Arzobispos y Obispos de España, pidiéndoles encarecidamente, que en términos de su jurisdicción estableciesen el rosario de María Stma., haciendo que arreglándose á las leyes que en su libro les imponía, lo cantasen por las calles á coro, que imitando á los angélicos diesen á la Purísima reina elogios devotísimos, para cuya perseverancia les pedía que fundasen congregaciones, para que en ellas fuese perpétuo el público culto del rosario de María. Recibieron estos eclasiasticos príncipes las cartas de Fr. Pablo, y aplaudiendo su celo, celebrando su instituto, y aprobando las reglas de su libro, (según consta de todas los respuestas de estos devotísimos Padres,) pusieron el hombro á que en sus territorios se introdujese el rosario, según la norma, constituciones, y reglas de nuestro insigne misionero.

Lo extiende á otras regiones

Pasó más adelante Fr. Pablo en procurar establecer el Santísimo rosario, y le escribió á la Reina madre, doña María de Austria, y también á su hijo Carlos II, suplicándoles con todo rendimiento que en aquella Corte fundasen el rosario público, disponiendo que saliese cantándose á la calle, con pendón que fuese trono de la imagen de María Santísima, para que a su imitación de este modo en todo su Reino se estableciese. Oyeron aquellas sus Majestades la humilde súplica de Fr. Pablo con la benignidad que en sus respuestas manifestaron; y por medio de un Ministro escribieron al Ilmo. y Rvmo. Sr. D. José de Barcia, Obispo de Cádiz, mandando les avisase el modo y orden con que el rosario salía en esta ciudad á la calle. Envió el piadosísimo prelado los libros de Fr. Pablo, y fueron con tan general aplauso recibidos, que, guiándose por sus reglas, mandó la católica Majestad, que en su Real Capilla se fundase el público culto del Rosario; y para dar principio, habiéndose hecho un riquísimo pendón con una bellísima imagen de nuestra Señora, se juntó casi toda la grandeza de la Corte, y tomando el pendón ó estandarte de la Emperatriz Sagrada el piadosísimo Monarca, y dado con él algunos pasos, se lo entregó á un Ministro, y entonando la música el rosario, se cantó procesionalmente con singularísima devoción: función que sin violencia sacaba dulces lágrimas de ter-

Llega á la Corte.

Se funda en la R. Capilla.

Piedad del Monarca.

nura, viendo al Monarca con toda la grandeza de su Corte, tributar con reverente culto humilde vasallaje á la Reina más divina, quedando de esta suerte en la real capilla, y á su imitación en otras muchas partes de aquella Corte, y toda la comarca establecido con público culto el rosario de María Santísima; devoción que se le debe á Fr. Pablo, pues por sus rendidas súplicas hechas á la católica Majestad, se dió principio á función tan soberana.

CAPITULO XXXII

De como Fr. Pablo saliò segunda vez à predicar por el Obispado de Càdiz y murió en tan glorioso empleo

Llegó, pues, el año 1694, y deseoso nuestro venerable de dar misiones en todos los pueblos del obispado de Cádiz, pidió al P. Provincial que le concediese por compañero al V. P. Feliciano de Sevilla, para que en este ejercicio santo le acompañase. Vino, pues, de Marchena, donde á la sazón estaba, juntóse con Fr. Pablo, y ambos gustosísimos sacrificaron sus fuerzas en las aras de la caridad y amor del prójimo, saliendo después de la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, aquellos dos valientes campeones á ver los frutos que llevaba la tierra del obispado.

Nuevas misiones.

Empezaron, pues, con fervorosísimo aliento su misión, donde era una gloria oir los sermones de Fr. Pablo, especialmente cuando predicaba de la soberana Reina de los Angeles, que como tan amante suyo se le derretía el corazón, y se le llenaban los labios de dulzura, que entrándoles por los oídos á los circunstantes dulcificaba los corazones más agrios. Halló en esta misión algunos rosarios de los que en la misión pasada había establecido, muy desmayados, trabajó mucho para levantarlos y volverlos á establecer, exhortando á los cofrades con pláticas amorosas, componiendo sus pleitos, ajustando sus disensiones, y últimamente en cierto modo volvió á edificarlos de nuevo, costándole más trabajo el reedificarlos que le había costado el erigirlos. Halló también muchos de los que había dejado en la vigilia de la gracia, dormidos en el sueño de la culpa, y con fervoroso aliento volvió á despertarlos.

Celo del P. Pablo

Llegaron en sus trabajos al pueblo de Conil, y en el octavo día de la misión, un sábado en la noche, omitida la dulzura y dejada la caricia, predicó un sermón de las penas del infierno, tan horroroso, formidable y terrible, que confusa y atemorizada la gente, á voces pedían todos misericordia, siendo el fruto que de este sermón sacó copiosísimo; aunque él no lo cogió, porque se bajó del púlpito con la calentura que le quitó la vida. Cogiólo empero su compañero y fué tanto,

Su último sermón

Enferma gravemente.

que, el día siguiente estuvo hasta muy tarde confesando, siendo innumerables los que en este sermón se convirtieron.

Cayó en fin Fray Pablo en la cama, rendido al nocivo ardor de una fatal calentura; visitólo el médico, y desde luego conoció la malignidad del achaque, si bien le dió algunas esperanzas de vida. Agravósele la enfermedad, al paso que esta esperanza se mitigó, y conociendo Fr. Pablo que le iba llegando el fin del tiempo y principio de la eternidad, quiso para entrar en una región tan dilatada y no bastantemente conocida confesarse generalmente; hízolo con su compañero con facilidad, porque la traía escrita consigo; trajéronle solemnemente por Viático el augustísimo Sacramento de la Eucaristía, y al punto, que el fervoroso varón vió entrar en su aposento la Magestad de la gloria, se levantó presuroso, se arrodilló reverente, y entre ardentísimos actos de fe, esperanza y caridad, recibió postrado al universal Señor de todo el mundo. Aquella tarde le dijo su compañero que quería finalizar la misión, para estar más desembarazado, y así asistirle en aquella hora más vigilante, y que á la noche traería por aquella calle la procesión de gloria con el rosario de María Santísima, para que con los ecos de las angélicas salutaciones, cuyo culto tanto había propagado, se consolase. Estimóselo Fr. Pablo, y teniendo los ojos bajos, el semblante

Recibe el Viático.

como avergonzado, y confuso le dió las gracias.

Id. la extremaunción

Trajo, pues, su compañero por la calle en que estaba la casa-habitación de Fr. Pablo la procesión de gloria con el rosario de María Santísima, y al escuchar el devotísimo varón los melífluos acentos de las angélicas salutaciones, se le enterneció el corazón, llenándosele el alma de dulzura, como si empezara en esta vida á gozar la felicidad de la otra.

Acabada la función del rosario y procesión de gloria, vino el P. Feliciano á proseguir en la asistencia de Fr. Pablo; y habiendo también venido el médico, mandó éste que sin dilación le diesen la extrema unción. Recibió Fr. Pablo esta noticia con mucha resignación, poniéndose en las manos del Señor, para que en tiempo y eternidad se hiciese en él su beneplacito: reconcilióse otra vez, y con devoción mucha, estando con sus sentidos cabales, recibió el santo Oleo y luego de repente perdió el habla. Viendo el compañero de Fr. Pablo que estaba ya en las últimas agonías y que la muerte con presuroso paso se acercaba, tomó una Imagen de Cristo nuestro bien crucificado; y poniéndosela á la vista con fervoroso aliento fijó Fr. Pablo los ojos en aquel divino simulacro, no ya como los Israelitas los pusieron en la serpiente de metal, para sanar de las dolencias del cuerpo; sí como el discípulo amado en el crucificado Señor para establecer en él la salud de su al-

Su agonía.

ma; y allí, rodeado de Eclesiásticos que lo auxiliaban, y de su compañero que le asistía, á las dos de la madrugada, sin horroroso movimiento ni descompuesto visaje entregó el espíritu en manos de su criador, el martes día 16 de Noviembre del año de 1694, á la edad de 51 años y 7 meses. Quedó con el rostro tan hermoso y el semblante tan apacible, que más parecía que estaba durmiendo en un sueño reposado, que hombre ya difunto, y como me aseguró su compañero, nunca vivo lo había visto tan hermoso, como lo vió cuando muerto; pero qué mucho, si murió lleno de divina confianza, esperando en la misericordia de Dios el perdón de sus delitos?

Su santa muerte.

Mientras Fr. Pablo había estado batallando con las últimas agonías, había su compañero dispuesto todo lo necesario para traerlo á Cádiz al punto que espirase. Oponíasele los eclesiásticos, queriendo tener en su pueblo una prenda de aprecio tanto: pedíanle devotos que sin llevarlo á Cádiz, le diese á Conil la honra de que gozase alhaja de tanta estima, y que á ellos les concediese el gusto de que en su iglesia se sepultase, para lo cual voluntarios le ofrecían su eclasiástico sepulcro. El compañero admitió la oferta del sepulcro y se dió orden para que allí se hiciese el entierro. Púsose el cadáver en un féretro con dos tejas por almohadas como acostumbramos; y llegada la hora del entierro, se formó una

Su entierro.

procesión lucidísima; levantaron cuatro sacerdotes el difunto cuerpo, salieron á la calle, donde era innumerable la multitud de gente que había, como suele suceder en la más solemne procesión: llegaron á la iglesia, y con dificultad entraron en ella, por lo numeroso del concurso: todos á una voz lo llamaban santo; todos lo nombraban justo; hombres, niños, mujeres, en varias tropas divididos andaban por las calles, ansiando por ver el rostro del difunto; en la iglesia, mujeres, niños, y hombres, en tropel confuso amontonados, procuraban sus reliquias: cortáronle el rosario que llevaba pendiente de la cuerda, y sobre el repartir de las cuentas hubo alguna desazón. Sosegado el tumulto, se le hicieron las exequias solemnísimas, y acabadas, se sepultó el cadáver en el presbiterio del altar mayor al lado del evangelio, que es el sepulcro mismo, donde los eclesiásticos de aquel pueblo se sepultan. Su sepulcro.

Así que llegó á Cádiz la noticia de la muerte de Fr. Pablo, fué desmedido el clamoroso llanto que universalmente se levantó. Sus pobres ya se lloraban sin amparo, ya se veían sin auxilio; la viuda, el huérfano desvalido, el enfermo necesitado, todos gemían, todos lloraban la muerte de Fr. Pablo. Los pecadores arrepentidos, que por medio de Fr. Pablo habían salido de la culpa, también le lloraban, porque sin director se veían. No se entraba en casa donde no se oyese un lamento; no se hablaba con persona que Penas que causó su muerte

no llorase afligida. Y no fué sólo Cádiz quien lloró la muerte de Fr. Pablo, todo el Obispado la sintió, porque como en todos sus lugares había predicado, y de él habían recibido beneficios muchos, todos sintieron su falta, por el gran cariño que le habían cobrado. Y si todo el Obispado lo sintió, ¿que diré de la suprema cabeza del obispado, Ilustrísimo y Reverendísimo señor D. José Barcia y Zambrana? Su sentimiento lo expresó él mismo con una carta que le escribió al P. José de Sevilla, guardián que era entonces del convento de Cádiz dándole el pésame á toda la comunidad, la cual trasladada á la letra de su original es de esta suerte.

Lo lloró todo Cádiz.

Copia de carta que el Ilustrísimo y reverendísimo señor Don José de Barcia, Obispo de Cádiz escribió al guardián de esta comunidad, dándole el pésame por la muerte de Fr. Pablo.

Mi Rvdo. P. Guardián; el martes 16 de este que salí de esta ciudad, tuve carta del R. P. Fr. Feliciano de Sevilla, y de mi Vicario de Conil, en que me avisan el cuidadoso accidente que sobrevino á mi querido P. Fr. Pablo de Cádiz, asegurándome se hallaba muy mejorado y en ánimo de restituirse por ahora á esta Ciudad; y hoy viernes me hallo con la noticia cierta de su muerte, que fué el mismo día 16 á las dos de la mañana, golpe que ha herido tan en lo vivo de mi corazón, que no podré facilmente expresar á V. R. mi desconsuelo y el quebranto que me ocasiona la muerte de es-

Sentimiento del Obispo.

te varón venerable, á quien amaba con cordialísimo afecto, á medida del concepto de su verdadero y sólido espíritu; cuyo fervoroso y apostólico celo fué de tanta utilidad á mis ovejas, con entera satisfacción mís, por la que tuve de la seguridad de su doctrina, del ejemplo y caridad incansable con que atendía al mayor bien de sus prójimos, promoviendo la gloria de Dios y de su Santísima Madre en la devoción del Santo Rosario y demás piadosos ejercicios. Doy á V. R. y á esa santa comunidad el cristiano pésame, y no dudo se puede dar á toda esta Diócesis, donde juzgo igual el sentimiento de esta pérdida, y todos manifestarán en común y en particular su grande obligación de pedir á nuestro Señor por nuestro difunto, cuyos méritos y y fervorosas fatigas confío habrá premiado su misericordia. V. R. me tiene siempre con muy particular afecto á su disposición, deseando guarde Dios á Vuestra Rma. en su santa gracia los muchos años que le suplico.

Su carta de pésame.

Isla de León, Noviembre 20 de 1694.

B. L. M. de V. R. su afecto servidor,

José, Obispo de Cádiz.

Testigos irrefragables son estas letras que acreditan el mucho sentimiento que en la muerte de Fr. Pablo tuvo este Prelado ilustre; pero que mucho, si perdió en él no sólo un amigo y compañero, sino también una prodigiosa nube, que le fecundaba con los riegos de su doctrina todo su Obispado?

Lo que dice en ella.

Suelen algunas demostraciones exteriores significativas del amor que á algún difunto se le tenía, servir al desahogo de la pena que al pecho condolido aquella muerte ha causado. Por esto las compañías espirituales del santo rosario, que en Cádiz y toda su diócesis había fundado Fr. Pablo, todas para desahogo de su pena, con exteriores muestras lo honraron. Hiciéronle honras los rosarios todos en todo el obispado, con funeral pompa y lúgubre aparato; y con singularidad los de la capital, porque todos se esmeraron en honrar á su fundador, siendo muchos los sufragios que se le aplicaron. Tres noches vino cada rosario al convento, cantando las angélicas salutaciones con tan fúnebre gemido y lastimoso canto, que enternecía los corazones, substituyendo el *Gloria Patri* con un *requiem eternam* tan lastimero, que entrando por los oídos al corazón le causaba imponderable amargura. Así celebraron los rosarios todos, fundados por Fr. Pablo, las exequias de su fundador difunto. Dios quiso acreditar la virtud de su siervo Fr. Pablo, con multitud de prodigios que siguieron á su muerte, de los cuales vamos á insertar aquí algunos, para dar fin á la relación de su vida.

Más honras fúnebres

Estaba D. Juan de Pedrosa, secretario del Sr. Obispo, en oración, á la misma hora que murió Fr. Pablo, cuando repentinamente oyó una suavísima voz que con toda distinción conoció que era

Su fama de santidad.

de Fr. Pablo, que dulcemente le dijo: D. Juan, quédate á Dios, y dile á su Ilustrísima, como me voy á descansar que se quede en paz.

Se aparece después de muerto.

Francisca Bibiana Parrón, consanguínea de Fr. Pablo, mujer de Desiderio Bacharo, tenía un hijo llamado Juan Esteban de seis á siete años; este estaba enfermo de viruelas, y con lo penoso del accidente bastante molestado. Llegó la mañana del día 16 de Noviembre, que fué en el que falleció nuestro Fray Pablo, y el chicuelo empezó á grandes voces á llamar á su madre; fué la piadosa mujer á socorrer la aflicción que juzgó tenía su hijo, y preguntándole qué quería, respondió: Madre, mi tío Fr. Pablo ha muerto; mi tío Fr. Pablo ha muerto. Rióse la madre del que juzgaba desvarío del muchacho porque ignoraba que Fr. Pablo estuviese enfermo, y le respondió al hijo, que callase, que su tío no había muerto. Volvió á clamar el rapaz y á decir: Mi tío Fray Pablo ha muerto, que lo he visto yo morir, y á nuestra Señora que con muchos ángeles y un estandarte cantaban el rosario y se iban para el cielo. Admirada la piadosa madre de lo que decía el hijo, y teniéndolo todavía por aprehensión, le instó á que callase. Calló por entonces el chicuelo; mas á cosa de las diez del día volvió á llamar á la madre y le dijo: No decía Vd. que era locura lo que yo hablaba, pues ahora está un hombre en la puerta, diciéndole á mi

Otra aparición.

padre, como mi tío ha muerto. Estaba bastantemente retirada de la puerta la sala donde el enfermo se hallaba, y la madre cuidadosa salió, y halló ser verdad lo que su hijo le había dicho, porque un hombre, que había venido de Conil, le estaba diciendo á su marido que Fr. Pablo había muerto aquella madrugada.

Prodigios de su muerte.

Confirma este antecedente caso lo que ofreciendo juramento depone Doña Ana María Calderón, hermana de los Capuchinos, que en su casa nos hospedaba en la Villa de Conil. Habiendo muerto Fray Pablo, se quedó esta señora con una sobrina suya llamada Doña Francisca Pacheco, á velar el cuerpo difunto; habían enviado un criado á que avisase en la iglesia, que hiciesen señal de difunto, y habièndose quedado las dos solas, oyeron claras y distintamente un armonioso rosario que con numerosa multitud de voces y dulcísimos acentos venían cantando las angélicas salutaciones. Admiráronse las dos de que á tales horas hubiese rosario alguno, y con esta admiración esperaban á que llegase á emparejar con su casa, y entre tanto que llegaba, conferían entre si la causa de venir este rosario cantando tan dulcemente. Discurrían que los hermanos del rosario habrían sabido la muerte de su fundador Fr. Pablo, y que juntándose vendrían (aunque á deshora) á cantarle al cadáver los elogios de María; pero disuadiólas de esta aprehensión el considerar que

Cantos angélicos.

era imposible se hubiesen juntado tan pronto y que en una noche tan lluviosa y desabrida viniesen á aplicarle aquel sufragio. En esta confusión estaban las dos desveladas señoras, cuando entró el criado que habían enviado á la iglesia, y preguntándole, qué rosario era aquel que oían cantar con dulzura tanta, y que á donde iba, respondió que ni él oía rosario alguno, ni en la calle lo había encontrado, ni aun persona alguna parecía, porque lo obscuro y lluvioso de la noche no daba lugar á que anduviese nadie por la calle. De donde podemos discurrir piadosamente que este rosario lo cantaban los ángeles, recibiendo el alma de Fr. Pablo, y acompañándola al cielo como vió el chicuelo del caso arriba referido. Vuela al cielo

Hallábase Doña Alfonsa de Peñalba y Sedano, hija de D. Juan de Peñalba, y de Doña Rafaela Sedano, singulares devotos de los Capuchinos y afectuosísimos á Fr. Pablo con un dolor de muelas tan intenso, que teniéndola sobremanera afligida, llegaba su crueldad á tanto, que casi la privaba de sentido. Angustiados los piadosos padres con el penoso accidente de su hija, llamaron al médico: vino este y aplicóle algunos medicamentos; pero en vano todos, porque al paso que los medicamentos se aplicaban el dolor crecía. Teníala casi fuera de sentido lo acerbo del dolor, que impidiéndole no solo el comer y el beber, ni aun el más leve reposo le concedía. De esta suerte Milagros que hizo.

Cura un dolor de muelas

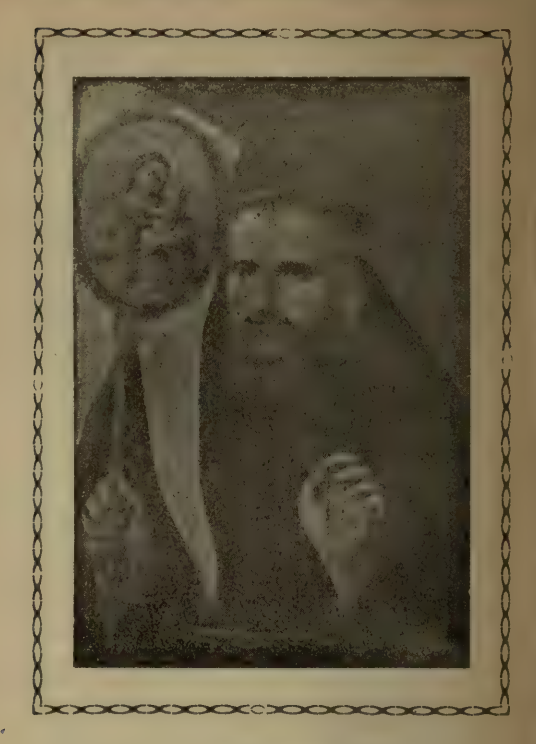
pasó dos días la dolorida señora, sin conseguir en ellos el menor alivio: al cabo de los cuales una noche, habiéndose ya recogido toda la familia, le vino á la memoria una carta de Fr. Pablo, escrita á su padre, la cual tenía guardada en una gabeta del escritorio; levantóse al punto, buscó la carta, y habiéndose restituido al lecho, encomendándose en las oraciones de Fr. Pablo, se la puso con toda fé en la mejilla lastimada. ¡Oh prodigio! instantáneamente se le quitó el dolor que tanto le había molestado, se quedó dormida y nunca más experimentó dolor de muelas en manera alguna.

Tenía Fr. Pablo una prima llamada doña Manuela de Castañeda, señora virtuosa y bien inclinada; rogábale ésta á Fr. Pablo, que le diese una cuerda de las que para ceñirnos usamos los capuchinos, que por devoción á nuestro Seráfico P. San Francisco quería tener en su casa. Excusábase Fr. Pablo, diciendo que no tenía más que aquella con que estaba ceñido, ni hallaba otra alguna que darle: instaba la devota señora siempre que veía á Fr. Pablo, pidiéndole la prenda que apetecía, y Fr. Pablo siempre se excusaba, hasta que un día le dijo: Prima, no me pidas cuerda alguna, que cuando me muera te la daré. Raro caso! singular prodigio! El mismo día que murió Fr. Pablo en Conil, á las nueve de la mañana llamaron á la puerta de doña Manuela, salió una criada á ver quien llamaba, y halló dos religiosos ca-

Prodigio de su cuerda.

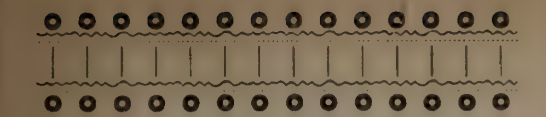
puchinos, que como ella misma me ha asegurado, (habla el V. P. Isidoro), no los conoció ni nunca los había visto, los cuales entregándole una cuerda de las nuestras, le dijeron. Dígale V. á la señora doña Manuela, que su primo el Padre Fr. Pablo, le envía esta cuerda. Despidiéronse y nunca más los vió: subió la criada al aposento de su señora, entrególe la cuerda dándole el recado, y dentro de dos horas le vino la noticia de que Fr. Pablo había muerto en Conil aquella madrugada. Pasmóse del caso, asombrose del prodigio, y admirada lo contó á todos, atribuyendo á milagro lo que pasaba, y conociendo que Fr. Pablo le había cumplido la palabra de que en muriendo le enviaría la cuerda, porque tanto suspiraba. Este caso, (añade el P. Isidoro), me lo ha depuesto con juramento la misma criada, que recibió la cuerda. Deposición jurada.

Otros muchos prodigios trae el V. P. Isidoro en la vida que escribió de este varón apostólico; pero los omitimos de intento, para dar fin cuanto antes al presente libro, que va resultando bastante voluminoso, y por eso damos fin á este capítulo con el retrato del V. P. Pablo tomado de un cuadro antiguo que se conserva en nuestro convento de Sevilla. Su retrato.



V. P. Pablo de Cádiz

Varón verdaderamente apostólico, predicador notabilísimo, y misionero de grandes virtudes que recorrió muchos pueblos de Andalucía, predicando el evangelio de Cristo. Fué singularísimo devoto de la Virgen Santísima, cuyo Rosario público propagó por todas partes con fervor de varón santo.



CAPITULO XXXIII

Sucesos de la Provincia en el último lustro del siglo XVII

Entró el año 1695, y de él solo sabemos que fallecieron en la Provincia los religiosos siguientes: Padre Fray Francisco de Andújar, en Cádiz; P. Fray Bernabé de Sevilla, en Sevilla; H.º Fray Juan de Ipre, en Jerez; H.º Fr. Bernardino de Martos, en Castillo; H.º Fr. Antonio de Santander, en Marchena; Vble. P. Pablo Jerónimo de Fregenal, en Sevilla; P. Fr. Gregorio de Cañete, en Sevilla; P. Fr. Baltasar de Cabra, en Andújar; P. Fr. José de Ubrique, en Andújar; H.º Fr. Juan de Ubrique, en Ubrique; P. Fr. Bartolomé de Sevilla, en Ubrique; P. Fr. José de Santa Cruz, en Jerez; H.º Fr. Antonio de Toledo, en Jaén; H.º Fr. Antonio de Toledo, en Jaén; H.º Fr. Antonio de Alhama, corista, en Antequera; H.º Fr. Juan de Soria, en Ecija; P. Fr. Bartolomé de Rentería, en Ecija; P. Fr. Pedro del Burgo, en Sevilla; H.º Fr. Francisco de Casares, en Sevilla; P. Fr. Buenaventura de Timbar, en Motril; H.º Fr. Antonio de Bilbao, en Cádiz; P. Fr. Ignacio de las Canarias, en Caracas; P. Fr. Salvador de Málaga, en Jerez; y el Herma-

Sucesos del año 1695.

Difuntos

no Fr. Bernabé de Cabra, corista, en Marchena.

Muerto ilustre

El más ilustre de estos religiosos fué el V. P. Pablo Jerónimo de Fregenal, del cual trataremos largamente en el libro de las misiones.

Año 1696

En este año se reunió la Definición en el convento de Sanlúcar el 25 de Noviembre y en ella se eligieron cinco Guardianes para sustituir á otros tantos que tenían cumplido su trienio; y se dió decreto de expulsión contra un corista llamado Fr. Antonio de Mairena, por desobediente.

Durante dicho año murieron los religiosos siguientes: H.º Fr. Anastasio de Sevilla, corista, en Sanlúcar; H.º Fray Antonio de Vergara, en Sevilla; P. Fray Miguel de Sevilla, en Sevilla; H.º Fray Bernabé de Guadix, en Granada, P. Fray Miguel de Porcuna, en Sevilla; P. Fray Jerónimo del Moral. en Sevilla; H.º Fray Cipriano de Granada, en Granada; Padre Fr. Laureano de Riogordo, en Málaga; H.º Fr. Francisco de Castro-Urdiales, corista, en Sevilla; H.º Fr. Angel de Sevilla, en Málaga; H.º Fr. Pedro de Granada, en Jaén; P. Fr. Prudencio de Yangüas, en Sevilla; y el H.º Fr. Pedro de Villanueva en Jaén.

Año 1697

En este año terminó su trienio de Provincial nuestro P. Fr. Félix de Cabra, y se hicieron las elecciones mencionadas en la siguiente tabla.

Otros sucesos

Tabla del Capítulo provincial celebrado en Sevilla el 10 de Mayo de 1697.

Capítulo Provincial.

Provincial

M. R. P. Gabriel de Andújar.

Definidores

R. P. Jerónimo de Baeza.
„ „ Diego de Valvanera.
„ „ José de Lucena.
„ „ Dionisio de Baena.

Custodios

R. P. Diego de Albacete.
„ „ Jerónimo de Jaén.

Secretario de Provincia

R. P. Francisco de Córdoba.

Guardianes

R. P. Luis de Riogordo,	Sevilla.
no consta el de	Granada.
„ „ Jerónimo de Antequera,	Antequera.
no consta el de	Málaga.
Idem el de	Jaén.
Idem el de	Andújar.
Idem el de	Castillo.
Idem el de	Ardales.
Idem el de	Alcalá.
Idem el de	Córdoba.
R. P. Francisco de Sevilla,	Ecija.
no consta el de	Vélez.
„ „ Lorenzo de Villanueva,	Sanlúcar.
no consta el de	Cabra.
„ „ Félix de Aramayona,	Cádiz.
no consta el de	Motril.

Elecciones

„ „ Luis Bdo. de Manzanilla, Marchena.
Guardianes no consta el de Ubrique.
Idem el de Jerez.

Durante este mismo año pasaron á mejor vida veinte religiosos, á saber: El P. Fr. Antonio de Sevilla, en Cádiz; Padre Fr. Adrian Francisco de Granada, en Granada; H.° Fr. Manuel de Baena, en Sanlúcar; H.° Fr. Eusebio de Fressa, en Granada; H.° Fr. Antonio de Sevilla, en Sanlúcar; P. Fr. Isidoro de Santander, en Málaga; H.° Fr. Antonio de Brujas, en Sevilla; P. Fr. Rodrigo de Sevilla, en Sevilla; H.° Fr. Diego de Sevilla, en Sevilla; P. Fr. Juan de Lucena, en Cerdeña; H.° Fr. Eusebio de Jaén, en Ardales; P. Fr. Diego de Marchena, en Caracas; H.° Fr. Francisco de Baena, en Antequera; P. Fr. Pedro de Andújar, en Andújar; P. Fr. Francisco de Alcázar, en Caracas; P. Fr. Alberto de Granada, en Jaén; H.° Fr. Buenaventura de Sevilla, en Jerez; P. Fr. Diego de Antequera, en Antequera; H.° Fr. Dionisio de Villar, en Cádiz, y el H.° Fr. Diego de Huelma, corista, en Vélez.

Año 1698

En este año hubo capítulo general en Roma, al que asistieron por esta provincia los Muy RR. PP. Gabriel de Andújar, Diego de Albacete y Jerónimo de Jaén; y en él fué elegido en Ministro General de toda la Orden nuestro Rmo. Padre Juan Pedro de Bustos.

Capítulo general.

En el convento de Cádiz hubo junta difinitorial el 25 de Octubre de este mis-

mo año y en ella se quitaron de los estudios dos coristas, por haber perdido el respeto, uno á su Guardián y otro á su Lector; y se determinó que el capítulo provincial se celebrara el día 16 de Enero del siguiente año. En este que vamos narrando, murieron los religiosos siguientes: Definición.

P. Fr. Bernardino de Sevilla, en Sevilla; P. Fr. Ambrosio de Mendavia, en Sevilla, H.º Fr. José Francisco de Cádiz, corista, en Saulúcar; H.º Fr. Diego de la Torre, en Sevilla; H.º Fr. Dionisio de Torrox, en Motril; H.º Fr. Diego de Arjonilla, en Málaga; H.º Fr. Gil de Vélez, en Málaga; P. Fr. Pablo del Valle, en Cádiz; P. Fr. Diego de Baena, en Cabra; H.º Fr. Antonio de Ardales, en Granada; P. Fr. Basilio de Cabra, en Cabra; H.º Fr. Lucas del Valle, en Ecija; Hermano Fr. Francisco de Salinas, en Ubrique; P. Fr. Antonio de la Parra, en Marchena, y el H.º Fr. Agustín de Jaén, en Sevilla.

En este año llegó á la provincia la noticia del martirio que padeció á manos de los Gentiles de la Provincia de Venezuela nuestro V. P. Luís de Orgiva, quien después de haber sufrido un martirio prolongado, á la violencia de un veneno que le hicieron beber, últimamente le dieron á palos una cruel muerte.

Año 1699

A principios de este año se hicieron las elecciones que menciona la siguiente Otras noticias

26

Capítulo provincial.

Tabla del capítulo provincial celebrado en Sevilla el 16 de Enero de 1699.

Provincial

M. R. P. Jerónimo de Baeza.

Definidores

R. P. José de Lucena.
" " Jerónimo de Jaén.
" " Luis de Riogordo.
" " Luis Bernardo de Manzanilla.

Custodios

No constan.

Secretario de Provincia

R. P. José Manuel, de la Laguna.

Guardianes

R. P. Isidoro Antonio de Ardales	Sevilla
" " Diego de Málaga	Granada
" " Jerónimo de Antequera	Antequera
" " Buenaventura de Málaga	Málaga
no consta el de	Jaén
Idem el de	Andújar
" " Jerónimo de Antequera	Castillo
" " Rodrígo de Antequera	Ardales
no consta el de	Alcalá
" " Laureano de Sevilla	Córdoba
" " Manuel de Málaga	Ecija
no consta el de	Vélez
" " Luis de Sevilla	Sanlúcar
no consta el de	Cabra
" " Diego de Albacete	Cádiz
" " Francisco de Constantina	Motril
" " Teodoro de Sevilla	Marchena
Electos. " " Gabriel de Córdoba	Ubrique
" " Adrián de Sevilla	Jerez

En Junio del mismo año se celebró Junta Definitorial en nuestro convento de Antequera y por muerte del Padre Guardián Fr. Juan Crisóstomo de Antequera que lo era de dicho convento, se eligió para sustituirlo al P. Juan de Oviedo. La muerte del P. Crisóstomo fué muy sentida en la Provincia por las altas prendas que en él concurrían, pues además de ser un sabio, era un predicador excelentísimo. Acompañóle en su viaje á la eternidad desde el convento de Granada el corista Fr. Francisco de Madrid que en el siglo se llamó D. Francisco Lisón, y fué hijo de D. Mateo Lisón, y de D.ª Baltasara Madera, el cual, siendo de edad de 16 años, tomó el hábito para corista en Granada el día 17 de Octubre de 1636, y profesó en el siguiente de 1637. Este religioso era primogénito de la casa de los marqueses de Algarinejo, y como tal, heredero de este marquesado; pero, posponiéndolo todo, abrazó con ánimo generoso el estado pobre y penitente de los capuchinos; y desde entonces se conservó sin haber querido recibir las sagradas órdenes en el grado de corista los 63 años que vivió en la religión sirviendo con suma puntualidad los ejercicios de tal y con especialidad el de despertador y campanero, siendo súmamente humilde, pobre, casto y obediente, hasta que á los 79 años de su edad descansó en el Señor. Siguióle el hermano Fr. Atanasio de Milan; también corista, que siendo

Junta definitorial.

Dos religiosos notables.

de 23 años tomó nuestro santo hábito el día 27 de Junio de 1696 en nuestro convento de Sevilla y profesó el siguiente de 1697. También murió el P. Buenaventura de Carmona, en Vélez, el hermano Fr. Alfonso de Ubrique, en Cádiz; el P. Pedro de Canillas, en Malaga; y los PP. Miguel de Andújar y Crisóstomo del Burgo, en Alcalá. Además llegó en este año 1699 la noticia de haber muerto en las misiones de Venezuela el apostólico varón P. Ambrosio de Baza, cuya biografía pondremos en el libro de las misiones. Trabajó con infatigable celo, en la conversión de aquellos Gentiles; y para el logro de sus fervorosas ansias quiso favorecerlo el cielo, renovando el prodigio que experimentaron los Apóstoles en el principio de la Iglesia, pues, hablando él en su nativo idioma, era entendido por tanta variedad de Naciones, como hay en aquellos parajes, que lo tienen muy diverso entre sí, oyéndolo cada una en su lenguaje propio, con lo que logró hacer innumerables reduciones de infieles á nuestra santa fé.

Difuntos del año 1699.

Año 1700

El día 9 de Marzo de este año se celebró junta definitorial en nuestro convento de Cabra y habiendo renunciado la guardianía del Castillo el P. Fr. Jerónimo de Antequera fué electo canónicamente el P. Fr. José Manuel de la Laguna, predicador; y por secretario de

Renuncia ó dimisión.

Provincia, fué electo el P. Fray Rafael de Sevilla predicador. En este mismo año tuvo lugar el Capítulo Provincial expresado en la siguiente tabla. Otro capítulo.

Provincial

M. R. P. José de Lucena.

Definidores

R. P. Diego de Málaga.
„ „ Luis Bernardo de Manzanilla.
„ „ Lorenzo de Villanueva.
„ „ Isidoro Antonio de Ardales.

Custodios

„ „ Antonio de Guadix.
„ „ Adrián de Sevilla.

Vicario Provincial

„ „ Diego de Málaga.

Guardianes

R. P. Ignacio de Triana,	Sevilla.
„ „ Antonio de Luque,	Granada.
„ „ Juan de Oviedo,	Antequera.
„ „ Bernardino de Málaga,	Málaga.
no consta el de	Jaén
Idem el de	Andújar
Idem el de	Castillo
„ „ Rodrigo de Antequera,	Ardales.
no consta el de	Alcalá
„ „ Juan F. de Manzanilla,	Córdoba.
„ „ Manuel de Málaga,	Ecija.
no consta el de	Vélez
„ „ Luis de Sevilla,	Sanlúcar.
no consta el de	Cabra
„ „ Diego de Albacete,	Cádiz.
no consta el de	Motril
„ „ Teodoro de Sevilla,	Marchena.
„ „ Gabriel de Córdoba,	Ubrique.
no consta el de	Jerez

Sus elecciones

Muertos del año 1700.

En dicho año finalizaron su vida, juntamente con el siglo XVII, los religiosos que siguen:

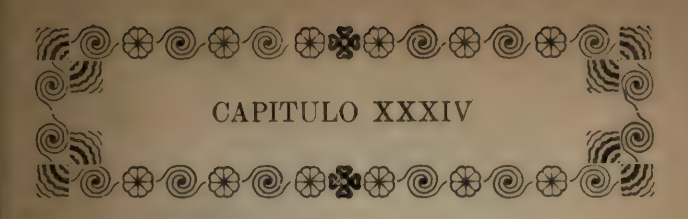
P. Fr. José de Riogordo, en Riogordo; P. Fr. Bernardo de Almería, en Granada; P. Fr. Andrés de Colmenar, en Ardales; P. Fr. Gabriel de Antequera, en Málaga; H.º Fr. Agustín de Alcalá de Henares, en Málaga; P. Fr. Matías de Granada, en Granada; H.º Fr. Nicolás del Horrio, en Ubrique; P. Fr. José de Alcalá, en Andújar; H.º Fr. Nicolás de Carmona, en Sevilla; H.º Fr. Isidoro de Granada, en Granada; P. Fr. Francisco de Lucena, en Sanlúcar; P. Fr. Agustín de Andújar, en Andújar, y el H.º Fray Mateo de la Atalaya, en Sevilla.

En Roma murió el 4 de Septiembre del mismo año, el Papa Inocencio XII, y le sucedió Clemente XI el 23 de Noviembre de 1700. También murió en dicho año Carlos II, rey de España, el 29 de Octubre, y su muerte dió origen á la desastrosa *guerra de sucesión*, que acabó con la preponderancia española en Europa.

Fin del siglo XVII.

Terminado este libro con los sucesos de la Provincia en el siglo XVII, vamos á convertir ahora nuestra atención á las misiones que durante dicho siglo sostuvo nuestra Provincia en Africa y América, y tal será Dios mediante la materia del libro siguiente.





CAPITULO XXXIV

TABLA

DE LOS CAPITULOS CELEBRADOS EN LA PROVINCIA BETICA DESDE 1665 HASTA 1700.

19. Celebrado en Sevilla á 29 de Octubre de 1666.

PROVINCIAL

M. R. P. Francisco de Jerez.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Leandro de Antequera.
2. „ „ „ José de Campos.
3. „ „ „ Gabriel de Vélez.
4. „ „ „ Basilio de Viana.

CUSTODIOS

1. M. R. P. Francisco de Alcalá, y
2. „ „ „ Fr. Carlos de Cádiz.

20. Celebrado en Sevilla á 18 de Octubre de 1669.

PROVINCIAL

M. R. P. José de Campos.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Francisco de Alcalá.
2. „ „ „ Antonio de Hondarroa.
3. „ „ „ Leandro de Antequera.
4. „ „ „ Basilio de Viana.

21. Celebrado en Antequera á 17 de Octubre de 1670.

PROVINCIAL

M. R. P. José de Campos.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Antonio de Hondarroa.
2. „ „ „ Basilio de Viana.
3. „ „ „ Buenaventura de Antequera.
4. „ „ „ Juan de Antequera.

CUSTODIOS

1. M. R. P. Buenaventura Luis de Sevilla.
2. „ „ „ Buenaventura de Ocaña.

22. Celebrado en Sevilla á 14 de Octubre de 1672.

PROVINCIAL

M. R. P. Antonio de Hondarroa.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Buenaventura de Antequera.
2. „ „ „ Leandro de Antequera.
3. „ „ „ Buenaventura de Ocaña.
4. „ „ „ Juan de Antequera.

23. Celebrado en Sevilla á 20 de Septiembre de 1675.

PROVINCIAL

M. R. P. José de Campos.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Juan de Antequera.
2. „ „ „ Buenaventura de Antequera.
3. „ „ „ Cristóbal de Málaga.
4. „ „ „ Mauro de Granada.

24. Celebrado en Antequera á 27 de Octubre de 1677.

PROVINCIAL

M. R. P. José de Campos.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Cristóbal de Málaga.
2. „ „ „ Francisco de Valverde.
3. „ „ „ Buenaventura de Ocaña.
4. „ „ „ Francisco de Ecija.

25. Celebrado en Sevilla á 24 de Abril de 1679.

PROVINCIAL

M. R. P. Cristóbal de Málaga.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Francisco de Valverde.
2. „ „ „ Felipe de Cazorla.
3. „ „ „ Mauro de Granada.
4. „ „ „ Antonio de la Parra.

26. Celebrado en Antequera á 24 de Abril de 1682.

PROVINCIAL

M. R. P. Francisco de Valverde.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Felipe de Cazorla.
2. „ „ „ Gregorio de Granada
3. „ „ „ Basilio de Granada.
4. „ „ „ Antonio de la Parra.

27. Celebrado en Sevil!a á 7 de Enero de 1684.

PROVINCIAL

M. R. P. Felipe de Cazorla.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Cristóbal de Málaga.
2. „ „ „ Mauro de Granada.
3. „ „ „ Basilio de Granada.
4. „ „ „ Francisco de Ecija.

28. Celebrado en Antequera á 17 de Enero de 1687.

PROVINCIAL

M. R. P. Francisco de Luque.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Gabriel de Andújar.
2. „ „ „ Isidoro de Bruxelas.
3. „ „ „ Bernardo de Santillana.
4. „ „ „ Antonio de la Parra.

29. Celebrado en Sevilla á 29 de Abril de 1690.

PROVINCIAL

M. R. P. Gabriel de Andújar.

DEFINIDORES

1, M. R. P. Felipe de Cazorla.
2. „ „ „ Isidoro Francisco de Bruxelas.
3. „ „ „ José de Lucena.
4. „ „ „ Francisco de Trigueros.

30. Celebrado en Granada á 8 de Agosto de 1692.

PROVINCIAL

M. R. P. Gabriel de Andújar.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Francisco de Luque.
2. „ „ „ Felix de Cabra.
3. „ „ „ Jerónimo de Baeza.
4. „ „ „ Francisco de Trigueros.

31. Celebrado en Sevilla á 30 de Abril de 1694.

PROVINCAIL

M. R. P. Felix de Cabra.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Francirco de Luque.
2. „ „ „ Jerónimo de Baeza.
3. „ „ „ Diego de Albacete.
4. „ „ „ Francisco de Lumbreras.

32. Celebrado en Sevilla á 10 de Mayo de 1697.

PROVINCIAL

M. R. P. Gabriel de Andújar.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Jerónimo de Baeza.
2. „ „ „ Diego de Valvanera,
3. „ „ „ José de Lucena.
4. „ „ „ Dionisio de Baena.

33. Celecrado en Sevilla á 16 de Enero de 1699.

PROVINCIAL

M. R. P. Jerónimo de Baeza.

DEFINIDORES

1. M. R. P. José de Lucena.
2. „ „ „ Jerónimo de Jaén.
3. „ „ „ Luis de Riogordo.
4. „ „ „ Luis Bernado de Manzanilla.

34, Celebrado en Sevilla á 15 de Octubre de 1700.

PROVINCIAL

M. R. P. José de Lucena.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Diego de Málaga.
2. „ „ „ Luis Bernardo de Manzanilla.
3. „ „ „ Lorenzo de Villanueva.
4. „ „ „ Isidoro Antonio de Ardales.

Lista de los Guardianes habidos en los conventos de la Provincia desde 1665 á 1700

SEVILLA

M. R. P. Leandro de Antequera. 1666
Este P. era á la vez Definidor 1.° y quedó Vicario Provincial por la promoción de N. P. Francisco de Jerez á Definidor general. Por esta causa la Definición nombró Guardián de este convento al
M. R. P. Antonio de Hondarroa. 1668
„ „ „ Jerónimo del Moral. 1669
El mismo. 1670
„ „ „ Buenaventura Luis de Sevilla. 1672
„ „ „ Buenaventura de Ocaña. 1675
„ „ „ Angel de Tenerife. 1677
„ „ „ Antonio de la Parra. 1679
„ „ „ Basilio de Granada. 1682
„ „ „ Antonio de la Parra. 1684

M. R. P. Francisco de Trigueros. 1687
,, ,, ,, Isidoro Fr. de Bruselas. 1690
,, ,, ,, Diego de Málaga. 1692
,, ,, ,, José de Lucena. 1694
,, ,, ,, Luis de Riogordo. 1697
,, ,, ,, Isidro Antonio de Ardales. 1699
,, ,, ,, Ignacio de Triana. 1700

GRANADA

M. R. P. Jerónimo del Moral. 1666
,, ,, ,, Gabriel de Vélez. 1669
El mismo. 1670
,, ,, ,, Antonio de Granada. 1672
,, ,, ,, Alonso de Cáceres. 1675
,, ,, ,, Buenaventura L. de Sevilla. 1677
El mismo. 1679
No consta. 1682
,, ,, ,, Mauro de Granada. 1684
,, ,, ,, Diego de Alcalá. 1687
El mismo. 1690
,, ,, ,, Eusebio de Granada. 1692
,, ,, ,, Diego de Málaga. 1694
,, ,, ,, Antonio de Luque. 1697
,, ,, ,, Diego de Málaga. 1699
,, ,, ,, Antonio de Luque. 1700

ANTEQUERA

M. R. P. Salvador de Baza. 1666
,, ,, ,, Buenaventura de Ocaña. 1669
,, ,, ,, Francisco de Luque. 1670
El mismo. 1672
,, ,, ,, Francisco de Ecija. 1675
El mismo. 1677
,, ,, ,, Francisco de Luque. 1679
El mismo. 1682
,, ,, ,, Félix José de Cádiz. 1684
,, ,, ,, Andrés de Montilla. 1687
,, ,, ,, Atanasio de Málaga. 1690
,, ,, ,, Sebastián de Santillana. 1692
,, ,, ,, Diego de Córdoba. 1694
,, ,, ,, Juan Crisóstomo de Antequera. 1697
El mismo. 1699
,, ,, ,, Juan de Oviedo. 1700

MÁLAGA

R. P. Alonso de Granada. 1666
No consta. 1669
Idem. 1670
Idem. 1672
,, ,, Cristóbal de Málaga. 1675
No consta. 1677

Idem.	1679
Idem.	1682
R. P. José de Sanlúcar.	1684
El mismo.	1687
No consta.	1690
Idem.	1692
Idem.	1694
Idem.	1697
,, ,, Bernardino de Málaga.	1699
El mismo.	1700

JAEN

R. P. Pedro de Andújar.	1666
,, ,, Basilio de Granada.	1669
El mismo.	1670
Idem.	1672
No consta.	1675
,, ,, José de Jaén.	1677
El mismo.	1679
,, ,, Clemente de Alcalá.	1682
El mismo.	1684
No consta.	1687
,, ,, Félix de Cabra.	1690
,, ,, Isidro Antonio de Ardales.	1692
El mismo.	1694
No consta.	1697
Idem.	1699
Idem.	1700

ANDÚJAR

De este convento no hemos hallado en esta época más Guardián que el R. P. Diego de Valvanera. elegido en 1687· los demás no constan en las tablas de los capítulos.

CASTILLO

No consta el del año	1666
Idem.	1669
Idem.	1670
R. P. Silvestre de Carmona.	1672
El mismo.	1675
No consta.	1677
,, ,, Sebastián de Santillana.	1679
,, ,, Fabián de Granada.	1682
No consta.	1684
Idem.	1687
Idem.	1690
Idem.	1692
,, ,, Dionisio de Baena.	1694
No consta.	1697
,, ,, Jerónimo de Antequera.	1699
,, ,, José M.ª de la Laguna.	1700

ARDALES

El único Guardián conocido de este convento en la época mencionada es el R. P. Rodrigo de Antequera elegido en los capítulos de 1699 y 1700.

ALCALÁ

	No consta el del año	1666
R. P.	José de Ica.	1669
,, ,,	Basilio de Cabra.	1670
	El mismo.	1672
	No consta.	1675
	Idem.	1677
	Idem.	1679
	Idem.	1682
,, ,,	Fabián de Granada.	1684
	No consta.	1687
	Idem.	1690
,, ,,	Gabriel de Sevilla	1692
	El mismo.	1694
	No consta.	1697
	Idem.	1699
	Idem.	1700

ÉCIJA

R. P.	Francisco de Málaga.	1666
,, ,,	Pedro de Gibraltar.	1669
	El mismo.	1670
	No consta	1672
	Idem.	1675
	Idem.	1677
	Idem.	1679
	Idem.	1682
	Idem.	1684
	Idem.	1687
,, ,,	Antonio de Cañete.	1690
,, ,,	Agustín de Iznájar.	1692
	No consta.	1694
,, ,,	Francisco de Sevilla.	1697
,, ,,	Manuel de Málaga.	1699
	El mismo.	1700

CÓRDOBA

	No consta el del año	1666
	Idem.	1669
	Idem.	1670
R. P.	Juan de Antequera.	1672
	El mismo.	1675
,, ,,	Francisco de Luque.	1677
	No consta.	1679
	Idem.	1682
,, ,,	Gregorio de Granada.	1684

R. P. Francisco de Lumbreras. 1687
,, ,, José de Valmaseda. 1690
El mismo. 1692
,, ,, Agustín de Iznájar. 1694
No consta. 1697
,, ,, Laureano de Sevilla. 1699
Juan Frc° de Manzanilla. 1700

VÉLEZ

No consta más que el R. P. Buenaventura de Ocaña, en 1666; el P. Eugenio de Granada en 1669, y el P. Félix de Aramayona en 1684.

SANLÚCAR

R. P. José de Santa Olaya. 1666
El mismo. 1669
No consta. 1670
Idem. 1672
,, ,, José de Santa Olaya. 1675
El mismo. 1677
,, ,, Hermenegildo de Sanlúcar. 1679
,, ,, Gonzalo de Ugijar. 1682
El mismo. 1684
No consta. 1687
Idem. 1690
Idem. 1692
Idem. 1694
,, ,, Lorenzo de Villanueva. 1697
,, ,, Luis de Sevilla. 1699
El mismo. 1700

CABRA

R. P. Baltasar de Granada. 1669
El mismo. 1669
,, ,, Hermenegildo de Sanlúcar. 1670
El mismo. 1672
,, ,, Baltasar de Granada. 1675
,, ,, Agustín de Andújar. 1677
,, ,, Gregorio de Granada. 1679
El mismo. 1682
,, ,, Basilio de Cabra. 1684
No consta. 1687
,, ,, Francisco de Trigueros. 1690
El mismo. 1692
,, ,, Juan de Baza. 1694
No consta. 1697
Idem. 1699
Idem. 1700

CÁDIZ

R. P. Antonio de Córdoba. 1666
El mismo. 1669

M. R. P. Leandro de Antequera.	1670
,, ,, ,, Hermenegildo de Sevilla.	1672
,, ,, ,, Buenaventura de Antequera.	1675
El mismo.	1677
,, ,, ,, Francisco de Valverde.	1679
No consta.	1682
Idem.	1684
,, ,, Bernardo de Santillana.	1687
El mismo.	1690
,, ,, Diego de Albacete.	1692
,, ,, José de Sevilla.	1694
,, ,, Félix de Aramayona.	1697
,, ,, Diego de Albacete.	1699
El mismo.	1700

MOTRIL

R. P. Mauro de Granada.	1666
El mismo.	1669
No consta.	1670
Idem.	1672
,, ,, Buenaventura de Archidona.	1675
El mismo.	1677
,, ,, Silvestre de Carmona.	1679
No consta.	1682
Idem.	1684
,, ,, Bernabé de Granada.	1687
,, ,, Félix de Aramayona.	1690
No consta.	1692
Idem.	1694
Idem.	1697
,, ,, Francisco de Constantina.	1699
El mismo?	1700

MARCHENA

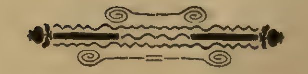
No consta el del año	1666
R. P. Antonio de la Parra.	1669
El mismo.	1670
No consta.	1672
Idem.	1675
Idem.	1677
Idem.	1679
,, ,, Francisco de Trigueros.	1682
No consta.	1684
Idem.	1687
Idem.	1690
,, ,, Bernabé de Granada.	1692
El mismo.	1694
,, ,, Luis Brdo. de Manzanilla.	1697
,, ,, Teodoro de Sevilla.	1699
El mismo.	1700

JEREZ

	No consta el del año	1666
	Idem.	1669
	Idem.	1670
R. P.	Antonio de la Parra.	1672
	El mismo.	1675
	No consta.	1677
,, ,,	Lorenzo de Villanueva.	1679
	El mismo.	1682
,, ,,	José de Sevilla.	1684
,, ,,	Antonio de la Parra.	1687
,, ,,	Bernardo de Granada.	1690
	El mismo.	1692
,, ,,	Juan de Sevilla.	1694
	No consta.	1697
,, ,,	Adrian de Sevilla.	1699
	El mismo?	1700

UBRIQUE

R. P.	Sebastián de Sevilla.	1666
	No consta.	1669
	Idem.	1670
	Idem.	1672
	.dem.	1675
	Idem.	1677
,, ,,	Diego de Valvanera.	1679
	El mismo?	1682
,, ,,	Eusebio de Sevilla.	1684
	El mismo.	1687
	No consta.	1690
	Idem.	1692
	Idom.	1694
	Idem.	1697
,, ,,	Gabriel de Córdoba.	1699
	El mismo.	1700



Apèndice

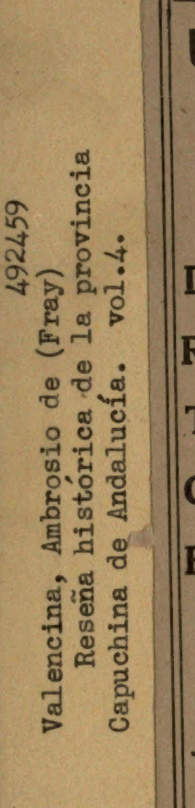
Varones ilustres fallecidos en la Provincia desde el año 1666 á 1700.

V. P. Plácido de Belicena, martir en las misiones de Venezuela. 1667
V. P. Agustín de Ronda, en las misiones de Guinea. . 1667
V. H. Fr. Bartolomé de Granada, en Cádiz. 1668
V. P. Antonio de Sanlúcar, en Sevilla. 1669
V. P. Antonio de Bruxelas, en Sevilla. 1670
V. P. Francisco Ant.º de Córdoba, en Antequera. . . 1671
V. P. Diego de Guadalcanal, en Sevilla. 1674
V. H Melchor de Casares, en Granada. 1675
V. P. Bernardino de Granada, en Granada á 23 de Marzo de 1676
V. P. Francisco de Jerez, en Madrid. 1684
V. P. Crisóstomo de Granada, en Granada. 1685
V. H Manuel de Allaríz, en Granada, 3 de Agosto de . 1685
V. P. Miguel de Gibraleón, en Antequera. 1690
V. P. José de Carabantes, en Monforte á 11 de Abril de 1694
V. P. Pablo de Cádiz, en Conil el 16 de Noviembre de 1694
V. P. Pablo Jerónimo de Fregenal, en Sevilla. . . . 1695
V. P. Luis de Orgiva, martirizado en Venezuela. . . 1698
V. P. Ambrosio de Baza, en Venezuela. 3699



INDICE




492459
Valencina, Ambrosio de (Fray)
Reseña histórica de la provincia
Capuchina de Andalucía. vol.4.
HEcSp
V